

ESCRITORES Y PODER

*La dualidad republicana  
en México, 1968-1994*

Xavier Rodríguez Ledesma



**Escritores y poder**

*La dualidad republicana  
en México, 1968-1994*

**Colección Textos**

•Número 19•

COLECCIÓN  
TEXTOS

## Escritores y poder

*La dualidad republicana  
en México, 1968-1994*

Xavier Rodríguez Ledesma

CONACULTA · FONCA

Fondo Nacional para la Cultura y las Artes

Universidad Pedagógica Nacional  
MÉXICO • 2001

Xavier Rodríguez Ledesma

**Escritores y poder**

*La dualidad republicana en México, 1968-1994*

Colección **Textos**. Número 19

Sylvia Ortega Salazar

**Rectora**

Marcela Santillán Nieto

**Secretaria Académica**

Arturo García Guerra

**Secretario Administrativo**

Abraham Sánchez Contreras

**Director de Planeación**

Sonia Comboni Salinas

**Directora de Investigación**

Elsa Mendiola Sanz

**Directora de Docencia**

Fernando Velázquez Merlo

**Director de Biblioteca y Apoyo Académico**

Pilar Grediaga Kuri

**Directora de Intercambio Académico y Relaciones Internacionales**

Arturo Ballesteros Leiner

**Director de Difusión y Extensión Universitaria**

Adalberto Rangel Ruiz de la Peña

**Coordinador de Unidades UPN**

Valentina Cantón Arjona

**Directora de Fomento Editorial**

Anastasia Rodríguez Castro

**Subdirectora editorial**

Rita Yolanda Sánchez Saldaña

**Formación**

©Derechos reservados por el autor Xavier Rodríguez Ledesma

Esta edición es propiedad de la Universidad Pedagógica Nacional

Carretera al Ajusco núm. 24, Col. Héroes de Padierna

Delegación Tlalpan, C. P. 14200, México, Distrito Federal

ISBN 970-702-015-6

F1236

R6.3 Rodríguez Ledesma Xavier

Escritores y poder. La dualidad republicana en México, 1968-1994 / Xavier

Rodríguez Ledesma. -- México: UPN, 2000.

330 p. -- (Colección Textos; no. 19)

ISBN 970-702-015-6

1. Intelectuales-México-Actividad política- Historia-Siglo xx. 2. México-Política y gobierno- 1970- I. t.

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización expresa de la Universidad Pedagógica Nacional.

Para el pequeño Xavier,  
quien ya podrá leer de  
corrido esta dedicatoria.

Para Lucía, cuya mirada  
también plantó un árbol.

*.. de tiempo en tiempo he actuado políticamente y he escrito artículos de naturaleza esencialmente política. Pues, ante mi propio asombro, he descubierto que un cierto número de personas que conocen mis obras de teatro y mis cuentos están dispuestos a confiar en mis opiniones sobre cuestiones políticas, o al menos a considerarlas seriamente.*

Arthur Miller\*

*Pero lo peor es que cuando los gerentes se enteran de que soy escritor me sospechan inmediatamente de insolvencia.*

*Ahora bien, ¿qué pensaríamos de un señor al que le pasan estas cosas en la calle, que llega a su casa, y se sienta frente a la máquina creyendo que es la conciencia (¿o la voz?) de México? Que es un ridículo, ¿verdad?*

Jorge Ibargüengoitia\*\*

*✱ Pero se necesita mucha autonomía personal para creer de veras en la república de las letras, como un poder distinto y aparte, para tomar en serio una vida invisible que depende de una ecología tan frágil: la de un espejo que refleja o parece reflejar la totalidad del mundo y, sin embargo, es poca cosa en el mundo.*

Gabriel Zaid\*\*\*

---

\* *La Cultura en México*, núm. 511, 24 noviembre 1971, México, p. III.

\*\* *Ideas en venta*. México, Joaquín Mortiz, 1997, p. 29 (escrito en marzo de 1971).

\*\*\* "Imprenta y vida pública", en: *Vuelta*, núm. 98, noviembre, 1984, p. 14.

## INTRODUCCIÓN

*Cuando libramos nuestros combates políticos y morales, no encontramos necesariamente a nuestro lado a nuestros colegas de la intelligentsia, porque las opciones éticas y políticas traspasan y escinden igualmente a la cultura.*

Claudio Magris<sup>1</sup>

Habiendo sido invitado a la presentación del primer tomo de *Historia Moderna de México*, el entonces presidente de la república Ruiz Cortines no asistió a la celebración. Más tarde Daniel Cosío Villegas le hizo llegar el volumen respectivo con la siguiente dedicatoria: “*Para el primero, del último ciudadano de esta República*”, lo cual significaba, a decir de Cosío, “que en la otra república, la de Platón, yo, como, intelectual, sería el jefe del estado, y don Adolfo un modesto escribiente de la aduana de Veracruz”.<sup>2</sup>

La anécdota posee múltiples significaciones para el tema elegido en el presente trabajo. La primera y más evidente es la prueba de que, desde un sector específico de la sociedad constituido en general por los intelectuales y, particularmente para el caso que me ocupará, por los escritores, existe la noción de que en nuestro país conviven dos repúblicas. Una definida por la actividad política del ejercicio del poder estatal, en donde los políticos profesionales son los poseedores del poder que manejan discrecionalmente alejados de lo que hoy en día se conoce como sociedad civil. La otra, en donde el poder radica en un ámbito no terrenal, sino más bien en cuestiones más cercanas al espíritu, esto es, en la identificación de sus ciudadanos con la *Razón*, la inteligencia, la verdad, etcétera.

Ambas repúblicas conocen y asumen la existencia de la otra tomando sus respectivas distancias, creando fronteras para evitar que individuos no pertenecientes a su identidad soberana asuman posiciones de poder y, sobre todo, desdeñando de una u otra forma a aquellos que se identifican única y plenamente con la otra.

<sup>1</sup> Claudio Magris, “La nobleza intelectual y los intelectuales de la nobleza”, en: *La Jornada Semanal*, núm. 125, México, 3 de enero de 1992, p. 5.

<sup>2</sup> Gabriel Zaid, “Imprenta y vida pública”, *Vuelta*, núm. 98, México, noviembre, 1984, p. 14.



El máximo mandatario de una de ellas ninguneó la invitación que se le había hecho para asistir a un acto en el que la otra república expondría el fruto de sus labores. La bofetada protocolaria fue un mensaje claro: para la nación existen cosas más importantes que la publicación y presentación de un libro, esa labor no es primordial para el desarrollo del país, las atenciones presidenciales se jerarquizan y ahí las actividades, los individuos, las obras, en fin, la vida de la otra república no es tan importante.

La respuesta de Cosío no dejó lugar a dudas. Si por azares del destino ese individuo ha llegado a ocupar el más alto puesto dentro del organigrama estatal, las vicisitudes que ahí lo encumbraron no tienen valor alguno para concederle fuero de ninguna especie dentro de la jurisdicción de la república en la que el escritor era, según él, el máximo jerarca. Al contrario, Cosío le espetó que en esta república aquél sería el último ciudadano pues carecía absolutamente de cualquier gracia para ocupar un mejor lugar.

Los dos protagonistas de la anécdota actuaron de acuerdo a lo que de ellos se esperaba, uno como presidente de la república, otro como escritor/intelectual eminente. El desdén fue mutuo, la agresión y descalificación de los afanes del otro también. Ninguno finalmente reconoció la validez o importancia para su propia república de las actividades del otro. Para el presidente la obra coordinada por Cosío era irrelevante para el desarrollo nacional; para el otro, la persona misma del presidente era de poca monta de acuerdo a los juicios de valor de la inteligencia y la *Razón*. Las cartas, una vez más en la historia de México y no por última ocasión, estaban echadas entre los protagonistas de ambas repúblicas.

Esas relaciones, la existencia misma de la dualidad republicana, constituyen el objeto de estudio del presente trabajo. Sin duda el tema es prometedor y envidiable, pero también peligroso de diversas formas. Una, la más clara, es la amplitud que puede llegar a tener de no circunscribirse metodológicamente de manera correcta. Dentro del gran mundo integrante de lo que comúnmente conocemos como intelectualidad, elegí única y exclusivamente a los escritores. Con ello la delimitación avanzó enormemente pero aún así el objeto de estudio continuaba siendo demasiado amplio agregándose ahora lo vaporoso de tal definición.

En aras de afinar más la delimitación fue necesario dar un segundo paso consistente en elegir qué de la actividad de los escritores sería lo que trabajaría, cuál parte de toda su obra sería la que debía utilizar para identificar su actividad como ciudadanos de la República de las Letras en contraposición al quehacer político de la otra soberanía. Si bien la lectura de la obra completa de todos los escritores mexicanos de los últimos treinta años puede ser una tarea atractiva, requiere condiciones específicas y particulares para dedicarse a tal goce y aún así estaría en duda que dicha proeza pudiera realizarse. La vida, como dice Borges, nos prohíbe esas esperanzas. Evidentemente, hoy en día a nadie le pagan por dedicarse durante años exclusivamente a leer literatura, pues hasta los críticos literarios de vez en cuando deben dejar de leer para escribir algunas cuartillas por las cuales obtengan lo necesario para sobrevivir. Pero más allá de carecer de esas utópicas condiciones para dedicarse al solaz que puede significar la lectura completa de tales obras, era evidente que no toda ella me sería útil estrictamente para avanzar en la construcción del tema de estudio que pretendía desarrollar. Por ello debía trabajar únicamente ciertos textos que constituyen una parte bastante pequeña de la obra general. Constituyen esa fracción los escritos particulares y específicos donde los escritores han vertido sus concepciones acerca de su rol político, así como sus apreciaciones políticas en las diversas coyunturas que han definido el periodo de estudio elegido.

Con lo anterior avancé en el sendero de desbrozar metodológicamente el objeto de estudio, pero aún habría que caminar más. Si bien existen ciertos libros que compilan las diversas reflexiones de índole identitaria y política de algunos escritores, ellos constituyen un número francamente insignificante frente a la enorme producción existente al respecto. Luego entonces ¿dónde se encuentra esa voluminosa información? La respuesta es sencilla, su consecuencia no tanto.

Periódicos, revistas, suplementos, gacetas, etcétera, conforman el material en donde debí abreviar la información necesaria para construir el objeto de estudio. En este nivel aparecieron algunos límites metodológicos que debí asumir y de los que es necesario, por honestidad intelectual, informar al lector. El número de publicaciones con las características señaladas editadas en el periodo —de las cuales algunas se mantuvieron, la mayoría tuvieron una vida fugaz,

otras vivieron un ciclo bastante más grande, etcétera— es también muy vasto. Frente a ello asumo la responsabilidad académica de haber utilizado mi juicio para de forma discrecional elegir cuáles debía revisar con toda atención. Obvio es que no pude abarcar en su totalidad dicho universo. Sin embargo, considero que a pesar de ese límite cubrí las fuentes más importantes y trascendentes, sobre todo asumiendo el curioso fenómeno investigativo consistente en que en determinado momento el propio objeto de estudio se constituye en un guía eficiente para rastrear las fuentes necesarias de su construcción. Lo anterior tal vez pueda explicarle al lector el porqué de la referencia menor a ciertas revistas, suplementos, etcétera, que quizá para él debieran aparecer reseñadas con mayor acuciosidad.

A ello se suma otra característica clara del objeto de estudio: el centralismo tanto geográfico como en términos de personalidades. Es cierto, la cultura, la vida literaria de nuestro país, no se limita a la existencia de los famosos escritores laureados que, por lo general, hacen de la ciudad de México y de las publicaciones que aquí se realizan su centro de operaciones. En otras ciudades, en otros espacios, en otras revistas, son otros los que leen y escriben manteniendo viva la literatura mexicana. Ahí también radica la soberanía de la república de las letras; ellos, obviamente, también son sus ciudadanos. Sin embargo, las disputas fundamentales con el poder político, las discusiones centrales al interior de la república de las letras, se expresan en ciertas fuentes y son algunos escritores y grupos los identificados por el poder para discutir con ellos, cooptarlos o perseguirlos. De tal forma, aun con el tufo centralista y personalista que la investigación pudo adquirir, son ellos los que conformaron su sustancia.

Por lo que respecta al periodo elegido éste empieza en 1968 y termina señalando la aparición de un evento que significaría un corte claro en muchos aspectos de la vida nacional, entre ellos el constitutivo de mi objeto de estudio: el surgimiento el 1 de enero de 1994 de la lucha del Ejército Zapatista de Liberación Nacional.

1968 fue crucial para el país. Ese año marcó el inicio de cambios axiales en la sociedad mexicana. A las transformaciones políticas poco después se sumó el fin del periodo de bonanza económica iniciado décadas atrás. Los escritores no fueron la excepción en esas profundas modificaciones, ellos súbitamente se vieron convertidos,

o mejor dicho, recuperaron su carácter de ser elementos de referencia para el análisis social. En sus escritos y actitudes públicas desde el transcurso del movimiento estudiantil asumieron esa responsabilidad. A partir de ahí lo que los escritores pensaban y opinaban adquirió mayor peso para la sociedad, particularmente para los sectores monopolizadores de poder político.

A lo largo de las dos décadas siguientes las relaciones entre ambas repúblicas pasaron por distintos momentos de alejamiento/acercamiento, en los cuales desde el poder se instauraron diversas estrategias para tratar con ese molesto sector constituido por los escritores. Coqueteos, amenazas, compras, censuras, integraciones, destierros, promesas, etcétera, fueron los mecanismos utilizados por los distintos gobiernos en el largo periodo elegido. Los escritores tuvieron diversas respuestas, sumiéndose en muchas ocasiones en profundas reflexiones sobre el sentido de su actividad y la responsabilidad que ella les depara frente a la sociedad y en contraste con el otro poder.

Lo anterior es parte de una paradoja latente a lo largo del trabajo: tal importancia de los escritores no va de la mano, no es proporcional, a la tasa de lectura existente en nuestro país. Si algo tenemos claro, y en ello los propios escritores son de los primeros en lamentarse por la situación, es que en México existe una cultura de no lectura. Sin embargo los escritores son importantes, ellos se asumen como tales y tanto el poder como la misma sociedad que no los lee los reconocen de la misma forma; justo ahí es donde radica la curiosa contradicción.

El periodo analizado se cierra a principios de 1994 con el surgimiento del movimiento armado del EZLN encabezado por un individuo, desde la perspectiva de este trabajo, *sui generis*. La irrupción de la guerrilla chiapaneca y la aparición de ese curioso personaje significó un fuerte movimiento telúrico para los escritores. Como el resto de la sociedad, en un primer momento dudaron de la actitud que debían tomar para posteriormente, una vez que las aguas parecieron calmarse después de haber sufrido el primer *sunami*, verbalizar poco a poco sus apreciaciones sobre tan novedoso y conflictivo fenómeno crucial en la historia contemporánea nacional. Esta dubitativa reacción es capaz de constituir por sí misma un objeto de estudio para algún

trabajo de largo alcance.<sup>3</sup> De tal forma decidí detenerme antes, dejando tan atractivo pero abrumador tema para una próxima ocasión.

Otro fenómeno curioso de la labor de investigación es el consistente en que, si bien se parte de una idea general de cuál será el ritmo de exposición que el trabajo tendrá, la propia actividad investigativa va marcando claramente dónde hacer los cortes necesarios para la organización del trabajo.

De manera ineludible, en el primer capítulo se presenta el acercamiento a lo que se entenderá a lo largo del trabajo como la dualidad republicana, esto es, la razón por la que los escritores se ven a sí mismos como un grupo que puede compartir ciertos aspectos que los identifiquen dentro de la sociedad, al interior del universo general de los intelectuales y, sobre todo, en relación con el grupo detentador del poder político, a los poseedores del poder en la otra república. En esas páginas se trabaja también sobre las características de la otra república que la hacen ser señalada como contendiente, como ámbito distinto y por lo general contrapuesto, al grupo de los escritores.

El capítulo dos inicia el abordaje de la forma en que los escritores se han visto a sí mismos como participantes políticos y la manera en que han ejercido esa actividad. Tomando a 1968 como eje se narran las condiciones generales existentes previas a ese año, así como las actitudes que diversos escritores tuvieron durante el movimiento estudiantil, de la misma forma en que su actividad tuvo consecuencias políticas en lo inmediato.

El capítulo tres desarrolla la forma en que el poder, una vez atemperados los ánimos, estructuró una estrategia para contrarrestar los afanes críticos de un sector importante de escritores. Fue cuando la República de las Letras vio cuestionada fuertemente su capacidad soberana, pues muchos de sus ciudadanos fueron neutralizados en su actividad crítica e integrados por el otro poder.

El capítulo cuatro abarca la forma en que el fuerte ejercicio de introspección, realizado al interior del universo de los escritores, generó disputas cruciales en las que estuvieron involucrados los per-

<sup>3</sup> Tan es así que actualmente Jorge Volpi se encuentra realizando su tesis doctoral precisamente sobre la reacción de los intelectuales, de los escritores, frente al levantamiento armado del EZLN en Chiapas a partir del 1 de enero de 1994.

sonajes más influyentes de esa soberanía. Todo ello dentro de un escenario caracterizado por el crecimiento y auge del mundo literario que tenía dialécticamente como causa y consecuencia de tal fervor por la actividad literaria la propia fuerte discusión sobre el sentido de los escritores y su rol dentro de la sociedad.

El capítulo cinco refiere la manera en que el poder, al estallar una nueva crisis de gravísimas proporciones, adoptó actitudes de enfrentamiento, descalificación e incluso persecución de los ciudadanos de la República de las Letras. La aparición, lustros después del 68, de tendencias represivas de la libertad de expresión y crítica en una atmósfera caracterizada por la aparición de una profunda crisis económica cuyas consecuencias, hasta la fecha, seguimos experimentando, es el tema de esas páginas.

El capítulo final reconstruye la forma en que en los últimos años del periodo estudiado se desempolvieron las viejas estrategias integradoras para utilizarlas con el fin de neutralizar la crítica en una situación política en la que el gobierno carecía de legitimidad política electoral, generando de paso una falaz visión bipolar de la actividad cultural en nuestro país. De tal forma, la acción de acercarse o alejarse del poder político adquirió niveles reflexivos virulentos, generadores nuevamente de agudas disputas al interior de la República de las Letras.

Además de una serie de reflexiones sobre el sentido que la dualidad republicana observó durante el lapso estudiado, al final del trabajo en forma de apéndice se reproducen algunos documentos significativos para el tema pero difíciles de consultar para el lector común, en donde la república de las letras expresó demandas, solicitudes y opiniones acerca del quehacer del otro poder. La mayoría son desplegados en donde los *abajofirmantes* eran casi todos escritores, pero también aparece un artículo que provocó una fuerte polémica al interior del mundo cultural.<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> Tuve la intención de reproducir también el vilipendiado artículo "La Feria de San Marcos", que motivó un grave enfrentamiento al interior de la burocracia cultural estatal a principios de los ochenta. Sin embargo, el texto donde de manera directa se insulta a la esposa del presidente en turno es prácticamente imposible de conseguir. ¿Censura histórica que llega hasta los archivos, o simple coincidencia causada por las precarias condiciones de nuestras instituciones dedicadas a la preservación hemerográfica? No lo sé.

Otra aclaración más. Si bien cuidé que el texto final no se convirtiera en —utilizando la ocurrente expresión de Novo— una “casa de citas”, dadas las características del trabajo emprendido considero que, si bien ellas abundan, son las imprescindibles para soportar y enriquecer lo medular del escrito.

Valéry expresó la conocida sentencia de que una obra no se termina sino más bien se abandona. Borges desde la misma apreciación escribió: “El concepto de *texto definitivo* no corresponde más que a la religión o al cansancio.” El presente trabajo no pretende ser la excepción confirmadora de la sentencia. El tema, como cualquier otro, presenta diversas aristas desde las cuales puede leerse, criticarse e incluso completarse o enriquecerse.

Al escribir sobre personas de carne y hueso se corre el riesgo de ser incómodo. Recordar la forma en que muchos de los ciudadanos de la República de las Letras han actuado en un pasado bastante cercano es factible de ser tomado como una afrenta, máxime cuando una buena cantidad de los sujetos centrales del estudio desdeña profundamente la actividad intelectual con tintes académicos, particularmente los estudios, escritos y publicaciones universitarias. Ahí justamente se inserta el presente trabajo realizado no por un escritor o crítico literario, sino por un académico. Lo sé, no poseo pasaporte de la república de las letras, pero ello evidentemente no me imposibilita escribir sobre su accionar político. Mi ventaja es que no podrán acusarme de darle patadas al pesebre pero con cuidado de evitar que se deshaga, como se ha hecho con escritores que desde adentro se han referido de manera crítica a “la hoguera de las vanidades”, “el festín de egos”, “el invernadero de especialistas en relaciones públicas”, “el mundo en vías de extinción” y demás metáforas utilizadas para referirse al universo literario nacional.

En fin, crucemos las fronteras y adentrémonos en este mundo no virtual, teniendo siempre presente que no es posible juzgar a un escritor sólo por sus opiniones pues ellas son, citando una vez más a Borges, lo más superficial que hay en un hombre. Identificar convicciones políticas con obra literaria es un craso error, sin importar cuál de los dos sentidos posibles utilicemos para evaluar a la parte del binomio que menos nos convenza, guste o apreciemos. Leamos todo lo que deseemos, quedémonos simplemente con lo que nos

apetezca. Quitarse las anteojeras de lo “políticamente correcto” es permitirnos la posibilidad de degustar de manera más libre nuestros placeres, en este caso, literarios.

Por último, es imprescindible dar mi reconocimiento tanto a la Universidad Pedagógica Nacional, institución donde laboro, como al Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, particularmente al Programa de Fomento a Proyectos y Coinversiones Culturales. Ambas importantes instituciones otorgaron generosamente las condiciones y apoyos necesarios para el desarrollo del presente trabajo.

Asimismo, agradezco la lectura crítica y los comentarios de Judit Bokser, Roger Bartra, Daniel Cazés, Gilda Waldman, Roberto González Villarreal, Lucio Oliver, Laura Baca Olamendi y Jorge Turner, quienes, pese a sus voluminosas cargas de trabajo, aceptaron gustosos leer y discutir mi trabajo. Si bien sus críticas me fueron invaluable, creo que la mejor forma de ofrecerles o refrendar mi amistad es, como se acostumbra en estos casos, eximirlos completamente de la responsabilidad de las afirmaciones aquí contenidas.

Ciudad de México  
Julio, 2000



## CAPÍTULO UNO

### LAS FRONTERAS DE LA PALABRA

*Los intelectuales no tienen influencia: los ricos no les temen, los obreros desconfían de ellos, y los campesinos no saben que existen.*

Jerzy Kosonski<sup>5</sup>

#### Escritores e intelectuales

Empiezo relatando una anécdota: el 1 de enero de 1995, estando ya declarada la crisis económica y viviéndose una grave coyuntura política que parecía evidenciar falta de capacidad en la conducción del país por el recién inaugurado gobierno encabezado por Ernesto Zedillo, Germán Dehesa escribió en su colaboración diaria en el periódico *Reforma* un párrafo en donde le reclamaba al presidente que, lejos de cumplir con sus promesas de campaña respecto a conseguir y afianzar el bienestar para las familias mexicanas, en virtud de que –según había rezado uno de sus lemas de campaña– él era una persona que sabría hacer los trabajos necesarios para lograr esas metas, la situación del país no podía ser peor y la economía familiar había sido fuertemente golpeada en los escasos días que él llevaba en el poder y, por si eso fuera poco, en esas fechas se sumaba una lamentable campaña propagandística en la que se le pedía al pueblo más voluntad de sacrificio.

Las siguientes cinco entregas, Dehesa las dedicó a narrar lo que fue su visita a la casa presidencial adonde –para sorpresa de él y de los lectores– fue invitado inmediatamente como consecuencia de aquellas líneas publicadas el primer día del año. En Los Pinos fue recibido por el mismísimo presidente, pues éste se encontraba sumamente preocupado por lo que aquél había escrito, frente a lo cual quería que escuchara su versión y justificación de los hechos. Fin de la anécdota.<sup>6</sup>

<sup>5</sup> Citado en Federico Campbell, *Post scriptum triste*, México, UNAM/El equilibrista, 1994, p. 73.

<sup>6</sup> El artículo generador de la invitación y la narración de la visita del escritor a Los Pinos aparecieron en la columna “Gaceta del Ángel”, *Reforma*, Sección Ciudad, México, del 1 al 7 de enero de 1995.

Reflexionemos un poco sobre el sentido que tiene la acción arriba narrada. Un día festivo (esto es, de mínima circulación en la ya de por sí escasa venta de periódicos en nuestro país) en un diario nacional aparecen publicadas unas cuantas (pocas) líneas dirigidas al presidente de la república. Inmediatamente éste pide entrevistarse con el autor para aclarar los puntos.

Ahora hagamos dos preguntas: 1a. ¿por cuántas personas habrá sido leída esa nota que tanto preocupó a la Presidencia? y, 2a. ¿cuál

El párrafo causante del escozor presidencial es el siguiente:

“El Sacrificio”

Ya volvió a aparecer la palabrita en el discurso oficial. Una vez más, se nos pide sacrificio. Esta palabra se adorna con expresiones del tipo ‘México es más grande que sus problemas’ o ‘México es mucho México’ se sazona con la cabeza recién inmolada de algún funcionario y se sirve muy caliente. Está tan cargada de connotaciones rituales y religiosas que, normalmente, provoca en la sociedad estupor, recogimiento y resignación. No es mi caso. Yo la oigo y se me revuelve el estómago. ¿Sacrificio? ¿Es que alguna vez la gran mayoría de los mexicanos no se ha sacrificado? ¿Cuánto tiempo más? ¿De parte de quién? ¿Por qué, por ejemplo, Cárcoba anuncia que en la reciente fuga de capitales, el primer capital que huyó fue el mexicano? ¿Qué quiere decir Clinton cuando dice que está dispuesto a salvarnos? ¿Por qué, nada más para variar, no sacrificamos ahora a tanta vaca sagrada e intocable que se enriquece con cada crisis y con cada penuria de los mexicanos? Doctor Zedillo: con la pena de que ya no quiero sacrificarme; con la pena de que no le reconozco autoridad moral para ofrecerme malestar para mi familia; si de algo le sirve, le comunico que esa autoridad moral que necesita para pedirnos cualquier cosa, sólo la puede conseguir promoviendo y ejerciendo la justicia; es decir, enjuiciando a los responsables del actual desastre financiero, juzgando a los jumboineptos y megaladrones; procurando el bien de los más ofendidos y lastimados; haciendo un esfuerzo serio y a fondo por la reconciliación nacional, la paz y la restauración del tejido social; ofreciéndonos garantías de que vamos a terminar con la impunidad, la corrupción y la sondable ineptitud del gobierno y dándonos pruebas inequívocas de que está dispuesto a gobernar para todos y no para solapar y enriquecer a esa mafiosa familia que, una vez tras otra, nos ha dejado postrados. Sin darnos esto, no nos pida sacrificios. Sacrificio ¡mangos! primero justicia; primero democracia. Ya sé que esto me quedó como carta a los Santos Reyes; pero, si de su cumplimiento se trata muchísimos mexicanos estaríamos dispuestos a ayudarlo. Firmemente deseo que usted sepa cómo hacerlo.” Germán Dehesa, “Gaceta del Ángel”, *Reforma*, 1 de enero de 1995, México, D.F., Sección Ciudad, p. 1.

De la segunda de las cinco partes que le tomó a Dehesa narrar sus peripecias y reflexiones sobre la invitación a Los Pinos, vale la pena, para efectos del tema que quiero desarrollar, destacar las siguientes líneas:

“... Con respecto al otro artículo... Bastaron estas palabras para que reaparecieran el Presidente y el columnista. ¿El del sacrificio? pregunté yo, inspeccionándome las nueve uñas. Ése, dijo Zedillo, me interesa comentártelo, porque creo que ahí me dices lo que muchos mexicanos quieren decirme en estos momentos. Creo que sí, dije yo, poniendo cara de muchos mexicanos.” Germán Dehesa, “Gaceta del Ángel”, *Reforma*, 4 de enero de 1995, México, D.F. Sección Ciudad, p. 1.

es el peso real que dichos renglones pudieron ejercer en la conformación de la opinión pública nacional?

Las respuestas pueden ir encontrando su justa dimensión si pensamos sobre: ¿cuánta gente lee el periódico en un país de cerca de noventa millones de habitantes? De ese total, ¿cuántas personas habrán comprado el diario un primero de enero como lo fue el de nuestro caso? De tal cantidad ¿cuántos mexicanos habrán leído la columna de Dehesa ese día? Carezco de números precisos para responder las preguntas pero puedo afirmar que cualquiera que sean las cifras, serán verdaderamente insignificantes comparándolas contra el total de la población de nuestro país.

Una anécdota similar sucedida también en la vida real motivó hace apenas unos años la escritura de una novela. La trama es simple: un crítico de arte desliza en su artículo semanal que todos (empezando por él mismo) creen que nadie lee, un fuerte insulto al presidente de la república. Para su mala fortuna, casualmente en esa ocasión, el texto sí es leído y, para colmo, por una persona cercana a los círculos gubernamentales (en el caso de la novela un policía judicial), lo que provoca que el escritor sea motivo de severas represalias, entre ellas obviamente ser despedido de su trabajo.<sup>7</sup>

Con el ejercicio anterior podemos empezar a vislumbrar una pregunta clave que guiará este trabajo y sobre la cual de ninguna manera pretendo arrogarme la patente por haberla sugerido: ¿cuál es la razón de que un escritor, que es leído por prácticamente nadie en términos absolutos, tenga un peso específico tan grande como para inquietar a un presidente quien, abriéndole un espacio en su apretada agenda, lo manda llamar *ipso facto* para que escuche y conozca su versión y su visión de los problemas nacionales?

El cuestionamiento resulta aún más interesante cuando recordamos que esas mismas puertas de Los Pinos se mantuvieron perfec-

<sup>7</sup> "... en 1986 el columnista de artes plásticas de *Novedades*, Alfonso de Neuvillate, entreveró en un artículo un insulto al presidente Miguel de la Madrid. En efecto, en la reseña dedicada al pintor Miguel García Ceballos, entre líneas, el crítico deslizó las siguientes frases: '... García Ceballos pinta selvas frenéticas, selvas expansivas..., plasma jirafas y monos solferinos y uno que otro estúpido como Miguel de la Madrid (léase pendejo, loco y degenerado) y atrás los telones de fondo de la gloria tricolor...'" José Alberto Castro, "Enrique Serna enjuicia al medio literario en su thriller 'El miedo a los animales', surgido del insulto de un crítico de arte al expresidente De la Madrid", *Proceso*, núm. 992, 6 de noviembre de 1995, México. Por supuesto, véase también: Enrique Serna. *El miedo a los animales*. México, Joaquín Mortiz, 1995.

tamente cerradas (atrincheradas y resguardadas por las fuerzas represivas) cuando por esas fechas los diputados de un partido de oposición (esto es, miembros del poder legislativo) se presentaron ante ellas buscando entrevistarse con el presidente; o cuando meses después, agobiados por el cierre de su fuente de empleo, ¡12 mil miembros de un sindicato bloquearon la casa presidencial para exigir que se les tomara en cuenta en la decisión sobre la empresa donde laboraban. Para ambos grupos los accesos tanto a la casa como a la agenda presidencial se mantuvieron clausurados, mientras que al escritor que paradójicamente ni siquiera había pedido entrevistarse con el *Tlatoani*, rápidamente se le mandó llamar para justificarse ante él, y sólo ante él, de las acciones políticas y económicas tomadas en esas primeras semanas de gobierno.

La anécdota reseñada es sólo una de tantas que conforman la relación entre los intelectuales y el poder en nuestra sociedad. Evidentemente, tras las preguntas que he sugerido se encuentra uno de los puntos más discutidos y trabajados dentro del análisis social y político contemporáneo. Me refiero en términos generales al sentido que el ser intelectual tiene y en particular, pues es el tema de mi trabajo, cuál es y por qué su rol en la sociedad mexicana.

En ocasión de un estudio anterior que versó sobre uno de los escritores más importantes de la historia cultural mexicana –sin duda el más trascendente de la segunda mitad del presente siglo–, tuve la ocasión de acercarme al tema general sobre la conceptualización de *lo intelectual* y, por consiguiente, de los intelectuales.<sup>8</sup> Ahí sostuve una idea de la que, según me adentro en los recovecos que el tema tiene, estoy más convencido pareciéndome incluso ya de sentido común: intentar encontrar una definición precisa de intelectual que contenga los elementos suficientes y generales como para que los estudiosos se pongan de acuerdo es un trabajo imposible, por no decir un intento completamente absurdo.<sup>9</sup> Frente a esto es necesario percatarse y asumir que cada investigador adecua el concepto

<sup>8</sup> Cfr. Xavier Rodríguez Ledesma. *El pensamiento político de Octavio Paz. Las trampas de la ideología*. México, Plaza y Valdés/UNAM, 1996. Particularmente el capítulo núm. 1: “¿Por qué y para qué un trabajo de sociología sobre un poeta?”.

<sup>9</sup> Cfr. Enrique Suárez-Íñiguez. *El papel de los intelectuales*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación del Sistema de Universidad Abierta, 1989, p. 1-27.

para que abarque ciertas características en función del objeto particular elegido por él, lo cual además de válido metodológicamente es lo más conveniente para evitar quedar atrapado en una discusión simplemente logomáquica.<sup>10</sup>

Si a lo anterior agregamos el elemento fundamental de esta disquisición referido a la *historización* del concepto, podemos avanzar tanto en la comprensión de la existencia del enorme número de definiciones que podemos hallar, más cuanto en las especificidades que se le asignan a cada una de esas interpretaciones en función del rol que el intelectual cumple, su relación con la *Razón*, la verdad, la política, el lenguaje, el poder, etcétera.

De tal forma, paradójicamente, parece un lugar común que al inicio de casi todos los escritos sobre el tema de los intelectuales, el autor señale justamente la existencia de un sinfín de definiciones sobre lo que es un intelectual, continuando en seguida con la expli-

---

En un texto clásico sobre el tema se afirma: "Pocos términos son tan imprecisos como el de 'intelectual'. Su sola mención es capaz de provocar un debate, tanto sobre su significado como sobre su evaluación. Para muchos, representa cualidades de las que se desconfía y a las que se desprecia profundamente; para otros, denota una excelencia a la que se aspira, aunque no se logra frecuentemente. Lewis A. Coser. *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo*, 2a. reimp. México, Fondo de Cultura Económica, 1980, p. 9.

Por su parte, Norberto Bobbio escribe: "La mayor parte de estos discursos [los escritos sobre intelectuales] están viciados por un error lógico muy común, del que un intelectual debería guardarse bien: la falsa generalización. (...) Hablar de los intelectuales como si perteneciesen a una categoría homogénea y constituyesen una masa indistinta es una insensatez. (...) De cualquier forma que se definan la naturaleza y la función del intelectual (definición que, habitualmente, viene dada como presupuesto) no es posible dar una definición tan restrictiva que haga plausible un juicio de absolución o de condena global." Norberto Bobbio. *La duda y la elección. Intelectuales y poder en la sociedad contemporánea*. España, Paidós, 1998, p. 15 (Paidós Estado y Sociedad, 40).

En un trabajo reciente sobre el tema, el autor llega a una paradójica conclusión en el sentido de que tantos estudios que se han dedicado al respecto han acabado por chotearlo e, incluso, han sido contraproducentes al lograr que ese grupo sea denostado y descalificado. *Cfr.* Tomás Maldonado. *¿Qué es un intelectual? Aventuras y desventuras de un rol*. España, Paidós, 1998, p. 10-13, ss. (Paidós Studio, 118).

<sup>10</sup> *Cfr.* Allan Knigh. "Intellectuals in the mexican revolution", y Henry C. Schmidt. "Power and sensibility: toward a typology of mexican intellectuals an intellectual life, 1910-1920", en: A. Camp Roderic, Charles A. Hale, Josefina Zoraida Vázquez, editores, *Los intelectuales y el poder en México*. México, El Colegio de México y UCLA Latin American Center Publications, 1991. También puede verse: Julio Le Riverend. "Observaciones sobre la historia y la creación intelectual", en: Pablo González Casanova, coord., *Cultura y creación intelectual en América Latina*. México, Siglo XXI, 1984.

citación sobre cuál es la que a él le conviene para llevar a cabo sus reflexiones y análisis.<sup>11</sup>

La necesidad de ese ajuste de cuentas conceptual y demostración de conocimientos sobre tan infinita variedad de definiciones es aparentemente tan ineludible que, incluso, algunos lectores atentos al tema, cuando se acercan a un escrito nuevo buscan desesperadamente en primera instancia cuál es el sentido que el autor asumirá del término “intelectual”, para de ahí elegir si le conviene o no leerlo o, por lo menos, identificar las reservas que deba tomar frente al texto. Fue el caso, por ejemplo, de un dictaminador de alguna editorial que exigía fervorosamente que se refiriera de manera detallada la concepción gramsciana de los intelectuales, como requisito indispensable para darle su aprobación a una obra a fin de que pudiera ser editada por su compañía.

El peligro de ser atrapado por los conceptos está latente quizá más que en ninguna parte en este tipo de trabajos. Frente a ello debemos tener presente que el mundo en su impar complejidad nos obliga a usar las palabras, a “hacerlas chillar” y a evitar a toda costa quedar atrapados en una discusión sin fin. Dado mi objeto de estudio no está de más señalar que si alguien sabe esto, es decir, las bondades, flexibilidades y virtudes de las palabras y su uso para expresar con exactitud lo que el autor quiere proponer, más allá de las supuestas y anheladas relaciones con la realidad, son los escritores, particularmente los poetas.

Si hace cuarenta años Jan Szczepanski ya había reconocido y analizado más de sesenta definiciones distintas del término intelectual, las cosas en estas décadas no se han facilitado para el analista inte-

<sup>11</sup> Uno de los ejemplos más recientes es: “La definición de ‘intelectual’ podría ser ampliada *ad infinitum* para incluir a todo tipo de personas que comparten una sola característica, a saber: que su trabajo no es manual. (...) Perfectamente consciente de que una parte de la riqueza del concepto escapa al estrechar los límites de lo que entiendo aquí por intelectual, me parece que no hay más remedio. Así pues, me ocupo solamente de los ‘intelectuales públicos’, independientemente de su disciplina profesional: pueden ser –y son– novelistas, politólogos, sociólogos, historiadores y poetas. Los intelectuales públicos, según Russell Jacoby, son aquellos que se dirigen a un público amplio y educado, en un lenguaje no especializado y sobre temas de interés general”. José Antonio Aguilar Rivera. *La sombra de Ulises. Ensayos sobre intelectuales mexicanos y norteamericanos*. México, Porrúa/CIDE, 1998, p. 11-12.

resado en estos menesteres, al contrario.<sup>12</sup> Las complejidades sociales, las diversas y distintas formas de expresión de las relaciones entre el poder, la cultura, la sociedad, etcétera, han hecho que las preguntas florezcan mientras que las respuestas existentes se muestren cada vez más insuficientes. Bobbio justamente inicia su texto específico al respecto quejándose de que es tal el *boom* de escritos sobre el tema que, cuando empezó a sistematizar sus primeras fases de trabajo, más tardaba en leer la última novedad escrita sobre intelectuales cuando ya estaba en circulación algún nuevo texto al respecto.<sup>13</sup> Es cierto: los temas se ponen de moda; pero también habría que agregar al análisis el hecho de que la hiperespecialización de las ramas de la cultura por lo general significa la existencia de un enorme número de obras que versan sobre un mismo tema específico, lo cual se convierte en un reto enorme para el investigador, quien debe tener la paciencia y sensatez que le permita no perder el sentido de sus límites profesionales y, principalmente, personales. Por ejemplo, Fernando del Paso suele platicar que llevaría alrededor de veinticinco años leer toda la bibliografía existente acerca exclusivamente de Juárez y Maximiliano, y que él decidió en un momento determinado suspender su lectura para empezar a escribir *Noticias de un Imperio* ya que, de no hacerlo, corría el peligro de terminar tan loco como la emperatriz Carlota.

Asumiendo el peligro de caer en el lugar común señalado respecto a los estudios sobre intelectuales, insistiré en que difícilmente podemos ponernos de acuerdo en alguna de las múltiples defini-

<sup>12</sup> Jan Szczepanski. *Intellectuals in Contemporary Society*, referido en Atahualpa Rodríguez, "Los científicos sociales latinoamericanos como nuevo grupo de intelectuales", en: *El Trimestre Económico*, vol. I (2), núm. 198, México, Fondo de Cultura Económica, abril-junio de 1983, p. 939. Considérese también la siguiente afirmación: "Acerca del universo de los intelectuales no han sido pocos los estudiosos que a lo largo del siglo xx han tratado de definir su rol, su función o sus tareas de frente a la sociedad y la política. En este esfuerzo se han pretendido desentrañar no sólo los orígenes etimológicos del nombre, sino también las distintas *figuras de intelectual* que es posible identificar en los momentos históricos más variados." Laura Baca Olamendi e Isidro Cisneros H., comps. *Los intelectuales y los dilemas políticos en el siglo xx*. México, Flacso/Triana, 1997, p. 11, ss. *Cfr.* Tomás Maldonado, quien cita a una treintena de autores importantes que entre 1926 y 1988 escribieron sobre el tema exclusivamente en su noción occidental. T. Maldonado, *op. cit.*, nota al pie núm. 1.

<sup>13</sup> Bobbio, *op. cit.*, p. 13. El autor refiere que tan sólo en 1992 se publicaron en Italia ocho textos sobre el tema.

ciones existentes del intelectual. Incluso sostengo que el término nos puede servir de ejemplo del carácter profundo del lenguaje: el objeto no corresponde con un concepto, más bien es el concepto el que construye al objeto. Si esto lo vemos a través de un prisma que nos muestre una multiplicidad de objetos similares pero históricamente específicos y quizá únicos, podemos imaginar el problema conceptual que nos significa.<sup>14</sup>

De tal forma, intentando avanzar en hacer explícito el objeto de estudio que estaré abordando en el presente trabajo, continuemos haciendo una serie de preguntas cuyas respuestas probablemente pueden generar alguna incomodidad metodológica pues, estoy convencido, en muchas ocasiones la explicación a la interrogación crucial sobre el porqué de la importancia y trascendencia que se les dan a los escritores en nuestro país siendo que prácticamente nadie los lee, parecerá bordar sobre ámbitos morales, éticos e, incluso, metafísicos. Veamos a que me refiero.

Presento dos polos de un mismo fenómeno. En primer lugar, el concepto puede ser utilizado como vituperio, como descalificación sobre un individuo y/o sus opiniones. En segundo, lo intelectual referido a que las afirmaciones que se visten con la toga de haber sido lanzadas por algún intelectual (de preferencia *re-conocido*) pueden llegar a convertirse en guía de acción o (por lo menos repetición verbal) por aquellos que la han escuchado; esta última línea es la más evidente y socorrida en los estudios especializados. Me explico.

El descalificativo "intelectual" o su derivado aún más peyorativo y eufemístico "intelectualoide", es asestado a cualquier opinión o persona a la que se quiere evidenciar como alejada de las condiciones y problemáticas "reales" del juicio, política, idea o cualquier otra cosa que ese intelectual haya criticado. Así se plantea que los intelectuales piensan y viven alejados de una realidad que no pueden comprender por, se sobrentiende, habitar en su famosa, distinguida y clásica "torre de marfil", discutiendo acerca de sus cosas, incapaces de comprender la realidad de los fenómenos.<sup>15</sup>

<sup>14</sup> Al respecto, Irving Howe escribió: "nunca será fácil llegar a un acuerdo sobre cómo definir a los intelectuales, aunque en la práctica no nos sea difícil reconocerlos...". "Los intelectuales, la disidencia y los burócratas", en: *Vuelta*, núm. 95, México, octubre, 1984, p. 11.

<sup>15</sup> "La Torre de Marfil es la sabiduría de la antigüedad, el palco del teatro, la tribuna del visionario, la casa del poeta apestada por la locura, la tumba del poeta. Hay tantas clases de Torres



En nuestro país el desdén sobre el intelectual tiene, entre otras, razones históricas bastante cercanas que estarán presentes como telón de fondo a lo largo de nuestro trabajo. Me refiero a la disputa política que, una vez terminado el movimiento armado revolucionario de 1910, se dio cuando un escritor-profesor-intelectual, José Vasconcelos, fue contendiente real, *ergo* peligroso, de los grupos políticos militares. De tal forma, el ataque contra el “catrín hacedor de discursos” fue feroz.<sup>16</sup>

Ahora bien, existe otra situación aún más agravante. Al acusar de “intelectualoide” a alguien se le deja completamente en el limbo, pues ni siquiera se le otorga el cuestionado mérito de vivir en la Torre de Marfil, más bien se le reprende por ser un simple simulador, esto es, alguien que pretende (fracasando en el intento) pasar por algo que no es, en este caso, intelectual. El “intelectualoide” es una simple y grotesca caricatura, un vil emulador fallido, un usurpador chafa. Si de por sí una razón intelectual es desdeñada, a la “intelectualoide” ni siquiera se le brinda el atributo de compartir esas de por sí criticables y dudosas características, antes al contrario, es motivo de escarnio y profundo desprecio.

---

de Marfil como escritores hay.” Christopher Domínguez Michael. *Tiros en el concierto. Literatura mexicana del siglo V*, México, Era, 1997, p. 494 ss. y p. 260 ss.

Véase también la siguiente idea: “Con frecuencia se admite, aunque no muy abiertamente, que la cultura mexicana manifiesta actitudes y posiciones antiintelectuales. Ello parte del equívoco de considerar que lo intelectual sólo se refiere a lo que producen los ‘intelectuales’. Pero en realidad, es la colectividad la que genera estructuras cognoscitivas, creencias, ideas e imágenes, y dentro de ese contexto ciertos grupos se encargan de sintetizar o aclarar las ideas de las discusiones en curso, o de crear nuevas ideas o imágenes que den mejor cuenta del presente y se proyecten hacia el futuro.” Lourdes Arizpe y Maricarmen Tostado. “El patrimonio intelectual: un legado del pensamiento”, en: Enrique Florescano, comp. *El Patrimonio cultural de México*. México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 64.

Sobre este punto Bobbio escribe: “Detrás de la figura del intelectual-guía aparece siempre la contrafigura del instigador, del corruptor, del falso pedagogo, del falso profeta, del demagogo; detrás de la figura del intelectual-guardián de los valores eternos, la contrafigura del inepto, atomizado, del decadente, si no es, incluso, la del parásito.” *Op. cit.*, p. 131-132.

<sup>16</sup> “Algunas hipótesis: el antiintelectualismo que priva en la sociedad mexicana, independientemente que pueda o no documentarse con la conducta de algunas personas (...), es una rutina establecida durante la pugna de caudillos contra jilgueros. Hubo dinero oficial para denigrar a Vasconcelos como corrupto, por ejemplo. Fue un arma oficial para someter al gremio, restándole valor de denuncia.” José Joaquín Blanco. “Exaltación y vituperio de los intelectuales”, en: Enrique Florescano, coord. *Mitos mexicanos*, México, Aguilar, 1995, p. 60.

La línea que divide al “intelectualoide” del intelectual es sutil, generada en la mayoría de las ocasiones por una coyuntura específica que hace imprescindible descalificar una opinión que pudiera llegar a tener algún peso por el hecho de que el emisor fuera reconocido como intelectual. Así, la mejor forma de eliminar tal posibilidad es, simplemente, quitarle el atributo, logrando simultáneamente denigrar al emisor acusándolo de usurpador y simulador.<sup>17</sup> ¿Pero en qué consiste esa cualidad distintiva que se le niega? Pospongamos un poco la respuesta en aras de enriquecer el objeto de reflexión.

En el otro extremo, cuando un discurso, programa televisivo o radiofónico, clase académica, trabajo escolar o simple plática social quiere presentarse con mayor grado de legitimidad o respetabilidad, la referencia a opiniones, lecturas, párrafos o sentencias escritas o dichas por intelectuales ya reconocidos como tales es obligatoria. Hace tiempo fueron los *latinajos*, más recientemente los *leninajos*; hoy en día ambos son sustituidos por frases de diversos escritores en sus novelas, poesías, ensayos, comentarios o declaraciones más recientes. En la jerga académica es imprescindible citar los artículos o libros más actuales, de preferencia aún no traducidos. En un ámbito más amplio, la referencia obligada tanto a los clásicos como a las novedades del mercado literario y a los autores de moda es ineludible.<sup>18</sup> Sin embargo, a contrapunto de esta disección encon-

<sup>17</sup> No hace mucho, se dio un ejemplo interesante de este juego descalificadorio. Un diputado priísta, enojado por algunas afirmaciones críticas de Carlos Monsiváis, intentó descalificarlo asestándole el adjetivo de “opiniones intelectualoides”. También pocos días antes de las elecciones del dos de julio del 2000, el a la sazón candidato ganador Vicente Fox decidió quitarle a Monsiváis su estatuto de intelectual, pues éste sistemáticamente lo incomodaba con su crítica. La paradoja de ambos casos es evidente.

<sup>18</sup> Es por demás significativo que el Subcomandante Marcos, de quien me ocuparé en las siguientes páginas, señale: “Yo me acuerdo que la biblioteca de Aguascalientes, de Guadalupe Tepeyac, que era más grande que ésta, tenía la colección más completa de marxismo-leninismo. Todos los libros que la gente ya no quería los mandaban allí. Obras completas de Engels, de Marx, de Lenin, de Mao, de Castro, todo estaba ahí, **todo, pero no había casi novelas, ni poesía, ni teatro...**” Yvon Le Bot. *Subcomandante Marcos. El sueño zapatista*. México, Plaza y Janés, 1997, p. 346-345. (Negritas del autor.)

Al respecto, Enrique Serna ha aconsejado irónicamente: “Para demostrar que tienes una cultura tan abrumadora como exquisita, exhibe con elegancia tu erudición. Ejemplo: si reproduces un fragmento de *Las mil y una noches*, que sea de la noche 976. Dará la impresión de que ya leíste las anteriores.” *Las caricaturas me hacen llorar*. México, Joaquín Mortiz, 1996, p. 142. Ni modo, véase también como ejemplo los epígrafes elegidos para este trabajo.

tramos el universo más general en el cual el hábito de la lectura es prácticamente inexistente.<sup>19</sup>

Si las aventuras y desventuras de las estrellas deportivas o televisivas son vistas cotidianamente por millones de personas, si los capítulos finales de las telenovelas o los juegos de la selección nacional de fútbol pueden *de facto* paralizar al país, esto es, si la cada vez más extinta conversación social se mueve dentro de esos grandes ejes comunicativos (temas), por qué –vuelve a aparecernos la pregunta– la sociedad o, para ser más exactos, alguna parte más bien escasa, le da tanta importancia y tiene tanto recelo de lo que hagan o digan los escritores y, recordemos nuestra pregunta inicial, ¿por qué a los gobernantes les preocupan tanto? En este sentido, cabe mencionar lo que Carlos Fuentes contestó recientemente a la pregunta expresa sobre el sentido que la fama tiene para un escritor:

Si yo comparo mi fama con la de Elvis Presley o Madonna, la mía es una fama inexistente, ¿verdad? Es de un tamaño minúsculo. De manera que tengo una idea de la proporción de las cosas. Fama es la de los cantantes de rock y la de ciertos políticos, no la de los escritores que vendemos de 60 a 50 mil ejemplares cuando nos va bien. Con las excepciones de Pablo Neruda o de Gabriel García Márquez, que son escritores de gran venta. Pero en realidad sí (sic) me va bien como novelista y vendo 60 mil ejemplares de una novela, en México me siento satisfecho. Eso es minúsculo en comparación con la cantidad de discos que puede vender una estrella pop y de rock and

<sup>19</sup> Acerca de la carencia de hábitos de lectura pueden verse: a) Roger Bartra. “Libros hambrientos. Lectores escasos”, en: *Reforma*, sección Cultura, 10 de febrero de 1998, México; b) Jorge A. González y María Guadalupe Chávez M. *La cultura en México*. “I. Cifras clave”, México, Conaculta/Universidad de Colima, 1996; c) Xavier Rodríguez Ledesma. “La Lectura como forma histórica de la Educación en Latinoamérica”, en: *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*. México, UNAM, núm. 171, enero-marzo, 1998; d) Gabriel Zaid, *Los demasiados libros*. España, Anagrama, 1996 (Argumentos, 183); e) Xavier Rodríguez Ledesma, “Libros, educación y cultura”, en: *El Acordeón*, núm. 22, enero-abril, México, Universidad Pedagógica Nacional, 1998.

Por su parte, Enrique Serna afirma: “Quien estudie con atención las secciones culturales de los periódicos descubrirá que en México nadie lee (según la Secretaría de Comercio, tenemos menos librerías *per capita* que Haití), pero todo puede ser pretexto para alimentar las pugnas entre escritores: Los premios, las traducciones, la notoriedad política, los viajes al extranjero, los tirajes, las antologías, la cercanía con el presidente, la capacidad de convocatoria, el pegue con las mujeres, el número y la calidad de la gente que asiste a las presentaciones de libros, el mayor o menor prestigio de la editorial donde se publica.” *Las caricaturas...*, *op. cit.*, 1996.

roll o los millones de espectadores de la película Titanic, eso son chilaquiles, eso ayuda a bajarle a uno los humos.<sup>20</sup>

Ya que estoy tocando el tema de la televisión como protagonista de la vida cultural contemporánea, conviene recordar otro ejemplo ilustrativo del peso que la sociedad parece darle a la palabra escrita y por tanto en primer lugar a los que la escriben y, en segundo, a los que son capaces de leerla. Es sabido que dentro de la conformación del mensaje hegemónico que, nos guste o no, se transmite entre otros medios por la televisión, los noticiarios son ejes centrales para la reproducción de una forma específica de entender a la sociedad en general y, por supuesto, a los diversos fenómenos históricos (políticos, económicos, sociales, etcétera) que se nos presentan cotidianamente en forma de noticias. De tal forma, si se pretende que las noticias, los comentarios, los editoriales, en suma, la opinión de la cadena televisiva sea asumida como cierta, verdadera y objetiva, es necesario que el público vea en el conductor a alguien digno de su credibilidad, esto es, alguien cuyas opiniones pueden y deben ser ciertas.

Los análisis de los comunicólogos respecto de la manera en que con toda intención se diseña una imagen televisiva son abundantes desde hace por lo menos tres décadas; incluso hace apenas unos meses un conductor de telenoticiarios reconoció estar consciente del enorme peso que su tono de voz o actos aparentemente tan inocuos como el levantamiento de una ceja, tienen en la “editorialización” de

<sup>20</sup> “A la literatura se opone en México la vida literaria dice Carlos Fuentes, llena de ataques, envidias, chismes... yo huyo de ella”, entrevista de José Alberto Castro, revista *Proceso*, núm. 1153, México, 6 de diciembre, 1998, p. 48.

Respecto al asunto de la fama por causas extraliterarias de los escritores, Carlos Monsiváis también comparte la apreciación:

“-(...) *¿Qué piensa de esta fama que tiene?*”

Es una fama absolutamente relativa porque depende de la idea social que se tiene del intelectual. Creo que no se va muy lejos. Depende para subsistir de que la televisión intervenga, y tiene muy poco que ver con la literatura; a uno lo conocen casi siempre por razones extraliterarias, o cuando se da el caso de las personas literarias como Octavio Paz: se sabe que escribe, pero no se lee su poesía. No soy famoso; soy conocido, y soy conocido como intelectual en un medio que tiene una idea abstracta, vaga y remota de los intelectuales. Que un intelectual sea conocido por gente que no lee es una excentricidad.” Egan Linda. “Entrevista con Carlos Monsiváis”, en: *La Jornada Semanal*, núm. 137, México, 26 de enero, 1992, p. 18.

las noticias que está diciendo. En México, desde hace ya muchos años hemos atestiguado formas verdaderamente impecables de cumplir este objetivo. Elijo una que, para efectos del tema que estoy tratando, es sumamente llamativa.

Durante lustros la televisión nacional tuvo un noticiero que aca-paraba la audiencia informativa. Su titular era uno de los líderes y formadores de opinión más importantes e influyentes. Dentro de las estrategias utilizadas por esta persona había una muy clara. Periódicamente dicho personaje presentaba una abundante pila de libros y revistas en su mesa de trabajo, dedicando algunos minutos a decir que los acababa de recibir, en muchas ocasiones directamente de los autores, comentando que ya había leído algunos y que en los próximos días (por lo general en fin de semana) terminaría de despachar tan abundante carga. Para demostrar que no estaba mintiendo utilizaba cierto tiempo en charlar sobre alguno de los textos y sazónaba en ocasiones sus apreciaciones platicando al público alguna anécdota vivida con el autor del cual, obviamente, no dejaba de mencionar que era buen amigo. ¿Por qué hacía esto?, ¿qué es lo que se perseguía demostrándole al televidente que tal lector de noticias era también un ávido lector de literatura y, por si eso fuera poco, amigo íntimo de muchos autores?

La respuesta nuevamente nos refiere al peso que la letra escrita como elemento primario del trabajo intelectual tiene en la conformación de una perspectiva de la sociedad, de su historia, problemas y soluciones.<sup>21</sup> El objetivo era bastante sencillo. Para el público televisivo cuyos niveles de lectura en el mejor de los casos son ínfimos, las apreciaciones de alguien que lee, que tiene esa habilidad, costumbre, vicio o cultura, le parecen fundadas, informadas, verdaderas, reales. De tal forma, las distintas opiniones de este personaje –al que la gente tuteaba (como lo hacían los presidentes y escritores por él entrevistados) aunque jamás en la vida lo hubieran visto en persona– no sólo sobre el libro que él ya había leído, sino también sus reflexiones acerca de política, economía, cultura, etcétera, debían ser dignas de cré-

<sup>21</sup> En este sentido Federico Campbell certeramente ha escrito: “Si en Grecia la figura típica del intelectual era el orador, a partir de la invención de la imprenta el prototipo es el escritor, el autor de libros, panfletos y artículos periodísticos.” “Los intelectuales y el poder”, en: O. Baca y H. Cisneros, *op. cit.*, t. I, p. 28.

dito. El brinco mortal cultural (epistemológico y político) se daba sin mayor esfuerzo: si él es un hombre leído, lo que opina debe ser cierto; su opinión es respetable, “por algo lo dirá” y ese “algo” radica en las lecturas (información, sabiduría, sapiencia) que ha acumulado. De ahí a creer en sus opiniones sobre otros ámbitos (fundamentalmente el político) para sumarse a ellas y repetir las, sólo había un paso. El camino de la manipulación por esta vía estaba allanado.<sup>22</sup>

Es cierto, la realidad a veces puede más que cualquier tipo de manipulación, de tal forma cuando esta personalidad de la historia cultural y televisiva, *ergo* política, de México perdió su credibilidad, fue inmediatamente sustituido por otro. Ese rol político era y es tan importante que no puede ser abandonado al azar o, como en este caso, no se podía seguir manteniendo en tal puesto crucial a alguien al que ya muy pocos creían, aunque se diga (o incluso sea) muy “leído”. La descredibilidad lo había besado, aunque se hablara de tú con los escritores y leyera semanalmente pilas de libros.

Con esta lógica de observación del fenómeno de la escritura/lectura es posible, aunque parezca increíble, dar una vuelta de timón de ciento ochenta grados para analizar la importancia, trascendencia y efectividad de otro personaje que utiliza su capacidad de escribir, su dominio y poder sobre el lenguaje, su aptitud de crear un texto, para imbuirle mayor filo a su lucha política. Me refiero a la destreza para escribir del subcomandante Marcos, su habilidad para argumentar y darle peso a su accionar, que ha hecho que “lo escrito” constituya una de las estrategias fundamentales del Ejército Zapatista de Liberación Nacional.

Es argumento sabido que uno de los atributos políticos más importantes del EZLN ha sido, junto a la utilización de los tiempos, el empleo de una estrategia comunicativa muy bien elaborada. Unido al uso de las formas más avanzadas de comunicación cibernética, se encuentra una crucial pues ha surtido un efecto impresionante. Hablo de la capacidad lírica de Marcos, la cual ha sorprendido tanto

<sup>22</sup> *Cfr.* “No importa lo que diga éste o aquel escritor en un periódico, en una revista. (Vale más, en términos propagandísticos, un minuto de Jacobo Zabłudowski que, por ejemplo, un artículo crítico de Lorenzo Meyer.) La verdad que prevalece es la que promueve el aparato propagandístico del gobierno: la verdad del poder.” Federico Campbell. *La invención del poder*. México, Aguilar, 1994, p. 131.

a amigos como enemigos. Para muchos él encarna la simbiosis anhelada: el guerrillero escritor o el escritor guerrillero, según se quiera poner el énfasis. Con él –parecen decir– por fin surgió en nuestras tierras un intelectual no de la Torre de Marfil sino de las Cañadas de la Selva, no de arriba sino de abajo. Tal fue su impacto que los propios intelectuales se vieron sorprendidos por la aparición de un personaje con estas características, llegándose incluso a un punto en el que muchos querían desesperadamente hacerlo su interlocutor y éste se permitió actuar según los cánones que dicta el protocolo del mundo literario: eligió quiénes serían sus invitados a la selva, sus pares con los que polemizaría, sus preferidos para los epígrafes, notas y referencias, y a quienes simplemente castigaría con el látigo de su desdén al no firmarles de recibido.<sup>23</sup>

Obvio es que tanto el accionar como el propio personaje no contarían con aprobación unánime. El primero en reprobarlo, atacarlo y perseguirlo sería evidentemente su enemigo, el gobierno mexicano. A éste le llevó escasos cinco años pensar una estrategia más eficiente que la de demostrar cotidianamente su propia incapacidad para escribir algo más que un memorándum.<sup>24</sup> Hoy en día el gobierno ha pasado de eludir la (por llamarla de algún modo) discusión

<sup>23</sup> “Sospecho que un buen número de colegas, pequeños, medianos y grandes, se preguntan diariamente en el baño, después de lavarse la cara: “Dime, espejito, ¿qué lugar ocupó en el escalafón de la cultura nacional? ¿No es verdad que ya voy alcanzando a Octavio? De esto no escapan ni los paladines literarios de la sociedad civil, como lo puso en evidencia el torneo de vanidades que desató la Convención Nacional Democrática. ¿Quién no recuerda sus bochornosas cartas a *La Jornada*, en las que, so pretexto de respaldar al Ejército Zapatista, se ufanaban de que Marcos los había distinguido con una invitación a la selva?” E. Serna. *Las caricaturas...*, op. cit., p. 209.

Véase también las reflexiones que a escasos dos meses del levantamiento armado ya se hacían al respecto en Laura Baca Olamendi, “Después de Chiapas: la responsabilidad civil de los intelectuales”, en: *La Jornada Semanal*, núm. 247, México, 6 de marzo de 1994, p. 16-17. A inicios de 1999 el Subcomandante levantó el guante blanco arrojado por Guadalupe Loaeza el 31 de diciembre de 1998 y contestó las preguntas y afirmaciones de la exitosa escritora sobre lo que el EZLN ha logrado durante el lustro que lleva de vida. Por su parte, la autora del texto nos avisó, con el siguiente significativo párrafo, que a su vez le respondería a Marcos en su siguiente entrega: “P.D. El próximo jueves en este mismo espacio responderé, dentro de mis posibilidades, la larga carta que me hizo favor de enviar el sub comandante Marcos. **Lo que son las cosas de la vida, hacía cinco años que la esperaba.**” “El código de Cuauhtemocl”, *Reforma*, México, 12 de enero de 1999, p. 13-A. (Negritas del autor.)

<sup>24</sup> Me refiero a los burócratas gubernamentales encargados de las negociaciones con el EZLN. Sin embargo, debo aclarar que no pierdo de vista las polémicas generadas alrededor de la aparición de, fundamentalmente, dos textos (Carlos Tello Díaz, *La rebelión de las cañadas*,

epistolar a simplemente ningunearla. Es claro que al no sentirse con las posibilidades literarias para combatir en ese terreno, lo que prefiere es usar esa forma de descalificación. Hace poco tiempo surgió de la Secretaría de Gobernación la sentencia contundente: “Marcos es sólo un tipo que manda comunicados (¿“intelectualoide?”), que se deje de esas cosas y de verdad se siente a negociar, él no obstaculizará la labor social del gobierno en Chiapas.” Tal estilo de respuestas no es nueva; por lo general a falta de argumentos, frente a la evidenciación de sus dobles mensajes, el gobierno se refugia en la intolerancia, en este caso en forma de bravatas baratas.

Por otra parte, desde la trinchera de los escritores profesionales ha habido respuestas diversas a los afanes literarios del subcomandante. Algunos le reconocen los suficientes méritos literarios para ser identificado como interlocutor o, incluso, como parte del gremio. Pero también están los que lo descalifican por su —según ellos— pobre prosa, carencia de estilo, excesivo romanticismo que raya en el sentimentalismo, etcétera. Además, por supuesto, están los que de plano dicen no tomarlo en serio ni política ni literariamente por ser, según dicen, uno de los últimos sobrevivientes de tiempos y doctrinas que ya debieran haber sido completamente superados, amén de un mediocre escritor.

Si bien todo lo reseñado hasta aquí respecto al líder del EZLN puede ser interesante, para efectos de este estudio lo que llama insistentemente la atención es que el propio Marcos se ha sentido agredido cuando desde el espacio político del que se podría haber esperado una aprobación general, no la encuentra e incluso aparecen algunos a los que de plano no les gustó su estilo literario o, peor aún, tomaron no tan seriamente como aquél anhelaba su fervor por escribir. Recordemos que una de las primeras cosas que él hizo en aquellos meses iniciales del conflicto, fue mandarle una poco tolerante mentada de madre a un caricaturista que había cometido el pecado de utilizar para su trabajo diario el afán del “Sup” por enviar larguísimos escritos desde la selva.<sup>25</sup>

México, Cal y Arena, 1996, y Bertrand de la Grange y Maite Rico, *Marcos, la genial impostura*, México, Nuevo Siglo/Aguilar, 1998) que para muchos significaron parte de la estrategia política para enfrentar, en este caso en blanco y negro, los extensos comunicados de Marcos.

<sup>25</sup> El hecho de que Magú haya tomado a pitorreo esa actividad de Marcos y, para colmo, que sus caricaturas se publicaran en *La Jornada*, periódico que desde el principio del levanta-



Es evidente que Marcos se toma muy en serio su labor de escritor, ésta representa una estrategia crucial dentro de la disputa política por la opinión pública nacional e internacional. Su propia insistencia en que su escritura no le es tan importante parece desmentirlo,<sup>26</sup> sobre todo cuando en contra de esos dichos procura y permite la publicación de libros que reúnan sus textos.

Sin embargo, la necesidad política de sostener esa imagen desinteresada del quehacer literario es lo que explica la polémica generada sobre la razón de publicar un libro con la recopilación de los relatos escritos por el subcomandante. Éste, como no queriendo, como sin darle importancia, se tomó la molestia de escribir su propio prólogo (que, obviamente, no quiso reconocer como tal y lo llamó “fábula”) a tan voluminoso texto (408 páginas con un tiraje inicial de diez mil ejemplares).<sup>27</sup> En fin, quizá valdría la pena recordarle al dirigente zapatista que no todo lo que es importante para uno tiene por qué ser importante para los demás, y que incluso intelectualmente sería más sano (y arriesgado) permitir que su libro fuera leído como se presenta, esto es, como narraciones desde la selva. Si la crítica asume que el objeto sobre el cual accionará es “simplemente” un libro de literatura podrá tratarlo como tal, sin que tenga la coartada (siempre factible de ser utilizada) de que su autor no es un escritor sino “tan sólo” un líder guerrillero. Ese tipo de cosas no debieran ser tan importantes, Borges lo escribió así: “Musicalmente, el tango no debe ser importante; **su única importancia es la que**

---

miento armado del EZLN tomó partido abiertamente por su lucha, al grado que en tono de broma se le ha asignado el mote de *Ocosingo Times*, da idea del efecto que tales caricaturas tuvieron sobre el Sup.

<sup>26</sup> En una de sus primeras entrevistas exclusivas Marcos declaró: “... estoy viviendo de prestado, porque nosotros pensábamos que el primero de enero se nos iba a caer el mundo encima. Cuando llega el día dos, y pasa, todo es extra. Por eso ahorita estoy escribiendo como loco todo lo que no escribí. Y si Petrita le escribe una carta al subcomandante Marcos, yo le tiro todo lo que quise decir algún día y no dije. Le mando seis, siete, ocho cuartillas a Petrita. Nada tengo que perder. Así que si me van a criticar mi estilo literario, me tiene sin cuidado. Si les gustan las cartas o no les gustan, también me vale madre”, Vicente Leñero, “El subcomandante se abre: Lo aposté todo a la montaña; estoy viviendo de prestado y por eso escribo como loco; si no les gustan mis cartas, me vale madre.” *Proceso*, núm. 903, México, 21 de febrero, 1994, p. 10.

<sup>27</sup> *Cfr.* José Alberto Castro. “Lanzan al subcomandante Marcos como escritor de ficción”, *Proceso*, núm. 1194, México, 19 de septiembre, 1999, p. 60-63.

**le damos. La reflexión es justa, pero tal vez es aplicable a todas las cosas.** A nuestra muerte personal, por ejemplo, o a la mujer que nos desdeña.”<sup>28</sup>

El que existan problemas sobre las regalías que el libro de narraciones del subcomandante generará por la imposibilidad de entregárselas a alguien cuya identidad formalmente es desconocida y, por tanto, que no podría exigir su exención de impuestos a la Secretaría de Hacienda cuando ellas sean entregadas a una organización civil de lucha contra la pobreza en Chiapas, no sólo escapa al interés de este trabajo sino que podría, incluso, ser tema de algún escritor aún afecto al realismo mágico latinoamericano o admirador/imitador de Kafka.

Frente al ejercicio de sabiduría propuesto por Borges recién recordado, se alza inexorablemente la sentencia universal de que para un autor realizar esa relativización de su propia obra es una de las cosas más difíciles. Federico Campbell lo ha reconocido de manera clara: “La literatura es como la vida del hombre: tiene una importancia máxima para el autor, pero sólo es marginal para el espectador indiferente.”<sup>29</sup> Desde esta perspectiva, sazónándola con el sentido y la responsabilidad de estar luchando en una guerra contra el gobierno mexicano con todas las implicaciones políticas, culturales y personales que ello significa, podemos entender mejor la irascible reacción de Marcos. Si agregamos que en este particularísimo caso el autor vive una profunda contradicción pues políticamente sería inadecuado reconocer la “importancia máxima” que para él tienen sus escritos, el problema se dimensiona aún más.

Con tal escenario es factible avanzar en la comprensión de por qué el misterioso y anónimo compilador de los textos de Marcos contestó tan enojado, cuando la crítica puso el dedo en la llaga, al señalar el válido y comprensible interés de un escritor porque su libro sea editado y bien vendido. Entre otras cosas el desconocido compilador afirmó:

Este libro aparece por su calidad literaria, no por otra cosa, y mucho menos por buscar un best seller. Si hay algo que nunca le[s] ha inte-

<sup>28</sup> Jorge Luis Borges. “Evaristo Carriego”, en: *Obras completas*, t. 1, Buenos Aires, Emecé, 1989, p. 165. (Negritas del autor.)

<sup>29</sup> Federico Campbell, *Post... op. cit.*, p. 12.

resado a los zapatistas ni al jefe rebelde es la celebridad, la fama o como se quiera interpretar ese prestigio que ha encumbrado a no pocos intelectuales y, en resumidas cuentas, a los escritores, por el simple hecho de serlo.<sup>30</sup>

La anterior aseveración puede equipararse a la que en algún momento, al discutir sobre el proyecto político del EZLN, Marcos hizo en el sentido de que a los zapatistas no les interesaba la asunción al poder. Tal sentencia originó encendidas reflexiones sobre el sentido que las luchas políticas tienen. Por lo que respecta a la hechura de libros, podría decirse que a lo menos que aspira un escritor es a ser leído, pues difícilmente podemos encontrar a alguno que afirme lo contrario al mismo tiempo que entrega sus textos a la editorial ya que, como Perogrullo escribió, si no quieres que te lean simplemente no publiques, ni siquiera hagas el intento, guarda tus textos en el desván o en el cajón. En esta discusión sui generis el asunto pareciera remitirse nuevamente a algo muy sencillo, es políticamente incorrecto señalar el interés del autor por convertirse en un escritor exitoso, vendedor de textos. Por lo que respecta a la fama mejor ni hablemos pues Marcos es conocido mundialmente desde el 1 de enero de 1994, y el que los medios del mundo estén interesados en conseguir una exclusiva con él no se debe precisa y/o exclusivamente a su labor de escritor. Él ya es una celebridad, bastante encumbrada; en efecto, no necesita conseguir el estrellato por sus dotes de escritor. Él logró encarnar, como ya dije arriba, la figura mítica del guerrillero que, además, también es escribidor.

Antes de continuar es preciso avanzar una aclaración metodológica. El presente trabajo tomará como objeto de estudio exclusivamente a una parte de ese gran sector constituido por los intelectuales.<sup>31</sup> El gajo elegido de entre este enorme universo es el grupo de los escritores, y más particularmente el de los escritores

<sup>30</sup> Cfr. *Proceso*, núm. 1195, México, 26 de septiembre, 1999, p. 74.

<sup>31</sup> Roger Bartra incluso considera que todo este universo forma parte "... de un auténtico cuarto poder compuesto, además, por la prensa, la televisión, las escuelas, el cine, los hospitales, las editoriales y los colegios y academias que agrupan al trabajo intelectual en cuerpos organizados. No debe extrañarnos, pues, que en los espacios intelectuales —especialmente los universitarios— se crea, como dice Zaid, que la tribu del saber tiene derecho al poder", *Oficio mexicano*, Grijalbo, México, 1993, p. 46.

que de alguna forma han salido a la palestra de la discusión pública sobre diversos temas sociales, políticos y económicos de nuestro país. Si bien la metáfora del gajo puede ser clara visualmente, no lo es tanto en términos conceptuales, pues en este subgrupo se repite lo que sucede con el universo constituido por los intelectuales. Me refiero a que la definición no abarca única y exclusivamente a aquellas personalidades que quisiéramos quedaran contenidos en nuestra metodológica red.

El concepto escogido para servir de guía en la reconstrucción histórica, como toda red, es poroso, esto es, permite el ingreso y la salida de personas con sus respectivos nombres. Por exclusión vayamos delimitando a los que quedarán dentro de esa malla o, mejor dicho, a aquellos que cuando asuman las características que me interesan serán atrapados por ella.

Primero. Los escritores objeto del trabajo son los individuos que tienen como forma de vida básica (abriendo el concepto más allá de cuestiones dinerarias) el escribir dentro de lo que se conoce como vida cultural, literaria y que, de una u otra forma, participan activamente en la vida política pública. La anterior aseveración no es, como podría pensarse en un primer momento, una perogrullada o tautología, pues diferenciándose de este grupo podemos encontrar múltiples variedades que conformarían un amplio espectro dentro de la intelectualidad, cualquiera que fuera la definición que asumiéramos de ésta.<sup>32</sup> Por ejemplo:

<sup>32</sup> Gabriel Zaid, cuyos ensayos sobre el quehacer intelectual y literario son una veta invaluable, escribió: "Intelectual es un escritor, artista o científico que opina en cosas de interés público con autoridad moral entre las élites.

1. No son intelectuales

a) Los que no intervienen en la vida pública.

b) Los que intervienen como especialistas.

c) Los que adoptan la perspectiva de un interés particular.

d) Los que opinan por cuenta de terceros.

e) Los que opinan sujetos a una verdad oficial (política, administrativa, académica, religiosa).

f) Los que son escuchados por su autoridad religiosa o por su capacidad de imponerse por vía armada, política, administrativa, económica.

g) Los taxistas, peluqueros y otros que hacen lo mismo que los intelectuales, pero sin el respeto de las élites.

h) Los miembros de las élites que quisieran ser vistos como intelectuales, pero no consiguen el micrófono o (cuando lo consiguen) no interesan al público.

i) Los que se ganan la atención de un público tan amplio, que resulta ofensivo para las élites." Gabriel Zaid, "Intelectuales", en: *Vuelta*, núm. 168, noviembre, México, 1990, p. 21.

- a) profesionales de las ciencias (exactas o sociales) cuyos escritos, en el mejor de los casos, se circunscriben única y exclusivamente al ámbito (hiper)especializado en el que se desenvuelven.
- b) escritores y formadores de opinión cuyo radio de acción se centra únicamente en lo que dentro de la terminología clásica se conocía como aparatos ideológicos del Estado. Si bien sé que este tipo de conceptos para muchos ha sido rebasado, considero que todavía pueden ser utilizados con la intención de plantear una definición clara frente al sentido político de la construcción de la hegemonía.<sup>33</sup> En este párrafo quedarán descansando todos aquellos escritores (porque finalmente lo son) que tienen a su cargo la elaboración de los mensajes en esos medios o, para decirlo en palabras polémicas, aquellos cuya labor intelectual está dedicada exclusivamente a la elaboración de los mensajes de la cultura de masas.<sup>34</sup>
- c) escritores, literatos, poetas, dramaturgos, etcétera, que simplemente no han caído (por diferentes razones) en la tentación de usar su tribuna y/o su don sobre el lenguaje, para expresar, generar, defender, apoyar o atacar opiniones, partidos y

<sup>33</sup> En este sentido es interesante señalar un fenómeno que se ha presentado hoy en día. Cuando la "globalización", y sus consecuencias para nuestras sociedades en el siglo que está empezando, se ha convertido en el tema central de la reflexión social, libros como *Homo videns, La sociedad teledirigida* (México, Taurus, 1998), escrito por Giovanni Sartori, son motivo de amplia recomendación. Esto sucede olvidando (o desconociendo) que los temas trabajados en este texto (la enajenación que la televisión puede originar en el espectador, y el contenido despolitizador y manipulador de los programas televisivos) fueron desarrollados ampliamente en los setenta por analistas de la izquierda (así en general) europea, latinoamericana y estadounidense. En aquellos años estos análisis eran descalificados; sin embargo, hoy en día los mismos argumentos o, peor aún, tesis mucho menos desarrolladas, son motivo de que incluso más de uno dentro de la comunidad académica se llame a sorprenderlo por el análisis del politólogo italiano. Paradojas de la propia globalización.

Respecto a la manera en que se generó una de las experiencias más interesantes de crítica a los elementos conformadores de una ideología específica y lo difícil y complicado que fue el intento de construir nuevas formas hegemónicas que contuvieran mensajes alternativos, puede leerse el excelente texto: Ariel Dorfman, *Rumbo al sur deseando al norte. Un romance en dos lenguas*. México, Planeta, 1998, especialmente el capítulo 16.

<sup>34</sup> Puede consultarse otro texto de Ariel Dorfman: "Estado y creación intelectual. Reflexiones sobre la experiencia chilena de la década de los setenta", en Pablo González Casanova, coord. *Cultura..., op. cit.*

luchas políticas. Éstos son los que exclusivamente se han dedicado a su labor literaria, sin ningún tipo de protagonismo o participación política.

Con lo hasta aquí desarrollado podemos ver en qué consiste la porosidad del concepto elegido. Es factible que él permita el paso a más de uno que no debiera estar, y también, justo al revés, puede impedir el de algunos que debieran estar. Pero ojo, la red además de porosa es dúctil: también es posible que se ajuste para dar cabida a otros sujetos en ciertas situaciones y coyunturas específicas. Menciono un ejemplo, intelectuales no escritores de profesión pero que participan de manera preponderante en diversas experiencias culturales (revistas, suplementos, etcétera) desde los cuales hacen sentir sus opiniones sobre los temas que me interesa trabajar en este espacio.

Es evidente que la construcción de una red conceptual con estas características presenta riesgos, pero es necesario asumírselos. Pido al lector que sea lo bastante comprensivo para entender la compleja problemática metodológica y permitirse, aunque sólo sea en esta crucial parte, ser cómplice del autor aceptando que el concepto teórico básico “los escritores” tenga esa gran flexibilidad.<sup>35</sup>

Como a todo espécimen viviente, a mi objeto de estudio lo encontraré en los lugares idóneos para su existencia y sobrevivencia. En este caso, su hábitat natural son evidentemente los medios impresos: libros, revistas, diarios y suplementos culturales. Ahí dejan sentir el peso de su pluma, en esos materiales permiten que la crea-

<sup>35</sup> Respecto a la problemática metodológica de construir un concepto exacto para este tipo de menesteres investigativos puede verse la siguiente reflexión: “Intelectual: nunca me gustó este término (no lo acepto con respecto a mi persona), por razones a la vez estéticas –la arrogancia miserable y defensiva que implica– y lógicas –¿quién no es intelectual?–. Sin entrar en cuestiones de biopsicología básica, al aplicar el término intelectual a quien trabaja casi exclusivamente con la mente y casi nada con las manos, se deja afuera a gente que, evidentemente, debería estar incluida (escultores y otras categorías de artistas) y se incluye a otras que no entran en lo que comúnmente se entiende por ese término (especialistas en informática, bancarios, cambistas, etcétera).

(...) A partir de esta observación, se podría proponer que se tomara en cuenta, a fines de la presente discusión, a aquellos que, sea cual fuere su oficio, trataran de superar su esfera de especialización y se interesasen activamente en lo que sucede en la sociedad. Pero ésta es –o debería serlo– la definición misma de ciudadano democrático, cualquiera sea su ocupación...”  
Cornelius Castoriadis. *El mundo fragmentado*, Montevideo, Nordan-Comunidad, 1993, p. 62.

tividad, su don artístico, los arroje al campo de la lucha por diversos principios e ideologías. Ahí están, diciéndonos sus opiniones, discutiendo, polemizando, insultando, peleando, razonando.

He avanzado en la explicitación del grupo que constituirá el objeto de análisis, pero aún falta señalar cuáles de todas sus actividades, escritos, disputas, participaciones, etcétera, son las que integrarán el centro del estudio. La respuesta, creo, es bastante menos complicada: revisaré únicamente su actividad en función de su necesidad de definición y participación política. En un primer acercamiento ello parece dividirse en dos grandes ejes plenamente imbricados, esto es, uno es imposible de entender y explicar sin el otro. Esos ámbitos son:

- a) Su reflexión sobre el sentido de la relación de los escritores (como intelectuales) con el poder. La forma clásica de presentar el tema se refiere a la manera en que ellos asumen la relación entre política y razón, los vínculos entre el sabio y el *príncipe*, la crítica y la autonomía, el saber y la libertad.
- b) El segundo está constituido por su forma de participación en la vida política de nuestro país, lo cual obviamente siempre se hará a través del prisma delineado por el punto anterior. En este nivel se encuentra tanto la participación de los escritores en el quehacer político ya sea de manera directa (como militantes, funcionarios, representantes, etcétera), así como la forma en que exclusivamente desde sus tribunas pensaron, reflexionaron, criticaron, se definieron, tomaron partido o eludieron las problemáticas existentes en las diversas coyunturas álgidas de las últimas décadas.

Con esos dos ejes podemos avanzar en la distinción y clarificación sobre lo que quiero destacar al utilizar el conocido término de República de las Letras. Quizá, atreviéndome a estirar el concepto más allá de lo que las buenas conciencias metodológicas lo pudieran permitir, puedo decir que estudiaré a aquellos que **crean** pertenecer a esa soberanía.<sup>36</sup> Trabajaré sobre ese espacio soberano, sobre

<sup>36</sup> De hecho, viniendo desde un camino contrario al mío (en aquel entonces él hablaba de la extinción de la República de las Letras y la consecuente transformación de sus ciudadanos en "intelectuales"), Julián Marías llegó a una conclusión bastante parecida, pues señalaba que de hecho la "constitución" de esa república se basaba en el simple deseo ("la insobornable decisión") de querer pertenecer a ella. Decía el filósofo español: "... no se puede pensar en una

ese mundo que tiene sus fronteras bien definidas y adonde sólo pueden ingresar aquellos que cumplan con ciertos requisitos explícitamente definidos por sus habitantes. Observaré al gremio que, de manera significativa, se ha autodefinido como la *República de las Letras*, es decir un ámbito en el que el poder radica en la capacidad de escribir, publicar y ser leído. De aquellos que, como veremos a continuación, se han autoasignado el monopolio de la Razón.

Sin embargo ¿de dónde proviene esta visión? Por qué creen (y nos hacen creer) que por el hecho de saber escribir –y poderlos publicar– sus razonamientos están más cargados de verdad que los del resto de los mortales?

El objeto de estudio, el espacio en el que nos moveremos, ha quedado encuadrado conceptualmente pero, como vemos, después de lo hasta aquí explicitado aquella primera pregunta con la que inicié sigue en el aire y significativamente cada vez más diáfana y, probablemente, contundente. El tema poco a poco se decanta. Encuentro un párrafo donde Claude Simon pone el dedo justo en la interrogante construida:

Acertar a combinar algunas palabras de forma más o menos armónica o “elocuente” (que es todo cuanto yo aspiro a hacer) no cualifica a nadie para convertirse en un gurú y opinar de cualquier cosa. Dicho esto, como ciudadano, un escritor cuenta por supuesto con el derecho de tener opiniones, simpatías o antipatías, y de manifestarlas cuando las cosas sobrepasan los límites.<sup>37</sup>

En mayo de 1970, Jorge Ibarguengoitia escribió algo similar refiriéndose exclusivamente a México:

---

resurrección de ‘la república de las letras’; ni el nombre ni lo que significó nos sirven ya; pero como ni esa expresión ni esa realidad han sido sustituidas, sino anuladas o –lo que es peor– suplantadas, urge encaminarse a una nueva ciudad, una *civitas veritatis et pulchritudinis*, sutil e invisible, sin más fuerza que la de la razón ni más peso que el agustiniano del amor, que se constituiría con una *carta magna* de mágica sencillez: la insobornable decisión de pertenecer a ella de los que hoy no pueden ser más que ‘intelectuales.’” Julián Marías. *El intelectual y su mundo*. España, Espasa Calpe, 1968, p. 48 (Colección Austral, 1438).

<sup>37</sup> Citado por Bernard-Henri Lévy. *Las aventuras de la libertad. Una historia subjetiva de los intelectuales*. Barcelona, Anagrama, 1992, p. 22 (Argumentos, 123).



Pero volviendo a la entrevista de Fuentes, ésta termina con la afirmación de que “personas como Octavio Paz, Fernando Benítez, José Luis Cuevas, Carlos Monsiváis y José Emilio Pacheco... presentan la verdadera voz de México.”

Perdón, pero no estoy de acuerdo. Presentan la verdadera voz de los amigos de Carlos Fuentes. Que para andar de representados con el PRI nos basta.<sup>38</sup>

Por qué, entonces, nosotros, la sociedad, la opinión pública, o como le queramos llamar, les atribuimos a los escritores la posibilidad e incluso la responsabilidad de iluminarnos con sus apreciaciones? ¿Ellos se imputaron esa diferencia o nosotros se la asignamos?

Considero conveniente empezar a avanzar sobre las siguientes preguntas: ¿con qué propiedades los revestimos como para confiar en su decir, en su escribir, en su pensar?, ¿qué poseen ellos (de lo cual creemos carecer nosotros) que nos hace voltear a inspeccionar lo que opinan cuando nos sentimos inseguros de nuestras propias apreciaciones o, siendo optimistas, consideramos que nuestros juicios no tienen el sustento suficiente?, ¿de qué están cargadas sus opiniones (qué las califica) que tanto le importan y preocupan al poder aunque, insisto, sean leídas apenas por unos cuantos o, peor aún, sólo por los integrantes de la propia *República de las Letras*? En qué radican sus posibilidades de, para decirlo en palabras de José Joaquín Brunner, honor social e influencia política?<sup>39</sup>

<sup>38</sup> Jorge Ibargüengoitia, escrito en abril de 1970, *Ideas...*, *op. cit.*, p. 77.

<sup>39</sup> José Joaquín Brunner. *América Latina: Cultura y modernidad*. México, Grijalbo/Conaculta, 1992, p. 196.

## Las letras: el territorio soberano

*Sigo siendo un cronopio, o sea, un sujeto para el que la vida y el escribir son inseparables, y que escribe porque eso lo colma, en última instancia, porque eso le gusta.*

Julio Cortázar<sup>40</sup>

Ya he señalado que existen múltiples textos que versan sobre el sentido del trabajo intelectual, diferenciándolo de otro tipo de actividades. Sin embargo, en todos ellos es posible identificar líneas reflexivas compartidas. Una de ellas particularmente resulta significativa para este trabajo. Me refiero a la que define de manera clara cuál sería el atributo de lo que en términos generales se concibe como quehacer intelectual. En virtud de que, como hemos visto, el grupo de escritores deberá ser enmarcado dentro de ese ámbito más general (el de los intelectuales), es válido avanzar sobre esa definición. Dentro de la dualidad conceptual que el término designa elijo la siguiente:

... escritores “comprometidos”. Por extensión, el término se aplica a artistas, investigadores, científicos y, en general, a los que **han adquirido, con el ejercicio de la cultura, una autoridad y un influjo en las discusiones públicas.**<sup>41</sup>

La doble acepción del término “intelectual” señalada por Marletti también tiene su explicación en su surgimiento histórico. En la Rusia zarista del siglo XIX surgió el concepto de *intelligentsia*, que designaba a todos los que tenían una educación superior. La otra, la del “escritor comprometido” asoma a partir de fines del siglo XIX cuando a raíz del *affaire* Dreyfuss algunos escritores firman el *Manifeste des intellectuels*.

En este punto cabe hacer una aclaración en aras de salir al paso de una de las más socorridas objeciones que se hacen cuando el

<sup>40</sup> Alfredo Barnechea. *Peregrinos de la lengua*. México, Alfaguara, 1997, p. 89.

<sup>41</sup> Carlo Marletti. “Intelectuales”, en: Norberto Bobbio y Nicola Matteucci. *Diccionario de política*, vol. A-J, 2a. ed. México, Siglo XXI, 1984, p. 845.

tema del trabajo intelectual se plantea en términos contemporáneos, es decir reflexionando sobre su rol a partir del caso del oficial francés. Me refiero a la que señala que la diferenciación entre el trabajo de “pensar” y el trabajo manual puede y debe hacerse a partir del nacimiento de la cultura, más específicamente tomando como referencia la historia de la filosofía para lo cual, por lo general, se ejemplifica con la existencia de los filósofos griegos que se dedicaban de tiempo completo a esta actividad lo que, además, en ocasiones les traía consecuencias políticas severas.<sup>42</sup> Sin embargo, fue a partir del famoso caso de finales del siglo XIX cuando el término “intelectual” adquirió sus connotaciones modernas, contemporáneas, siendo incluso la primera vez que este sector utilizó dicho término para autodefinirse. La identidad estaba dada: “nosotros poseemos características especiales que nos hacen diferentes al resto, nosotros somos *intelectuales*”. Es en este sentido en el que, por decantación, se hace necesaria la revisión del rol que los escritores (englobados dentro del concepto general “intelectual”) comenzaron a jugar dentro de las luchas y las disputas en el terreno de la política. Por tal razón es necesario recordar que el propio caso Dreyfuss se hizo público, empujando a levantar la enorme ámpula que generó, cuando un escritor eminente, Émile Zola, decidió tomar la bandera de la defensa de la justicia.<sup>43</sup>

<sup>42</sup> “Es Platón quien inaugura la era de los filósofos que se alejan de la ciudad pero que al mismo tiempo, erigidos en poseedores de la verdad, quieren dictarle leyes en pleno desconocimiento de la creatividad instituyente del pueblo, y que, impotentes políticamente, tienen como máxima ambición convertirse en consejeros del príncipe.” C. Castoriadis, *op. cit.*, p. 65.

<sup>43</sup> Véanse por ejemplo, las siguientes aseveraciones del *Yo acuso*, de Zola:

– “Los acontecimientos no cesaban, yo los esperaba, resuelto a decirlo a todo, **a luchar hasta el fin para que reluciera la verdad** y se hiciera justicia de una vez”, p. 57.

– “Pero que *Le Petit Journal*, un diario que vende más de un millón de ejemplares, que va a parar a manos de gente sencilla y llega a todas partes, siembre el error y extravíe a la opinión pública es muy grave. **Cuando uno carga con tantas almas, cuando se es el pastor de todo un pueblo**, hay que poseer una integridad intelectual escrupulosa, so pena de caer en el crimen cívico”, p. 65.

– “La gente olvida que no soy un amante de las polémicas ni un político que saca provecho de las disputas. **Soy un escritor libre que en su vida sólo tuvo un afán, el de la verdad, y que luchó por ella en todos los campos de batalla.** Hace ya casi cuarenta años que sirvo a mi país con la pluma, con todo mi valor, con toda la energía de mi trabajo y buena fe”, p. 123.

– “Cuente con nosotros para la glorificación de su marido. **Nosotros, los poetas, somos los que otorgamos la gloria**, y le reservamos un papel tan grande que ningún hombre de nuestra época dejará un recuerdo tan conmovedor [...]”

Desde aquel entonces se logró distinguir un aspecto que permea mi pregunta inicial. Los intelectuales al autodistinguirse del resto de la sociedad se abrogan un derecho, pero para muchos de sus detractores las bases de esa autodistinción no ameritan el que ella exista. Por ejemplo, justamente dentro de las álgidas discusiones del famoso *affaire* se escuchó una idea llamativa para nuestro tema:

El solo hecho de que la palabra "intelectual" haya sido recientemente adoptada con el fin de dividir en una especie de categoría social exaltada a la gente que pasa su vida en laboratorios y en bibliotecas, señala una de las excentricidades más absurdas de nuestros tiempos, esto es, las pretensiones de que *los escritores*, los hombres de ciencia, los profesores, y los filólogos deben ser elevados a la categoría de superhombres. Naturalmente no desprecio las habilidades intelectuales, pero su valor es relativo. Yo coloco a la voluntad, a la fuerza del carácter, a la seguridad de juicio, a la experiencia práctica, más alto en la escala social.<sup>44</sup>

He insistido sobre las distintas formas de pensar y concebir al trabajo intelectual. Sin embargo, considero necesario avanzar una idea general que puede ayudarnos a caracterizar su accionar y, sobre todo, las causas por las cuales son investidos con una aureola particular, sin perder nunca de vista que el objetivo de esta disección es encontrar la razón del ser diferentes de los escritores o, poniéndolos en palabras de moda dentro de la ciencia social, encontrar la razón de ser de una de sus características identitarias centrales, si no es que la axial.

Uno de los elementos definidores de la cultura contemporánea fue el carácter hegemónico que adquirió el discurso científico como la forma superior de acceder al conocimiento de la realidad. La ciencia, así en general, al eliminar las explicaciones metafísicas para ate-

---

También somos nosotros, señora, los que ponemos en la picota eterna a los culpables. Las generaciones desprecian y escarnecen a quienes condenamos (...) **La justicia inmanente se reservó ese instrumento de castigo; encargó a los poetas que legaran a la execración de los siglos a aquellos cuya maldad social y cuyos crímenes excesivos escapan a los tribunales ordinarios**", p. 133-134. Émile Zola, *Yo acuso. La verdad en marcha*. Barcelona, Tusquets, 1998 (Fábula, 87). (Negritas del autor.)

<sup>44</sup> Ferdinand Brunetière, citado por L. A. Coser. *Hombres de...*, *op. cit.*, p. 234.

nerse a los resultados que su metodología particular proponía, dio el paso para que aquellos individuos que manejaran esas formas, esos métodos, ese discurso, fueran considerados los monopolizadores de las explicaciones reales, concretas y objetivas de los diversos fenómenos físicos en un primer momento y, posteriormente, sociales.

Si bien éste no es el lugar para avanzar en una reflexión profunda acerca del carácter histórico de la discusión epistemológica sobre el estatuto de cientificidad que se le exige a todo conocimiento para ser considerado verdadero o, por lo menos, digno de ser tomado en cuenta sin descalificaciones del tipo de “mágico”, “poético”, “alternativo”, “tradicional”, etcétera, es pertinente tener en cuenta la historicidad de la ciencia como discurso hegemónico. Lo anterior tanto más cuanto hoy en día podemos ver el nacimiento y fortalecimiento de tendencias cuestionadoras de este discurso, las cuales probablemente sean más evidentes dentro del ámbito de las ciencias sociales, lo que no significa que no existan dentro del campo de las ciencias duras. Al respecto, lo ejemplifica muy bien el hecho de que científicos altamente especializados como lo pueden ser los físicos o los médicos desde hace lustros hayan empezado a cuestionarse sobre los límites y fronteras de su capacidad científica, llegando a planteamientos trascendentales para la discusión mucho más allá de su estrechísimo rubro de especialización profesional, es decir, pensando y sugiriendo problemáticas en el nivel filosófico, epistemológico y lingüístico.

Cuando la propia ciencia se asume como una de tantas formas posibles de construcción del mundo, ella misma históricamente definida, explicada y situada, es obvio que nuestras nociones más profundas sobre su sentido y los ejes referenciales de la tradicional discusión sobre el carácter, por ejemplo, de la historia como disciplina, ciencia, o cualquier otro tipo de sustantivo que queramos utilizar, se cambian, modifican o, peor aún, desvanecen completamente.

Hace poco Richard Rorty escribió:

... para el pragmatista “conocimiento” es como “verdad”, simplemente un cumplimiento que prestamos a las creencias que consideramos tan bien justificadas que, por el momento, no es necesaria una justificación ulterior. Según esta perspectiva, la indagación de la natu-

raleza del conocimiento sólo puede ser una explicación sociohistórica de cómo los diversos pueblos han intentado alcanzar un acuerdo sobre el objeto de sus creencias.<sup>45</sup>

Leer el ya clásico *Historia del tiempo* de Stephen W. Hawking nos arroja de lleno en este universo de reflexiones hechas ni más ni menos que por uno de los físicos contemporáneos (léase “científicos *duros*”) más reconocidos en el nivel mundial. Pero, como si esto fuera poco y junto a toda la amplia bibliografía al respecto elaborada tanto por filósofos de la ciencia como por científicos que en algún momento caen, por el propio desarrollo de su quehacer super-especializado, en la necesidad de pensar su actividad en términos filosóficos; decía que junto a toda esta abundante gama de fuentes y reflexiones específicas acerca del estatuto de la ciencia, encontramos en un hermoso libro escrito por un afamado neurólogo cuyo interés no puede estar más alejado de querer reflexionar intencionalmente sobre el tema referido, conclusiones de la siguiente índole: “El mundo no se nos da: **construimos nuestro mundo a través de una incesante** experiencia, **categorización**, memoria, reconexión.”<sup>46</sup>

<sup>45</sup> Richard Rorty. *Objetividad, relativismo y verdad. Escritos filosóficos, I*. España, Paidós, 1996, p. 43. Al respecto, Rorty abunda: “Creo que plantear la cuestión en estos términos morales y políticos, en vez de en términos epistemológicos o metafilosóficos, deja ver más claramente lo que está en juego. Por ahora, la cuestión no es cómo definir términos como ‘verdad’, ‘racionalidad’, ‘conocimiento’ o ‘filosofía’, sino qué autoimagen debería tener nuestra sociedad de sí misma. La invocación ritual de la ‘necesidad de evitar el relativismo’ puede comprenderse mejor como expresión de la necesidad de mantener ciertos hábitos de la vida europea contemporánea. Éstos son los hábitos alimentados por la Ilustración, y justificados por ésta en términos de apelación a la Razón, concebida como capacidad humana transcultural de correspondencia con la realidad, una facultad cuya posesión y uso vienen demostrados por la obediencia a criterios explícitos”, p. 48-49. Véase también: Fritjof Capra. *El punto crucial. Ciencia, sociedad y cultura naciente*, 1a. reimp. Argentina, Troquel, 1996.

<sup>46</sup> Oliver Sacks. *Un antropólogo en Marte. Siete relatos paradójicos*. Barcelona, Anagrama, 1997, p. 152 (Argumentos, 190). En los renglones previos el autor afirma: “El resto de nosotros, que hemos nacido con vista, apenas podemos imaginar tal confusión. Para **nosotros**, nacidos con todo un conjunto de sentidos, al correlacionar al uno con el otro **creamos** un mundo visual desde un principio, un mundo de objetos visuales, conceptos y significados. Cada mañana, abrimos los ojos a un mundo que hemos pasado toda una vida *aprendiendo* a ver.” (Negritas del autor.)

Llamativamente es posible intentar pensar esta misma reflexión desde los temas particulares de la historia y la historiografía, o mejor aún del ámbito general de las ciencias sociales, y sorprendentemente las cosas parecen embonar muy bien. De manera soberbia, Claudio Magris (un escritor) lo ha plasmado:

De la misma manera que Zenón negaba el movimiento de una flecha disparada por el arco, porque en cada instante estaba inmóvil en un punto del espacio y la sucesión de instantes inmóviles no podía ser movimiento, también podría decirse que la sucesión de estos instantes sin historia no crea historia, sino las correlaciones y los añadidos aportados por la historiografía.<sup>47</sup>

Vemos pues que —parece necesario recordarlo— nosotros construimos nuestro mundo. Nosotros somos los que le damos sentido a la historia. Nosotros creamos las correlaciones y los añadidos. Nosotros somos los que recordaremos de una manera y no de otra. Nosotros somos los que creamos y dejamos los vestigios para recordar de tal o cual forma. Nosotros, insisto, construimos nuestro mundo. Nosotros somos nuestra memoria. Y para todo ello nos valemos de... las palabras.<sup>48</sup>

Michel Foucault avanzó en el desenmarañamiento del problema:

... yo creo que el problema no está en hacer una separación entre lo que, en un discurso, pone de manifiesto la cientificidad y la verdad, y lo que pone de manifiesto otra cosa, sino en analizar históricamente cómo se producen los efectos de verdad en el interior de los discursos que no son en sí mismos ni verdaderos ni falsos.

... Hay que pensar los problemas políticos de los intelectuales no en términos de “ciencia/ideología” sino en términos de “verdad/poder”.<sup>49</sup>

<sup>47</sup> Claudio Magris. *El Danubio*, 4a. ed. Barcelona, Anagrama, 1994, p. 37 (Panorama de Narrativas, 142).

<sup>48</sup> Dice Sacks: “En la concepción que Edelman tiene de la mente, la memoria no es algo mecánico, ni se parece a una cámara de fotos: toda percepción es una creación: *el hecho de recordar no sino relacionar, generalizar, recategoriza*. En dicha concepción no puede haber recuerdos fijos, no se puede concebir un pasado ‘puro’, no alterado por el presente. Para Edelman, igual que para Bartlett, siempre hay un proceso dinámico en funcionamiento, y recordar es siempre reconstruir, no reproducir”, Sacks, *op. cit.*, p. 218.

<sup>49</sup> Michel Foucault. *Estrategias de poder*. España, Paidós, 1999, p. 47, 48, 54 (Básica, 101).

La construcción de un discurso, el uso no arbitrario ni metapolítico (fuera de un espacio de poder, fuera de una relación hegemónica de poder) de las palabras es un proceso universal, del cual (perdonando el pleonasma) no escapa el científico social (historiador, sociólogo, politólogo, etcétera), quien así se vincula ineludiblemente con todos aquellos que hacen de ese uso y ejercicio su forma de vida, su forma de realización y, peor aún para estos científicos, la forma de ejercer su voluntad de crear. Todos ellos comparten esa características, ahí se igualan. Su diferenciación del resto de la sociedad, la creación y recreación de sus identidades particulares, es finalmente una convención social, una expresión de poder, ajena a alguna característica inherente (“epistemológica”) a su discurso profesional, especializado, etcétera.

Desde esta perspectiva se comprende el porqué de la reacción tan beligerante de los científicos, por ejemplo los historiadores, cuando, partiendo de esta reflexión, se relativiza (des-califica) el único atributo que diferencia sus escritos (su narrativa) del resto del mundo de las palabras.

La inteligencia en general se asignó el monopolio del discurso objetivamente real y verdadero: la ciencia. Por su parte, los escritores se atribuyeron el don y monopolio de utilizar el lenguaje, de saber imbricar las palabras, de poder crear mundos, de usar esa libertad. La habilidad de combinar palabras les da a los escritores la posibilidad de ser elevados por encima del resto (incluyendo a los profesionales, científicos, académicos y demás intelectuales) y, por lo general, ellos asumen satisfechos que esa capacidad sobre el lenguaje marca el rasgo más definido de su identidad gremial. Ellos son los **Hombres de Letras**, los ciudadanos de la República del mismo nombre. Veamos un poco más de cerca lo que sustenta esta apreciación.<sup>50</sup>

<sup>50</sup> Es por demás interesante coincidir, aunque sea en parte, con la apreciación que, en medio de un régimen dictatorial, hacía Julián Marías en 1954: “En segundo lugar, mientras la república de las letras estaba restringida –al menos en su sentido primario– a los escritores, la condición de ‘intelectual’, por ser eso, una condición del individuo, engloba personas de muy diversas ocupaciones y figuras sociales, definidas sólo por tener una formación y –no siempre– un ejercicio profesional determinado por el cultivo de algunas disciplinas intelectuales”, J. Marías, *op. cit.*, p. 41.



Hoy en día podemos coincidir en que el mundo, la realidad, no es reflejado por el lenguaje, sino más bien es captado y reproducido de manera verbal. Sin embargo, el lenguaje no sólo contempla el mundo de lo “real” sino que a su vez produce mundos nuevos, quizá irreales, probablemente imposibles, tal vez futuros, acaso pasados. El lenguaje nos permite ser profundamente cuestionadores y escépticos sobre el sentido del conocimiento real objetivo, concreto y demás conceptos que la visión positivista del mundo, la ciencia, la epistemología, ha instaurado en los últimos siglos. Tal concepción del lenguaje, más que darnos la oportunidad, nos obliga a poner signos de interrogación frente a todo empezando por el lenguaje mismo, a dejar caer –como hermosamente lo escribió Octavio Paz– una gota de duda sobre cualquier afirmación.

La discusión sobre el sentido del conocimiento histórico y su intento de diferenciación de otras formas narrativas se enmarca dentro de esta reflexión. El lenguaje permite pensar y reflexionar sobre sus propias características. Así, los escritores, estos *Hombres de Letras*, seres que son capaces de manejar las palabras, de voltearlas, de utilizarlas, de *hacerlas chillar*, son creadores de mundos (presentes, pasados, futuros, finalmente esto no importa) que por definición deben poner en cuestionamiento todo, absolutamente todo, ya que ellos (si hay alguien) son los que han avanzado en la cabal comprensión del sentido del mundo pues son los que lo construyen a partir del lenguaje, son los que han comprendido la relatividad de todas las apreciaciones (que el lenguaje les evidencia). Su poder, entonces, deviene ilimitado. Fabricando palabras genera realidades.<sup>51</sup> “En el principio fue el verbo”, dice la popular escritura. “El único deber del intelectual es la crítica”, afirma la archiconocida y megarrepitida sentencia. Lo uno lleva intrínsecamente a lo otro. Los escritores lo saben muy bien y sin ningún recoveco académico lo han escrito. Leonardo Sciascia: “Yo creo que un escritor es alguien que encuentra placer en decir la verdad.”<sup>52</sup> O bien, más explícitamente, Campbell lo asegura de la siguiente manera:

<sup>51</sup> “Ya lo decía Bashevis Singer: “Cuando un día pasa, deja de existir. ¿Qué queda de él? Nada más que una historia. Si las historias no fueran contadas o los libros no fueran escritos, el hombre viviría como los animales: sin pasado ni futuro, en un presente ciego.” Federico Campbell, *Post...*, *op. cit.*, p. 190.

<sup>52</sup> *Ibidem*, p. 41.

Los escritores no dicen la verdad porque son honestos sino porque tienen una manía de precisión con los significados de las palabras y sus matices y con la fidelidad de los hechos. No es una cuestión de ética. Es una cuestión de oficio.<sup>53</sup>

Los científicos, ese estrato social que desde hace dos siglos se había abrogado el monopolio sobre la posibilidad de acceder a la verdad, súbitamente empiezan a ser cuestionados en sus afanes. La verdad es tan sólo una cuestión de poder. La verdad se escribe con palabras, éstas son la metáfora general, todo se reduce a tinta sobre papel. Los escritores nuevamente toman la batuta, ellos no cargan con esa responsabilidad sobre la necesidad de la objetividad, ésta es una pesadísima losa que, para colmo, ahora es evidenciada como falsa. Lo que fue orgullo se convirtió en lastre. Paradójicamente hoy en día asistimos al triunfo de lo que hace apenas treinta años parecía derrotado. En aquel entonces los denodados esfuerzos de los escritores por buscar, a través de la lingüística, la semiótica y el psicoanálisis, bases científicas que permitieran mantener sus privilegios políticos, evidenciaban su rendición ante la ciencia y su estatuto, pues agachaban la cabeza frente a su majestad (La Ciencia) en aras de que ésta les diera razón de ser. Hoy en día, las cosas parecen haber cambiado: la ciencia es profundamente cuestionada en sus propias bases, mientras que la escritura, la literatura, al asumirse como la libertad por antonomasia recupera su peso de poder.<sup>54</sup> La propia recuperación del concepto “República de las Letras”, su puesta en boga que, por ejemplo, en España había dejado su lugar frente al más general de “intelectuales”, así lo demuestra.

Ahora bien, ¿cómo estos Hombres de Letras se organizan de forma particular?, ¿cómo es que ellos conciben y generan su propio espacio de poder, el lugar donde ellos serán soberanos?, ¿qué quie-

<sup>53</sup> *Idem.*

<sup>54</sup> “Toda la teorización exasperante sobre la escritura a la que asistimos en el decenio de los años sesenta, no era sin duda más que el canto del cisne: el escritor se debatía en esta teorización para mantener su privilegio político; pero lo que prueba que la actividad del escritor ya no era el centro activo es que se trataba justamente de una ‘teoría’, y que fue precisa una garantía científica, apoyada en la lingüística, la semiología, el psicoanálisis, y que fue preciso que esta teoría tuviese sus referencias en Saussure o en Chomsky, para dar lugar al fin a obras literarias tan mediocres.” Michel Foucault, *Estrategias...*, *op. cit.*, p. 50.

re decir, qué es, qué representa, qué significa la existencia de una “República de las Letras”?<sup>55</sup>

## Las fronteras de la República de las Letras

*Mi deber es hablar, no  
quiero ser cómplice.*  
Émile Zola<sup>56</sup>

En nuestro país son de sobra conocidas dos bromas que se cuentan en forma de anécdotas.

Una de ellas habla acerca de un personaje (hombre o mujer, siempre nuevo rico[a]) que sorprendió al viejo librero que difícilmente vendía algún ejemplar al día cuando le pidió que le enviara todos los volúmenes de una colección literaria que llevaba varios años en un estante. Frente a los excitados comentarios del vendedor sobre su exquisita cultura y buen gusto por tan excelente elección, pues todos los textos elegidos constituían obras maestras clásicas de la literatura mundial, el(la) comprador(a) le explica de la manera más desenfadada que sólo requería llenar un hermoso librero de la sala de su nueva casa, y que justo el empastado de aquella colección hacía juego con el color de alfombra que ahí había colocado.

La segunda se refiere a la gran cantidad de hombres y mujeres que, frente a la pregunta de si ya han leído equis libro (aquí el narrador elige de preferencia un clásico), contestan que no lo han hecho pues prefieren esperar a que salga la película respectiva.

Hace tiempo, Aurelio Asiaín, en ese entonces subdirector editorial de *Vuelta*, a pregunta explícita sobre por qué dicha revista era

<sup>55</sup> Hace apenas unos años se generó un debate acerca de quién fue el autor del concepto “República de las Letras” para identificar a la intelectualidad en nuestro país. Véase:

1. Gabriel Zaid, “La tentación del integrista”, en: *Vuelta*, año xvi, núm. 187, México, junio de 1982.
2. Rafael Pérez Gay, “La tradición y un gerente”, en: *Nexos*, núm. 175, México, julio de 1992.
3. Gabriel Zaid, “Historias del bluff”, en: *Vuelta*, año xvi, núm. 189, México, agosto de 1992.
4. Rafael Pérez Gay, “El abonero y una república”, en: *Nexos*, núm. 177, México, septiembre de 1992.
5. Gabriel Zaid, “Resumen”, en: *Vuelta*, año xvi, núm. 191, México, octubre de 1992.

<sup>56</sup> *Op. cit.*, p. 77.

tan importante si apenas tiraba unos cuantos miles de ejemplares en una sociedad compuesta por más de noventa millones de habitantes, contestó de una manera bastante simple y contundente, palabras más palabras menos: es cierto, en esos términos relativos el tiraje de *Vuelta* es pequeño, pero la clave radica en que esos pocos números llegan, son consumidos y probablemente leídos por la gente que toma las decisiones en este país.

Como en un circo de tres pistas, en las anécdotas comentadas se encuentran diversas expresiones del mismo fenómeno plenamente identificado y repetidamente señalado. La lectura no es una actividad masiva, no existe cultura de lectura, sólo unos cuantos tienen acceso a ese circuito cultural. Este circuito en sí mismo tiene sus propios límites, juega su propio rol. Lo cuantitativo no tiene que ver con su capacidad de influencia, ni es en lo que radica su poder. Su reino, coincidiendo con la conocida sentencia, no es de ese mundo.<sup>57</sup> Sin embargo, la lectura y los que en un principio la hacen posible: los escritores se han convertido en agentes importantes de legitimación (cultural, política, ética, etcétera), la República de las Letras (o “el Partido de la Inteligencia”, como también se ha denominado al grupo más amplio de intelectuales), constituyen lo que en sociedades modernas ha sido una nueva forma de poder: el poder cultural (y científico).<sup>58</sup>

A pesar de que algunos nos lamentemos de la existencia de las bases que la hacen posible (la falta de lectura masiva), la paradoja ahí representada es clave y, por ende, interesante: **no se lee** pero los que escriben son importantes. Ellos, los escritores, obviamente no son conocidos por el gran público (masivo) que no lee y cuando lo son probablemente lo sean por su desempeño en otro tipo de actividades. Carlos Monsiváis suele comentar que por lo general cuando lo reconocen en la calle le dicen “usted es un escritor, lo he visto en la tele”. Sobre esa situación general hemos estado bordan-do desde un principio.<sup>59</sup>

<sup>57</sup> “En realidad (el conjunto de escritores) es antes que una clase una especie de secta de hijos pródigos y predilectos del siglo xx.” Tenorio Mauricio. “Los intelectuales de fin del siglo xx”, en: *La Jornada Semanal*, Nueva época, núm. 80, México, 23 de diciembre de 1990, p. 28.

<sup>58</sup> Cfr. Bartra, *Oficio...*, op. cit., p. 53 ss.

<sup>59</sup> Tal fenómeno no es privativo de la sociedad mexicana finisecular como lo demuestra la siguiente reflexión de Julián Marías: “Todo mundo sabe, por ejemplo, quién es Ortega; pero

El poder político (pleonasma necesario, como veremos más adelante) busca incesantemente congratularse con los escritores. En América Latina, y particularmente en nuestro país, los intelectuales, los escritores son, a decir de algunos analistas, mucho más importantes que en otras naciones donde significativamente se registran tasas de lectura bastante más altas.<sup>60</sup> La explicación a este fenómeno debe rastrearse en la historia. Existe una hipótesis general que engarza las ideas hasta aquí expresadas que desarrollo en el siguiente punto de este capítulo.

Mientras tanto planteo dos vías alternas que se entrelazan a lo largo de la conceptualización tanto del quehacer intelectual como del literario. Por una parte los intelectuales se consideran como los detentadores monopólicos de la *Razón*. Esto en palabras bastante más audaces y “modernas” significaría ser capaces de encontrar tanto un cierto sentido del futuro como de la explicación del pasado (lo acabamos de ver con las disquisiciones contemporáneas sobre el estatuto de la historia). De ahí que su posibilidad (y necesidad) de intervención en el presente sea un elemento básico: ¿quién mejor que ellos pueden apreciar con más justeza “racional” el devenir de esa complejidad infinita que significa nuestra vida diaria?<sup>61</sup> Asumiéndose como los acaparadores del conocimiento, ellos se abrogan el poder de saber la ruta por donde la humanidad debiera seguir su camino, por lo que su interés por participar en el diseño de ese camino parece transparentarse.<sup>62</sup>

---

¿cuántos saben lo que piensa? Y lo mismo se podría decir de Heidegger, de Russell, de Jaspers, de Toynbee, de Einstein, de Heisenberg.

La notoriedad, además, tiene una dimensión indudable de azar. Muchas veces es debida a causas fortuitas y externas: una actuación política, una persecución, un premio importante, una campaña de publicidad editorial, la necesidad de un país, en un momento de inseguridad, de improvisar algunos ‘genios’.” Marías, *op. cit.*, p. 116.

<sup>60</sup> En México, en promedio, cada habitante lee medio libro al año. En Latinoamérica solamente Haití tiene una peor situación.

<sup>61</sup> “Se consideran a sí mismos (los intelectuales) como guardianes especiales de ideas abstractas como la razón, la justicia y la verdad, guardianes celosos de normas morales que son ignoradas con demasiada frecuencia en los mercados y los recintos gubernamentales.” Lewis A. Coser, *op. cit.*, p. 11.

<sup>62</sup> Véase por ejemplo lo dicho por Carlos Fuentes hace algunos años (1996): “Cuando escribo un ensayo para los periódicos me vuelvo muy cartesiano. En cambio, cuando estoy escribiendo ficción, no controlo todo tan racionalmente.” A. Barnechea, *op. cit.*, p. 147.

Junto a lo anterior, debemos tener presente que al dominar ese ente llamado lenguaje los escritores se convierten en individuos privilegiados, por ser precisamente de esta forma en la que el mundo está conformado. Las palabras, la precisión en su uso, la creación de nuevas formas generan al universo mismo. Los escritores poseen el don de, entretejiendo las palabras, crear universos y sus explicaciones. Ellos inventan, crean, al mundo. Ellos conforman su universo de palabras, de letras, de signos: el lenguaje. Ése es su territorio soberano. Las fronteras están perfectamente delimitadas. El poder ahí ejercido es el poder sobre el lenguaje, sobre las palabras, sobre las letras. Es, indudablemente, una república: la *República de las Letras*.<sup>63</sup> Dentro de su territorio soberano no hay otro poder que valga, se pertenece a ella únicamente gracias a poseer esa habilidad, don, genio o capacidad de manejar el lenguaje.<sup>64</sup>

Con tal delimitación se deja fuera de sus fronteras a todos aquellos que, obviamente, no comparten las características señaladas. Para el presente trabajo esto constituye un eje metodológico fundamental, pues, más allá de esas líneas fronterizas se ubican a múltiples grupos que, si bien pueden ser considerados dentro de las categorías clásicas de intelectual, no cumplen con los requisitos para ser considerados como ciudadanos de tan privilegiada república.<sup>65</sup>

<sup>63</sup> Como hemos visto en la nota núm. 55, el surgimiento de este nombre para definir al mundo de los escritores generó hace algunos años una polémica interesante. Hoy en día el mismo título es utilizado en una columna, escrita por Humberto Mussachio, que se publica semanalmente en la Sección Cultural del periódico *Reforma* de la ciudad de México. Por otra parte, *The Republic of Letters* es el nombre de una revista literaria (para diciembre de 1998 apenas iba en su número cinco) publicada en Boston, por el Premio Nobel Saul Bellow y Keith Botsford. En España, el término también ha sido utilizado para referirse al mismo grupo, y hace décadas se puso en boga a partir de que Marcelino Menéndez y Pelayo se autodenominó "ciudadano libre de la república de las letras". *Cfr.* Julián Marías, *op. cit.*, p. 39 ss.

<sup>64</sup> "El intelectual requiere, en primer lugar, de un público que muchas veces no paga lo suficiente en dinero, pero sí lo hace en reconocimiento; en segundo, de un contacto regular con sus congéneres. El debate y la discusión son los elementos básicos para el quehacer intelectual." Lewis A. Coser, *op. cit.*, p. 19.

<sup>65</sup> "... para el intelectual, el modelo ya no es solamente —ni siquiera de modo predominante— el científico, el físico a la manera newtoniana, o el enciclopedista que acumula y sistematiza todas las variedades del saber; su modelo es el poeta, o mejor dicho, el profeta que trae al mundo el porvenir, quien traduce en imágenes arrematadoras las inspiraciones inexpresadas de la conciencia popular y del movimiento histórico." François Bourricaud. *Los intelectuales y las pasiones democráticas*. Universidad Nacional Autónoma de México, 1990, p. 51.

Por ejemplo, generalmente todos los profesionales y egresados de instituciones de educación superior son considerados sin mayor problema como intelectuales pero, según vemos, no necesariamente participarían de la República de las Letras. Incluso, desde ésta se llega al ninguneo de aquéllos y sus actividades “académico-universitarias”.<sup>66</sup> La ciudadanía en la república que estamos analizando no se consigue con factores credencialistas, pero tampoco con licencias políticas. Uno de los puntos comúnmente reseñados y criticados desde el interior mismo de la República de las Letras, es que exista un protocolo que permita ser identificado como ciudadano sin tener necesariamente los merecimientos literarios debidos; él encarnaría en lo que es el circuito de relaciones característico de la vida social de los republicanos (*establishment*). Así, es usual encontrarnos con descalificaciones o señalamientos en el sentido de que existen muchos supuestos ciudadanos que se presentan como tales no por sus merecimientos en tanto escritores, sino tan sólo por ser hábiles para realizar una activa vida social dentro de las que caracterizan al gremio.<sup>67</sup>

Si bien es cierto que, como postula Gabriel Zaid, en sentido estricto la vida literaria tendría que remitirse única y exclusivamente al hecho íntimo de leer (y escribir), pues la razón de ser de un texto (su definición primaria) es defenderse, explicarse, imaginarse,

<sup>66</sup> Refiero algunos ejemplos: a) De los artículos que un autor envió para su posible publicación en *Vuelta*, el secretario de Redacción encontró: “Ninguno digno de publicarse: ni los temas (‘Borges y el laberinto’, digamos) ni la prosa ni las ideas se distinguían de la moneda corriente en las revistas universitarias.” Aurelio Asiain. “Puente de Peros”, en: *Vuelta*, año xx, núm. 239, octubre de 1996, p. 37.

b) “... el analfabetismo funcional de nuestros parnasos y academias semiletrados.” José Joaquín Blanco. *Crónica literaria. Un siglo de escritores mexicanos*. México, Cal y Arena, 1996, p. 12.

c) Pese al doble matiz del autor (utilizar “algunos” y circunscribir la ironía a los académicos de la UNAM), el sentido es el mismo: “Hay que decir que *La razón y la afrenta* es un libro que se fabricó en poco tiempo. Ésa es la causa de algunas de sus insuficiencias. Pero tiemblo al imaginarme los millones de pesos y los miles de días que hubieran consumido algunos académicos de la UNAM para presentar algo parecido.” Christopher Domínguez Michael. *Servidumbre y grandeza de la vida literaria*. México, Joaquín Mortiz, 1998, p. 77.

<sup>67</sup> “Pero nadie demuestra ni pío, todos grillan: el puro parloteo culturero de la grilla burocrática-universitaria para colarse cada quien lo más arriba que pueda —puestos, premios, becas, publicidad en la tele y los periódicos, famita de antesalas—, y rebajar a los autores superiores para dispensarse de tal competencia.” José Joaquín Blanco, *Crónica...*, *op. cit.*, p. 553.

provocar por sí mismo al momento de ser leído, sin que el escritor esté ahí presente en esa actividad tan privada o tenga que hablar y mostrarse públicamente para decir cosas acerca de lo que escribió; también es un hecho que la vida social (coloquios, conferencias, presentaciones, congresos, *cocktails*, tertulias, etcétera) cumplen una función necesaria dentro de la creación identitaria del grupo. A través de ella se cumple una de las actividades definidoras que, para Julián Marías equivaldría a lo que en el estado civil es estar enterado de la legislación existente: la publicidad entendida no en su aspecto peyorativo ligado al mercantilismo deliberado (que también la hay), sino en la necesidad intrínseca de los ciudadanos de la República de las Letras de estar enterados de lo que los demás han escrito, pensado, discutido o reflexionado y, a su vez, hacerle saber al resto de los ciudadanos que ellos están enterados. Insisto, es cierto que para estar enterado bastaría leer, pero ¿cómo se identificarían unos a otros si no es en la práctica social que junto al acto mismo de leer/escribir, ha instituido esos espacios para el intercambio y reconocimiento del saber que los otros saben y conocen de lo que yo estoy enterado, sé y conozco? El circuito, según vemos, aunque puede descalificarse por frívolo cumple una misión identitaria.<sup>68</sup>

Entendiendo todo esto comprenderemos por qué es posible que un escritor como Gabriel Zaid puede plantear algo tan alejado de las concepciones hegemónicas dentro de las universidades, que alcanzan su punto climático en las perspectivas que por lo general tienen los sectores burocráticos administrativos sobre el quehacer académico en particular y de la vida cultural en lo general. Me refiero a la siguiente deslumbrantemente simple reflexión:

... la medida de la lectura no debe ser el número de libros leídos, sino el estado en el que nos dejan.

<sup>68</sup> "... dentro de la república de las letras, sus miembros, sus ciudadanos, están en *presencia* unos de otros. Lo que en la república de las letras acontece no son simples actos individual es, sino que trascienden de sus autores y quedan automáticamente proclamados, notificados, publicados. Esto quiere decir que la república literaria está definida por el *enterarse*;" (...)

"... lo mismo que en el Estado civil la legislación es pública y los ciudadanos están enterados de ella, o por lo menos deben estarlo y se supone que lo están, en la república literaria lo dicho y lo hecho se dan por sabidos y funcionan como tales. Y esto implica, a su vez, que el modo de comportamiento de cada individuo es darse por enterado de lo que los demás han pensado, escrito, estrenado, criticado." J. Marías, *op. cit.*, p. 42, 43.



¿Qué demonios importa si uno es culto, está al día o ha leído todos los libros? Lo que importa es cómo se anda, cómo se ve, cómo se actúa después de leer. Si la calle y las nubes y la existencia de los otros tiene algo que decirnos. Si leer nos hace, físicamente, más reales.<sup>69</sup>

Consecuente con esta apreciación, su autor se abstiene de participar en cualquier tipo de actividad de las múltiples que conforman la vida literaria, del circuito identitario del que hablé arriba. Para él, la actividad cultural y sobre todo literaria no pasa en ningún momento por cumplir con los rituales del establishment, sino que ella consistiría “simplemente” en escribir y en leer. Todo lo demás, incluyendo presentaciones personales públicas, son frivolidades de las cuales puede y debe abstenerse. Dicha posición, que en su caso lleva a niveles que algunos califican de fundamentalistas, le ha ocasionado a Zaid diversos problemas, entre ellos quizá el más conocido fue cuando, en 1993, demandó penalmente por un millón de nuevos pesos y una disculpa pública al fotógrafo Pedro Valtierra y al periodista Miguel Ángel Granados Chapa por publicar sin su autorización en la revista que éste dirigía (*Mira*) una foto donde se le identificaba. Eso, consideró Zaid, era una afrenta a su privacidad que tan celosamente guarda, ya que para él un escritor no necesita ninguna imagen pública masiva, sino sólo requiere escribir.<sup>70</sup> Los lectores, por su parte, no necesitan saber qué cara tiene o cómo es su presencia física, pues deben conocerlo única y exclusivamente por sus escritos.

Gabriel Zaid, sin embargo, es un caso atípico pues pareciera que la vida social es una de las expresiones características más llamativas en las que se desarrolla la vida de la República de las Letras. Evidentemente esta actividad, como ya señalé, estos rituales sociales no cuentan con la aprobación unánime de los ciudadanos de esa república, lo cual genera agudas críticas sobre su existencia.<sup>71</sup>

<sup>69</sup> Zaid. *Los demasiados libros*. España, Anagrama, 1996, p. 19 (Argumentos, 183).

<sup>70</sup> Véase la reseña de Roberto Ponce al respecto en *Proceso*, núm. 852, México, 1 de marzo, 1993.

<sup>71</sup> “¿Cómo ganan el poeta y el sociólogo el reino de la inteligencia? Para subir a ese cielo en este decaído siglo xx, la escalera grande es la del talento, y la chica, un conjunto de conduc-

Existe, pues, una división franca entre el quehacer del ámbito académico y el mundo de la literatura. Si bien ambos pueden englobarse junto a otras prácticas dentro del gran conjunto de la actividad intelectual, se diferencian muy claramente. La vida cultural se expresa en ambas y en cada una de ellas adquiere especificidades que las distinguen de las otras. La discusión contemporánea dentro de la historiografía entre ficción y realidad, narrativa, etcétera, así como el desdén, ninguneo y hasta descalificaciones que se realizan desde ciertos sectores literarios sobre la vida académica son muestra de esa diversidad. Los escritores conforman entonces un sector específico dentro del ámbito de la intelectualidad y de la cultura. Éste, como ya he señalado, constituye el objeto del presente estudio.

Al tener certeza sobre estas diferencias, podremos comprender mejor ciertos temas y disputas que caracterizarán algunas de las discusiones surgidas dentro del mundo literario durante el periodo que analizaremos.

El reconocimiento ciudadano en la República de las Letras no se obtiene de manera automática con el ejercicio de la actividad de escribir. Ésta sola no basta. Se debe cumplir el siguiente paso natural de todo escrito: que sea publicado, pues en eso consiste la posibilidad de que realmente lo escrito tenga la oportunidad de completar su ciclo al ser leído por alguien más que el propio autor. Aunque estos potenciales lectores sean apenas unos cuantos, ese número, obviamente, siempre será mayor a uno, cuando uno en este caso es el propio autor.<sup>72</sup>

Vemos, pues, que frente a la devaluación de la actividad universitaria en el concierto de la vida cultural e intelectual, los escritores, los poseedores del don, los leídos (que leen y cuyos escritos cuentan con la posibilidad de ser leídos) siguen manteniendo su aureola de

---

tas y pericias para coincidir con el ritmo de los tiempos, para estar en los lugares precisos, en los momentos exactos y con la gente adecuada. Es decir, *real politik* intelectual. Bien afianzadas estas escaleras, se va ganando cierta libertad, cierta impunidad de circulación en distintas áreas del conocimiento y la política. Por añadidura llega la autoridad." Mauricio Tenorio, *op. cit.*, p. 32.

<sup>72</sup> "El escritor que no es un irresponsable o un fatuo escribe para alguien —no para "la Humanidad", ha dicho Ortega de sí mismo—; el horizonte de los lectores, aunque impreciso, tiene suficiente concreción en la mente del escritor, a poco perspícaz que sea." J. Marías, *op. cit.*, p. 76.

superioridad ajena a las mundanas preocupaciones y limitaciones del resto de la población. Aquéllos, como ya vimos, poseen el don de, dominando el lenguaje, crear mundos y sus explicaciones.

Los escritores, los poseedores de ese amplio horizonte que permite el poder sobre el lenguaje se han convertido históricamente en los países latinoamericanos (y particularmente en México, pues es el caso que nos ocupa) en espejos donde el poder político acude a preguntar qué tan hábil e incluso legítimo es, o qué tan correctas son sus políticas.

## Las dos repúblicas

*He conocido gentes que han llegado a tener poder y es algo terrible. ¡Algo tan malo como que un escritor llegue a hacerse célebre!*

E. M. Cioran.<sup>73</sup>

Hasta aquí he venido desarrollando el tema bajo un telón de fondo que he utilizado profusamente pero al cual no he dedicado atención específica. Es evidente que he bordado alrededor de un concepto que no ha sido explicitado como podría esperarse.

Se ha planteado el tema de una dualidad republicana, esto es, de la existencia de un poder (el encarnado en la República de las Letras) definido por su diferencia, contrapunteo, separación, alejamiento, reconocimiento, seducción, etcétera, frente a **otro** poder. De tal forma es metodológicamente necesario llamar la atención sobre ese ente que, simulando un convidado de piedra, ha servido de frontón para delinear las conceptualizaciones metodológicas que hasta aquí he desarrollado.

Si la definición de intelectual representa problemas fuertes en virtud de la gran cantidad de apreciaciones que existen sobre el tema, intentar concluir alguna sentencia sobre el poder frente al cual se define el poder de la pluma es igualmente complicado. En este caso el factor que dificulta la acción teórica es de otra índole: la tautología se esconde detrás de cualquier recoveco en espera del menor

<sup>73</sup> Citado por Federico Campbell. *La invención del poder*. México, Aguilar, 1994, p. 35.

titubeo del autor para saltar inmediatamente a evidenciarlo. Hablar de poder político, como dice Federico Campbell, es tan absurdo como hablar de economía económica, vida vital, nieve blanca o sangre roja.<sup>74</sup> De tal forma se aquilata la siguiente afirmación:

Debería ser una obviedad: el problema del Poder es el mismo Poder. No hay más allá ni más acá: se agota en sí. Y todas las discusiones sobre la moral, la eficacia, el servicio, la legitimidad, son razones de su propia razón, estrategias de su autorreproducción. Deberíamos decir: el Poder es el Poder y basta.<sup>75</sup>

Considero que, por lo que respecta al tema general aquí tratado, la problemática teórica con relación al poder puede zanjarse circunscribiendo el objeto a una de sus expresiones, la referente al poder hecho gobierno. Ésta es la entidad concreta que servirá de referencia para el quehacer y definición política de los escritores. Me explico: el gobierno como dispositivo general de poder que dirige y regula la vida de la población. Desde esta perspectiva, el conflicto entre gobernantes y gobernados explica las políticas públicas, la legislación y las instituciones. Ahí, en ese enfrentamiento, radica la razón misma de ser del Poder devenido gobierno.<sup>76</sup> Frente a esa expresión (gubernamental) del poder es por la que el otro poder, la otra soberanía, la de la República de las Letras, se define como pieza integradora del poder cultural. Evidentemente, ambos son a su vez partes constitutiva del Estado.<sup>77</sup>

<sup>74</sup> *Ibidem*, p. 138. En el mismo texto el autor avanza otra afirmación igualmente certera sobre lo que se puede encontrar cuando se profundiza en esos intentos de explicar y/o definir el poder: "Una verdadera orgía teórica sobre la naturaleza y el destino del poder, los lugares comunes del poder, la invención del poder", p. 21.

<sup>75</sup> Roberto González Villarreal. "Los señuelos del poder", en: *La Vasija*, año 1, vol. 1, núm. 1, diciembre 1997/marzo 1998, México, p. 126. Por su parte, Fernando Escalante Gonzalbo se refiere así a esta problemática: "El concepto de poder, que tanto hay que llevar y traer en un trabajo de esta naturaleza, es 'sociológicamente amorfo' como diría el profesor Max Weber, y de limitada utilidad analítica, según las conclusiones de Raymond Aron (...) Sin embargo, no parece ser sustituible, de momento, y se usa aquí con todas las salvedades del caso." *El principio o Al político del porvenir*. México, Cal y Arena, 1996, p. 44.

<sup>76</sup> González Villarreal, *op. cit.*

<sup>77</sup> Aunque extensa, vale la pena tener presente la siguiente idea de Foucault: "... lo que los intelectuales han descubierto después de la avalancha reciente, es que las masas no tienen necesidad de ellos para saber; saben claramente, perfectamente, mucho mejor que ellos; y lo

El poder en general es, entre otras cosas, creador de verdades.<sup>78</sup> La historia, se dice comúnmente, la escriben los vencedores. El poder de decidir la historia, de escribirla, de conformar el mundo y su explicación radica ahí, en el poder mismo.

Tanto los intelectuales públicos como los conglomerados académicos tienen en sus manos –entre otras cosas– la definición de la realidad mexicana, la definición de los grandes problemas nacionales y su crítica. Invocar, descubrir o crear una realidad es un acto de poder y de apropiación. Significa establecer los cánones de comportamiento e interpretación. Este conjunto de cánones forma algo así como la conciencia moral de los sabios que aconsejan al príncipe y que pretenden orientar a la opinión pública.<sup>79</sup>

En México, derrotados y alejados de la posibilidad del ejercicio del poder vía el gobierno, los escritores se han refugiado y atrincherao dentro de las fronteras de su soberanía: las Letras (con mayúscula). Desde ahí han asumido el papel de espejos de las actividades del otro poder en forma de críticos, cuando no consejeros. El *Príncipe* los quiere tener ahí a su espalda para que, además de ves-

---

afirman extremadamente bien. Pero existe un sistema de poder que obstaculiza, que prohíbe, que invalida ese discurso y ese saber. Poder que no está solamente en las instancias superiores de la censura, sino que se hunde más profundamente, más sutilmente en toda la malla de la sociedad. Ellos mismos, intelectuales, forman parte de ese sistema de poder, la idea de que son los agentes de la ‘conciencia’ y del discurso pertenece a ese sistema. El papel del intelectual no es el de situarse ‘un poco en avance o un poco al margen’ para decir la muda verdad de todos; es ante todo luchar contra las formas de poder allí donde éste es a la vez el objeto y el instrumento: en el orden del ‘saber’, de la ‘verdad’, de la ‘conciencia’, del ‘discurso’.” *Microfísica del poder*, 2a. ed. España, La Piqueta, 1979, p. 79.

<sup>78</sup> Dice Foucault: “No se trata de liberar la verdad de todo sistema de poder –ya que esto sería una quimera, pues la verdad es, por sí misma, poder–, sino más bien de separar el poder de la verdad de las formas hegemónicas (sociales, económicas, culturales) en el interior de las cuales funciona, por el momento.

La cuestión política, en suma, no es el error, la ilusión, la conciencia alienada o la ideología; es la verdad misma.” Michel Foucault. *Estrategias...*, *op. cit.*, p. 55.

En otro sentido, Paul Valéry escribió: “El poder ha sido con razón tenido por algo augusto, carga sobrehumana temible, formidable; el que lo recibe debe sentirse como un ser sagrado, víctima y pontífice a un mismo tiempo –vistiendo linos y adornos singulares, separado de los demás hombres, temblando y haciendo temblar–, Solo y pueblo en uno.

encargado del acontecimiento y de la duración.” *Los principios de anarquía pura y aplicada*. Barcelona, Tusquets, 1987, p. 126 (Marginales, 95).

<sup>79</sup> R. Bartra, *Oficio...*, *op. cit.*, p. 50.

tir y dar brillo a su mandato, le ayuden a normar su criterio y a guiar su accionar. Esto, evidentemente, no es tan usual como se quisiera creer, pues los detentadores del poder gubernamental frente a los problemas que cotidianamente representa la *real politik* en el mejor de los casos escuchan a las voces ilustradas que les señalan las diversas posibilidades, pero finalmente aquéllos decidirán de acuerdo a su particular criterio pues en eso radica justamente el sentido del ejercicio del poder. Ellos son los poseedores del poder, no los consejeros.

Al terminar la revolución de 1910 los intelectuales genéricamente intentaron, por última vez de manera organizada, acceder al ejercicio del poder hecho gobierno. Al ser derrotados por los militares, por los políticos, por los no ilustrados, por los que en vez de palabras usaron las armas, vieron diluirse sus anhelos de hacer valer algo más que el poder de las palabras. Vasconcelos perdió y fue humillado por los militares.<sup>80</sup> Algunos estudiosos consideran que el trauma de saber que él poseía la *Razón*, la inteligencia y la posibilidad de ver mundos más amplios y aún así haber sido barrido por los bárbaros e ignorantes militares, fue tan grande que sólo ello explica su conversión en un ente amargado y gris que terminó asumiendo posiciones fascistas deleznable.<sup>81</sup>

Las letras, los libros, las bibliotecas, en una palabra la cultura, sirvió de muy poco en la *real politik*. La represión, el fraude electoral y otras formas en las que el poder se ejerció después de la revolución, se encargaron de dar al traste con el último intento real de un intelectual, de un escritor, de alguien perteneciente a la República de las Letras por asumir y ejercer el otro poder, el gubernamental. Una vez más Zaid lo resume sin dejar lugar a duda:

<sup>80</sup> "Otra forma de participar en el movimiento era, para Antonieta (Rivas Mercado), romper cada vez más radicalmente con sus antiguos amigos y conocidos, con sus relaciones en los medios oficiales, con su familia y su clase social. Se burlaba con Vasconcelos de los 'intelectuales' que pretendían ofrecerle banquetes como si nada pasara, como si nada hubiera cambiado desde su retorno a México. Paradójicamente, mientras corregía las pruebas de su *Metafísica*, Vasconcelos declaraba que había dejado de ser un intelectual, que ahora sólo era un candidato político." Fabienne Bradu. *Antonieta*, 4a. reimp. México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 153.

<sup>81</sup> Sobre Vasconcelos deben verse: José Joaquín Blanco. *Se llamaba Vasconcelos. Una evocación crítica*, 3a. reimp. México, Fondo de Cultura Económica, 1993, y Michael Domínguez. *Tiros...*, *op. cit.*, p. 47-194.

Obregón no llegó al poder por los libros, o los votos, sino por las armas. Vasconcelos fue secretario de Educación no por los libros, sino porque quiso el general Obregón.

Paradójicamente, esa realidad última estaba clara para el general, no para el filósofo. Y es que la imprenta nos engaña. El más allá de la tipografía es tan real, la lectura de los diálogos de Platón puede ser tan viva, tan verdaderamente un diálogo, que es relativamente fácil quedarse allá, identificarse con los argumentos, confundir las comunidades invisibles con las reales y creer que tener razón en el mundo de la razón es lo mismo que tener la victoria en el mundo de las armas o la política.<sup>82</sup>

Después de ese intento, los escritores se percataron de que deberían ejercer su poder dentro de fronteras perfectamente delimitadas, en el territorio donde ellos eran soberanos, en el que –en palabras feudales– eran amos y señores. El poder sobre el lenguaje sería su poder; ellos serían sus únicos detentadores. Levantar su única arma: la pluma (hoy en día también el teclado), asumiendo que sólo a través de ella se ejercería ese poder. Las fronteras se cerraron como el castillo (aquí se podría reutilizar la metáfora de la “Torre de Marfil”) donde el soberano manda levantar el puente del foso (rebosante de lagartos) para evitar cualquier ingreso no deseado. Sin embargo, el poder de la República de las Letras también expresa correlaciones pues, como todo espacio de poder, es un “espacio cruzado por conflictos sociales”.<sup>83</sup>

A partir de entonces se vivió de manera clara la posible escisión de ambas repúblicas con la problemática inherente respecto a si es posible o no mantener las dos nacionalidades o si se debe dimitir a una de ellas para poder ejercer la otra. Al pensarse dentro de la soberanía del poder público se empieza a plantear la necesidad de renunciar a la soberanía de las letras, pues –se dice– necesariamente se abandonaría la divisa característica de ésta: la crítica. La crítica se constituye en el pasaporte que identifica a un individuo como ciudadano de la República de las Letras. Si se renuncia a este ejercicio, tal como el compromiso con la actividad política obliga a

<sup>82</sup> Gabriel Zaid. *Imprenta...*, *op. cit.*, p. 11.

<sup>83</sup> *Cfr.* R. Bartra, *Oficio...*, *op. cit.*

hacerlo, se abandona la característica definidora del quehacer literario e intelectual. De ahí que, según veremos, se recree y refuerce la idea de que el escritor no puede ser más que un francotirador alejado de cualquier compromiso político.

En Latinoamérica, dadas sus características políticas e históricas definidas por la instauración de regímenes autoritarios y, por ende, por la ausencia de virtudes democráticas, los escritores han ocupado el lugar intermedio que en otros países era innecesario por la existencia de una sociedad civil fuerte.<sup>84</sup>

En nuestros países atrasados económica y políticamente, la posibilidad e influencia de información de las grandes masas analfabetas, miserables y fuera de la modernidad, hizo que aquellos pocos que podían ver al mundo, al país y a sí mismos, desde otras vitrinas se convirtieran en los cuestionadores de un poder que los respetaba e incluso temía justamente porque ellos, los hacedores de discursos, representaban algo que los políticos no tenían: la posibilidad de haber accedido a la *Razón* o, en los términos en los que hemos

<sup>84</sup> “En América Latina, donde las sociedades están polarizadas y el saber y el reconocimiento social son poco frecuentes, casi cualquiera que escribe, pinta, actúa, enseña y se expresa, o incluso canta, se convierte en ‘un intelectual’. El alcance del término es muy amplio, porque las actividades de las personas a las que se lo asocia son igualmente diversas.

Los intelectuales siempre han cumplido una función crucial –y quizá desproporcionada– en las sociedades y en la política latinoamericanas. Desde la independencia y a lo largo del siglo XIX, en parte a consecuencia de la debilidad de las instituciones representativas, intelectuales clave ocuparon un espacio decisivo en muchas sociedades latinoamericanas.” Jorge Castañeda. *La utopía desarmada*. México, Joaquín Mortiz/Planeta, 1993, p. 209 ss.

Por su parte, Lorenzo Meyer coincide con esa apreciación: “En la historia de América Latina hay una peculiaridad: la importancia política de los intelectuales, que no se compara con la que tienen en Europa occidental o en Estados Unidos, donde es menor. Sucede que en nuestra América, y muy concretamente en México, el intelectual sustituye, en cierto sentido, una creencia fundamental: a las instituciones representativas de la sociedad civil. Nuestra sociedad no cuenta con órganos, instituciones y estructuras que efectivamente representen sus intereses ante el poder y le exigen a éste responsabilidad y acciones. Si los partidos políticos son débiles o no existen, si los parlamentos son, como el caso mexicano una cosa de risa, una farsa, hay, como en un cuerpo que pierde un órgano, un desarrollo de otro que trata de compensar la carencia.

Si los intelectuales en México tienen una importancia un poco mayor que en otras partes –y prueba de ello es esta entrevista– es porque son alternativas, son sustitutos de las instancias democrática e institucionales. El Congreso está para que se expresen los problemas, las necesidades, las demandas, las exigencias de una sociedad, pero ese no es el caso del legislativo mexicano.” Hugo Vargas. “Intelectuales, poder, cultura. Entrevista con Lorenzo Meyer”, en: *La Jornada Semanal*, núm. 223, 19 septiembre 1993, p. 20-21.



trabajado aquí, de manejar y dominar el lenguaje o, en otras palabras, de crear y recrear al mundo.

Desde esta perspectiva 1968 marcó el fin de, junto a muchas otras cosas más, un largo periodo de tres décadas en el cual la cultura oficial posrevolucionaria se institucionalizó creando una amplia laguna grisácea o, trayendo la metáfora a la tierra, en un páramo.<sup>85</sup>

Frente a los trágicos y axiales acontecimientos políticos que caracterizaron ese año, el poder de los escritores comenzó a recuperar su presencia como el espacio donde la crítica al régimen gubernamental mexicano adoptaba características de trascendencia. Las letras, aun en espacios aislados y reducidos, constituyeron un lugar de libertad. Teniendo a las revistas y los suplementos como sus lugares naturales de trabajo y expresión, muchos escritores se dedicaron a ejercer la crítica sobre el otro poder. Y a su vez, dentro de la soberanía de la República de las Letras se empezaron a distinguir los conflictos sociales/políticos que la permean. Dentro de la República de las Letras se generaron disputas, conflictos, descalificaciones, etcétera, de cara a los cambios políticos y culturales que caracterizarían a nuestro país en los años siguientes. Este devenir es el tema de las siguientes páginas.

---

<sup>85</sup> Cfr. R. Bartra. *Oficio...*, *op. cit.*, p. 13 ss.

## CAPÍTULO DOS

### EL PRINCIPIO DEL CAMBIO

*Nietzsche decía (lo cito de memoria) que el valor de un espíritu se mide por su capacidad para resistir la verdad. Seamos un poco modestos y cambiemos levemente esa fórmula tan tajante: el valor de un espíritu se mide por su capacidad para tolerar las opiniones contrarias.*

Octavio Paz<sup>86</sup>

### Hacia el 68

La imagen que de la vida literaria se tenía en nuestro país en la década de los sesenta era que ella conformaba un ámbito frívolo cooptado por unos cuantos individuos que veían a México como una provincia temerosa, desconfiada e ignorante de la modernidad que cabalgaba en el nuevo mundo, en las metrópolis.

A partir de la concepción de nación surgida como consecuencia de la revolución de 1910 se consolidó un sistema de valores político culturales que permeó toda la estructura de poder. Por ejemplo, las discusiones sobre el ser mexicano —en boga a partir de la década de los cuarenta— eran una expresión más de la preocupación por buscar raíces identitarias propias, que nos diferenciaron y definieron frente al resto de la humanidad. La recuperación del pasado indígena, para oponerlo como una barricada que nos protegiera contra las nuevas y modernas corrientes filosóficas, culturales y políticas que venían de Estados Unidos y Europa, fue uno de los puntos más importantes que caracterizaron las reflexiones sobre el sentido histórico de nuestra cultura.

Ya en la década de los treinta se había desarrollado una trascendente polémica teniendo como puntos centrales de discusión justa-

---

<sup>86</sup> *Memorias y palabras. Cartas a Pere Gimferrer 1966-1997*. México, Seix Barral, 1999 (27 de mayo, 1967), p. 22.

mente cuáles debían ser los ejes conformadores de la nueva cultura moderna y posrevolucionaria mexicana. Desde perspectivas completamente antagónicas, dos de los más importantes pensadores de la época discutieron al respecto. Por un lado, Ermilo Abreu Gómez postuló la necesidad de rescatar y fomentar un nacionalismo encargado de enaltecer los valores indígenas y autóctonos. Por el otro, Jorge Cuesta señaló la necesidad de volver la vista hacia otras culturas, particularmente la europea, para abrir así nuestro criterio hacia lo universal, hacia lo mejor y más desarrollado de la cultura moderna, ya que sólo de esa forma se podría hablar de un crecimiento cultural e intelectual propio.

La necesidad de salir, de romper con los muros que nos impedían ver lo que había más allá de nuestras fronteras, fue una de las características centrales que definieron a un grupo de individuos (pensadores, escritores, artistas) que poco a poco, y a contracorriente de las concepciones hegemónicas consolidadas al amparo del nacionalismo revolucionario, empezaron a ser figuras protagónicas del medio cultural. En el ámbito de la pintura, José Luis Cuevas con su deslinde y ataque contra la Escuela Mexicana de Pintura (léase los muralistas y la pintura “comprometida”), su defensa de Rufino Tamayo y el contundente señalamiento de que era imprescindible y urgente romper con la “cortina de nopal” que nos anclaba históricamente a ser no más que una provincia del mundo, causó furor y provocó el surgimiento de enconados enemigos que hasta la fecha, casi cincuenta años después, continúan descalificándolo de todas las formas posibles.

En literatura, los escritores mexicanos en particular, y latinoamericanos en general, vieron consolidar su rol de puentes a través de los cuales las nuevas ideas, doctrinas y estéticas arribaban a estas regiones. Al viajar, no sólo la lejanía del terruño permitía verlo de manera distinta; además la cultura, la información, la vivencia de otras historias enriquecía la perspectiva de la propia. En 1959, Octavio Paz publicó *El laberinto de la soledad*, texto multidefinidor (del autor, de su obra y de toda una época). Iniciado en Estados Unidos y terminado en París, la obra es un intento de explicación del mexicano (*whatever it means*) que sólo podía haberse escrito habiendo tomado distancia (geográfica y cultural) del objeto de reflexión.

Fue también en esos años cuando nació uno de los mitos más importantes y perdurables en lo que respecta al quehacer político cultural nacional. Es ampliamente conocida la historia de *La Cultura en México*, suplemento cultural de la revista *Siempre!*, que dirigido por Fernando Benítez constituyó durante los sesenta el más importante espacio de crítica político cultural. Al grupo de escritores que tenía en ese espacio su tribuna se le endilgó un significativo epíteto: la "Mafia". Con ello se dio pie a una de las explicaciones más omnipotentes y abarcadoras de los fenómenos literarios y críticos de la historia cultural contemporánea de nuestro país.

La fotonovela que en 1965 acompañó la participación de Carlos Fuentes en ese suplemento dentro de la serie "Los narradores y su público", donde diversos escritores aparecían en una fiesta bailando y departiendo alegremente, fue utilizada (hasta la fecha sigue siendo recordada y referida) para señalar lo mundano y frívolo que era ese mundillo de intelectuales.<sup>87</sup>

Desde entonces se consolidó la noción de que la vida literaria mexicana estaba cooptada por un solo grupo que actuando en defensa de sus intereses editoriales, políticos y estéticos, eliminaba toda posibilidad de participación (publicación) a individuos que no pertenecieran a ella, desdeñando o directamente atacando y descalificando cualquier intento de actividad literaria fuera de su ámbito de coacción. Esta argumentación, es evidente, no era completamente falsa, pero tampoco absolutamente verdadera y mucho menos era nueva. Veamos a qué me refiero.

La existencia de grupos dentro de espacios profesionales no es exclusiva del mundo cultural ni de reciente aparición. En general, el sentido de vínculo profesional puede identificarse en múltiples ocupaciones.

Por lo que respecta a los escritores, históricamente por lo menos desde la época de los Contemporáneos, era conocida la acusación sobre la existencia de grupos que actuaban como auténtico monopolio de hegemonía intelectual.<sup>88</sup> Esta cualidad subrayada incesante-

<sup>87</sup> Carlos Monsiváis. "Los intelectuales y la política", en: L. Baca Olamendi y H. I. Cisneros, comps., *op. cit.*, p. 473.

<sup>88</sup> "El espíritu de mafia les dio (a los Contemporáneos) preponderancia. A veces emprendían verdadera persecución contra quienes se resistían a solidarizarse con sus intentos de hege-

mente del actuar de un grupo específico de escritores, los hacedores semanales de *La Cultura en México*, se convirtió en una explicación que, al pretender generalizar, cayó por su mismo peso universalista en el desconocimiento de otras expresiones y actividades de la vida literaria. A pesar de que era evidente que no podía reducirse la producción artística literaria nacional solamente al estrecho grupo encabezado por Fernando Benítez, la idea de la existencia del grupo y de sus prácticas excluyentes se consolidó, marcando así una de las características definidoras del ámbito intelectual literario nacional.

Uno de los puntos característicos conformadores del mito de la "Mafia" era el ninguneo que –se decía– aplicaba el grupo generosamente a todos aquellos escritores no pertenecientes a él, mientras que, en contraste, defendían con todo a los escritores identificados con ellos. Al asumir la irreverencia como nota distintiva, los "mafiosi" se diferenciaban del acartonamiento y solemnidad del *establishment* cultural. Se burlaban de todo lo burlable y aplicaron, de acuerdo a algunos analistas, generosamente el terrorismo cultural.<sup>89</sup> Una anécdota que pareció reforzar estas afirmaciones fue el *affaire* Donoso sucedido en 1965.

En ese año el escritor chileno José Donoso, quien radicaba en la ciudad de México, escribió una crítica de la novela de Ricardo Garibay *Beber un cáliz* en donde aprovechaba para, en un párrafo, criticar también a Juan José Arreola, Vicente Leñero, Juan García

---

monía intelectual o se negaban a entrar en aquel monipodio." Manuel Maple Arces, citado por Monsiváis, en: Salvador Novo, *La estatua de sal*, México, Conaculta, 1998, p. 23.

<sup>89</sup> Guillermo García Oropeza. "Escarnio del Bazar", en: *La cultura en México*, núm. 387, México, 9 de julio de 1969, p. vi. El autor agrega: "... Por supuesto que nos referimos a ese fenómeno cultural, publicitario, conspiratorio y quizá simplemente humorístico que se llamó la Mafia.

Para empezar, los Mafiosos son jóvenes por definición, ningún esfuerzo, incluyendo la violencia hecha al calendario, la revisión de biografías, la tecnificación en el maquillaje, debe ser evitado para mantener ese carácter esencial. Un Carlos Fuentes envejecido es tan inconcebible como un Siqueiros reaccionario. Y en su descargo diré que los mafiosos no quieren ser jóvenes, sino que tienen que serlo pues son la vanguardia de una cultura nueva e internacional, irreverente, antiEstablishment, dinámicamente publicitaria. Mientras que los intelectuales clásicos del México de los treinta eran por definición viejos, los de los sesentas deben permanecer en juventud, aunque el tiempo –inconsecuente– se oponga. De ahí que los encontremos siempre rodeados de jóvenes, vistiendo en lo posible con aquellos prototípicos trajes del estudiante cu, y siguiendo ansiosamente las variaciones capilares –bigote, patillas, ondulaciones– que han traído los sesenta."

Ponce, José Emilio Pacheco y Carlos Fuentes. Cuando su texto fue publicado (*La Cultura en México*, núm. 178, julio 1965) presentaba un agregado en donde se leía: **“Muy bueno para criticar pero el pobre es una pobre bestia.”** El escándalo en el medio fue enorme. Al poco tiempo, agraviado por “la maldad mexicana”, Donoso decidió abandonar el país para radicar en España.

Si bien dos números después del ejemplar con la agraviosa nota, Fernando Benítez señaló que ninguno de los responsables tenía la menor idea de qué había sucedido, a decir de José Emilio Pacheco a un mes del número en cuestión se pudo dilucidar el misterio, dándole entonces a Donoso las explicaciones necesarias.

Treinta años después Pacheco explicó públicamente lo que había ocurrido. En el proceso de armado del suplemento intervenía un linotipista que acostumbraba agregar comentarios irónicos (“¡Újule, si este chorro de pendejadas es poesía, yo soy Díaz Mirón”, “pinches intelectuales tan pedantes: sólo hablan bien de las películas aburridas”, “ya chole de pintura abstracta: mejor publiquen fotos de encueradas”) a los artículos, los cuales eran retirados en el último momento del proceso de edición, cosa que desafortunadamente por error involuntario no sucedió en esa ocasión, dando como resultado que la broma interna fuera publicada.<sup>90</sup>

Más allá de que el linotipista responsable fue despedido, el *affaire* Donoso se usó como un ejemplo de la manera en que “el grupo de Benítez” (la “Mafia”) se manejaba, en ese caso defendiendo a sus allegados contra cualquier tipo de crítica. La explicación de Pacheco, que de alguna forma circuló en aquel entonces, no persuadió a todos, sobre todo a aquellos convencidos de la existencia de la “Mafia” y su espíritu sectario.

Como todo análisis reduccionista y maniqueo, la acusación sobre los actos de una mafia controladora de la vida cultural de nuestro país no permitía explicar, por ejemplo, fenómenos como la existencia de escritores que apenas unos cuantos meses después expresarían abierta y conscientemente su apoyo a las políticas gubernamentales del

<sup>90</sup> Cfr. a) Luis Guillermo Piazza. *La Mafia*, 2a. ed. México, Joaquín Mortiz, 1967, p. 21-22; b) Vicente Leñero. “José Donoso en México: Historia personal de una relación literaria”, en: *Proceso*, núm. 941, 14 de noviembre de 1994, y c) José Emilio Pacheco. “La verdadera historia del *affaire* Donoso”, en: *Proceso*, núm. 942, 21 de noviembre de 1994.

Estado mexicano. Asimismo, el énfasis puesto en la existencia y actuación de una mafia hecha y derecha habría de ser utilizado en las décadas recientes para explicar el accionar de la vida política cultural del país. De la misma forma que en los análisis de los sesenta y los setenta reducían la vida literaria a hablar de la “Mafia” y sus actividades, en la década de los ochenta y noventa la versión se trastocó adaptando su explicación de la vida intelectual y cultural a la existencia y accionar de dos grupos conformados alrededor de sendas revistas.<sup>91</sup>

Razones para sugerir la existencia de la “Mafia”, grupos, capillas, cenáculos, sectas, “Mano Negra”, camarillas o cualquier otro nombre que se les han dado y se les puedan dar, hay muchas. Asumir su existencia crea objeto de estudio, reflexión, denostación, justificación, etcétera, a todos aquellos escritores e intelectuales que, por ejemplo, sienten que su arte y don no han sido cabalmente comprendidos por los círculos culturales. También la identificación desde el espacio del poder de grupos cerrados de intelectuales permite tener un referente óptimo para palpar el pulso de la crítica, máxime que desde esa posición reduccionista y maniquea puede perfectamente realizarse una taxonomía de los diversos grupos culturales. Dime quién habla bien de ti y tus políticas y te diré qué tan bien andas en popularidad y cuán importante puede ser esa caja de resonancia.<sup>92</sup> Sin embargo, como ya señalé, la conformación de gru-

<sup>91</sup> “Como cualquier grupo intelectual (‘La mafia’), poseía cierto poder real —el que le conferirían las élites al tomar en cuenta sus opiniones—, pero nunca se trató de una sociedad todopoderosa capaz de controlar toda la vida cultural mexicana, como afirmaban sus detractores.” Jorge Volpi. *La imaginación y el poder. Una historia intelectual de 1968*. México, Era, 1998, p. 53.

<sup>92</sup> “... ¿Es que realmente existe la Mafia?

– ¿En qué sentido?

– En el sentido de reuniones secretas, consignas, declaraciones, decisiones, orgías, decisiones, quiénes van a estar in y quiénes van a quedar out, las nuevas modas, los nuevos juegos, las obras que hay que comentar favorablemente, las que hay que consagrar con todos los recursos publicitarios a mano, consolidación con el Establishment, absorción implacable de la *Intelligentzia*, recuento de pérdidas y ganancias (¿se perdió Lunes, Difusión Cultural?, ¿qué pasa con Radio?, ¿y la Casa del Lago? algo muy poco se pudo lograr en Cineavance, eh, después de la memorable entrevista a Julián Pastor, se ganó una nueva columna en el suplemento *Siempre!*, los periódicos provinciales están inundados de noticias y crónicas, qué va a pasar con Anatomía), las próximas jiras por provincia, los programas de televisión.

– Cómo cree.”

“... ¡Triunfó sólo La Mafia. Y recuérdese que nadie puede en México contra esa Mafia. Quien no pertenece a ella necesita de un genio sobrenatural para destacarse e imponerse a esa cater

pos dentro de los espacios profesionales es un fenómeno generalizado. Un ejemplo más. En la academia el espíritu gregario es indudable. Los diversos grupos que se conforman para defender su pequeño espacio de poder, influencia y desarrollo son perfectamente detectables. Las actitudes, rituales, mecanismos de defensa y solidaridad existente en este ámbito profesional tienen diversas formas de expresarse, sólo que la trascendencia de estas actividades no rebasa los estrechos muros de los *campus*.<sup>93</sup> En el espacio de la literatura, al tener como uno de sus objetivos finales para su cabal realización un acto enteramente público, esto es, la venta y posterior lectura de lo escrito y publicado por los autores, las consecuencias de estas actividades grupales aparecen como más trascendentes. Ellas no se circunscriben al feudo monástico de la academia; las

---

va de variolosos, que todo lo infestan con su audacia inaudita de lobos en acecho, al estilo Emmanuel Carballo. Es un grupo de la *nueva ola* que hay que conocer bien. Son cínicos y se dicen sinceros; descarados y se juzgan valientes; inmorales y se proclaman libres o liberados. Las vidas de los hombres y mujeres de ese grupo se han ligado íntimamente. (...) Llamam a eso, en vez de desvergüenza, civilización. Algún modo habrá de acabar con esta plaga de zánganos vividores que imitan la Dolce Vita de Fellini." L. G. Piazza, *op. cit.*, p. 86, 113.

"Sutilmente le explicó que todos formamos la clase intelectual de México y que los miembros de una clase tienen negado atacarse entre sí: se resquebrajaría; que era necesario cerrar filas ante la avalancha de enemigos mediocres que amenazaba a la intelectualidad auténtica." René Avilés Fabila. *Los juegos*, s.e., México, 1967, p. 62. Es interesante cómo un texto que en un principio pudo ocasionar cierto escozor en el medio que criticaba, apenas dos años después había dejado de cumplir su función provocadora, esto último reconocido por su propio autor. *Cfr.* Antonio Castañeda. "Alegorías de René Avilés Fabila" (entrevista), en: *La Cultura en México* núm. 412, México, 31 de diciembre, 1969.

Respecto a la existencia del mito de la Mafia véanse las siguientes ideas: "En países antidemocráticos como México, donde la verdad no es una cuestión sujeta al dominio público, la teoría de la Mano Negra debe su popularidad a lo que tiene de funesta y verosímil. Indefensos frente al poder, tememos con morbo a los sicarios de la Mano Negra, incluso cuando sabemos que formamos parte de sus legiones. Un espectáculo típicamente latinoamericano es ver al poeta que se siente víctima de la Mano Negra tan pronto es excluido de algún catálogo, omitido en la distribución de estipendios o postergado en la ganancia de la condecoración anhelada." C. Domínguez Michael. *Tiros...*, *op. cit.*, p. 237.

"... el grupo de *La Cultura en México* existía, en muchas ocasiones actuaba en bloque y obviamente tenía cierto poder, pero de ahí a que controlara *toda* la vida cultural mexicana, como denuncian Cocioli, Avilés y Piazza, hay una distancia considerable. Del mismo modo que ni el presidente lo sabe y lo puede *todo* —aunque todos, incluyéndolo a él, lo piensen así—, ningún grupo, por más fuerte que sea, es capaz de un poderío semejante." Jorge Volpi, *op. cit.*, p. 59-60.

<sup>93</sup> Michel de Certeau. *La escritura de la historia*. México, Universidad Iberoamericana, 1993, p. 68-118.



querellas, displicencias, ninguneos o francos ataques son (o pueden ser) conocidos por la opinión pública, por lo tanto la afrenta, al hacerse pública, pesa más.<sup>94</sup>

Muchos años después, René Avilés Fabila recordaría los avatares de aquella primera novela que había escrito a petición expresa de un editor: *Los juegos*. Cuando la terminó, el solicitante original decidió no publicarla; después un segundo editor, Díez Canedo, le comentó que le haría el gran favor de no publicársela y le sugirió que quemara el original para no meterse en problemas. Finalmente, Avilés Fabila la publicó de su propio peculio más lo obtenido por ventas anticipadas entre amigos y conocidos. Desde entonces, dice Avilés, los miembros de la “Mafia” le guardan un odio feroz:

Hubo repercusiones que no tienen trascendencia. Nunca quise ser pintado por Cuevas y ya me resigné a no ser entrevistado por Elenita. Sé que Monsi no me va a incluir en su círculo y que Fuentes no va a invitarme a sus fiestas. Pero eso nunca me preocupó. (...) Y sí los he encontrado. Una vez, saliendo de la casa de Sol Arguedas, Benítez y Cuevas me agredieron verbalmente. Ellos vivían cerca de allí. Ninguno de los dos pudo alcanzarme a la cara con un golpe. Querían explicarme de modo más o menos violento que ellos eran los más distinguidos artistas intelectuales del tercer mundo. De no ser porque Ricardo Garibay y otros amigos me detuvieron, hubiera sacado la varilla del “gato” de mi coche y los hubiera correteado por todo San Ángel. Yo tenía veintisiete años y una condición física enviable.<sup>95</sup>

<sup>94</sup> Elías Nandino ha declarado: “En México me ponían banderillas de fuego, como a los toros malos. Me arrinconé en Cocula harto de los grupos. Me han sujetado a una especie de conspiración del silencio.” Armando Ponce. “Nandino: hasta el final, el reconocimiento”, en: varios, *Los escritores, Proceso*, México, 1981, p. 147.

<sup>95</sup> Marco Aurelio Carballo. “Avilés Fabila. El psum, esa vacilada”, en: *Siempre!* núm. 1555, 13 de abril 1983, p. 31, 70. “En el libro me burlaba de la mafia que eran Cuevas, Monsiváis, Benítez, Fuentes y Piazza y otros de menor importancia. Todos ellos aparecen en mi novela, con nombres apenas disfrazados. Yo nos lo conocía, pero estaban tan en boga que periódicos y suplementos esnobs publicaban crónicas diarias sobre sus actividades públicas y privadas y fotos de sus reuniones y fiestas. Algo en verdad ridículo. Estaban jugando al gran grupo intelectual. Decían que fuera de la mafia no había intelectual de valía.” Véase también: René Avilés Fabila. *Memorias de un comunista: maqumuscrito encontrado en un basurero de Perisur*. México, Gernika, 1991 (Literaria 14).

Años después las asperezas se limaron por lo menos entre el autor de *Los juegos* y José Luis Cuevas convirtiéndose en buenos amigos, volviéndose el pintor, incluso, el ilustrador de cabecera de los libros del escritor.

Es necesario ponderar y matizar las diversas expresiones que señalan a la “Mafia” como uno de los puntos de referencia centrales para la explicación del desarrollo cultural literario en nuestro país. El grupo en efecto existió, pero difícilmente podemos señalar de manera contundente y veraz que toda la actividad cultural, literaria e incluso política intelectual, se reducía a él. Si bien su trabajo era importante, no era el único en el país.<sup>96</sup>

La creación y consolidación del grupo aglutinado bajo la dirección Fernando Benítez tuvo su origen en el convencimiento de algunos escritores de que ellos tenían el deber y la obligación de expresar sus apreciaciones políticas tanto como ciudadanos, más cuanto como escritores. Carlos Fuentes lo escribió así:

Lo que un escritor puede hacer políticamente, debe hacerlo, también primordialmente como ciudadano. Como escritor, su significado político es de otro nivel, se da implícitamente en la obra y se refiere a una capacidad privativa: la de mantener vivo el margen de la heterodoxia a través de la imaginación verbal. Sin embargo, en un país como el nuestro, de estructura democrática tan deficiente, de limitadas posibilidades de expresión política, de enormes problemas irresueltos y aplazados, y de temibles opresivas vecindades (“¡Pobre México: tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos!”), el escritor, el intelectual, no pueden ser ajenos a la lucha por una transformación política que, en última instancia, supone también una transformación cultural. En gran medida, **el escritor, en México, le da una voz a quienes no pueden hacerse escuchar**. Pero, también, al hablar públicamente le da una voz a la cultura en general y a la literatura en particular: opone el lenguaje de la pasión, de la

<sup>96</sup> Años después José Luis Cuevas recordaría al respecto: “Los intelectuales y artistas que Benítez había sabido aglutinar en torno al suplemento, eran blanco de los ataques de los pigmeos y muy pronto al grupo se le llamó ‘La Mafia’. Incluso una novela con ese título, del ‘gancho (sic) veloz’ Luis Guillermo Piazza, pretendió denigrarnos. De todas las batallas salimos airosos con nuestro ‘capi’ a la cabeza, y nuestros detractores no lograron salir del anonimato al que su mediocridad ha condenado sin remedio.” José Luis Cuevas. “Recuerdo de Fernando Benítez”, en: *La Cultura en México*, núm. 878. México, 27 de diciembre, 1978, p. III.

convicción, del riesgo y de la duda a *un* lenguaje: el secuestrado por el poder para dar cimiento a una retórica del conformismo y el engaño. (...)

Estas ideas concurren a nuestra colaboración primeriza con Fernando Benítez, el infatigable, lúcido y valiente promotor de una cultura mexicana libre, en las páginas de *La Cultura en México* y, después de la represión contra el movimiento de independencia sindical y el triunfo de la revolución cubana, en 1959, a la fundación de la única publicación disidente de su momento: *El Espectador*, en compañía de Víctor Flores Olea, Jaime García Terrés, Enrique González Pedrero, Francisco López Cámara y Luis Villoro.<sup>97</sup>

Dice Fuentes: “El escritor le da voz a quienes no se pueden hacer escuchar.” Luego entonces la pregunta nos persigue incesantemente: ¿quién dice, quién garantiza que lo dicho por esa voz sea realmente lo que los que no tienen voz quieren decir? Una respuesta, la más sencilla y humilde, diría que los escritores, al ser como el resto de los ciudadanos partícipes de una sociedad, dirán en términos de muestra estadística lo que la sociedad en general podría expresar si tuviera las posibilidades para hacerlo. Esto es, el espacio cultural en el que los escritores son dueños y señores, sería una expresión más de la conformación social general, constituye un espacio de poder cruzado por las diversas contradicciones sociales existentes. De tal forma, la opinión de los escritores podría marcarse tan sólo como una muestra de la opinión social general, de ahí que no necesariamente debiéramos tener la expectativa de encontrar (pues de hecho no existe) una sola concepción, explicación y toma de posición provenientes de ese grupo frente a los fenómenos y problemas sociales.

Más aún, dada la terrenalidad de los escritores y de su acción, su espacio vivencial no es ajeno a los problemas mundanos con los que nos enfrentamos el resto de los mortales. Jorge Ibargüengoitia no reparaba en señalar los graves problemas dinerarios a los que se enfrentaba por ser un escritor profesional; junto a ello también

<sup>97</sup> Carlos Fuentes. *Tiempo mexicano*, 16a. reimp. México, Joaquín Mortiz, 1992, p. 64-65. (Negritas del autor.)

encontramos disputas, peleas a golpes, resentimientos y demás actitudes provenientes de entreveros pasionales (vulgo: líos de faldas y pantalones), además por supuesto de estéticos y políticos.<sup>98</sup>

Sin embargo, regresando a lo declarado por Fuentes, no necesariamente la apreciación de que los escritores son la voz de quienes no se pueden expresar va en el sentido de ser la muestra de la pluralidad de voces que podemos encontrar en la sociedad. Más bien en su dicho se percibe lo que identificamos en el primer capítulo de este trabajo: los escritores, al tener como característica identitaria el uso y poder sobre el lenguaje, se asumen como los encarnadores de la razón (única) para hacer frente a aquellos que han usurpado y monopolizado el lenguaje para crear una retórica del “conformismo y el engaño”.

## El poder y el arma de la crítica

*Me dijiste que ya no me querías.  
Intenté suicidarme gritando: ¡Muera el PRI!  
Y recibí una ráfaga de invitaciones.*

Gabriel Zaid<sup>99</sup>

El lenguaje oficial imperante desde varios lustros atrás tenía en la palabra “modernización” su eje definitorio.<sup>100</sup> La paz social encarada en un avance hacia el progreso expresado en los importantes

<sup>98</sup> Véase por ejemplo la siguiente declaración de Juan José Arreola: “Pasaron muchos años para que Octavio y yo nos volviéramos a encontrar en México, a mediados de los cincuenta. En ese tiempo, él ya era funcionario de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Para Octavio fue motivo de desagrado que yo fuera amigo cercano de los poetas españoles que llegaron a México en calidad de exiliados, le molestó saber que yo seguía tratando con gran afecto a gentes como León Felipe. En ese tiempo y unos años después, hasta Carlos Fuentes se alejó de la izquierda para entrar a la órbita de Paz. Recuerdo una escena entre Octavio, Carlos y yo, en la que los dos me dijeron que me había echado en brazos de los comunistas, entonces yo, delante de muchas personas que estaban presentes en el mismo acto, en el Hotel del Prado, le dije a Carlos: ‘Aquí se acabó toda posibilidad de amistad y trato, ni yo soy comunista ni tú tienes derecho a acusarme’. A Octavio le dije: ‘¿Cómo es posible que tú me estés juzgando desde ese punto de vista?’. Luego, los tres tuvimos diferencias más reales por causa de una mujer a la que los dos pretendían.” Arreola Orso, *El último jugador. Memorias de Juan José Arreola*. México, Diana, 1998, p. 243.

<sup>99</sup> *Cómo leer...*, op. cit., p. 114.

<sup>100</sup> Cfr. Sara Sefchovich. *México: país de ideas, país de novelas. Una sociología de la literatura mexicana*. México, Grijalbo, Enlace, 1987, p. 175 ss.

índices de crecimiento económico, provocaba que en nuestro país se viviera una vez más, y no por última ocasión, el encandilamiento general frente al cercano futuro que por fin estaba al alcance de la mano. Radio, cine, televisión, Zona Rosa, *high balls, in, out*, Acapulco, New York, todo ello junto a la estabilidad política y paz social, parecían hacer juego en la vestimenta utilizada para presentarse al festín de la modernidad, aunque, claro está, no se nos hubiera invitado y acaso pretendiéramos entrar por la puerta de atrás. Los escritores, junto a la sociedad en general, no estaban lejos de enfrentarse a una trágica decepción.

En 1968 el sistema político mexicano demostraría que su ser era ajeno a la modernidad política, que los valores de la democracia eran tan sólo palabras huecas utilizadas por el poder para cubrir su accionar despótico, autoritario y burocrático frente al cual no había excepciones. Gustavo Díaz Ordaz conocía el poder de las palabras, pero el poder de él, el político, no habría de permitir ningún tipo de cuestionamiento. En el informe de gobierno de 1966 expresó vehementemente:

... ni pretendidos rangos sociales e intelectuales, ni posiciones económicas, ni edad, ni profesión u ocupación, otorgan inmunidad. He de repetir: ¡Nadie tiene fueros contra México!<sup>101</sup>

Díaz Ordaz conocía la fuerza de las palabras, ellas podían ser utilizadas como armas contundentes. El gobierno pasó de las palabras a los hechos.

En un ambiente donde imperaba la convicción gubernamental de que ahora sí se estaba en el umbral del progreso y la modernidad era imperdonable que no se compartiera dicha apreciación, y peor aún que tales afirmaciones estuvieran firmemente sustentadas. La publicación de un libracó de varios cientos de páginas que contenía

<sup>101</sup> Enrique Krauze. *La presidencia imperial. Ascenso y caída del sistema político mexicano (1940-1996)*. México, Tusquets, 1997, p. 311. Más adelante el autor escribe: "En verdad, hasta ese momento, nadie documentó el caso de un estudiante que hubiese portado más armas que las palabras. Pero para Díaz Ordaz, las palabras eran armas; él mismo las utilizaba como tales, eran la respiración natural de sentimientos atávicos en él, ligados a la incomodidad física que padecía consigo mismo...", p. 342-343.

un estudio antropológico que hoy en día parece bastante anodino sobre la vida cotidiana de una familia pobre de uno de tantos barrios populares de la capital, era una ofensa imperdonable.<sup>102</sup>

El despido en 1967 de Arnaldo Orfila de la dirección del Fondo de Cultura Económica por la edición de *Los hijos de Sánchez* evidencia varias características históricas del Estado mexicano. Primera, el temor a las palabras que deviene intolerancia a la crítica, aunque ésta en realidad carezca de peso específico dentro de la sociedad. Antes del escándalo que generó su publicación, el libro de Oscar Lewis estaba condenado a ser un texto leído tan sólo por unos cuantos, aquellos interesados en leer un voluminoso mamotreto que de entrada estaba dirigido a un microespacio de la opinión pública. Luego entonces, la intolerancia del Estado lo llevaba a considerar que la propia existencia de la realidad constituía una afrenta ya que ella no podía, ni debía, contradecir los dichos oficiales.<sup>103</sup> Apenas unos años antes una polémica similar había acontecido con la filmación de la película *Los olvidados* dirigida por Luis Buñuel. La presentación de la pobreza de una sociedad que pretende ingresar en el futuro inmediato a la modernidad, es imposible de aceptar por los gobernantes. La pobreza afea todo. Iturbide prohibió que el populacho se acercara a las fiestas de su coronación. El Estado mexicano de los sesenta no permitiría que se cuestionara el éxito del desarrollo económico y la paz social que enarbolaba como banderas de su accionar en las últimas décadas. Lustrós después ese mismo Estado declararía a la miseria tan sólo un “mito genial”. Si la realidad no se ajusta a los discursos oficiales, peor para la realidad. Ni siquiera ella tiene fueros contra la macroeconomía.

1968 marcó el fin de todo un periodo dando paso a una nueva apreciación de nuestro ser, de nuestro tiempo, de nuestra nación.

<sup>102</sup> Paradójicamente, el libro causante del despido de Orfila y de la posterior creación de la editorial Siglo XXI, fue motivo, hacia finales de los años setenta, de una superproducción hollywoodense.

<sup>103</sup> Dice Enrique Krauze: “El Fondo publicó entonces (en la década de los sesenta) libros críticos que hicieron época y sin saberlo o quererlo entró en terreno minado. Algún día, cuando desde una perspectiva serena se escriba la historia de los últimos lustros, se verá que el conflicto entre el gobierno y el Fondo fue un presagio: ahí donde se comienza por silenciar libros, se termina silenciando personas.” “Edades del Fondo”, *Vuelta*, núm. 95, México, octubre, 1984, p. 48.

Súbitamente el peso de las palabras se evidenció, la demagogia mostró su carácter paternalista, y la fuerza hizo valer su peso sobre la razón. Tlatelolco se convirtió en sangriento mojón para esas neo-modernas reflexiones.

Sectores sociales que durante décadas habían jugado el rol de observadores y sujetos apacibles de los afanes progresistas, alejados de cualquier posibilidad real de intervención en la toma de las decisiones políticas, súbitamente se encontraron con la posibilidad de hacerse oír, de expresarse, de exigir. Sus medios fueron la calle; las pintas y el volanteo fueron sus escritos. Hablaron, caminaron y se dejaron ver. Recuperaron algo que creían haber perdido o, por lo menos, parecía inservible, la voz. Décadas de silencio, roto esporádicamente por gritos aislados, llegaron a su fin.<sup>104</sup> En efecto, en adelante el país no volvió a ser el mismo. Significativamente, durante el movimiento estudiantil de ese año el gobierno mexicano lanzó acusaciones desmedidas contra las masas vociferantes; éstas en un alarde de inteligencia y cabal comprensión del peso y conformación del lenguaje asumieron que el silencio es parte fundamental de todo discurso. El silencio convertido en el mayor grito contra los afanes autoritarios de desvirtuar a la palabra. La *manifestación del silencio* ha pasado a la historia como el punto climático de esos meses. El silencio lo expresó todo con mayor fuerza en contra de la vorágine declaratoria del Estado mexicano.<sup>105</sup>

<sup>104</sup> "En 1968, de pronto estalló en la calle, en el Paseo de la Reforma, en el Zócalo, la voz que había permanecido callada durante tantos años, al grado de que se hablaba del mutismo mexicano, la dejadez del mexicano, el *ni modo* mexicano, la indiferencia del mexicano. En 1968, miles de mexicanos salieron de sus casas a gritar su coraje, su inconformidad. De pronto, no sólo demostraban su repudio al gobierno que más tarde se patentizó en las elecciones presidenciales del licenciado Echeverría (...) El movimiento estudiantil actuó como detonador. El rencor latente, un rencor de años transmitido de padres e hijos, salía a la superficie. Los hijos empezaron a asfixiarse en esa atmósfera de cuchicheos, de 'mejor no'; de 'al fin que no podemos hacer nada', 'las cosas no van a cambiar porque tú hables', etcétera. Al menos, podían gritar a voz en cuello y formar esa masa crítica, intencionada, móvil que atemorizó al gobierno, a tal grado que lo llevó al enloquecimiento trágico y criminal que escindió nuestra vida pública." Elena Poniatowska. "El movimiento estudiantil de 1968", en: *Vuelta*, núm. 7, México, junio, 1977, p. 23.

<sup>105</sup> De entre las consignas escritas en las mantas de esa manifestación destacó una: "El silencio es repudio a la represión." *Cfr.* Daniel Cazés. *Crónica 1968*. México, Plaza y Valdés, 1993, p. 166-168.

La palabra, el lenguaje convertido en literatura, en voz de los escritores, vivió a plenitud su doble carácter. Por una parte su alejamiento de las grandes masas, su naturaleza ajena a la “canasta básica”: la lectura en particular, la cultura en general, no eran artículos de primera necesidad, no eran consumidas por las grandes masas. Sin embargo, por el otro lado, desde el poder se cuidaba con especial atención cualquier tipo de expresión que difiriera de las explicaciones oficiales. *La Cultura en México* se convirtió en una isla dentro del gran mar de los medios de comunicación. El periódico *El Día* o *Excelsior*, dirigido por Julio Scherer con la columna semanal de Daniel Cosío Villegas, complementaban la tenue voz disidente.<sup>106</sup>

Casi de manera unánime los medios se encargaron de repetir la versión oficial sobre el movimiento y su trágico fin. Las descalificaciones y asignación de responsabilidades por parte del poder dieron cuerpo a lo que Federico Campbell ha definido como la novela del poder, la verdad del poder:

... también, como si fuera un novelista de misterio o un dramaturgo, el Poder trabaja de enigma en enigma y ofrece soluciones: la verdad del poder. En 1968 el Poder novelizó a través de la prensa los acontecimientos del 2 de octubre y estatuyó su verdad de los hechos. En cierto modo Gustavo Díaz Ordaz escribió una mala novela sobre la masacre, pero nadie creyó en su versión y todo mundo dedujo, como en aquella obra de Agatha Christie, que el narrador era el asesino.<sup>107</sup>

Los escritores mexicanos que habían empezado a cuestionarse sobre el rol del escritor, del artista, en una sociedad contemporánea definida por la búsqueda de formas revolucionarias sintieron la obligación de participar con las posibilidades que tenían a su alcance. No considero necesario ahondar en el significado que la guerra de Vietnam, la revolución cubana y/o el mayo francés tuvieron para repensar el papel que los intelectuales nuevos, modernos, debían tener en el proceso de transformación de las sociedades.

<sup>106</sup> Cfr. Julio Scherer. *Los presidentes*, 2a. ed. México, Grijalbo, 1968, y Daniel Cosío Villegas. *Crítica del poder*. México, Clío/El Colegio Nacional, 1997, p. 17-49.

<sup>107</sup> Federico Campbell. *La invención...*, *op. cit.*, p. 142.



A principios de 1968, unos cuantos meses después de la muerte del Che Guevara en la sierra boliviana, en Cuba se desarrolló el Congreso Cultural de La Habana, que tuvo como uno de los puntos de la agenda la discusión de las responsabilidades del intelectual ante los problemas del mundo subdesarrollado. Entre sus conclusiones, asumiendo una frase de Régis Debray, señaló que lo importante no era lo que el intelectual pensara, sino la relación entre lo que piensa y lo que hace. La lectura lineal de la onceava tesis marxiana sobre Feuerbach se había dado, las consecuencias para la actividad cultural, artística y estética habrían de verse en los años siguientes.<sup>108</sup>

En mayo, en París, Carlos Fuentes se convirtió en el escritor mexicano que ponía su don, su habilidad, al servicio de reseñar analíticamente los hechos de la revuelta. La leyenda, el mito, de un escritor universal, el literato exitoso venido del subdesarrollo, que se comprometía con las causas revolucionarias empezaba a crearse.<sup>109</sup>

Frente a esta estirpe nueva del escritor, se encontraban aquellos que desde hacía tiempo laboraban dentro de las instituciones gubernamentales. Algunos, a decir del propio Fuentes, se decidieron a hacerlo por un sentido de responsabilidad pues consideraban que era necesario participar dentro de los puestos donde podrían colaborar a la transformación o, por lo menos, al no alejamiento del Estado de los objetivos revolucionarios que debían definirlo. Sin

<sup>108</sup> "Sea como fuere, de un lado a otro del espectro de participantes, las conclusiones (del Congreso de La Habana) fueron muy semejantes: el intelectual latinoamericano tiene la obligación moral de comprometerse políticamente en la transformación de la sociedad. Si bien se han eliminado —o, más bien, han caído en desuso— los severos cánones artísticos del periodo stalinista y zhdanoviano, y se considera fundamental que el artista desarrolle su trabajo propio como parte necesaria de su función social, el intelectual, por estas mismas razones, debe promover y activar los cambios que su sociedad requiere. Sólo puede considerarse que un intelectual es un verdadero revolucionario si se empeña a fondo en la tarea de impulsar a los demás en la toma de conciencia." J. Volpi, *op. cit.*, p. 103-104.

<sup>109</sup> El artículo de las reseñas de Fuentes en/sobre las barricadas parisienses se publicó originalmente en *La Cultura en México* con el título "Mientras más hago el amor más ganas tengo de hacer la revolución. Mientras más hago la revolución más ganas tengo de hacer el amor". Posteriormente con agregados y correcciones fue publicado por editorial Era en un libro que hoy en día es prácticamente imposible de consultar. Sin embargo, gracias a los buenos oficios de Yvonne Gutiérrez podemos leer el primer capítulo, pues lo reprodujo en su compilación: *Entre el silencio y la estridencia, La protesta literaria del 68*, México, Aldus, 1998.

embargo, también existe otra explicación bastante socorrida pero menos románticamente comprometida con el cambio social. Es aquella que formula que trabajar en el gobierno permite tener las condiciones dinerarias y temporales necesarias para poder dedicarse a lo que los escritores quieren hacer: escribir (y leer). Es conocida la participación de una enorme cantidad de escritores reconocidos y no tanto dentro del gobierno mexicano, especialmente en el servicio diplomático. Con ello se abre la puerta a una de las más recurrentes discusiones sobre el sentido del compromiso del escritor con su libertad de crítica.

Para 1968 muchos eminentes escritores e intelectuales habían participado en labores de gobierno, entre ellos José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Jaime Torres Bodet, Enrique González Martínez. En ese año la Secretaría de Educación era ocupada por Agustín Yáñez, quien tenía como colaboradores a Mauricio Magdaleno en una subsecretaría, a José Luis Martínez como director del Instituto Nacional de Bellas Artes y a Martín Luis Guzmán como presidente de la Comisión de Libros de Texto Gratuitos a la vez que fungía como director de la revista *Tiempo*, habiendo sido condecorado con la Medalla al Mérito Revolucionario en 1965. También Octavio Paz estaba en la nómina estatal pues era embajador de México en la India.

Los acontecimientos iniciados en la ciudad de México a finales de julio del año olímpico convocaron a la participación de amplios sectores de la sociedad, entre ellos los escritores.

Muchos de estos intelectuales apoyaron al movimiento de 1968 como ciudadanos, porque en él vieron la promesa de un país más libre; como creadores, además defendían a la cultura contra la amenaza de un fascismo oficial que, inevitablemente, trataría de sofocar la crítica y uniformar el pensamiento. Como artistas, sabían que el lenguaje es una renovada fundación del ser, una radiación constante de la conciencia, una exploración de las posibilidades humanas concretas y por ello un proyecto de lo desconocido: la represión negaba esto, concebía el lenguaje como petrificación, monólogo y obediencia; como sumisión, retórica y coro adulatorio.<sup>110</sup>

<sup>110</sup> Carlos Fuentes. *Tiempo...*, *op. cit.*, p. 160.

Fuentes escribió lo anterior cuatro años después de los sucesos que culminaron en Tlatelolco. En su caso particular tenía suficientes motivos para involucrarse escribiendo desde las barricadas parisien-ses. Siendo consecuente con los acuerdos sobre el rol de los escritores vertidos en la reunión de La Habana, en abril de 1968 había escrito un artículo acerca de la necesidad de realizar trabajo militante y solidario con los intelectuales estadounidenses que hacían frente a la guerra de Vietnam y al bloqueo a Cuba. Ahí señalaba que el apoyo no consistía en visitarlos clandestinamente aceptando las condiciones de la oficina migratoria yanqui, sino en alentarlos desde fuera de sus fronteras. El autor de *Aura* tenía experiencia para sostener su dicho, pues él figuraba en la lista de extranjeros indeseables para el gobierno de Estados Unidos, lo que impedía que se le otorgara una visa a pesar de que sus libros se publicaban en aquel país.<sup>111</sup>

Los escritores que tenían su foro en *La Cultura en México* jugaron un papel importante durante el movimiento estudiantil. Tan sólo por ser uno de los escasos espacios donde se ejercía una crítica a la actuación autoritaria del gobierno diazordacista su rol habría sido trascendente. Asimismo, un eminente escritor y profesor universitario participó activamente en el movimiento: José Revueltas.

Visto el conflicto dividido en dos campos, escritores hubo de ambos. Los conflictos sociales cruzan, como hemos visto, el espacio donde éstos se desarrollan. Los hechos de 1968 no tendrían por qué ser la excepción. Los acontecimientos los obligaron a tomar partido, tanto la participación como la omisión fueron formas de hacerlo. Los ataques y descalificaciones menudearon.

Díaz Ordaz, quien a decir de algunos analistas no sólo veía con desdén sino con temor a los intelectuales, se encargó de hacer saber que él era el poseedor del poder y que éste por definición (para una lógica autoritaria) es incuestionable. Cuando en pleno auge de los acontecimientos Agustín Yáñez le presentó su renuncia a la Secretaría de Educación Pública:

<sup>111</sup> Cfr. Carlos Fuentes y Carlos Fuentes Lemus. *Retratos en el tiempo*. México, Alfaguara, 1998, p. 27-31. Fuentes, al escribir sobre Norman Mailer, narra la anécdota de su viaje a Nueva York para la presentación de la *Muerte de Artemio Cruz*, en donde de manera excepcional Robert Kennedy le otorgó un permiso por cinco días para ir a Estados Unidos, con la condición de que no saliera de los límites de la isla de Manhattan.

El presidente leyó el papel, lo rompió en cuatro pedazos hacia el secretario y alzó la voz:

–Se ha tardado usted más de la cuenta. Y ya debería saberlo: a mí ningún hijo de la chingada me renuncia. ¡De qué forro le salió!... ¡váyase a cumplir un poco mejor su cometido!<sup>112</sup>

Martín Luis Guzmán, el prestigiado autor de *La sombra del caudillo* y *El águila y la serpiente*, desde su cargo en la SEP como presidente de la Comisión Nacional de los Libros de Texto Gratuitos, se convirtió en un testigo más de los acontecimientos. Dos años después su gesto habría de ser reconocido al otorgársele una senaduría que habría de ocupar en el sexenio 1970-1976.<sup>113</sup>

El silencio cómplice de algunos contrastó con la participación de otros. Salvador Novo, quien en 1965 había sido nombrado cronista de la Ciudad de México directamente por Díaz Ordaz y también había ganado el Premio Nacional de Literatura durante ese sexenio, en sus columnas semanales, primero en la revista *Hoy* y después en *El Heraldillo de México*, externó la opinión que generalmente se da cuando surgen movimientos estudiantiles: los jóvenes son manipulados por intereses y fuerzas oscuras que tan sólo quieren la destrucción por sí misma. Son “instrumento ciego de consignas oscuras”.<sup>114</sup> Tampoco escatimó elogios y halagos a la recia figura del

<sup>112</sup> Jorge Volpi, *op. cit.*, p. 411-412. Válidamente el autor cuestiona: “La pregunta, desde luego, es la siguiente: ¿por qué razón tres brillantes intelectuales se plegaron tan completamente a los designios del poder? ¿Por qué razón guardaron silencio y, si bien no atacaron directamente a estudiantes y maestros, tampoco salieron a su defensa?”. Una respuesta puede leerse en la siguiente reflexión de Juan José Arreola: “En el caso de Agustín (Yáñez) y de otros escritores que se entregaron a las tareas de Estado, ellos tuvieron que interrumpir, abandonar y, algunos, traicionar su condición de escritores para poder cumplir con los compromisos políticos. En la medida en que se convirtieron en intelectuales orgánicos, se fueron alejando de formas de vida en las que la libertad es el primer requisito para entregarse al trabajo creador y fecundo de la literatura.” Arreola Orso, *op. cit.*, p. 310.

<sup>113</sup> “Para Guzmán el intelectual era un legislador destinado a sostener la legitimidad de un Estado protagonista de la ilustración y el progreso, ese Espíritu Absoluto que defendía al pueblo de la barbarie religiosa. (...) Fue el clérigo más puro y agresivo con que contó el Estado durante décadas.” C. Domínguez Michael, *op. cit.*, p. 483.

<sup>114</sup> Salvador Novo. *La vida en México en el período presidencial de Gustavo Díaz Ordaz*, t. II, México, Conaculta, 1998, p. 395 (publicado el 17 de agosto de 1968). En su discurso de aceptación del Premio Nacional de Literatura, Novo dijo: “Prometo continuar mis trabajos con ferviente anhelo, para así sumarme a las tareas de un país que ve en usted, señor Presidente, al guía que infatigablemente realiza, en todos los campos de la vida nacional, los sueños reden-

señor presidente; éste se dignó festejar el cuarto aniversario de su toma de posesión comiendo en la casa del escritor, quien no cabía de gozo:

Lo que no puedo expresar es el afecto, el impulso de servir de algo a su lado y a sus órdenes, que despierta la sinceridad, la sencillez, la inteligencia y la humanidad de este hombre magnífico —y la irritación que causa pensar que haya quienes se obstinan en cerrar los ojos o en volver la espalda y apretar los puños mezquinos ante su mano ante todos tendida.<sup>115</sup>

El apoyo de Novo a la política represiva implementada por el gobierno, le valió que una mañana descubriera que la fachada de su casa había sido pintarrajeada por los estudiantes con insultos y consignas (“Novo con los soldados”, “Novo: escribe la crónica de la toma de la UNAM” y “Popular entre la tropa”).

La mano tendida del presidente fue tomada por otros escritores que a pesar de ello continuaron proclamando su independencia de juicio. Fue el caso de Ricardo Garibay, quien acosado por la pobreza decidió pedir y aceptar el apoyo dinerario que directamente Díaz Ordaz le facilitó. Garibay fue un convencido de que incurrir en tales acciones no tenía por qué significar la pérdida del espíritu crítico del escritor, de ahí que años después volviera a solicitar ayuda económica directamente al presidente Echeverría. Esta actitud junto a su agrio carácter le significó si no el desprecio sí por lo menos el alejamiento de muchos otros escritores, especialmente aquellos que enarbolan la necesidad indiscutible de la independencia del escritor de los círculos del poder como garantía única de que su decir pueda ser libre.

Garibay veía así la ayuda que el entonces presidente le facilitó:

Díaz Ordaz ordena, por la gestión del Tata Aguirre, que se me dé la ayuda. Yo puedo entregarme enteramente a leer y a escribir. El dinero es de la nación, no de Díaz Ordaz, y él es el Jefe del Estado, es mi deudor, de algún modo. Estamos ante un acto personal y gene-

tores de la Revolución.” Federico Campbell. “Con los Premios Nacionales el Estado se autoelogia”, en: *Proceso*, núm. 424, México, 17 de diciembre, 1984, p. 51.

<sup>115</sup> *Ibidem*, p. 406 (publicado el 18 de septiembre de 1968).

roso hacia mí, hacia mi trabajo. Y lo agradezco, y punto. Me pongo a vivir sin congoja. Y lo cuento para cumplir el itinerario tragicómico del escritor para ganarse la vida en nuestro país. País que no lee. País que puntualmente demuestra que “la República no necesita de sus escritores”. La alegría viene de poder leer y escribir, que para eso se ha nacido. Quien procure —o lo haga posible— lo que es urgente para la realización de una tarea, no es relevante, salvo si el fulano es un delincuente común o si en la ayuda se emboza la comisión de un grave daño a los demás. (...) Lo único que festejo en mí, es mi lealtad a mi oficio.<sup>116</sup>

El escritor añadía que tan sólo agradeció al presidente porque agradecer es de bien nacidos, pero que él no se vendía ni había precio que lo comprara.

La participación de los escritores se dio desde las tribunas públicas que ocupaban. Después de la brutal represión del 2 de octubre, con la consecuente persecución y encarcelamiento de muchas personas involucradas aunque fuera fortuitamente con el movimiento, el panorama se modificó drásticamente.

Un estado paternalista que considera a sus ciudadanos, especialmente a los más jóvenes, como infantes incapaces de actuar, pensar y vivir por sí mismos sólo podía elaborar una explicación de los hechos en la que los estudiantes no podrían actuar *motu proprio*, sino que debían estar siendo movilizados, manipulados, por fuerzas oscuras que no se atrevían a dar la cara, las cuales usaban a los jóvenes como carne de cañón para sus perversos intereses ajenos y contrarios a nuestra nación. El que súbitamente esas fuerzas oscuras se cristalizaran con careta de intelectual les permitió terminar de convencerse de esa explicación.

El escritor Juan García Ponce, miembro de la Asamblea de Intelectuales y Artistas, fue detenido el 4 de octubre después de haber entregado en *Excélsior* un manifiesto de protesta por la masacre de dos días antes.

<sup>116</sup> Ricardo Garibay. “Epílogo”, en: *Proceso*, núm. 795, 17 de enero de 1992, p. 58.

En tal atmósfera Fernando Benítez les comentó a José Emilio Pacheco y a Carlos Monsiváis la necesidad urgente de protestar frente a la masacre: “Tenemos la obligación de denunciar este crimen monstruoso aunque sea el último número del suplemento que hagamos.”<sup>117</sup>

Las declaraciones de Elena Garro aparecidas en *El Universal* el 7 de octubre, desencadenaron una espiral que habría de durar las tres décadas siguientes y que tendría como consecuencia el acendramiento de una atmósfera antintelectual en nuestro país.

La escalada de delaciones empezó con las acusaciones e identificaciones hechas por Sócrates Amado Campos Lemus la misma noche del 2 de octubre, desde entonces se le calificó como uno de los infiltrados más importantes del gobierno en el movimiento. En la lista de personas mencionadas por él apareció el nombre de Elena Garro, a quien se le atribuía ser una de las organizadoras del movimiento y haber intentado acercarlo a Carlos A. Madrazo, quien entonces encabezaba dentro del PRI algunos intentos para la democratización de ese partido. Tales afirmaciones en un ambiente político contaminadísimo tanto por el movimiento estudiantil como por estar empezando a vivir la época previa al destape del candidato oficial a la presidencia de la república, causó que el dicho de Campos Lemus fuera la chispa caída sobre el pastizal seco.

A decir de Garro, al saberse involucrada por un delator, temiendo ser apresada o desaparecida por las fuerzas policiacas citó a una conferencia de prensa para, en primer lugar, dejar constancia de que estaba viva y, segundo, afirmar que ni ella ni Madrazo eran responsables de ningún movimiento, sino que más bien la responsabilidad recaía en ciertos intelectuales mexicanos y extranjeros, entre los cuales nombró a: Luis Villoro, José Luis Ceceña, Jesús Silva Herzog, Ricardo Guerra, Rosario Castellanos, Roberto Páramo, Víctor Flores Olea, Francisco López Cámara, Leopoldo Zea, José Escudero, José Luis Cuevas, Eduardo Lizalde, Jaime Shelley, Sergio Mondragón, Leonora Carrington y Carlos Monsiváis.

Garro, acusó:

<sup>117</sup> Carlos Monsiváis. “El inmenso valor de la humildad”, en: *La Cultura en México*, núm. 878, México, 27 de diciembre, 1978, p. iv.

Yo culpo a los intelectuales de ser los verdaderos responsables de todo cuanto ha ocurrido. Esos intelectuales de extrema izquierda que lanzaron a los jóvenes estudiantes a una loca aventura, que ha costado vidas y provocado dolor en muchos hogares mexicanos. Ahora como cobardes, esos intelectuales se esconden...<sup>118</sup>

Las consecuencias de tales afirmaciones no se hicieron esperar. La escritora decidió abandonar el país llevándose a su hija. Ambas tardarían en regresar treinta años. A su regreso explicaría que en realidad nunca había mencionado algún nombre en particular, sino que les había dicho a los reporteros que ellos podían obtenerlos de los manifiestos firmados por los intelectuales. Así, cuando en los diarios se percató que se los asignaban a su voz, ya era demasiado tarde y no hubiera tenido ningún caso intentar hacer las aclaraciones pertinentes. Desafortunadamente, dadas las características de la personalidad de la escritora, es difícil saber cuál fue la verdad. Lo que es indiscutible es que sus acusaciones habrían de dejar profundas cicatrices.<sup>119</sup>

Hasta el final de su vida Garro se mantuvo en su dicho de que los intelectuales en general fueron los responsables y que todos ellos debieron haber asumido su responsabilidad en aquel momento, pues tan sólo Heberto Castillo y Octavio Paz lo habían hecho. No está de más señalar que la acusación contra Paz es difícil de sostener, pues es absurdo responsabilizar a alguien que está prácticamente al otro lado del mundo de maniobrar todos los hilos de una conjura contra el presidente de la república. Si hoy en día —en plena era del Internet— eso es difícil, hace treinta años era poco menos que imposible.

La acusación de ser el promotor de un movimiento social dentro

<sup>118</sup> Carlos Marín. "La historia que provocó el autoexilio de Elena Garro", en: *Proceso*, núm. 789, México, 16 de diciembre, 1991, p. 48. Véase también: a) en ese número de *Proceso*: Armando Ponce, "A su regreso, Elena Garro se disculpa: me inventaron acusaciones"; y, b) Luis Enrique Ramírez, *La ingobernable. Encuentros y desencuentros con Elena Garro*, México, Raya en el Agua, 2000.

<sup>119</sup> *Cfr.* Carlos Landeros. "En las garras de las 2 Elenas", en: *Siempre!*, 1413 y 1414, 23 y 30 de julio, 1980.



de una sociedad autoritaria que termina liquidando tales afanes con toda la fuerza represiva de la que es capaz, era algo sumamente delicado. Juan José Arreola recuerda que en septiembre de 1968 José Revueltas le hizo ver lo delicado de la situación política pues el gobierno estaba a punto de desencadenar la represión, por lo que le aconsejaba esconderse e incluso, si podía, salir del país en virtud de que estaba en la lista de instigadores del movimiento estudiantil.

José Luis Cuevas, quien en la primera semana de octubre se encontraba preparando una exposición en República Dominicana, al ser enterado de que había sido involucrado por la Garro, junto con declarar que habría que tomar con humor tales afirmaciones, regresó inmediatamente a nuestro país para evidenciar que no andaba huyendo, por lo cual no tenía por qué esconderse.

Como vemos, las acciones de Campos Lemus y de Elena Garro parecen embonar muy bien en la obtención de veracidad para la explicación oficial del movimiento estudiantil. En general, dentro de los contenidos ideológicos conformadores de las concepciones del mundo que distintas sociedades tanto autoritarias como abiertas tienen de sí mismas, se plantea que el sistema económico/político normalmente funciona bien, ya que aunque puede generar algunos problemas, éstos son factibles de ser corregidos por los engranajes del propio sistema. De tal forma, cuando surgen conflictos más profundos son explicados no por contradicciones intrínsecas, sino por un efecto de importación de factores y agentes externos al sistema. La lógica de la contaminación no se restringe ni al ámbito de la economía ni es de uso reciente, es una interpretación ideológico-política inherente tanto a sociedades no democráticas como a las que se presentan con la imagen de ser las “abiertas” por antonomasia, me refiero particularmente a la estadounidense.

Acusar a los intelectuales, a aquellos que se han contaminado por las lecturas (por ejemplo, de los “filósofos de la destrucción”), a aquellos que han abrevado sus ideas extranjerizantes en textos infamantes y sediciosos mientras la juventud sana se preparaba para ingresar a la modernidad y competir en la olimpiada, ajustaba perfectamente con la explicación oficial además de echar una palada más de lodo sobre el cuestionable prestigio de los individuos dedicados a esas labores (sabelotodos, revolucionarios de café, parásitos

improductivos, etcétera). Ahora, además de su trabajo oscuro contra México, los intelectuales, particularmente los escritores de izquierda, mostraban su cobardía y accionar canalla al esconderse o acusarse unos a otros. La descalificación sobre quienes pretendían erigirse en jueces de los demás era obvia.

Pero el *affaire* Garro estaba lejos de haber terminado. Pocos días después tuvo un segundo capítulo que tuvo como protagonista principal a la hija de Elena y Octavio Paz. El nivel de los insultos, descalificaciones y desvaríos fue atroz, sobre todo si se toma en cuenta que ella los dirigió a una sola persona, la cual, para acabar de ennegrecer el escenario, era su propio padre.

Es sumamente conocido el hecho de que Octavio Paz, en ese entonces embajador de México en la India, renunció a su cargo a raíz de la masacre del 2 de octubre.<sup>120</sup> Junto con lo anterior, Paz, quien meses antes había declinado participar en la Olimpiada Cultural que se desarrollaba como un agregado a las competencias deportivas en nuestro país, envió un poema a los organizadores de aquella con la atenta e irónica solicitud de que lo transmitieran a todos los poetas participantes.<sup>121</sup>

Semanas atrás, en plena efervescencia del movimiento estudiantil, el poeta a solicitud expresa del secretario de Relaciones Exteriores, Antonio Carrillo Flores, había redactado un documento con su apreciación desde aquellos lares del movimiento estudiantil en México, planteando la necesidad de abrir espacios democráticos como la forma idónea de resolver políticamente el problema y anticipando que la fuerza pública no debía ser vista como solución.<sup>122</sup>

Una vez enterado de lo sucedido en Tlatelolco, Paz renunció por no estar dispuesto a seguir colaborando con un gobierno que masacraba a su pueblo; además de que ese funcionario era uno de los escritores más reconocidos en el nivel mundial, constituyó una durísima afrenta al poder. La reacción no se hizo esperar. Lo primero fue señalar que Paz no había renunciado, sino que había sido cesado por enjuiciar al gobierno dando crédito a informes de terceros en

<sup>120</sup> Cfr. Xavier Rodríguez Ledesma. *El pensamiento...*, *op. cit.*, p. 83 ss.

<sup>121</sup> Octavio Paz. *Ladera este (1962-1968)*. México, Joaquín Mortiz, 1991, p. 68-69.

<sup>122</sup> Cfr. Octavio Paz. *Vislumbres de la India*. México, Seix Barral, 1995, p. 212 ss.

vez de consultar directamente con las instancias oficiales. El poeta se vio obligado entonces a dirimir públicamente los hechos, señalando que había solicitado a la Secretaría de Relaciones Exteriores ponerlo a disponibilidad, pues dentro de la normatividad de la institución no existía la fórmula de la renuncia. Dos años después, en vísperas de entregar la presidencia, Gustavo Díaz Ordaz recuperaría groseramente la versión descalificatoria sobre el oportunismo de Paz.<sup>123</sup> La discusión al respecto habría de mantenerse por las décadas siguientes cada vez que se trajera a colación el tema.

La noticia sobre la separación de Octavio Paz de la embajada de la India fue relegada a espacios secundarios en los periódicos. Sin embargo, el 23 de octubre *El Universal* dedicó sus ocho columnas a difundir una carta que Elena Paz Garro dirigía a su padre. ¿Qué contenía la carta de una joven mujer, hija de escritores, que merecía tan importante y amarillista honor? La respuesta es simple: una perorata de aseveraciones infamantes que constituían el complemento exacto y la reafirmación de los denuestos que Elena Garro había hecho días atrás.

Con un lenguaje que lo menos que demostraba era una inestabilidad emocional severa producida quizá por la sensación de persecución sobre su madre, la hija del poeta arremetía contra el ex embajador. Para el caso que nos ocupa la carta de Elena Paz planteaba varios puntos que indudablemente regocijaron al poder pues embonaban perfectamente con: a) la descalificación de un escritor funcionario (el más notable y famoso) del servicio exterior nacional que se había atrevido a marcar su distancia con las decisiones tomadas por el gobierno al cual había servido, b) la atribución de la responsabilidad del movimiento a un grupo perfectamente delimitado de intelectuales, y c) la descalificación burda y contundente de estos mismos intelectuales. Elena Paz reafirmaba en su escrito amplia-

<sup>123</sup> El 17 de noviembre de 1968, en una entrevista en televisión, el todavía presidente eludió comentar sobre lo escrito por Paz en el libro, recientemente publicado, *Posdata*, y refirió que sólo recordaba que el autor había sido embajador en la India, y contestó a la pregunta sobre su opinión acerca de la renuncia de la siguiente manera:

“—¿Qué cree usted que ese va a renunciar? Mire usted, muy cómodamente pidió que se le pusiera en disponibilidad, es decir, acudió al expediente burocrático de asegurar la ‘chamba’ y prácticamente está con licencia indefinida.” *Siempre!*, núm. 910, México, 2 de diciembre, 1970, p. 5.

mente difundido que los intelectuales señalados por su madre días atrás eran quienes habían llamado “al crimen, al sabotaje y a la sedición”,<sup>124</sup> por lo que eran responsables de la tragedia que se vivía en México y de la cual su padre hablaba sólo de oídas.

La carta nunca tuvo respuesta. Amén de significar un alejamiento mayor en términos eminentemente familiares de Paz y su hija, fue el principio de una andanada descalificatoria contra el poeta. Doce años después Elena Paz declararía que en 1970 ella se había entrevistado personalmente con Díaz Ordaz, quien le afirmó que gracias a esa carta él no le había dado treinta años de cárcel a su mamá.<sup>125</sup>

Sin embargo, también desde el grupo de los escritores no se hicieron esperar varias muestras de apoyo a Paz. En el número 802 de *Siempre!*, del 6 de noviembre de 1968, junto a una solidaria carta escrita por Nikito Nipongo, *La Cultura en México* dedicó su editorial firmada por Fernando Benítez, José Emilio Pacheco, Carlos Monsiváis y Vicente Rojo, titulada “Actitudes. Nuestra solidaridad con Octavio Paz”, a la renuncia del poeta embajador en la India. El texto mostraba de manera sistemática las incongruencias y contradicciones de las versiones oficiales sobre el cese de Paz, además de dar una muestra fehaciente de la concepción que los escritores tenían de su autoridad moral sobre la autoridad burocrática, pues ellos —y sólo ellos— monopolizan “el uso legítimo del lenguaje”. Decía entre otras cosas la editorial citada:

Octavio Paz (...) asumió su progenitura de poeta y de mexicano, lo que significa asumir una responsabilidad total. Ahí queda por un lado la prosa burocrática de los que no dimiten nunca, punto final a una honrosa trayectoria de veinticinco años, y por el otro, un breve poema donde la ira y el desprecio han sido expresados con una claridad deslumbradora. **Su terrible peso ha inclinado la balanza a favor de la justicia y de la verdad sin equívocos y ya de una manera definitiva, pues tal es el privilegio de un gran poeta.**<sup>126</sup>

<sup>124</sup> “Dramática carta de Elena Paz a su padre Octavio Paz”, *El Universal*, 27 de octubre de 1968, p. 1. “‘Tus corresponsales’ dotaron de armas de alta potencia, dinamita y odio (...) tu condena debió dirigirse a esos intelectuales, esos ‘directores del desastre de los jóvenes’.”

<sup>125</sup> Carlos Landeros. “En Madrid con las dos Elenas”, *Siempre!*, núm. 1415, 6 de agosto, 1980, p. 43.

<sup>126</sup> *La Cultura en México*, núm. 351, México, 6 de noviembre, 1968, p. II.

Desde París, inmediatamente después de conocer la noticia sobre la salida de Paz de la embajada, Carlos Fuentes le escribió para ofrecerle solidaridad, casa, ayuda económica o lo que necesitara, trasladándose a Barcelona para recibirlo en el muelle acompañado de Gabriel García Márquez, Juan Goytisolo, Mario Vargas Llosa y José Donoso.

A mediados de noviembre Octavio Paz declaró a *Le Monde* que la intervención del ejército en Tlatelolco había sido pura y llanamente un acto de terrorismo de Estado, además aclaraba que desde hacía tiempo se encontraba cada vez más en desacuerdo sobre todo con la política interior del gobierno mexicano, pero que aún había tenido esperanzas de que el régimen posrevolucionario ejerciera la autocritica y se modificara, lo cual el 2 de octubre había quedado evidenciado que no sería así. A pregunta expresa sobre cuál podía ser el papel del escritor en el mundo de hoy expresó:

En México, antes que nada, es preciso exorcizar la violencia, el mundo azteca. Antaño los dioses estaban hechos de piedra. Ahora se erigen para celebrar la gloria de un sistema político. Para entender la posición de los intelectuales hay que tener bien claro que, en un contexto de economía privada, el pri se parece mucho al partido comunista. Es cierto, es mucho más liberal, pero está tan implicado como él en el mundo de los privilegios, y eso le permite muy a menudo emplear a los intelectuales. La mayoría de ellos se integraron al sistema.

Por lo tanto, hay una cultura oficial representada por gentes como Torres Bodet y Martín Luis Guzmán, quienes son escritores del régimen. En cuanto al primero, pues, fue un gran administrador y un escritor mediocre. Pero el caso de Martín Luis Guzmán es mucho más lamentable, porque se trata realmente de un gran escritor y de un excompañero de Pancho Villa. Ahora es director de una mala imitación de la revista *Time* y publica informaciones monstruosas acerca de los acontecimientos del 2 de octubre.<sup>127</sup>

El poder indudable y sangrientamente había mostrado cuáles eran sus atributos, en dónde radicaba su capacidad de decisión y acción

<sup>127</sup> "Octavio Paz a *Le Monde* en 1968: "La intervención del Ejército en Tlatelolco fue pura y llanamente un acto de terrorismo por parte del Estado." Nota de Rafael Rodríguez Castañeda. *Proceso*, núm. 986, 25 de septiembre, 1995, p. 20.

sobre la sociedad, de qué tipo era su lenguaje. Frente a él los escritores, tomando como ejemplo al que ya en esos años era por mucho el poeta más conocido y prestigiado del país, reafirmaban su convicción de que su monopolio sobre el buen uso del lenguaje era su soberanía y que ésta “sin equívocos y de manera definitiva” garantizaba que la justicia y la verdad (la *Razón*) les pertenecía, pues ella era su privilegio. Las fronteras de las que hablé en el primer capítulo estaban perfectamente señaladas. Las soberanías, desde el punto de vista de los escritores, estaban precisamente delimitadas y cada poder ejercía con toda discreción en su propio ámbito. El lenguaje de los gobernantes era burocrático y anquilosado; el de los escritores (según los propios escritores) era de una “claridad deslumbradora” y de un “terrible peso” que inclinaba la balanza de la justicia y la verdad a su favor. Nada más.

Ya fuera por convicción real de la explicación o por la simple aceptación de un chivo expiatorio que cargara con la responsabilidad sobre la revuelta, para el Estado mexicano la República de las Letras era la causante de haber enturbiado y corrompido las diáfanas y saludables mentes de los jóvenes. Luego entonces, la descalificación de ese poder contaminador se hizo de forma sistemática y continua en los siguientes meses. En tal ambiente de linchamiento moral más que de persecución policiaca, los escritores aglutinados en *La Cultura en México* publicaron su apreciación sobre las acusaciones que les hacían:

¿Es culpable la clase intelectual de todo lo ocurrido? En el fondo sí es culpable. Del mismo modo que fueron culpables los pensadores y los intelectuales de la independencia, de la reforma y de la revolución de 1910. Ellos son los que piensan, los que se informan, los que enseñan, los que nos transmiten las ideas filosóficas, los conocimientos y las corrientes de pensamiento contemporáneo. La lucha de todos los intelectuales del mundo actual contra la desigualdad, la injusticia, la rigidez de los sistemas autoritarios, la enajenación del hombre.<sup>128</sup>

<sup>128</sup> J. Volpi, *op. cit.*, p. 400.

Desde meses atrás los naipes estaban echados, el juego se había abierto. Ahora los dos poderes se veían frente a frente pavoneándose (uno más que otro) de sus respectivas características definitorias. Por una parte, el Estado ejerciendo el consabido uso legítimo de la fuerza para mantener una situación específica de poder, de hegemonía, de conformación social, política, económica, cultural y moral. Por el otro, “la clase intelectual” –como eufemísticamente los escritores se autodesignaban para abarcar a más individuos– haciendo alarde de sus afanes y atribuciones filosóficas, científicas y sobre todo morales frente al poder violento, frente al “sistema autoritario”.

Establecidas las fronteras de las repúblicas, el poder discernió entre las diversas formas de actuar de los escritores. A aquellos que fundamentalmente se dedicaban a escribir los atacó, como hemos visto, a través de las descalificaciones, al mismo tiempo que intentaba amedrentarlos con la ola de rumores acerca de la cacería de brujas que estaba por empezar. A otros que, más allá de las delaciones reales o ficticias, en los hechos habían jugado un papel preponderante en la organización del movimiento simplemente los encarceló, fue el caso de José Revueltas.

Revueltas cayó preso en noviembre de 1968. Muchos años después se conoció un documento memorable que da fe, entre otras cosas, del espíritu del escritor comprometido con la “Revolución” y con la literatura. Escrita en las instalaciones de la Dirección Federal de Seguridad, la carta que le fue decomisada por uno de sus custodios para entregarla a sus superiores, habla en la primera parte de su pesadumbre al enterarse por los diarios que le prestaron de la muerte de Vicente Lombardo Toledano, para terminar reseñando su risa y felicidad pues entre los libros que le facilitaron en esos primeros días de encarcelamiento político se encontraba el *Libro rojo* de Mao Tse Tung, además de algunos interesantes textos literarios.<sup>129</sup>

Con este clima de represión y reflujo terminó el año olímpico. Una nueva fase caracterizada por las secuelas de los recientes tur-

<sup>129</sup> José Revueltas. “Carta desde la Dirección Federal de Seguridad”, en: *Nexos*, núm. 95, México, noviembre, 1985. Años después él mismo declaró: “Yo no me comprometo desde fuera, soy simplemente una gente comprometida desde dentro: mi vida es la Revolución, y otra expresión de mi vida es la literatura.” Francisco Torres Vicente. “José Revueltas: la muerte es un problema secundario”, en: varios, *Los escritores, op. cit.*, p. 191.

bulentos acontecimientos habría de empezar. Las consecuencias del 68 serían de larga duración, tanto que treinta años después altos representantes de ambas repúblicas de nueva cuenta polemizarían acremente sobre las responsabilidades de los hechos.<sup>130</sup>

### **Las secuelas de la represión: el ejercicio de introspección**

En los primeros días del mes de enero de 1969 *La Cultura en México* entregó una vez más sus irónicos premios a lo mejor del año en la vida cultural y artística del país. Entre ellos resaltaba uno: el título de “La cantante del año” otorgado a Elena Garro. La escritora amén de empezar a vivir un destierro *de facto* pues hacía semanas que había abandonado el país, ahora iniciaba su paso por los vericuetos del destierro cultural que años después explicitaría Juan José Arreola:

La Siberia mexicana no es el destierro, sino el olvido, la marginación, la exclusión y la burla. Eso lo hemos sentido y experimentado muchos intelectuales mexicanos, desde varias décadas antes del 68, por lo que pienso que ese año no es más que el partaguas histórico de la lucha entre universidad y gobierno, entre los intelectuales y el gobierno.<sup>131</sup>

A finales de enero, *La Cultura en México* publicó un artículo de Tomás Segovia que, dentro de la lógica del presente trabajo, parece ser un ejercicio necesario para sentar las bases de una autodefinición de la soberanía de los escritores. Con el significativo nombre de “Sobre la tarea infernal del escritor”, Segovia desarrollaba una serie de ideas conformadoras de la identidad de los escritores. Entre otras, el autor identificaba como características definidoras de los

<sup>130</sup> En febrero de 1998, a raíz de la publicación *La presidencia imperial* de Enrique Krauze, el ex presidente Luis Echeverría descalificó al autor acusándolo de no ser un historiador sino tan sólo un escritor de panfletos, extendiendo la afrenta hasta Octavio Paz, pues lo responsabilizó de que Krauze hubiera escrito en 1987 un artículo contra Carlos Fuentes con el objetivo de que el director de *Vuelta* tuviera menos competencia en la disputa por el Premio Nobel. La respuesta de ambos no se hizo esperar, sumándose a la de algunos ex líderes del movimiento y diputados de oposición. Ellos le espetaron a Echeverría que era un calumniador que intentaba eximir su responsabilidad arguyendo otra vez el absurdo de que, en la tarde del 2 de octubre, los estudiantes habían empezado el tiroteo contra el ejército. *Cfr. Reforma*, México, 11 de febrero, 1998.

<sup>131</sup> Arreola Orso, *op. cit.*, p. 386.



escritores en su relación con el lenguaje y su diferencia con otros tipos de intelectuales como el pedagogo, el científico, el historiador, el periodista o el escritor político, la manera en que ellos se vinculan con sus escritos. Los demás intelectuales aspiran a que sus libros sean leídos, mientras que el escritor pretende ser leído a través de sus libros.

Segovia señalaba que el escritor sólo aspira a ser reconocido como escritor, esto es, por su talento, no por la información, demostración o persuasión de la que fuera capaz a través de sus textos. El vínculo del escritor con la Palabra (así, con mayúscula) recuerda el sentido clerical que Benda identificó en los intelectuales.<sup>132</sup> El autor avanzaba una hipótesis acerca de por qué el escritor ineludiblemente habría de comprometerse con un proceso de transformación y crítica de la realidad. Escribió Segovia:

El estatuto social de la literatura, producto para la más absoluta comunicación y por lo tanto el más social del mundo, pero producido mediante el acto más incommunicable y más antisocial del mundo, es pues profundamente inarmónico. Nada tiene de extraño entonces que también lo sea el estatuto social del productor de estos productos. Y tal vez lo sea doblemente porque esa inarmonía social que lo caracteriza como escritor está además en contradicción con su natural tendencia a encontrar una armonía en cuanto miembro normal de la sociedad, que también lo es.<sup>133</sup>

Si el sentido de la producción del escritor (lo público) está en contradicción con la forma en que se produce ese trabajo (el más privado que podemos encontrar), era irremediable que el propio autor del trabajo (el escritor) viviera bajo un estatuto social que Segovia calificaba de extraño. A su vez, esa inarmonía entraba en contradic-

<sup>132</sup> "... sucede que en la literatura la Palabra está tomada en su fundamento y como fundación. Tomada así, la Palabra es la aparición del espacio del diálogo y al mismo tiempo este espacio es el que hace posible la constitución de toda comunidad, o sea la constitución de los hombres en Humanidad, o en eso que Holderlin llamaba un Pueblo. Toda escritura literaria lleva esta doble huella de su fundamento en la Palabra y contiene siempre, lejana o cercanamente, una doble intención: el lenguaje entre dos y de congregación del Pueblo (en el sentido holderliano)." Tomás Segovia. "Sobre la tarea infernal del escritor", en: *La Cultura en México*, núm. 362, México, 22 de enero, 1969, p. iv.

<sup>133</sup> *Idem*.

ción con su “natural tendencia” a encontrar una armonía como ciudadano, ya que el escritor también es miembro de la sociedad. De tal forma, el escritor debido a su especial vínculo con el lenguaje, en virtud de ser el individuo que logra ver el “enigma fascinante de su surgimiento”, es el ser que se diferencia en primer lugar del resto de la ciudadanía y, en segundo, del resto de los intelectuales. Por la propia naturaleza de su ser, de su actividad, el escritor estaba condenado a señalar incansablemente la falta de armonía en la sociedad y, por supuesto, a intentar transformar esa situación.

Una semana después de la publicación del artículo de Segovia, el suplemento reprodujo un documento que daba la impresión de ser el corolario de aquellas páginas: la “Declaración del Comité de Colaboración de la Revista *Casa de las Américas*”. Ahí se señalaba la necesidad de revitalizar la misión de los intelectuales revolucionarios, la cual consistiría en su participación en la acción directa y en la elaboración y difusión de “un pensamiento capaz de incorporar las grandes masas populares a las tareas de la revolución; crear obras que, como ha dicho Régis Debray, arranque a la clase dominante el privilegio de la belleza”.<sup>134</sup>

Vemos, pues, que la radicalización de las propuestas de acción que empezó como consecuencia de la sensación de cerrazón de puertas para la actividad política legal y pacífica abarcaría diversos ámbitos del accionar político. El surgimiento de movimientos guerrilleros urbanos y rurales caracterizaría los años setenta en nuestro país.

Cabe mencionar que el ambiente de persecución y descalificación sobre los escritores mexicanos no se circunscribió a nuestras fronteras. En marzo de 1969 una vez más Carlos Fuentes se vio envuelto en un problema con las autoridades de inmigración estadounidenses, quienes en Puerto Rico le impidieron descender del barco de carga que lo transportaba de Europa hacia México.

En esas semanas en México empezó a circular subrepticamente el tristemente célebre libelo titulado *El Móndrigo*. El intento gubernamental por combatir a los escritores en su propia arena, en las letras, en las publicaciones, encarnó en primera instancia en la edi-

<sup>134</sup> *La Cultura en México*, núm. 363, México, 29 de enero, 1969.

ción de un libro que editado bajo una firma inexistente (editorial Alba Roja, S.C.L.) se distribuía de manera gratuita por correo. El texto pretendía ser el diario de un estudiante muerto (del cual nunca se daba el nombre) el 2 de octubre en el edificio Chihuahua, quien traía atado a su cintura un portafolios en el que además de cuatro mil pesos, cantidad bastante respetable para ese año, había cargado un legajo de doscientas cincuenta páginas que constituía el diario. Además, el libro presentaba una última hoja escrita a mano durante la masacre en donde el autor responsabilizaba de los hechos a los estudiantes.<sup>135</sup>

El panfleto mencionaba a multitud de personajes de la política y de la cultura como los responsables de haber instigado al movimiento estudiantil. De estos últimos, además de los señalados meses atrás por la Garro, ahora se agregaban a la lista: Juan José Arreola, Daniel Cosío Villegas, Julio Scherer y *Excélsior*, Rosario Castellanos, Mario de la Cueva, etcétera. A decir de Alberto Domingo el texto intentaba inculpar a todo aquel que molestaba, que estorbaba, fuera de izquierda o de derecha, en aras de hacerlo quedar en entredicho y lograr su eliminación civil inmediata.

Por otra parte, a finales de mayo se publicó un primer ensayo donde Gabriel Zaid avanzaba las tesis que más de veinte años después redondearía en un libro sobre la función y el sentido de la hechura de libros en la sociedad contemporánea. Leídas en el ánimo acusatorio existente en esos momentos, las preguntas de Zaid sobre si era real o simple mito la influencia de los libros en la sociedad adquieren un significado particular. Como es su costumbre Zaid contundentemente se preguntaba:

Muchos religiosos y revolucionarios se han sentido culpables y narcisistas cuando se han sumergido en una acción (la de escribir) cuyas consecuencias son tan poco claras. Los sentimientos de culpa de la gente que se ocupa de escribir son conocidísimos, y en parte explican la obsesión de poner la pluma al servicio de "causas útiles", para sentirse menos inservibles. Si todo el mundo de habla española ha podido esperar hasta mil novecientos sesenta y tantos para tra-

<sup>135</sup> Alberto Domingo. "El móndrigo, un libelo apestoso", en: *Siempre!*, núm. 830, 21 de mayo, 1969, p. 22.

ducir a nuestra Lengua la *Fenomenología del espíritu*, sin que, mientras tanto, se haya caído el mundo de habla española por falta de Hegel, y si inclusive ahora que tenemos la traducción seguimos sin leerla y si Castro declara públicamente que no ha leído más que las primeras páginas de *El Capital*, ¿de qué estamos hablando al hablar de la influencia de los libros, ya no digamos en las masas? (...) <sup>136</sup>

El mundo no se ha caído porque las grandes masas no hayan leído los clásicos. Años después Zaid agregaría que para triunfar en la vida, según los cánones contemporáneos, no es necesario leer libros. En realidad los escritores no son tan influyentes como todos creen, empezando por ellos mismos y seguidos de forma paranoica por el poder. La explicación radica en un elemento básico: en nuestro país (y en muchos otros más) no se lee (tanto) como usualmente se cree.

En una entrevista publicada a finales de agosto de 1968, Carlos Fuentes insistiría en explicar cuál era el rol que los escritores latinoamericanos debían jugar. Para él, el simple hecho de escribir implicaba ya un acto revolucionario “porque la literatura revela el lenguaje verdadero que revela la falsedad de lo que pasa por lenguaje entre nosotros”. Todos los escritores de América Latina viven en el exilio pues éste se constituye al vivir en medio de la mentira, de la represión al espíritu crítico y del desprecio a la inteligencia independiente. <sup>137</sup> Simultáneamente, Fuentes podía ufanarse de que gracias al último escándalo que se había originado cuando se le había impedido tocar tierras portorriqueñas, el Departamento de Estado de los Estados Unidos había modificado la ley respectiva para evitar que este tipo de problemas volvieran a presentarse.

El ánimo antintelectual continuaba. Por ejemplo, en la propia sección de correspondencia de *Siempre!* Aparecían críticas de lectores al

<sup>136</sup> Gabriel Zaid. “Paradojas y aberraciones de la industria del libro”, en: *La Cultura en México*, núm. 381, 29 de mayo, 1969, p. II-III. “Se puede tener renombre de escritor sin haber escrito un libro, o en caso de haberlo escrito, sin que se venda, o en caso de que se venda, sin que se lea, o en caso de que se lea, sin que nada cambie. Se puede vender mucho sin tener renombre. O se puede influir mucho sin haber escrito. Se trata de una constelación de fenómenos próximos pero distintos.”

<sup>137</sup> “Carlos Fuentes y la nueva conciencia mexicana”, en: *La Cultura en México*, núm. 394, 27 de agosto, 1969, p. IV.

grupo de *La Cultura en México* pues, a su decir, usaba un lenguaje ininteligible además de que sus integrantes se erigían en jueces elitistas que señalaban qué era lo culturalmente correcto y qué no.

En noviembre Carlos Monsiváis decidió abordar directamente el hecho de que en los últimos meses se responsabilizara y acusara a los intelectuales de todos los males existentes, sobre todo del movimiento del 68. Lo primero que se preguntó fue de qué se les acusaba, concluyendo que tan sólo era de ser intelectuales pues:

Un “intelectual” es –y procederé sin jerarquizar– dentro del mundo de las fantasías populares mexicanas el enemigo innato, el desprecio a lo espontáneo y lo puro, el desafío a nuestras tradiciones, la negación de nuestro modo de ser, el demonizador de la realidad guadalupana, el blasfemo, el perverso, el pervertido, el hombre que nos desprecia, la burla orgánica hacía todo lo que somos y constituimos. Para el político, por ejemplo, el intelectual ha sido (...) la oportunidad de corporeizar su culpa (popsicología) o el reproche que un académico impertinente le arroja, no advirtiéndole que la política es asunto de toma y retención del poder, no de la sabiduría, o, finalmente, la forma en la que se manifiesta el resentimiento de los-que-no-llegaron.<sup>138</sup>

Monsiváis señalaba que, paradójicamente, al intelectual se le descalificaba por no tener dinero (es un resentido, amargado, que critica a los que sí lo han hecho) o por poseerlo (se le desdeña por ganarlo sin esfuerzo). Además, para el poder el intelectual no es un aliado de los obreros y campesinos, sino más bien un ser ingrato y miserable que dejando de lado los beneficios culturales de la Revolución, se la pasa cuestionando su legítimo ejercicio de mando. Finalmente, el autor de *Amor perdido* veía en la furiosa intención acusatoria contra los intelectuales el reconocimiento implícito de que éstos eran los hacedores de la realidad, pues si antes se acusaba a la naturaleza de los desastres que sobrevenían a la nación, el que ella fuera sustituida por los intelectuales los ponía a ambos en el mismo rango.<sup>139</sup>

<sup>138</sup> Carlos Monsiváis. “El banquillo de los acusados”, en: *La Cultura en México*, núm. 397, México, 17 de septiembre, 1969, p. xvi.

<sup>139</sup> “Todo denigramiento irracional hace las veces de homenaje ferviente. En el presente empeño oficial de adjudicarles a los ‘intelectuales’ (las comillas, insisto, son suyas) la respon-

Una vez más los escritores, ahora a través de la pluma de Monsiváis, se dedicaban a enfatizar su diferencia con el otro poder. Finalmente la realidad les daba la razón, pues veían en la persecución descalificatoria de la que eran objeto el reconocimiento por parte de la otra soberanía de su importancia como generadores de realidad.

Si bien una simple carta de un lector de una revista puede carecer de peso específico en la generación de una opinión pública, me es irresistible la tentación de referir una misiva dirigida a *Siempre!* en donde con tal de restarle reconocimiento a Monsiváis un lector no dudó en señalarle que algunos políticos mexicanos eran mejores escritores que él. Que la muestra escogida para defenestrar a uno de los principales colaboradores del suplemento cultural fuera ni más ni menos que Alfonso Martínez Domínguez, venía a convertir el intento de descalificación en una auténtica muestra de humor involuntario.<sup>140</sup>

El tema de la utilidad del escritor era uno de los problemas que habían surgido en el ámbito latinoamericano en general. Por esas fechas se celebró en Santiago de Chile el Encuentro Latinoamericano de Escritores, en donde se les cuestionó fuertemente por vivir encaillados, ser egoístas y mezquinos que trabajan solos y en cuyo espacio imperaba el vedetismo. El ambiente estaba tan caldeado contra el concepto de escritor alejado de los compromisos sociales, que a los extranjeros se les enjuició severamente por haberse alojado en hoteles de lujo, pues eso demostraba que, a decir de sus recalci-trantes críticos, ellos no eran más que unos pequeño burgueses que estaban al servicio del gran capital.

En esta búsqueda de sentido, de explicación de su rol de escritores e intelectuales, un artículo de Jean Paul Sartre al respecto fue publicado en el suplemento de *Siempre!* En esas páginas el filósofo francés aseveraba que los políticos partían del error de creer que los intelectuales poseían un poder de las mismas características que el que ellos detentaban cuando eso no era así, pues los intelectuales

---

sabilidad por las desgracias antes atribuida a la Naturaleza, el antiintelectualismo eleva a su mezquino modo a los 'intelectuales' al orden de hacedores de la realidad. De este ensalzamiento a la inversa que unos respondan y otros se hagan merecedores." *Idem*.

<sup>140</sup> Decía el autor de la carta: "Me niego a aceptar tal igualitarismo, tal mendaz comparación que coloca al mismo nivel a un dirigente político sereno, capaz e inteligente como lo es don Alfonso Martínez Domínguez y un señor que se autonombra intelectual y cuyo estilo, lo que escribe, sólo lo pueden entender los 3 amigos que tiene (si los tiene); en comparación con el

solamente poseían el poder de explicar y difundir más ampliamente sus ideas que el resto de los mortales. Al vivir en la contradicción, un intelectual impugna todo, empezando por él mismo. De tal forma, el poder político no se salva de ser impugnado, de ser cuestionado, por los intelectuales lo cual, a los ojos de aquél constituye un verdadero atentado. Tal posibilidad de cuestionarlo todo no constituye en sí misma otro poder, sino más bien significa una catástrofe para el poder político autoritario que simplemente no contempla la posibilidad de ser puesto en juicio.<sup>141</sup>

Gabriel Zaid, a contracorriente de la interpretación de izquierda que se fortalecía dado el desencanto político producido por los acontecimientos del 68, así como por los graves problemas que la democracia pasaba en los países sudamericanos y, fundamentalmente, por las corrientes interpretativas venidas de Cuba, se encargó de marcar su distancia con la idea de que los intelectuales debían comprometerse fuera de las sociedades socialistas con la lucha armada así como, dentro de ellas, ser conciencias vigilantes. Zaid señalaba que, dado los niveles de las aseveraciones de los intelectuales cubanos se podía llegar a un punto de acuerdo con ellos, pues, en efecto, ellos servirían mejor a su nación trabajando de “soldados, macheteros o conductores de camión”.<sup>142</sup> Tal crítica habría de ocasionar dos meses después una polémica más sobre el rol de los intelectuales en las sociedades contemporáneas.

En febrero de 1970 se publicó en las mismas páginas del suplemento una respuesta a Zaid de Federico Álvarez en donde con un estilo por demás aguerrido se encargaba de atizarle con todo al escritor que había osado no sólo diferir sino criticar abiertamente las propuestas cubanas sobre el trabajo intelectual. En el peor estilo stalinista se señalaba que en la revolución de la que se asustaba Zaid no había otra más que elegir entre ser un “desobediente radical” del imperialismo o un “desobediente radical” de la revolución. Después de la cita obligatoria a una parte del discurso de Fidel Castro, Álvarez concluía que la revolución estaba antes y por encima del arte.

lenguaje fluido, directo y sustancioso del máximo dirigente del PRI, que todo el pueblo entiende.” *Siempre!*, núm. 848, México, 24 de septiembre, 1969, p. 4.

<sup>141</sup> “Calendario”, en: *La Cultura en México*, núm. 399, México, 1 de octubre, 1969.

<sup>142</sup> Gabriel Zaid. “Los intelectuales y el poder” (Crítica de: varios, *El intelectual y la sociedad*, México, Siglo XXI, 1969), *La Cultura en México*, núm. 409, México, 10 de diciembre, 1969.

Finalmente, imaginaba que si la revolución cubana hubiera sido en México, seguramente Zaid estaría exiliado en Londres escribiendo “en una revista subsidiada por la CIA”. Ése era el nivel de crítica. Ésa era la atmósfera intelectual imperante.

Inteligentemente Gabriel Zaid sólo respondió que ni en sus mejores imaginaciones hubiera podido inventar a un individuo como el que le asestó cualquier cantidad de calificativos por su artículo. Insistía en que no por simpatizar con la revolución ello significaba abstenerse de criticar lo que él consideraba errores. El macartismo y la Santa Inquisición de izquierda se habían instaurado; contra ellos difícilmente se podría discutir.

1970 empezó con una atmósfera marcada por el proceso electoral federal que se desarrollaría a mediados de año. Durante los meses previos a la toma de posesión del nuevo presidente el clima de linchamiento moral contra los escritores se mantuvo incólume. En marzo, en las páginas de *El Día*, se publicó una caricatura titulada “La nueva pirámide” hecha por Alberto Beltrán en donde se afirmaba que era natural que existieran grupos de intelectuales que se sentaran sobre los demás, de la misma forma en que anteriormente los aristócratas lo habían hecho. En la punta de esa pirámide, por encima de los demás, se veía a José Luis Cuevas diciendo: “Mueran los petates y los nopales”; Carlos Monsiváis: “Abajo los aztecas”; Fernando Benítez: ¡Somos genios!”, Carlos Fuentes: “Somos aristócratas intelectuales”, y Octavio Paz.

La respuesta en las páginas de *La Cultura en México* corrió a cargo de Carlos Fuentes. El autor de *La región más transparente* señalaba que era significativo que en esas viñetas los intelectuales se ubicaran en los lugares donde antes habrían estado los explotadores y represores, preguntándose:

¿Cómo hemos llegado a tan privilegiada posición? Sencilísimo: trabajando con independencia del erario público y manteniendo una actitud crítica y libre ante un poder que, en México, todo lo avasalla, todo lo compra, todo lo corrompe, todo lo somete. En efecto, como México no hay dos: sólo que aquí se convierten en opresores del pueblo quienes se oponen a los opresores del pueblo.<sup>143</sup>

<sup>143</sup> *La Cultura en México*, núm. 427, México, 15 de abril, 1970.



Fuentes continuaba ejemplificando con el caso de Octavio Paz, quien había renunciado a la embajada de la India y desde entonces no había podido regresar a nuestro país. De cara a la premiación política y/o económica a los intelectuales orgánicos de gobierno, Fuentes arribaba a la conclusión de que en México ser un intelectual revolucionario consistía en callar, paralizarse y someterse. El novelista terminaba su respuesta señalando que a diferencia del caricaturista de *El Día*, Abel Quezada en *El Universal* sí se atrevía a dibujar a los verdaderos ocupantes de las partes altas de la pirámide que oprimían a los de abajo. Ellos eran, en pocas palabras, todos los personajes y personeros representantes del poder político y económico.

Posteriormente, en una segunda entrega en forma de carta motivada por la respuesta que el caricaturista había hecho llegar a *Siempre!*, Fuentes se explayaba en ciertas consideraciones que poco tiempo después, cual bumerang, se volverían en su contra. Afirmaba que si bien durante muchos años la inteligencia mexicana había podido colaborar con el Estado mexicano porque éste era revolucionario o, por lo menos, había demostrado tener cierta flexibilidad ideológica, tal posibilidad se había terminado abruptamente la noche del 2 de octubre de 1968. Asimismo, valiéndose de la historia del suplemento, afirmaba que éste había vivido todos esos años sin haber recibido un solo centavo del erario público pues la ayuda que López Mateos dio a la publicación llegaba directamente a *Siempre!*, por lo que Benítez jamás había administrado parte de ella, la cual había sido retirada a partir de una serie de artículos críticos sobre el asesinato de Rubén Jaramillo. Además recordaba que el grupo de Benítez había sido echado por cuestiones de censura de *Novedades*, casa editorial que originalmente les daba cabida.

Finalmente, Fuentes escribía lo que a treinta años de distancia parece ser un acto de fe del cual, en los hechos, se desdiría al poco tiempo:

Órale, Monsiváis, ponte tu overol y tus huaraches y verás cómo dejas de ser neoporfirista aristócrata intelectual y te conviertes, como por arte de magia, en generoso amigo de los pobres. Cuevas, ¿dónde está tu comal?, Benítez, ponte tu sarape, Paz, disfrazate de agrarista:

mereceréis entonces la bendición de las “nobilísimas personas” y de su pintor de cámara, el Beltranejo.

No: seguiremos vestidos como lo que somos, hombres de la ciudad, escritores y artistas de 1970 y de México, D.F., y a partir de estas terribles limitaciones seguiremos viviendo con independencia, escribiendo con independencia, hablando con independencia, pintando con independencia.<sup>144</sup>

Junto a la carta de Fuentes apareció también una respuesta de Fernando Benítez en donde ferozmente descalificaba al caricaturista por trabajar en un periódico que, a su decir, era como el sustituto de *El Nacional*, lo que hacía que automáticamente el autor de la crítica contra ellos fuera declarado priísta. Benítez escribió su fulminante respuesta a pesar de los intentos de Monsiváis de dejar pasar la agresión pues, según él, venía de un don nadie al que, contestándole, le darían nombre. El director del suplemento le explicó a su joven colaborador: “No, hermano, hay que contestar por principio. Que esos miserables nunca nos imaginen conformándonos con el silencio. Mi norma es responder siempre.”<sup>145</sup>

A la siguiente semana se publicaron dos curiosas cartas de lectores refiriéndose a la disputa entre el caricaturista de *El Día* y los escritores del suplemento. Una de ellas se lamentaba de la iracunda respuesta de los intelectuales, preguntándose que si así se comportaban los ilustrados del país qué se podía esperar de la vil infantería. La otra, ponía el dedo en la llaga al sugerir que los intelectuales ofendidos depusieran su soberbia y que los políticos debían modificar su esquema mental, pues tal vez así se podría avanzar en un tema que “ciertamente a nadie le importa”.

Es de notar una coincidencia cronológica en virtud del ambiente de persecución, descalificación y amedrentamiento contra los escritores, así como el papel preponderante que la figura presidencial tiene en nuestro país; llama la atención una querrela final entre Díaz Ordaz y el grupo de *La Cultura en México*. Justamente al otro día de que asumiera posesión de la presidencia Luis Echeverría, fue publicada una carta de respuesta a las declaraciones que el ya para esas

<sup>144</sup> “La cucaracha y el lobo”, en: *Siempre!*, núm. 879, México, 29 de abril, 1970, p. 7.

<sup>145</sup> Carlos Monsiváis. *El inmenso valor...*, op. cit., p. IV.

horas ex presidente había dado a la televisión vituperando a Paz, repitiendo la explicación que éste de forma oportunista no había renunciado en 1968 a su cargo de embajador, sino que simplemente había pedido ser puesto en disponibilidad para así “asegurar la chamba”. Los responsables de *La Cultura en México* contestaron a Díaz Ordaz que se había ofendido porque alguien había cometido la imprudencia de disentir de su política violenta como forma de resolver los grandes problemas nacionales. Asimismo, lo acusaban de fingir inocencia respecto a la campaña de terror que se implementó después de 1968 que tuvo como puntos culminantes y aberrantes diversas acciones como: a) la carta de Elena Paz Garro dirigida a su padre, difundida y traducida a diversos idiomas con dinero del Estado; b) los libelos que habían circulado así como, c) la campaña de llamadas telefónicas amenazantes y obscenas que los intelectuales disidentes recibían sistemáticamente desde entonces.

En adelante, la estrategia desde el poder se modificaría radicalmente por lo que el barco de los escritores, la República de las Letras, sufriría fuertes bamboleos cayendo más de un ocupante al mar embravecido.

## CAPÍTULO TRES

### CRÍTICA O SOLIDARIDAD

*Pero afortunadamente el mundo es ancho y hay montones de cosas más interesantes que vigilar gobiernos. Otra imagen vana, que me gusta conjurar, es el señor Presidente, por la mañana, antes de probar el jugo de naranja, preguntando: ¿Qué dijo hoy Ibargüengoitia?*

Jorge Ibargüengoitia.<sup>146</sup>

### La seducción del poder

Luis Echeverría, al ser nombrado candidato a la presidencia de la república por el partido oficial, empezó una nueva faceta en la relación entre el gobierno y los escritores mexicanos. Echeverría comprendió que el sistema debía abrir ciertas válvulas de escape para aliviar las presiones sociales que la sociedad mexicana había empezado a generar dos años atrás. En esa estrategia los intelectuales, los escritores, estaban llamados a ser un factor importante.

El anuncio de que en el mismo proceso electoral Martín Luis Guzmán sería candidato al Senado de la República, generó una reacción de rechazo y crítica por parte de los escritores que no se consideraban oficiales. Carlos Fuentes afirmó que se premiaba a un representante de la cultura oficial, a un encargado de ensalzar al poder, en fin, a un hacedor de discursos para banquetes. Al poco tiempo él mismo se vería inmerso en esa espiral del poder y de descalificaciones.

El intento echeverrista de acercarse a los intelectuales, de integrar al gobierno a un amplio grupo de sectores sociales que habían manifestado su descontento y ansias por construir nuevas formas de participación política, tuvo estrategias claras y perfectamente detec-

<sup>146</sup> *Ideas en venta*. México, Joaquín Mortiz, 1997, p. 31 (marzo, 1971).

tables. El reparto de dinero a través de puestos burocráticos, viajes, becas, etcétera, fue abundante. La necesidad de reconstrucción de un tejido social desgarrado pasaba por tener el apoyo, entre otros, de los sectores ilustrados del país. Bajo el aura de la apertura democrática, de la integración y asunción de una serie de banderas y expectativas que habían hecho su aparición en 1968, el nuevo gobierno enfiló hacia esas metas parte de sus esfuerzos.

Dentro del grupo de los escritores se originaron diversas respuestas a tales afanes gubernamentales. Destaco, en primer lugar, las de dos personalidades que de distintas formas estuvieron cercanos al poder viviendo experiencias disímiles.

Uno de ellos fue Ricardo Garibay, quien por un tiempo se convirtió en acompañante de la presidencia bajo el conocido expediente de ser designado “asesor” de algo. El escritor acudió una vez más directamente al presidente a pedir ayuda económica para solventar sus deudas. El hecho de que hubiera sido amigo de Echeverría desde sus años mozos le dio mayor confianza para hacer su solicitud. En respuesta, el presidente además del fajo de billetes que extrajo de un cajón de su escritorio para entregárselos inmediatamente le dio la chamba referida, por lo que el escritor se convirtió en su acompañante en todas las giras. Al pasar mucho tiempo en Los Pinos, Garibay pudo atestiguar las mieles económicas e influyentes del poder ya que le llovieron contratos para hacer guiones de cine, televisión, radio, etcétera, además de que a sus hijos, guitarristas de profesión, los contrataban para presentaciones nacionales e internacionales financiados por instituciones culturales estatales.

Era evidente que todo ello tenía un costo que, a decir del propio escritor, no se había imaginado pues honestamente había creído en los afanes (auto)críticos de Echeverría. De tal forma, cuando en una ocasión le hizo ver al presidente su punto de vista negativo sobre los comentarios zalameros que le había hecho un gobernador que estaba en la picota pues era acusado –con pruebas– de corrupción, de un día para otro todo el apoyo que recibía de la presidencia se esfumó. Cuando sin tener ya acceso directo al primer mandatario preguntó por qué también le retiraban el apoyo a sus hijos, que directamente no habían sido culpables de disentir de la apreciación presidencial, recibió una respuesta aleccionadora:

–¿Qué culpa tienen los guitarristas? –le pregunté, le reclamé a Fausto

Zapata, subsecretario de la Presidencia.

–Se está o no se está. Los amigos son los amigos o no lo son. Y cuando dejan de ser amigos la pérdida es total, el cabronazo es parejo.

–¿Amigo es ser incondicional? ¿Amigo es ser imbécilmente servil o corrompido a fondo?

–Mi estimado Ricardo, ponte de acuerdo contigo en lo que, para ti, es ser o no ser amigo. Yo no puedo decírtelo. Yo soy un funcionario del régimen, y me debo al régimen.<sup>147</sup>

Se era o no amigo, así de fácil era la disyuntiva. La crítica rompía el compromiso. La imagen de apertura, la atmósfera de crítica sólo era eso, una pantalla. La realidad política habría de mostrar que los afares democráticos del gobierno eran un simple maquillaje de la obsoleta maquinaria gravemente cuestionada desde hacía unos cuantos años atrás. La discusión sobre la cercanía de los intelectuales, de los escritores, con el poder encarnaba en actitudes tan pragmáticas como las palabras del subsecretario de la presidencia.

Luis Spota fue otro de los escritores muy cercanos al gobierno echeverrista. A pesar de su éxito editorial, mérito nada pequeño en un país con niveles ínfimos de lectura, fue uno de los autores más desdeñados por los grupos de escritores que lo seguían considerando un autor menor, alejado de los niveles de calidad indispensables para ser referido. Quizá hoy en día se le endilgaría el epíteto de *light*, indigno para ser considerado como par.<sup>148</sup>

Spota se convirtió en una especie de reseñista oficial de las giras

<sup>147</sup> Ricardo Garibay. “El día que se enojó el presidente”, en: *Proceso*, núm. 169, 28 de enero, 1980, p. 48. Aunque no precisada cronológicamente, Froylán López Narváez cuenta que durante una de tantas giras, Echeverría se molestó con los periodistas ya que no respetaron las formalidades que habían concertado para desarrollar una conferencia de prensa, por lo que empezó a regañarlos diciéndoles que los periodistas, a pesar de que se creían independientes, eran completamente dependientes de la máquina y el papel, “En ese instante Ricardo, que estaba muy cerca de Echeverría y oyéndolo todo el mundo, me dice: –Párate, Froylán –me toma del brazo y me jala–. Este hijo de la chingada nos está amenazando. Vámonos.

Lo hizo ante la audición de todos.

Lo mismo le pasó en Cuba, también con Echeverría. Regresábamos de un viaje de 40 días y algo semejante dijo el presidente. Garibay se encrespó y respondió con injurias. Me levanté y lo jalé.” Iris Limón. *Signos vitales de Ricardo Garibay*. México, Colibrí/Secretaría de Cultura de Puebla, 2000.

<sup>148</sup> De tal forma René Avilés tiene razón cuando afirma que a Spota se le ninguneó al acusarlo de ser tan sólo un periodista metido a escritor, cuando a otras personas (Carlos Monsiváis

presidenciales. En 1970 publicó una novela en donde tomando como referencia la masacre de Tlatelolco eximía de responsabilidad al gobierno en su conjunto. Si bien la discusión entre la realidad y la ficción era un asunto que aún no tomaba los niveles polémicos que hoy en día posee, el hecho de que uno de los novelistas más vendedores aprovechara su éxito y popularidad para reproducir una interpretación de los acontecimientos de 1968 favorable al poder fue pésimamente vista por los escritores identificados con la izquierda o considerados, por lo menos, independientes.

Spota también escribió un libro a solicitud expresa de la presidencia en donde reseñó los avatares de una de tantas giras de Echeverría por países de Europa y Asia.<sup>149</sup>

Los casos de Spota y de Garibay contienen una paradoja respecto a su autoconcepción (*ergo* autoestima) como escritores independientes. Para ambos, recibir encargos profesionales directamente del gobierno no les hacía perder su independencia de juicio y, por tanto, la posibilidad de ejercer la crítica. Spota se consideraba independiente tanto de los diversos grupos de escritores como del poder. Para él trabajar en otras múltiples actividades ajenas a la literatura le permitía comprar el tiempo para dedicarse a escribir.<sup>150</sup>

En febrero de 1971 Octavio Paz pudo por fin regresar a nuestro país después del periplo académico y poético iniciado con su renuncia a la embajada en la India. Cabe mencionar que uno de los productos de sus reflexiones en ese periodo de casi tres años fue un

---

y Elena Poniatowska), a quienes se les podría calificar de la misma manera, no se les escatiman elogios.

<sup>149</sup> Cfr. a) Luis Spota. *La plaza*. México, Grijalbo, 1972; b) Luis Spota. *El viaje*. México, Grijalbo, 1974; c) Sara Sefchovich. *Lectura política de Luis Spota*. México, Grijalbo, 1985.

<sup>150</sup> "... dentro de la literatura mexicana yo me puedo ubicar, me puedo considerar como un escritor independiente de todo grupo, independiente de toda mafia, independiente, podríamos decir, de toda corriente en boga. Yo escribo en función de lo que creo que debo escribir, esto es, en función del momento que trato de reflejar o que estoy reflejando en la novela en que trabajo. Así pues, creo que mi mejor autodefinition sería que soy un escritor que no pertenece a ningún grupo de los llamados capillas o cenáculos mexicanos."

"La forma de tener libertad de creación es tener libertad económica. El precio que se paga es el de trabajar mucho en muchas cosas. Pero a partir de las siete de la noche, el novelista Luis Spota ya compró las horas que va a utilizar en su creación literaria", en: Fernando Díez de Urdinivia. *Cómo hablan los que escriben*, México, Gedisa, 1996, p. 229-230, 234.

texto fundamental para la crítica contemporánea del sistema político mexicano: *Posdata*.

Siendo apenas los primeros meses del nuevo gobierno, sucedieron dos acontecimientos que habrían de dejar profunda huella, uno de ellos dentro del ámbito de los intelectuales y escritores de izquierda, el otro en la nación entera.

En Cuba, en los primeros meses de 1971, el poeta Heberto Padilla fue mandado a prisión acusado de delitos políticos contra la revolución a raíz de ciertos comentarios y críticas acerca de la ausencia de libertad de disentir en la isla. Los escritores del Pen Club escribieron una carta pública a Fidel Castro criticando el encarcelamiento del poeta. Las responsabilidades señaladas en este texto, publicado en México en *Excelsior*, fueron rápidamente desmentidas en una carta del propio Padilla, quien desde la cárcel señalaba que en efecto se había dejado influir por la CIA habiendo traicionado a la revolución al aceptar jugar, sin haberse percatado, el papel de contrarrevolucionario. Igualmente señalaba que en sus reflexiones críticas malamente había dejado de lado los enormes logros que ya para ese entonces la revolución había alcanzado en diversos campos. Asimismo, recordando los mejores tiempos de los juicios stalinistas en la Unión Soviética y los *mea culpa* que muchos debieron hacer para intentar evadir el castigo, el poeta rectificaba y públicamente comprometía su apoyo total al comandante en jefe.<sup>151</sup>

Las consecuencias en el círculo literario e intelectual nacional de este escándalo no se hicieron esperar. Puede afirmarse que en general se formaron dos bandos encontrados. De un lado, los que señalaban que por encima de los compromisos políticos de cualquier índole, color o ideología, el ejercicio de la crítica era fundamental y la defensa de la libertad para ejercerla era axioma de toda vida intelectual y política sana. Por el otro, aquellos que postulaban que criticar a los regímenes que estaban luchando por constituir una nueva sociedad enfrentándose a todo el poder económico, político, cultural del imperialismo, era tomar partido contra la propia revolución

<sup>151</sup> La carta completa de Padilla apareció en *La Cultura en México*, núm. 484, México, 19 de mayo, 1971. Asimismo, véase: Carlos Monsiváis. *Aires de familia. Cultura y sociedad en América Latina*. España, Anagrama, 2000, p. 141-149.



haciéndole el juego abierta o solapadamente al enemigo. La consigna: “se está con la revolución o se está en contra de la revolución” se repetiría infinitamente. La esencia de esta misma disyuntiva, adecuada a nuevos problemas, habría de reaparecer sistemáticamente en los próximos años llegando incluso a estar presente en las discusiones contemporáneas sobre, por ejemplo, la rebelión zapatista en Chiapas o el conflicto de 1999-2000 en la UNAM.

Una primera respuesta contra los que enarbolando la carta del propio Padilla habían empezado la descalificación a la crítica de los escritores al gobierno cubano, corrió a cargo de Gabriel Zaid. Éste señaló que el juicio a los escritores se debía a que éstos se habían atrevido a pensar por su cuenta pronunciándose inmediatamente que conocieron los hechos, sin esperar la versión oficial y la carga del gobierno cubano.

El número del 19 de mayo de *La Cultura en México*, dedicado casi por completo al *affaire* Padilla, presentaba las opiniones al respecto de escritores centrales mexicanos. Octavio Paz hacía referencia a los procesos de Moscú y a las confesiones de Bujarín, mostrando que su escepticismo hacia la revolución cubana se convertía finalmente en un desencanto político reafirmado por las experiencias vividas en otros países del bloque socialista. Concluía el poeta mexicano: “... en Cuba ya está en marcha el fatal proceso que convierte al partido revolucionario en una casta burocrática y al dirigente en César (*sic*)”.<sup>152</sup>

Por su parte, Carlos Fuentes se lamentaba de que con ese tipo de errores (“un caso de enanismo repugnante”) la burocracia quitara armas a los escritores que solidariamente habían defendido a la revolución cubana.

Eduardo Lizalde concluía que el intento de descalificaciones a los escritores hecho por Fidel Castro en el sentido de que Sartre, Cortázar, Vargas Llosa, Fuentes, etcétera, sólo eran gente que deseaba ganar laureles escribiendo desde Londres y París en lugar de estar en las líneas de combate, demostraba que el comandante no “entiende lo que es la cultura, no entiende lo que es el marxismo, ni lo que es el combate revolucionario”. Pero al ser evidente que eso

<sup>152</sup> Octavio Paz. “La autohumillación de los incrédulos”, en: *ibidem*, p. iv.

no se le podía achacar al líder de la revolución cubana, era necesario pensar en otro tipo de conclusiones.<sup>153</sup>

El artículo de José Revueltas al respecto es iluminador. Lo cito en extenso pues su sustancia y trascendencia salta a la vista. Decía el autor de *El apando*:

Los escritores no disponemos de ninguna otra herramienta que la palabra, tan buena como el martillo, la hoz, como el tractor, pero diferente; más aún, específica. Los materiales de trabajo de esta herramienta son los sentimientos y la razón de los hombres, del hombre; a través de unos, tratamos de encontrar la otra; y por medio de ésta, esclarecer aquéllos. Únicamente esclarecerlos, únicamente descubrir su sentido profundo, oculto a las miradas que se ocupan de otras cosas;... menos aún puede someterse la tarea literaria a una Razón de Estado, el escritor al que se obligue a barrer las calles, o al que se quiera hacer que comparta con el Estado o con los partidos, aquella parte de la política que es precisamente la que no le corresponde y la que debe combatir si no quiere hacerse un cómplice más: aquella parte en que el Partido o el Estado se resisten a la crítica, la combaten, la silencian, con lo cual no hacen sino reprimir, silenciar o mistificar la tarea misma del escritor, que intenta, sobre todo, esclarecerse a sí mismo, pero en libertad, pues sin libertad la tarea es imposible.<sup>154</sup>

Para Revueltas la “labor esclarecedora” de los escritores debía ser completa y absolutamente independiente de todo, llámese ideologías, partidos, razones de Estado o Revolución (con mayúscula). Lo anterior, escrito por una personalidad que más allá de sus dotes literarias había pasado parte de su vida encarcelado por su compromiso con la libertad a través de su militancia y activismo político a favor de la revolución social, era un argumento moral difícil de eludir.

La discusión fue fuerte, la disyuntiva política y moral de elegir llevar a sus últimas consecuencias el ejercicio de la crítica aunque ésta tuviera que ser perfilada contra una revolución que en sus primeros momentos había convocado a un gran número de simpatizantes que veían en ella la posibilidad real y efectiva de construcción de una

<sup>153</sup> Eduardo Lizalde, “Revolución, represión (*sic*) falsos apóstatas”, en: *idem*.

<sup>154</sup> José Revueltas. “La carta de Padilla y las palabras de Fidel”, en: *ibidem*, p. iv.

nueva sociedad, no era fácil. Tan no lo era que muchos escritores se negaron a responder cuando se les pidió su opinión al respecto. La idea de no quedar bien ni con dios ni con el diablo estaba latente, la mejor forma de no comprometerse era, simplemente, guardar silencio. De los argumentos que se le dieron al autor de la encuesta había de la índole: “yo no escribo para salir en los periódicos, no trabajo para el éxito...”, “yo no opino porque siempre me han marginado, nunca me piden mi opinión, pues ahora que contesten los que firmaron la carta del Pen, los hechos mismos ya les responden”, “yo no firmo nada contra Fidel Castro”, “no tenemos todos los datos en las manos”, “la encuesta es en sí contrarrevolucionaria”. Entre ellas destaco una que ejemplifica a la perfección el pensamiento imperante en una buena parte de la intelectualidad: “los intelectuales no tenemos derecho a defender el derecho de crítica mientras no estemos dispuestos a matarnos o a dejarnos matar por ese derecho, de la misma manera en que los revolucionarios han expuesto su vida...”<sup>155</sup>

Las posiciones estaban claras. La polémica continuó. Los artículos sobre el caso Padilla publicados en *La Cultura en México* no se quedaron sin respuesta. *Siempre!* recibió varias cartas impugnando la posición de los escritores y sumándose a la defensa a ultranza de la revolución; además, semanas después el suplemento publicó varios artículos en el mismo tenor. A los que criticaban el encarcelamiento de Padilla se les dijo de todo, lo menos fue burgueses inconscientes.<sup>156</sup>

Justamente un día antes del 10 de junio, se publicaron tres cartas que seguían con la discusión y atacaban la crítica que los escritores habían hecho. Una de ellas destaca por su importancia en virtud de

<sup>155</sup> Federico Campbell. “Perplejidades, apoyos y condenas”, en: *La Cultura en México*, núm. 484, México, 19 de mayo, 1971.

<sup>156</sup> “... la Revolución Cubana seguirá adelante, a sabiendas ya de que tras cada uno de los defensores burgueses se encuentra agazapado un detractor entusiasta, alguien que en nombre de una hipotética libertad personal renuncia a una verdadera libertad colectiva, alguien que prefiere sus sueños a la más hermosa de las vidas”, Juan Manuel Torres. “Dos respuestas a las opiniones del caso Padilla”, en: *La Cultura en México*, núm. 486, 2 de junio, 1971, p. xi, o, “Cómo es posible que se defienda al traidor nada más porque es poeta y se ataque al revolucionario (...) con intelectuales semirrevolucionarios o sin ellos, con poetas comunicativos o sin ellos; pero, eso sí, con los obreros, con los campesinos, con las milicias populares y con los dirigentes revolucionarios, la Revolución Cubana ¡va!” Gerardo de la Torre, *ibidem*, p. xi.

estar firmada por un grupo importante de escritores e intelectuales: Juan Bañuelos, Juan Augusto Shelley, Jaime Labastida, Francisco Cervantes, Juan Manuel Torres, Gerardo de la Torre, Marco Antonio Montero, Sergio Gómez M., Mario Orozco Rivera, Telma Nava y Efraín Huerta. El texto contenía afirmaciones como la siguiente:

... el escándalo internacional y la reacción en cadena, desde la cía, hasta los edecanes de la penetración miserable de una cultura corrupta, que nos quieren hacer creer, con mistificadoras entelequias o esteticismos sutiles, que se ha suscitado una "grave afrenta a la cultura" en el primer país libre de América.

... lo único que la campaña internacional prueba es que los las tres del individualismo, charlatanería y pedantería siguen siendo los signos dominantes en los círculos intelectuales, aun entre los más "adelantados", "lúcidos" y "probos" de sus representantes "occidentales".<sup>157</sup>

Desde esta perspectiva, la crítica, su ejercicio, equiparaba al que la ejerciera al rango, lo menos, de agente de la Agencia Central de Inteligencia estadounidense.

Si al fenómeno ideológico generador de que un amplio sector de la izquierda considerara como una afrenta imperdonable criticar o simplemente hablar en voz alta y escribir acerca de los fenómenos burocráticos y autoritarios originados en las sociedades del mundo socialista, se le agrega la carencia en general en nuestra sociedad de una cultura de discusión y crítica en general, se explica que cualquier juicio, así sea el menor, provoque, de acuerdo a Gabriel Zaid, una profunda crisis que no implica el replanteamiento y enriquecimiento de nuestras apreciaciones, sino por el contrario tan sólo una explosión emocional.<sup>158</sup>

El caso Padilla tuvo resonancia, evidentemente, más allá de nuestro país. En Latinoamérica y Europa se continuó la discusión. Julio

<sup>157</sup> *Siempre!*, núm. 937, 9 de junio, 1971, p. 9, 70.

<sup>158</sup> "Parecería que el mundo se derrumba, que el cielo estalla en "melancolías y cóleras" de insultos, truenos y tempestades; y que corre, no agua, sino sangre, inundándolo todo. Al final, queda, no todo más despejado, como sería de esperarse en un buen proceso crítico, sino todo manchado, rencoroso, infame", Gabriel Zaid. "Pudores homicidas", en: *La Cultura en México*, núm. 487, 9 de junio, 1971, p. viii.

Cortázar, desde París, señaló que había que saber criticar y, sobre todo, saber aceptar la crítica revolucionaria. Mario Vargas Llosa renunció al comité de la revista *Casa de las Américas*, lo que ameritó una durísima respuesta de la directora, la afamada revolucionaria Haydée Santamaría, en la que le replicaba al novelista peruano que no era necesario que renunciara pues él cada día estaba más alejado de “los criterios revolucionarios”.<sup>159</sup>

### **División y conflicto en la República de las Letras**

Mientras los escritores e intelectuales tomaban distancia entre sí de acuerdo a sus opiniones sobre la libertad de crítica en una sociedad socialista, en la ciudad de México se vivieron los acontecimientos del 10 de junio de 1971. Lo sucedido es de sobra conocido. La tarde de ese Jueves de Corpus, grupos paramilitares organizados por el gobierno mexicano masacraron una manifestación estudiantil en el barrio de Santo Tomás. Esa marcha era la primera de importancia que se realizaba desde 1968. La impunidad con la que actuaron los grupos de lumpenes entrenados militarmente fue atroz. De pronto los afanes democratizadores del régimen echeverrista que apenas llevaba medio año en el poder quedaron evidenciados como una simple mascarada. La sociedad mexicana una vez más se estremeció. Entre los testigos presenciales de los hechos estaban dos jóvenes estudiantes de historia de El Colegio de México, quienes a los pocos días publicaron su experiencia en el suplemento cultural de *Siempre!*<sup>160</sup> La exigencia sobre la necesidad de deslindar responsabilidades y castigar a quienes hubieran sido los organizadores de la criminal acción cundió rápidamente.

Esa tarde del jueves 10 de junio se había organizado para las 18:30 horas un recital de poesía a cargo de Octavio Paz en Ciudad Universitaria. En un colmado auditorio Justo Sierra se habían colgado mantas de repudio al acto que con leyendas como: “Fábrica de poesía sin vida”, “La Poesía está en la calle”, “Poesía sin compromiso igual a juguete pequeño-burgués”, “Ni Paz, ni Guerra, ni Casanova”, “Salta

<sup>159</sup> Cfr. *Siempre!*, núm. 940, México, 30 de junio, 1971.

<sup>160</sup> Héctor Aguilar Camín y Enrique Krauze. “La saña y el terror”, en: *La Cultura en México*, núm. 490, México, 30 de junio, 1971.

la palabra a la calle y se hace la manifestación”, “Ya no dibujen las letras: ¡vivanlas!” , “Paz: estamos en la calle defendiendo tu derecho a hacer poesía”. “Los hombres decentes están en la calle”, “¡Fuera Paz!” Cuando la sesión estaba por empezar con media hora de retraso llegaron las noticias sobre la marcha, Paz ya no leyó su poesía y sí, en cambio, declaró su profundo rechazo e indignación por la represión; a su dicho se sumaron Carlos Fuentes, José Luis Cuevas y Víctor Flores Olea, quien en su carácter de director de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales presidiría el acto poético.

El 12 de junio se escribió una carta titulada “Declaración de 14 intelectuales”. Firmada por Fernando Benítez, José Luis Cuevas, Salvador Elizondo, Carlos Fuentes, Juan García Ponce, Alberto Gironella, Eduardo Lizalde, Carlos Monsiváis, Marco Antonio Montes de Oca, José Emilio Pacheco, Octavio Paz, Santiago Ramírez, Luis Villoro y Gabriel Zaid, la misiva señalaba que:

- 1) El derecho a manifestarse es un derecho constitucional no supeditado a ningún otro reglamento o voluntad de la autoridad.
- 2) Los estudiantes fueron agredidos por grupos paramilitares, cuya existencia constituye una gravísima amenaza contra el orden jurídico y las garantías institucionales.
- 3) La opinión pública debe saber quién adiestró a esas bandas, quién les paga, a quiénes sirven. Ellos fueron los que quebrantaron el orden constitucional, no los estudiantes.

Finalmente, los autores especificaban que los problemas políticos exigían soluciones políticas, por lo que la disyuntiva entre democratización o represión debía ser completamente rebasada.<sup>161</sup>

La muestra más trascendente de confianza, credulidad y consiguiente apoyo a Echeverría fue aportada por Carlos Fuentes. El 23 de junio el novelista publicó un artículo en donde daba por buena la versión oficial de la presidencia sobre los acontecimientos, en el sentido de que la operación había sido montada por la derecha en connivencia con las autoridades de la capital del país con el objetivo de desprestigiar a un presidente que se caracterizaba por su volun-

<sup>161</sup> *Siempre!*, núm. 939, México, 23 de junio, 1971. La carta completa está reproducida en el apéndice.

tad democrática. De ahí que Echeverría hubiera decidido destituir tanto al regente de la ciudad como al jefe de la policía, además de lanzar las consabidas promesas de aclarar en el corto plazo (dos semanas) todo el caso llegando hasta el fondo del asunto sin importar quién estuviera entrometido (los inefables: “caiga quien caiga”, “hasta las últimas consecuencias” “todo el peso de la ley”, etcétera).

Echeverría, bajo la versión de Fuentes, resultaba un jefe de Estado que enfrentaba una tremenda campaña de desprestigio y desestabilización por las fuerzas más retardatarias del país. Comentaba el novelista que el error del presidente era no haber desmantelado el aparato represivo heredado de la época de Díaz Ordaz, por lo que hacerlo era una labor que se imponía junto a la identificación y el castigo a los culpables de los hechos del 10 de junio. Lo anterior era imprescindible para poder realizar el proyecto de fortalecer la iniciativa económica y social del Estado a fin de hacer frente a las fuerzas reaccionarias de la iniciativa privada. “Las razonadas exigencias ciudadanas y la acertada decisión de Echeverría pueden, todavía, cerrarle el paso a ese proyecto de esclavitud”, concluía el autor de *Aura*.<sup>162</sup>

Un mes después, Fuentes en una entrevista conjunta con Paz y Benítez, reforzó su argumento de que era evidente que el presidente Echeverría había optado por la opción de la democratización, pero que ello no se debía a una graciosa dádiva sino a la acción ciudadana que había obligado (y debía seguir haciéndolo) al gobierno a tomar ese camino. Por su parte, Octavio Paz también llamaba la atención sobre el peligro real de fascistización o prefascistización en nuestro país.<sup>163</sup>

<sup>162</sup> Carlos Fuentes. “Democracia o represión”. El artículo fue recogido y ampliado con un balance general del sexenio echeverrista en *Tiempo...*, *op. cit.*, p. 168 ss. Ahí escribí: “El 10 de junio se cometió un crimen. Y si ese crimen no es castigado, será difícil, a pesar de las manifiestas buenas intenciones de Echeverría, creer en su política de apertura democrática. El problema es espinoso porque el crimen del Jueves de Corpus es hijo del crimen de Tlatelolco: obedece a una misma política y, acaso, lo cometieron las mismas manos y lo imaginaron las mismas cabezas. Por ello, lo ocurrido el 10 de junio en la ciudad de México no es un simple incidente al que se le pueda echar tierra confiando en la amnesia ciudadana: es un hecho político que compromete toda una opción democrática, y que la compromete a un altísimo nivel de responsabilidad y proyección históricas: el de la primacía general de la ley sobre el personalismo presidencial”, p. 171-172.

<sup>163</sup> *Siempre!*, núm. 941, México, 7 de julio, 1971.

Fuentes señalaba que existía la posibilidad de que, en efecto, Echeverría le estuviera dando a la nación entera “atole con el dedo”; sin embargo, era necesario concederle el beneficio de la duda pues el peligro de la derechización del sistema realmente ahí estaba. Cuidar que nuestro país no andara ese camino que otras naciones latinoamericanas ya habían empezado a recorrer, era justamente una de las responsabilidades mayores reservada a:

... los intelectuales, desde luego, cuyas tareas siempre significan, por más apartadas que se les juzgue de las necesidades inmediatas, una persistente extensión de los límites de la posibilidad humana; pero que, después de los hechos recientes en México, no pueden ser ciegos ante la posibilidad de un fascismo local que los condene a la tiranía del pensamiento, a la corrupción, al silencio, a la cárcel o al exilio: la democracia también es condición para que Cuevas dibuje, Pacheco escriba, Mata componga o Fons filme.<sup>164</sup>

Fuentes agregaba que era necesario aprovechar de manera activa la verbalmente consagrada “apertura democrática” para crear un socialismo mexicano que conjugara imaginación, crítica y crecimiento. “No un paraíso: simplemente una comunidad.”

Nuevamente Gabriel Zaid salió a la palestra, como veremos un poco después, para señalar su completo desacuerdo tanto con la posición de Fuentes como un escritor ahora ligado y defensor del presidente, más cuanto con los argumentos que para el caso el novelista esgrimía. Mientras tanto Zaid publicó el 10. de septiembre en *La Cultura en México* el poema titulado “Pero... ¡qué gente”:

*Había una vez un Presidente  
Que quiso investigar rápidamente  
Una cuestión importante y urgente,  
Según decía toda la gente.*

*Y para difundir solemnemente  
Su celo inmenso de cumplir con la gente  
Se puso un plazo audaz, breve, inminente,  
Y hubo un rugido público impotente.*

<sup>164</sup> Fuentes, *Tiempo...*, *op. cit.*, p. 189.



*Mas sucedió que, desgraciadamente,  
Cuando ya merito el Presidente  
Iba a encontrar detectivescamente*

*La clave del asunto de repente  
Se dio la vuelta y encontró a la gente  
Con un tema de moda diferente.*

*Entonces tristemente,  
Dijo: ¡Pero... ¡Qué gente!<sup>165</sup>*

A mediados de ese mismo mes dicho suplemento cultural de *Siempre!* anunció que ya no existiría un solo director del suplemento sino que a partir de esa fecha la responsabilidad sería colectiva entre: Carlos Fuentes, Fernando Benítez, Gastón García Cantú, Henrique González Casanova, José Emilio Pacheco y Carlos Monsiváis, radicando en este último la coordinación del grupo.

En octubre de 1971 con la aparición del primer número de *Plural*, se concretó la invitación que meses atrás Julio Scherer le había hecho a Octavio Paz para que se encargara de la publicación de una revista literaria bajo los auspicios de la cooperativa de *Excélsior*. *Plural* estaba llamada a jugar un papel central en la conformación contemporánea de la República de las Letras.

También en ese mes se realizaron diversas reuniones políticas en que participaron Paz y el mismo Fuentes. Esas tertulias pretendían llegar a construir una organización (Comité Nacional de Auscultación y Coordinación) que aglutinara a sectores de izquierda y grupos progresistas, lo que a la postre llevó a la fundación del Partido Mexicano de los Trabajadores. En una ocasión Paz advirtió que los ahí convocados se encontraban en un periodo de consulta a fin de construir no un programa desde arriba sino que, consultando al pueblo poco a poco se formara un programa, para lo cual era necesario eludir convertirse en prisioneros de alguna ideología. "En lo que estamos todos de acuerdo es en que este momento es crucial para México y hay que tomar otro camino", concluyó el poeta.<sup>166</sup>

<sup>165</sup> *La Cultura en México*, núm. 499, México, 1 de septiembre, 1971.

<sup>166</sup> Luis Alberto García e Isaías Hinojosa. "Castillo, Paz, Fuentes, fijan sus bases y metas, en: *Siempre!*, núm. 954, 6 de octubre, 1971, p. 40-42.

Por su parte Fuentes reafirmó lo señalado por Paz, agregando que los intelectuales participaban en ese movimiento para darle un sentido real a la palabra diálogo, y que ellos participarían como voces para crear un auténtico diálogo desde abajo con los obreros, campesinos, universitarios y profesionales.

Todo esto sumado a las actividades de Carlos Fuentes apoyando a Echeverría, había generado una espiral en donde los escritores en particular, y los intelectuales en general, se encontraban inmersos buscando respuesta a la pregunta sobre cuál debería ser su papel bajo las nuevas condiciones políticas nacionales e internacionales imperantes. De tal forma, con diferencia de tan sólo unos cuantos meses, *La Cultura en México* y la reciente aparecida *Plural* convocarían a destacados pensadores para reflexionar en sus páginas sobre el tema.

*La Cultura en México* abrió la discusión en diciembre de 1971 con la publicación de los resultados de una encuesta con autores mexicanos y extranjeros sobre la relación entre el escritor y la política. En la presentación del número, Carlos Fuentes advertía que entre literatura y política debía existir un vínculo fructífero que estableciera tensiones e iluminaciones mutuas. Esta opinión fue la única que los lectores pudieron conocer de los escritores mexicanos pues, a pesar de haberse anunciado que varios de ellos también responderían el cuestionario, en los números donde se tocó el tema se presentaron exclusivamente las opiniones de algunos autores extranjeros, siendo hasta varios meses después cuando el tema fue abordado por algunos intelectuales autóctonos.

Simultáneamente, además de los encendidos discursos sobre la apertura democrática, Echeverría ya había echado a andar su estrategia de hacerse acompañar por multitud de escritores e intelectuales en las continuas giras por el extranjero que realizó durante su mandato.<sup>167</sup> Al regreso de una de las primeras, que había tenido

<sup>167</sup> Iburgüengoitia escribió al respecto: "Voy a un banquete y en él me encuentro varios de los intelectuales invitados a la gira.

—¿No se te antoja —me pregunta alguien— darle la vuelta al mundo de gorra?

Pues francamente, de gorra, sí, pero no (en) estas condiciones. Para eso, prefiero irme de fin de semana a Cuautla, por ejemplo. Nadie me cree. Piensan que estoy ardidado y que me siento postergado. Ni modo. Para consolarme me imagino a mí mismo, de invitado, en un lugar célebre —en una estación del metro de Moscú por ejemplo— diciendo, ante treinta reporteros, que como este régimen no ha habido dos" (marzo, 1970). *Instrucciones para vivir en México*, 7a. reimp. México, Joaquín Mortiz, 1998, p. 147.

como destino Japón y otros países de Oriente, Fernando Benítez declaró una frase que, además de hacerse merecedora de las ocho columnas de *Excelsior*, pasaría a la historia asignada a Carlos Fuentes. Benítez afirmó que para los intelectuales no había más opción en esos momentos que elegir entre Echeverría o el fascismo.

Las reacciones desde la intelectualidad no se hicieron esperar. En *El Herald Cultural*, dirigido por Luis Spota, se publicó un texto de Juan Miguel de Mora que contenía renglones contundentes en referencia a lo declarado por Benítez.

El autor utilizaba una metáfora circense para afirmar que los intelectuales en nuestro país eran capaces de cambiarse ininterrumpidamente las chaquetas más disímiles con tal de permanecer o acercarse al presupuesto, por lo que en un instante un agitador de oposición podía convertirse en diputado o senador. Señalaba que con tal de recibir las canonjías y favores del poder ellos perdían la noción del tiempo, haciendo clara referencia a que después de un año de la masacre del 10 de junio, eran capaces de afirmar que la investigación apenas estaba empezando. Sin embargo, las palabras que, a decir de Benítez, ocasionaron su ira fueron las siguientes: “los intelectuales tienen una enfermedad que consiste en una ansia desmedida de vivir (o viajar, o recibir regalos, o gozar en alguna forma) del presupuesto nacional”.

Benítez contestó con furia señalando que no le concedía a su contrincante la menor posibilidad de interlocución respecto a opiniones políticas porque “todo el mundo sabe quién es De la Mora”, después de lo cual pasaba a descalificarlo feamente al referir cuestiones personales que ponían en duda la honorabilidad de su crítico, además de señalarlo como rufián y granuja.

En su respuesta, De la Mora señaló que en virtud de los argumentos utilizados para intentar eliminar su juicio crítico, no quedaba otra más que proceder legalmente contra Benítez acusándolo de difamación, pues no era cierto que él en alguna ocasión, como el ex director de *La Cultura en México* afirmaba, hubiera estado a punto de ser corrido de una editorial por ofender el pudor de dos mujeres.

Finalmente, en su última entrega de la polémica, Benítez a su vez avisaba que estaba contrademandando también por difamación a De la Mora, pues éste tendría que demostrar que él había recibido pre-

bendas, comodidades y encargos del gobierno en turno por sus aportaciones para la apertura cultural de nuestro país.<sup>168</sup>

En mayo, *Plural* se refirió a la disputa lamentándose que una querrela que debió mantenerse en los espacios intelectuales hubiera terminado ante un juez penal. La revista proponía una lectura más amplia sobre el deslumbramiento que ciertos intelectuales tenían frente al gobierno de Echeverría. Sostenía que, en general, los intelectuales de cualquier nación tendían a creer en el poder cuando éste les prestaba atención. Lo anterior era algo muy lejano a las acusaciones de ser vendidos o inescrupulosos. La crítica intelectual requería en primer lugar ser capaz de comprender las razones del otro para creer que en realidad ahora sí sería escuchado y tendría la posibilidad de llevar a cabo en alguna medida aquello que había imaginado, después de toda una vida de sentirse arando en el mar, impotentes, desoídos, etcétera.

*Plural* planteaba que la discusión sobre los precios de las cabezas intelectuales era falsa y funesta, pues lo primordial era polemizar sobre los argumentos usados, de tal forma que el tema central

<sup>168</sup> a) Juan Miguel de Mora. "De Confucio a Benítez pasando por otros detalles", en: *El Heraldo Cultural*, núm. 333, 26 de marzo, 1972.

"Pues bien, entre los intelectuales —o entre ciertos intelectuales, generalmente los que mejor han manejado la publicidad— la enfermedad presupuestívora origina una curiosísima propensión al circo. La necesidad de amoldarse a las exigencias de quienes manejan el presupuesto los lleva a sentirse maromeros, saltimbanquis o simples payasos cuyo número principal consiste en cambiar de chaqueta con tal celeridad y rapidez que la mano es más rápida que la vista y está uno mirando a un agitador cuando un simple parpadeo le hace ver un senador." "... esa enfermedad que sufren ciertos intelectuales ocasiona efectos de lo más curioso, incluso ópticos. Por ejemplo —cosa bien rara pues nada tiene que ver la ornitología con la política— los halcones parecen palomas. También sufren un paracronismo que les hace creer tal vez que una investigación acaba de comenzar cuando ya va para el año y lleva camino de durar siglos, y aceptan fácilmente que el cambio de personas en los cargos públicos constituye por sí solo una maravillosa panacea que todo lo arregla. Y también esa dolencia (repito, sin dolor para ellos), les hace encontrar medios de devolver su transparencia a las palabras", p. 3.

b) Fernando Benítez. "Mi respuesta a Juan Miguel de Mora", en: *El Heraldo Cultural*, núm. 335, 9 de abril, 1972.

"... oscuro aventurero, de un enfermo sexual que estuvo a punto de ser corrido de un periódico por haber ofendido del modo más canallesco el pudor de dos mujeres..."

c) Juan Miguel de Mora. "Respuesta a la calumnia", en: *El Heraldo Cultural*, núm. 336, 16 abril 1972.

d) Fernando Benítez, "Punto final de una polémica", *El Heraldo Cultural*, núm. 338. México, 30 abril, 1972.

consistía en reflexionar sobre si era cierta o no la existencia de la disyuntiva planteada acerca del apoyo al presidente, lo cual necesariamente llevaba al tema axial del rol que jugaban los intelectuales en su relación con el poder y la distancia que debía haber entre ambos.

Que en el México de hoy, por ejemplo, la alternativa sea entre Echeverría o el fascismo es extremadamente discutible, y en esa discusión pueden hacerse valer argumentos como el de que la “alternativa” es a menudo la forma predilecta del chantaje intelectual; que agitar espantapájaros de esta especie (¿recuerdan el peligro rojo?) es un recurso para exigir la renuncia a la disidencia y a la pluralidad; o también el de que un intelectual independiente no debe nunca decir sí a un régimen, mucho menos a un gobernante, sino en todo caso a unas medidas y a unas decisiones, reservándose siempre el derecho a disentir cuando llegue el caso; tanto más cuando es precisamente en nombre de la crítica como se acerca a ese régimen. Porque en última instancia el señuelo que el intelectual independiente se deja poner. (o se pone solo) consiste en olvidar que su función no es la misma que la del poder, y que es una treta del poder invitarlo a realizar lo que tanto le reprocha a éste no realizar; **su función es formular ese reproche y la de poder responder a él, y es falaz el argumento de retar al crítico a demostrar qué haría en lugar del político porque la crítica y la política consisten precisamente en ocupar esos lugares y no son intercambiables. (...)** Porque el intelectual no es el gobierno ni debe ni puede serlo.<sup>169</sup>

La posición era clara: *El intelectual* no es gobierno, ni debe ni puede serlo. La soberanía de ambas repúblicas estaban definidas y, por lo tanto, las fronteras perfectamente establecidas. Sin embargo... es necesario abrir un paréntesis para bordar sobre este tema.

La cuestión sobre las condiciones que garantizan la independencia, libertad y autonomía de los escritores para ejercer su crítica del poder, por lo general es definida en función de los vínculos dineros que aquéllos tengan con éste. Así, los primeros en verse en la picota son los escritores que trabajan directamente en el gobierno. De ellos, se dice, no se puede esperar que mantengan la indepen-

<sup>169</sup> “Letras letrillas, letrones”, *Plural*, núm. 8. México, mayo, 1972, p. 41. (Negritas del autor.)

dencia necesaria para ejercer la crítica del poder. Pero el asunto no es de tan fácil resolución. Si bien el argumento es claro y aparentemente contundente, conlleva un sobrentendido que termina confundiendo la explicación. ¿En qué tipo de cargo o en qué nivel dentro del organigrama burocrático administrativo gubernamental se pierde la libertad? Lo anterior porque muchos de los que levantan la bandera sobre la necesaria independencia del poder han trabajado durante varios años dentro del gobierno; de hecho el servicio exterior fue visto históricamente como el espacio laboral que permitía a los escritores las mejores condiciones laborales y profesionales para dedicarse a lo que les interesaba. Fuentes, Del Paso, Paz, Benítez, etcétera, trabajaron ahí. Es sabido que nuestro Premio Nobel renunció en 1968 a ser embajador, pero llevaba décadas laborando dentro del gobierno mexicano, desde aquellos primeros trabajos en el Banco de México donde fungía como encargado de quemar los billetes viejos e inservibles, habiendo sido sorprendido en algunas ocasiones dedicado a la lectura en pleno horario laboral. ¿Acaso eso quiere decir que fue hasta finales de 1968 cuando él ya pudo dedicarse a ejercer esa libertad de crítica que antes no había podido hacer por ser trabajador del gobierno?

El tema deviene más complejo si ampliamos el panorama conceptual del poder hacia todo lo que constituye la actividad del Estado (política, económica, cultural, etcétera) sin constreñirlo a las labores de gobierno. Así, podemos entender por qué en ocasiones incluso se han descalificado las críticas provenientes desde los sectores universitarios pues, en una posición que hoy en día llamaríamos “ultra”, se señala que no hay autoridad moral en esos ámbitos académicos para criticar al Estado en virtud de que particularmente las universidades públicas se mantienen justamente del subsidio que ese Estado otorga, por lo que en última instancia esos críticos académicos también son asalariados del Estado. En esa misma lógica de razonamiento se llega a la conclusión de que pedir y/o aceptar becas, estímulos, financiamientos o cualquier otro tipo de apoyo proveniente de cualquier institución oficial también compromete esa independencia necesaria para el ejercicio de la crítica.

Pero eso no es todo. No está de más recordar que muchas de las descalificaciones que se han hecho a revistas y grupos culturales es

que si bien ellos enarbolan la bandera de la imprescindible independencia económica del poder, restringen la autonomía a no trabajar salarialmente en algunos de esos ámbitos, pero no cuestionan el hecho de que sus revistas o actividades sean patrocinadas tanto por oficinas gubernamentales como por empresas de la iniciativa privada que han dado muestra histórica de su compromiso con el poder y el *statu quo*.

Con todo lo anterior se puede concluir que la línea divisoria entre estar cerca o lejos del poder es evidentemente una convención inventada para utilizarla discrecionalmente. Se puede, entonces, criticar a otros por su aceptación para realizar diversos proyectos educativos y culturales en los que hubo un pago de por medio, pero se exime a otros (entre ellos a sí mismos) de tales críticas cuando se ayuda, por ejemplo, a candidatos presidenciales del partido oficial a redactar sus discursos ya que, no existiendo retribución salarial, el acto se ve tan sólo como un favor realizado a solicitud expresa sin que mediara por ello algún tipo de compromiso. Si la pureza o virginidad es tan sólo un artificio cultural (*ergo* político), en el ámbito de la conciencia de los escritores no tendría por qué ser distinta.

Regreso ahora al tema de la discusión sobre la disyuntiva planteada por Benítez y apoyada por Fuentes, en el sentido de que era necesario apoyar al presidente Echeverría o de lo contrario se corría el peligro de que el fascismo se instaurara en el país.

En mayo de 1972, mientras hacía una estadía en Harvard, Octavio Paz señaló que el peligro de que un escritor (o líder) hable a nombre del pueblo es que le atribuya a éste cosas que no ha dicho ni quiere decir, por lo que si bien en nuestro país había muchas cosas que denunciar, decir y contar, el poeta y el escritor nunca debían hablar a nombre de otros sino sólo por sí mismos. De igual forma, advertía sobre un fenómeno que ya empezaba a darse y que en su propio caso adquiriría niveles agraviosos: el referido a que los detractores empezaban a confundir las actitudes políticas de los escritores y sus obras literarias.

Un mes después durante una nueva gira de Echeverría, ahora por Nueva York, Carlos Fuentes se encargó de organizar un encuentro entre el presidente y los más destacados intelectuales de aquella

urbe a los que el novelista telefoneó directamente para invitarlos argumentando que las relaciones entre el gobierno mexicano y los intelectuales habían cambiado drásticamente. La reunión en el Waldorf Astoria, en la que también participaron Octavio Paz, quien llegó de Harvard, y Ricardo Garibay, que era corresponsal de *Excelsior*, traería múltiples consecuencias, máxime que en ella Fuentes afirmó que en esos momentos sería un “crimen histórico” no apoyar a Echeverría.

Al comentar dicha reunión, *Plural* señalaba de manera general que los intelectuales y los políticos se parecían en que para ambos el lenguaje es la materia prima de las obras y los actos, pero que la actitud del intelectual frente a las palabras era distinta y opuesta a la del político. Así, sin más explicación de por qué. Señalaba que la polémica generada al respecto, si bien había producido algunos textos, por lo general se había desarrollado no de manera sistemática sino en reuniones y corrillos, caracterizándose generalmente por lo polarizado de las opiniones. De ahí que anunciaran que en un próximo número Fuentes publicaría tanto una respuesta formal a sus enjuiciadores como las aclaraciones, rectificaciones y reafirmaciones necesarias.

Por lo pronto, en ese mismo número de *Plural* apareció una editorial en donde la revista se defendía acremente contra aquellos que ya, desde entonces, pretendían descalificar sus afanes con tan sólo endilgarles el sambenito de ser “intelectuales liberales”.

En *La Cultura en México* del nueve de agosto, se habían publicado tres artículos abordando el tema de la constitución histórica de los intelectuales en América Latina. Uno, firmado al alimón por Enrique Krauze y Héctor Aguilar Camín, advertía sobre el divorcio existente entre lo que es un intelectual y lo que la sociedad quisiera que fuera. Intentando construir una tipificación, la pareja señalaba que el propio ser intelectual se había convertido en un personaje que lo mismo podía ser merecedor de un homenaje como estar cerca del vituperio. Sin embargo, el ser intelectual otorgaba a quien se le asignaba el calificativo un aura opinadora que, por lo menos, podía y debía ser puesta en duda, pues no había razón alguna para pensar realmente que su dicho fuera de mayor peso u objetividad.<sup>170</sup>

<sup>170</sup> “De los personajes”, *La Cultura en México*, núm. 548. México, 9 de agosto, 1972. “Obsedido por la aplastante e inmediata fachada de la política nacional (...) el personaje bordea rápida-



En su respuesta Octavio Paz se lanzó fuerte contra Carlos Pe-reyra, Héctor Manjarrez y (según denominó para el anecdotario) “la pareja de siameses intelectuales” conformada por Héctor Aguilar Camín y Enrique Krauze. El poeta, desde entonces, enfatizaba que plantear la necesidad de luchar por la existencia y defensa de la libertad de expresión y la democracia, lejos de ser un pecado como lo pretendían sus críticos “revolucionarios”, constituía un ejercicio central para el desarrollo moderno de la sociedad.<sup>171</sup>

Fechado el primero de agosto, con el título de “Opciones críticas en el verano de nuestro descontento”, Fuentes dio a conocer su versión sobre lo que políticamente era necesario hacer en esos momentos. Después de lamentarse sobre las consecuencias que una cabeza periodística podía tener en la opinión pública que no leería el cuerpo de la noticia y, aunque lo hiciera, ya estaría influida por esas frases subrayadas en las ocho columnas, el novelista señalaba que de todas formas seguiría convencido de la necesidad de participación política abierta, diciendo en voz alta sus opiniones pues quedarse callado sólo reforzaría la despolitización imperante.

Planteaba la necesidad de participar críticamente en la vida pública en aras de no dejar aislado al presidente, lo cual no era lo mismo que apoyar incondicionalmente al régimen. Reafirmaba su convencimiento de que Echeverría quería un cambio irreversible y ope-

---

mente los perímetros de una vida cultural que subsiste en sordina y se topa, de pronto, con la urgencia de una definición política. Obsedidos por lo mismo y por el canto irrecusable de la **noticia**, los medios de información hacen también su parte: lo solicitan, lo provocan; él, por su parte, juega a tener las respuestas. De hecho, responde a las solicitudes como si sus palabras fueran el resultado natural de una trayectoria que, por lo demás, nadie revisa ni pone en entredicho”, p. vii.

<sup>171</sup> ... (la concordancia gramatical y mental no es el fuerte del ente dual K/C: un medio cerebro en dos cuerpos). Según este trío el pecado de los intelectuales mexicanos —que ellos llaman ‘liberales’ con la misma falta de justificación con que se les podría llamar a ellos ‘revolucionarios’— consiste en tener como ‘valores absolutos’ (*sic*) a la libertad de expresión (minucia eliminable en la construcción de la nueva sociedad, la cultura (la mala, no la buena forjada en las fábricas y las comunas campesinas para sonrojo de Marx, Freud y Einstein) y la democracia (ilusión burguesa curable en los ‘campos de educación para el trabajo’ y en los asilos psiquiátricos). Sin embargo, P/M y K/C no son ni obreros ni campesinos ni guerrilleros: son jóvenes burgueses que escriben en un semanario cultural —con muchas citas y poca sintaxis, es verdad, pero con cierta libertad.” “Letras, letrillas, letrones”, “La crítica de los papagayos”, en: *Plural*, núm. 11, México, agosto, 1972, p. 41-42.

ratorio que sentara las bases para el desarrollo independiente y equilibrado de los siguientes veinticinco años.

Para Fuentes, el crimen histórico era cometido tanto por aquellos que no se atrevían a hablar en voz alta asumiendo el riesgo de equivocarse como por quienes se habían quedado callados en 1968:

Cometen un crimen histórico quienes adoptan un membrete político de izquierda para dar rienda suelta a sus muy mexicanos problemas de masoquismo individual y social: viva el fracaso, sobre todo si puedo atribuirlo a “fuerzas objetivas” y retirarme a rumiarlo en el resentimiento fino y sutil de la clase media. Cometen un crimen histórico, en fin, quienes se cruzan de brazos a esperar el inevitable Apocalipsis que liquidará, fatalmente, a los regímenes burgueses de este mundo.<sup>172</sup>

El novelista continuaba señalando que Echeverría, aunque había tenido la posibilidad y tentación de la represión, había optado por la democratización. Que si era verdad que los afanes presidenciales tan sólo significaban mayores niveles de audacia e hipocresía, era necesario aprovecharlos para ampliar los márgenes de la libertad que había sido arrancada con movimientos como el del 68. Desde esa coyuntural perspectiva el papel de la crítica se había trastocado adquiriendo responsabilidades políticas concretas. Fuentes terminaba su alegato con el siguiente párrafo:

Nuestra barbarie despolitizada nos impide actuar con la independencia positiva del apoyo crítico. Es más: el único apoyo que un escritor sabe que puede dar a su comunidad se llama *crítica*, crítica como razón, como conocimiento y repertorio de opciones, crítica contra la irracionalidad, dogmatismo y obstrucción de caminos. **La verdadera crítica tiene hoy un sentido práctico en México: impedir un golpe de la extrema derecha.** Ese golpe lo propician por igual la pasividad gubernamental y las exigencias desorganizadas. Lo impedirán, en cambio, la acción gubernamental y las exigencias organizadas. ¿Habrà tiempo?<sup>173</sup>

<sup>172</sup> *Plural*, núm. 11. México, agosto, 1972, p. 9.

<sup>173</sup> *Ibidem*, p. 9. (Negritas del autor.)

Las respuestas no tardarían en llegar.

A mediados de año Gabriel Zaid le escribió a Fuentes una carta abierta que constituye una declaración fehaciente de la soberanía de la República de las Letras la cual, como hemos visto, se define por su contraposición irreductible con la otra república, la del poder. Esas páginas también ejemplifican la forma en que el “poder real” deja sentir su peso específico sobre la primera, ya que ellas llevaron finalmente a su autor a dejar de colaborar en *La Cultura en México*. La historia, de acuerdo a Enrique Krauze, es que cuando Zaid entregó su artículo al suplemento, Carlos Monsiváis, director del mismo, al ver que en él se aseveraba, entre otras cosas, que por su abstención y silencio frente al crimen del 10 de junio “el único criminal histórico en México era Luis Echeverría”, consultó con José Pagés Llergo, director general de *Siempre!*, quien negó la autorización aduciendo la consabida sentencia de que “Ni contra el presidente, ni contra la Virgen de Guadalupe” (hasta hace poco algunos agregaban a la frase que tampoco contra el ejército). Así pues, Zaid dejó ese suplemento y sumó sus esfuerzos a *Plural*, la revista que Octavio Paz había recientemente empezado a publicar bajo los auspicios del diario *Excélsior*, en cuyo número de septiembre finalmente apareció su polémico escrito.<sup>174</sup>

Zaid empezó su texto aclarando la enorme responsabilidad que significa hacer públicas las apreciaciones personales, puesto que no necesariamente existe un vínculo entre la credibilidad pública que posea un individuo y la credibilidad “científica” que puedan tener sus apreciaciones. De tal forma, el que Fuentes echara por delante su autoridad moral para sumar su fuerza al poderoso resultaba absurdo e irracional. A un funcionario público se le debía juzgar por sus actos, no porque a alguien público, en este caso el escritor, le conste o no que ese funcionario es sincero.

<sup>174</sup> Enrique Krauze. *La presidencia imperial. Ascenso y caída del sistema político mexicano (1940-1996)*. México, Tusquets, 1997, p. 371. Cabe mencionar aquí que los acontecimientos del 10 de junio empañaron los planes para la creación de *Plural*, tanto así que cuatro días después de la masacre un preocupado Octavio Paz escribía: “probablemente haremos, si no se viene abajo todo, una revista mensual en México, un poco como *The New York Review of Books* pero menos bibliográfica. Quiero decir, una revista de crítica pero asimismo de creación, discusión e invención.” Octavio Paz. *Memorias y...*, p. 34.

Zaid mencionaba dos aspectos por los cuales era difícil creer en Echeverría. El primero de ellos es que en 1968 éste era, ni más ni menos, secretario de Gobernación y como tal se había quedado sin renunciar después del 2 de octubre. El segundo consistía en que el presidente se había comprometido a dilucidar lo que había ocurrido el 10 de junio de 1971 en un plazo máximo de dos semanas, un año después la promesa continuaba sin cumplirse.<sup>175</sup> Justamente de estos argumentos Zaid extraía la conclusión de que el único criminal histórico era Echeverría.

La segunda parte de la misiva es en la que Zaid se explayó sobre lo que es la soberanía de la República de las Letras. Le reprochaba a Fuentes que usara su prestigio internacional (“te equivocas en **lo más importante**”) para apoyar al presidente, cuando debió utilizarlo exactamente para lo contrario, esto es, para reforzar la independencia frente al ejecutivo. El papel del escritor, aunque esté de acuerdo con el ejecutivo, siempre tendrá que ser el de escritor, no puede jugar a actuar otro papel. Para Zaid, en vez de criticar a los intelectuales que no se sumaban a la lucha contra las Fuerzas del Mal, Fuentes debió criticar al presidente por no cumplir su promesa de aclarar los hechos del Jueves de Corpus.

Al tomar partido por el presidente, Fuentes olvidaba cuál debía ser el papel de la gente que publica: tratar de consolidar a través de la confianza del lector “el mínimo y quizá transitorio poder de convencer por escrito, razonando en público”, esto es, el poder de la República de las Letras.

Zaid postulaba claramente el límite de ambas soberanías, las cuales habían sido violentadas por las acciones de un miembro principal de la de las letras:

Que tus puntos de vista coincidan con la verdad oficial, no los hace menos respetables, en cuanto son independientes. Que uses tu cele-

<sup>175</sup> Zaid ironizaba la interpretación de Fuentes: “Que la trampa del Corpus sea obra tenebrosa de las Fuerzas del Mal, que a México le convenga el triunfo del Bien y que haya que estar contra el Mal, no deshace la trampa ni la disyuntiva: o se cree o no se cree que la vida pública debe hacerse pública. Si para salvar a México de las Fuerzas del Mal hay que someter la vida pública a las necesidades del ejecutivo, como en el pasado (y como en otros regímenes de advocación revolucionaria), seguimos en la tenebra: ganan las Fuerzas del Pasado.” *Ibidem*, p. 123.

bridad para difundirlos, por tu cuenta y en cuanto tuyos, no se te puede reprochar. Pero ¿cómo olvidar que estás en México? **Usar el mínimo poder de publicar para celebrarlo, para dar gracias por tenerlo y en último término para devolverlo; para ayudarlo a conseguir sus fines al verdadero poder, que es el ejecutivo, ¿qué diferencia deja, a los ojos del público, entre un escritor independiente y un senador?** El contexto, aunque no quieras, configura tu posición como una entrega de independencia. Una entrega totalmente gratuita, en el doble sentido de buena para nada y a cambio de nada: ni para el público ni para ti, que no sólo no te beneficia sino que pierdes.<sup>176</sup>

La argumentación de Zaid sobre la existencia de las fronteras entre las dos soberanías es impecable. Sin embargo, la afirmación final respecto de que Carlos Fuentes nada ganaba con su entrega (la de su poder soberano sobre las letras) puede ser leída en dos vías, esto es, desde cada una de las repúblicas obteniendo apreciaciones distintas.

Si se lee desde la lógica del “poder real”, Zaid se equivocó claramente pues Fuentes ganó bastante con el cargo de embajador que al poco tiempo le otorgó el gobierno echeverrista.

Ahora bien, si únicamente se hace la lectura del reproche de Zaid desde la perspectiva del territorio soberano de las letras, es evidente que éste tenía razón. Fuentes nada ganó excepto enemigos y detractores aunque, es de honestidad decirlo, no tantos ni tan acendrados como los generó otro de los pilares de la literatura mexicana, Octavio Paz, por sus críticas al marxismo, al socialismo realmente existente y ulteriores apoyos al gobierno mexicano en 1988, que fueron bastante más impopulares y provocadoras (en todo el amplio sentido de la palabra) entre la intelectualidad de izquierda.<sup>177</sup>

Casi para terminar su carta el autor de *Los demasiados libros*, responsabilizaba a Fuentes del desprestigio que estaba por caer, una vez más, sobre los intelectuales, pues su independencia tan defendida, enarbolada y glorificada por ellos mismos acababa de ser entregada por uno de los más importantes miembros de la República de las Letras. En esto último tampoco Zaid carecía de razón.

<sup>176</sup> *Ibidem*, p. 125. (Negritas del autor.)

<sup>177</sup> *Cfr.* Rodríguez Ledesma. *El pensamiento...*, *op. cit.*

Mientras tanto, otra fuerte desavenencia se producía al interior del mundo literario. La publicación de *La plaza*, escrita por Luis Spota, generó un conflicto que se desarrolló simultáneamente en dos pistas. Una de ellas consistente en que la primera edición del libro debió ser retirada de la circulación pues incluía sin la autorización necesaria fragmentos escritos por otros autores (Carlos Monsiváis, Luis González de Alba, Elena Poniatowska) que presentados a manera de *collage* ayudaban a reconstruir la temática del movimiento estudiantil de 1968. La otra, porque con ese texto Spota se convertía en el primer escritor que narraba una versión exculpatoria del gobierno de los acontecimientos de aquel año criticando incluso los motivos y actitudes del movimiento estudiantil. De tal forma, si hasta antes de *La plaza* Spota era ninguneado por los grupos de escritores argumentando carencia de calidad en su escritura, ahora a la descalificación se le agregaría el tinte político e ideológico.<sup>178</sup>

En el número correspondiente al mes de octubre de 1972 *Plural* presentó los resultados de una mesa redonda en donde varios escritores debatieron sobre el tema de las relaciones entre el escritor y el poder. En la presentación Octavio Paz adelantaba que se había cerrado el rango de reflexión únicamente a los escritores y no al de los intelectuales porque, en primer lugar, su revista era exclusivamente literaria, pero sobre todo en virtud de que:

... no todos los intelectuales son escritores, pero todos (o casi todos) los escritores son intelectuales. En la figura del escritor se dibuja una ambigüedad que consiste en la combinación, en dosis variadas, de rasgos antiguos y modernos. Nos proponemos explorar esa ambigüedad. (...) Pero desde el alba del mundo moderno, singularmente a partir del siglo XVIII, el canto del poeta, sin cesar de ser canto, se vuelve reflexión y crítica. El escritor —la boca que canta y cuenta— se desdobra en la mente que analiza y desmonta situaciones y personajes. La presentación se interioriza y se transforma en una reflexión sobre aquello que presenta y sobre sí misma. El escritor moderno introduce en la pintura de la sociedad la crítica de la socie-

<sup>178</sup> Cfr. Sara Sefchovich. "Ideología y ficción en la obra de Luis Spota", en: *Proceso*, núm. 430, 28 de enero, 1985.

dad. Como, a su vez, el lenguaje es una sociedad, la literatura se convierte en la crítica del lenguaje.<sup>179</sup>

Paz avanzaba una tesis sobre la contradicción histórica del Estado moderno frente a la crítica: la burguesía, al ser la primera clase social que se apoderó del Estado no en nombre de ningún principio inamovible sino justamente en nombre de la razón crítica, debe su legitimidad a ese accionar. De tal forma, seguir ejerciendo la crítica –que fue su arma de combate– le ocasiona necesariamente heridas que, por definición, no terminarán de cicatrizar pues la crítica siempre deberá estar presente.

Ya en su participación en la discusión el director de *Plural*, partiendo de una premisa que para él era evidente (el sistema político mexicano estaba en quiebra), se adentraba en el tema de la diferencia entre el escritor y el político.

La palabra del escritor tiene fuerza porque brota de una situación de no-fuerza: no habla desde el palacio nacional, la tribuna popular o las oficinas del Comité Central: habla desde su cuarto. No habla en nombre de la nación, la clase obrera, la gleba, las minorías étnicas, los partidos. Ni siquiera habla en nombre de sí mismo: lo primero que hace un escritor verdadero es dudar de su propia existencia. (...) El escritor dibuja con sus palabras una falla, una fisura. Y descubre en el rostro del Presidente, el César, el Dirigente Amado y el Padre del Pueblo la misma falla, la misma fisura. La literatura desnuda a los jefes de su poder y así los humaniza: los devuelve a su mortalidad, que es también la nuestra.<sup>180</sup>

Luis Villoro, por su parte, señaló que no compartía lo dicho por Paz pues no se podía hablar de manera deshistorizada del sentido del escritor y de las propias palabras, pues más allá de sus intenciones abstractas el escritor estaba atado a condiciones específicas, históri-

<sup>179</sup> Octavio Paz. "La letra y el cetro", en: *Plural*, núm. 13, México, octubre, 1972, p. 7. "(...) Acto e idea, en la política se alían el amor por el poder y la fascinación por la teoría, la aspiración hacia la justicia y la envidia, la nostalgia por la comunidad fraternal y el furor del inquisidor, el apetito por la dominación y el gusto (muy del escritor) por la autoacusación y el desgarrarse las vestiduras en la plaza. Una transposición religiosa."

<sup>180</sup> *Ibidem*, p. 22.

cas. El escritor suele confundir la imagen que él mismo crea. Naturalmente tiende a explicar el mundo dentro del universo del discurso, olvidándose del significado de las palabras por la función que desempeñan en la realidad social de que forman parte.

Carlos Monsiváis ponía el dedo en la llaga al mencionar en voz alta cuáles eran las razones coyunturales por las que ellos estaban ahí:

A mi juicio, un claro ejemplo de esta relación siempre fallida entre los escritores (como tales) y los regímenes de la Revolución Mexicana, lo constituye el origen de esta mesa redonda: las declaraciones recientes de amigos nuestros, gente de la probada calidad de Fernando Benítez y Carlos Fuentes. Ellos, al cederle (así sea en forma crítica y temporal) su confianza al Presidente Echeverría, han exhibido –gracias a la reacción que provocaron– el punto álgido de una crisis: las dudas, el azoro, los titubeos de la mayoría de los intelectuales y los escritores.<sup>181</sup>

Monsiváis señalaba que el problema no había surgido, ni mucho menos, a partir de la reciente discusión sino que por lo menos podía remontarse al sistema político posrevolucionario. Tal relación entre los escritores y el poder había empezado a resquebrajarse en el 68, pero a escasos años de distancia aún no se había consolidado en los escritores la actitud moral crítica y de distancia con el poder.

En su turno, Gabriel Zaid abordó el tema crucial: los escritores no tienen en sus manos las verdaderas soluciones a los problemas (el poder) lo cual no los exime de responsabilidad sino más bien la precisa, ella sería trabajar por un público despierto vivo y exigente lo que representaría una sana vida pública aunque fuera en términos intelectuales. De cara a ello, Zaid concluía que si ni siquiera en ese ámbito específico habían logrado su cometido qué caso tenía, cuál era la intención de participar en otros medios (el político, la otra soberanía, el poder) que no dependía de ellos y sobre el cual no tenían competencia.

Zaid continuaba bordando sobre las ideas que había espetado a Carlos Fuentes por su acercamiento al gobierno echeverrista. Los

<sup>181</sup> *Ibidem*, p. 24.



primeros párrafos se referían a la necesidad de que en nuestro país hubiera “simplemente” elecciones limpias, lo que sí serviría para darle legitimidad a un gobierno que no la tenía pues por miedo no se atrevía a intentar gobernar con menos del carro completo, aunque éste fuera ficticio y producto del fraude. Ahora bien, por lo que respecta al tema central que nos interesa en este momento, las palabras de Zaid son constancia del convencimiento sobre la existencia de un espacio soberano donde los escritores gobiernan, cuyo poder –aunque *sui generis*– no es menos importante.

Zaid, refiriéndose a los esfuerzos por la creación de un nuevo partido en los que habían participado Paz y Fuentes, señalaba explícitamente que esos intentos eran arar en el mar y que la historia había demostrado que dicha opción era tan ineficaz como la de integrarse al Estado para, desde dentro, hacer la transformación necesaria. Tomando como base argumentativa que en nuestro país la gente que logra acumular información y conocimiento pretende ingresar a los circuitos gubernamentales y por ello mismo difícilmente utiliza esa información para ejercer la crítica, pues le implicaría quemar sus posibilidades de ingreso y/o ascenso, es que parece imposible plantear la posibilidad de la existencia de críticos desde fuera, ya que simplemente esa esfera no ha existido históricamente en México.

Opinaba que el rol de los intelectuales era trabajar “por un público despierto, vivo y exigente; por una sana vida pública por lo menos en la vida intelectual”.<sup>182</sup>

Zaid continuaba señalando que pensar soluciones para los problemas nacionales debe hacerse desde los espacios propios de quien pretenda hacer tales propuestas. Así, el que un escritor proponga soluciones de otra índole ajena a la suya pero desde su posición de escritor es un error; él, por supuesto, puede plantearlas pero para ello debe ubicarse en el ámbito correspondiente. De no tener claro esto, los escritores corren el peligro de debatirse en profundas, graves y peligrosas confusiones:

En el fondo de estas confusiones, hay una desesperación del poder literario. Se comprende, pero no se puede admitir, que tal poder no exista, sea bueno para nada, opere como no opera o pueda lo que no puede.

<sup>182</sup> Zaid. *Cómo...*, *op. cit.*, p. 129.

El poder literario es innegable: hay textos imponentes o débiles, gente que no puede escribir, o que escribe y no puede publicar, poderosos a quienes puede que se les publique tal cosa. Las luchas por el poder literario (poder expresar, poder hacer ver; o si se quiere: poder sobre el lenguaje, poder usar los medios de hacerse de un público, poder imponer ciertos gustos o tendencias) acompañan la vida de todo escritor. (...)

El poder literario es tan real, aunque sea minúsculo, que los otros poderes tratan de sumárselo, desconocerlo, ridiculizarlo o aplastarlo. Lo que a su vez puede crear la ilusión (hasta en el público) de que es un poder mayor o de otro tipo del que realmente es.<sup>183</sup>

Delimitados los dos poderes, cada soberanía marca los límites de acción de sus integrantes. Zapatero a tus zapatos, no puedes pensar en cultivar un jardín desde la lógica del zapatero, para hacerlo (pues estás en tu derecho de querer hacerlo) tendrás que asumir y ubicarte desde la lógica respectiva (la del jardinero) para evitar que las flores se marchiten. Lo mismo sería en el ejemplo contrario. La metáfora se mantendría para los escritores y los políticos. Teniendo claro lo anterior podemos entender perfectamente por qué Zaid terminó su contribución señalando que en México se vivía una grave confusión, pues el presidente quería hacer política creyéndose escritor, y había escritores que querían hacer política creyéndose políticos.<sup>184</sup>

José Emilio Pacheco también fue contundente: el apoyo condicionado y transitorio de Fuentes y Benítez a Echeverría había provocado una crisis en las relaciones de todos los escritores mexicanos con un sector muy importante de sus lectores, especialmente con los estudiantes que vivieron las agresiones de 1968 y 1971. Después de las expectativas levantadas por los literatos gracias a la renuncia de Paz a la embajada de la India, lo sucedido ahora los hacía entrar en crisis.

<sup>183</sup> *Ibidem*, p. 130-131, 132.

<sup>184</sup> "En esta confusión de poderes y emplazamientos, la famosa Apertura parece un juego de las cuatro esquinas. Tenemos un presidente que en vez de aprovechar el poder que tiene para democratizar el país, sueña con el que no tiene: con frecuencia habla como emplazado desde afuera, como si otro, y no él, tuviera el máximo poder ejecutivo, como si fuera el escritor de oposición que ha dicho que quisiera ser. Y tenemos también escritores independientes que, con la mejor intención, dejan su lugar y perdonan lo imperdonable, porque adoptan una visión subordinada a las opciones prácticas de la presidencia, porque sueñan con todo lo deseable que pudiera hacerse con ese otro poder." *Ibidem*, p. 132.

Para Pacheco todo había sido una maniobra política del presidente, pues éste nunca antes se había interesado por los escritores. Con ella dañó al sector literario de la opinión crítica logrando algo realmente efectivo sin tener que asesinarlos, exiliarlos o comprarlos, sino atrayéndolos con la simple promesa de que, al ser escuchados directamente aportando la misma opinión que por años han sustentado en sus escritos, participarán de un modo más efectivo en la reforma del país. Echeverría había logrado dos cosas, la primera quitarse de encima una crítica que le podía molestar y, la segunda, poner en mal con su propio público a esos mismos escritores que habían dominado las letras mexicanas durante los sesenta.

Pacheco afirmaba que después de las dos declaraciones lamentables de ocho columnas “trágicamente célebres” (“Echeverría, única opción para los intelectuales” y “No apoyar a LE, crimen histórico de los intelectuales”), la política nacional no había ganado nada con la participación de los escritores, pero la literatura sí había perdido mucho: por lo menos la unidad básica que en 1968 se había expresado en el gremio ahora estaba rota.

Después de reflexionar acerca de que lo único que le podía dar a su país como escritor era través de su escritura, el autor de las *Batallas en el desierto* se preguntaba:

“¿Qué somos pues? ¿A qué clase pertenecemos? No explotamos a nadie, no vivimos de nuestro trabajo y de la suma de nuestras actividades paraliterarias sacamos menos de lo que ganan en un solo puesto la mayoría de los obreros calificados. Y no obstante, en un México habitado por masas superexplotadas que mueren de hambre, formamos parte de una élite que lo tiene todo. El privilegio que funda nuestro oficio se lo debemos a quienes carecen de privilegios y, por supuesto, no leen nuestros quinientos ejemplares. Nuestra responsabilidad es para con ellos, no para con un gobierno que tiene especialistas en cada uno de los puestos en que durante el siglo XIX necesitó a los escritores.”<sup>185</sup>

Frente a la sujeción inevitable del sistema, los escritores podían oponer su relativa autonomía y su relativa libertad de escribir. Se tiene

<sup>185</sup> *Plural*, núm. 13, *op. cit.*, p. 27.

esa libertad porque las consecuencias de lo que se escribe son difusas, sin embargo deben seguir manteniendo la dignidad del oficio intentando hacer el empleo exacto de las palabras como única forma para entenderse entre los hombres y entender al mundo, lo cual inmediatamente engendra la voluntad de transformarlo.

En su turno Carlos Fuentes dirigió su argumentación a contestarle a Zaid lo que éste le había espetado en su carta pública de septiembre.

En un tono que intentaba denotar hartazgo por tener que volver a argumentar sobre lo que, según él, ya había explicado en infinidad de ocasiones afirmaba que él sólo estaba participando como ciudadano, de la misma forma en que un zapatero o cualquier otro individuo que se sienta comprometido puede hacerlo. Fuentes aseguraba que, a diferencia de Zaid, él prefería, por una parte, continuar criticando la incapacidad oficial para deslindar responsabilidades y aplicar la ley a los responsables de la matanza del 10 de junio del 71, pero aplaudir, por la otra, la decisión presidencial de enterrar, como lo habían pedido desde hacía años, el desarrollismo estabilizador de la miseria; la ampliación de margen de independencia externa, la oposición al modelo brasileño propuesto por Nixon, el “apoyo decidido” a Chile y Cuba.

Por otra parte, argumentaba que condenar a Echeverría por haber sido secretario de Gobernación durante el sexenio de Díaz Ordaz era reflejo de una costumbre fiel a la noción cristiana del pecado original, la cual se podría haber aplicado igual a Cárdenas por su participación en el régimen de Calles como presidente del Partido Nacional Revolucionario y secretario de Gobernación.

El novelista afirmaba que para él:

Los problemas políticos se deben resolver políticamente, no mediante el terror o el asesinato o la represión o la abstinencia virginal o la declamación mesiánica. (...) Por mi parte continuaré apoyando lo que contribuya a una vida social más libre y más justa, promuévanlo el Estado o los ciudadanos, y oponiéndome a cuanto lo impida, provengan los obstáculos del Estado, los provocadores o los viejos intereses.<sup>186</sup>

<sup>186</sup> *Ibidem*, p. 28.

Un mes después Ricardo Garibay agregaría su opinión a la discusión. Para él los escritores fabricaban el riesgo del poder al ser ellos los hacedores de memorias y conciencias públicas. Desbordando optimismo y alta estima por su oficio, Garibay no escatimaba al señalar que se les leía mucho más de lo que ellos mismos creían por lo que, poco a poco, los escritores iban modelando el alma de sus lectores (público en general y políticos).

Desde *Siempre!*, José Alvarado también sumó su voz a la reflexión concluyendo, entre otras cosas, que si alguien tenía clara la división soberana entre ambas repúblicas eran justamente los políticos, pues concluían que los escritores se quedaran con sus nubes, sueños y teorías y les dejaran a ellos “los hechos, la realidad, la práctica, las curules y, por lo menos, las oficialías mayores.”<sup>187</sup> Ese mismo mes, noviembre de 1972, *Plural* publicó los discursos de ingreso de Carlos Fuentes a El Colegio Nacional y de Octavio Paz al darle la bienvenida a dicha representación del *establishment* de la cultural nacional.

### Reconstruyendo las fronteras

Como hemos visto, la pregunta sobre la importancia de los escritores y por ende de la literatura en la conformación de una sociedad estaba en apogeo. La discusión alrededor de la actitud del más importante y reconocido novelista mexicano de la segunda mitad del siglo había generado un ejercicio de introspección en la República de las Letras.

Carlos Monsiváis, quien a finales de 1971 había regresado de Londres para hacerse cargo de la coordinación de la dirección colectiva de *La Cultura en México*, una vez que Fernando Benítez había decidido dejar la dirección del suplemento, y que ya se había enfren-

<sup>187</sup> José Alvarado. “La política y el intelectual. Al político mediocre, el culto de barriada”, en: *Siempre!*, núm. 1010, México, 1 de noviembre, 1972. Alvarado añadía: “... a los políticos, sean hombres de negocios o burócratas, disgusta la opinión política de los intelectuales sobre todo si son independientes. Es natural: a ninguno de ellos le hace mucha gracia verse retratado en una novela de Fuentes, un ensayo de Paz, una sátira de Monsiváis, un párrafo de Zaid, un texto de García Terrés, un cuento de Pacheco o una crítica de García Ponce. No les hace ninguna gracia, ni les lleva tranquilidad, pues uno de los hijos o de las hijas puede leer a los escritores mencionados y, confuso, avergonzado ir hasta el 15D, los hongos alucinantes o la simple marihuana en busca de consuelo o equilibrio”, p. 15, 70.

tado al problema ocasionado por el texto de Zaid sobre Fuentes, también se preguntó públicamente sobre el tema.

El escritor –opinaba Monsiváis– cumple el doble desempeño de reflejar y ayudar a la creación de una sociedad, por lo que necesitaba una amplia capacidad de adaptación a los vaivenes políticos.

Para él existía un hecho incontrastable: la política es el impulso de la vida, la razón de ser de un pueblo en trámite de integración, artificial o sólida. La política es la clave del entendimiento, el sentido de ubicación. Del modo en que se reacciona ante la política depende cualquier tipo de salud. Ante esta situación, el escritor reacciona de modo dual: las reglas de la atracción y el rechazo (que en él se operan) se transmutan en la doble presentación del tema: la política será mostrada como falaz y despiadada, fascinante y repulsiva, arte de vulnerar a los seres honrados y encumbrar a los bribones. En forma complementaria, el político se mostrará como el máximo dispensador de bienes, el *deus-ex-machina*. ¿Qué permanece de esa relación amor-odio? Hasta hoy la legalización de una hipocresía, el rechazo abierto y la aceptación íntima de los beneficios de la política.<sup>188</sup>

La dualidad republicana explicitada una vez más. La política es el reino del otro poder, los habitantes de la República de las Letras se relacionan bajo un vínculo de atracción/repulsión, amor/odio con los habitantes de aquella. Para Monsiváis, 1968 debía ser marcado como el año a partir del cual se generó una nueva historia de la literatura, caracterizada por una nueva forma de relacionarse entre ésta y la sociedad. La literatura, alejándose por tanto de las frivolidades que hasta entonces la habían caracterizado, tendría que convertirse ahora en un ejercicio incansable de ruptura contra una sociedad que ha mostrado los límites de su democratización.

Ahora bien, arriba desarrollé la forma en que los escritores se auto-adjudican “el monopolio legítimo del lenguaje”. De ahí que cuando a principios de 1973 se anunció la conformación de lo que llegaría a ser la empresa de medios de comunicación más grande del país, desde las páginas editoriales de *Plural* se escuchó una voz urgente de

<sup>188</sup> Carlos Monsiváis. “México: notas sobre literatura y sociedad”, en: *La Cultura en México* (numerado equivocadamente 501, debiera ser 571). México, 17 de enero, 1973, p. xi.

alerta pues las fronteras de la soberanía corrían el peligro de ser derrumbadas por agentes usurpadores. El texto denunciaba que el reino de los escritores, el espacio soberano de la República de las Letras, había sido violado:

En México acaba de constituirse un gran monopolio privado de la televisión. O sea: un monopolio del lenguaje. Los hombres se hicieron hombres por esta función consistente en el derecho de hablar, oír y replicar. Pero el monopolio de la televisión la reduce a oír mansamente lo que quieran decirnos. Se trata de una amenaza gravísima y no sólo de orden político sino social, psicológico, moral y cultural. ¡El lenguaje en manos de los comerciantes! ¿Debemos cruzarnos de brazos? Si hubiese en México una organización democrática, popular, una de las primeras demandas de su programa sería la destrucción de ese monopolio y la democratización de los medios de producción.<sup>189</sup>

Por otra parte, una de las consecuencias de la fuerte represión utilizada en 1968 para terminar con el movimiento estudiantil, fue que en los primeros años de los setenta surgieran diversas organizaciones radicales que considerando que las vías políticas pacíficas para luchar por la democracia y la justicia social estaban cerradas, adoptaron posiciones radicales que, en muchos casos, planteaban la necesidad de pasar a la lucha armada como única forma posible de pelear contra el Estado. Por lo general estos movimientos tuvieron su cuna y hábitat principalmente en algunas universidades públicas del interior de la república. La lucha por las reformas universitarias en esas instituciones se encontraron en medio de un doble fuego, por un lado la existencia de organizaciones con características radicales, por el otro las respuestas represivas del Estado mexicano.

En 1973 la violencia alcanzó a la Universidad Autónoma de Puebla dejando un saldo de varios estudiantes y maestros asesinados. El tema fue motivo de reflexión para *La Cultura en México y Plural*. El primero planteó que el apoyo activo a las universidades amenazadas era parte de una tarea más amplia constituida por el necesario y urgente apoyo a las luchas democráticas de masas en los

<sup>189</sup> "Letras, letrillas, letrones", *Plural*, núm. 22, julio de 1973, p. 39.

diferentes lugares del país como el sindicalismo independiente, la autonomía del movimiento campesino, el cese de la represión en el campo, ya que era evidente que todos los fenómenos políticos particulares estaban imbricados entre sí. “Apoyar al sindicalismo independiente es coadyuvar vigorosamente a hacer posible la cultura, como también defender la libre función de la crítica de las universidades es apoyar el auge irreversible de las luchas populares en México.”<sup>190</sup> Una semana después de publicada esa carta, dedicarían todo el suplemento a abordar el tema de la matanza del 1 de mayo en la Angelópolis.

Por su parte, *Plural* analizaba tanto la masacre en Puebla como el hecho de que en esos días estuviera secuestrado el cónsul estadounidense en la ciudad de Guadalajara. La revista señalaba que lo primero que se debía explicitar cuantas veces fuera necesario era que la guerrilla no constituía una opción para nuestro país, a pesar de que, en efecto, las vías políticas democráticas parecieran estar clausuradas por la incapacidad gubernamental para asumirlas, de lo que los sucesos poblanos eran un trágico ejemplo. Era necesario que los movimientos populares conquistaran la legalidad y no la clandestinidad. Desde esta perspectiva se señalaba que a pesar de los problemas y peligros que el uso de los derechos democráticos implicaba en México, la movilización social había obligado a que el gobernador de Puebla renunciara, lo cual era muestra de que las vías legales podían ser utilizadas con resultados positivos. Finalmente, *Plural* enfatizaba que la vida en ciertas universidades públicas se había tergiversado pues su papel de centros de crítica intelectual, moral y política se había trastocado en ser armas de combate, “catapultas revolucionarias”, esto es, su función crítica había sido sustituida por el “activismo radicaloide”.<sup>191</sup>

Al llegar al número 600, *La Cultura en México* presentó un balance de su trabajo desde que apareció por primera vez. Ahí Carlos Monsiváis reflexionó sobre el sentido que 1968 había tenido en la transformación del concepto de cultura existente en nuestro país.

<sup>190</sup> *Siempre!*, núm. 1038. México, 16 de mayo, 1973, p. 7.

<sup>191</sup> *Plural*, núm. 21, junio, 1973. “Letras, letrillas, letrones”, “Entre Viriato y Fantomas”, p. 40-41.



Afirmaba que se habían destruido muchos supuestos e instituciones, lo que finalmente significó que el concepto de cultura se ampliara para dejar de estar subsumido e identificado a lo que era la cultura oficial. Asimismo, hacía notar el hecho de que el desprestigio popular de lo “intelectual” se había reforzado. Lamentablemente, esto último quedó trágicamente de manifiesto en esas semanas cuando el ingeniero Heberto Castillo sufrió una fuerte agresión, en la cual los golpadores lo atacaron al grito de: “¡esos intelectuales, que mejor se callen!”

La *Cultura en México* reafirmaba su convencimiento de que toda cultura era política, por lo que ellos no podían eximirse de participar en el debate ni de tomar partido en los conflictos nacionales e internacionales, amén de cumplir con su actividad crítica específica sobre libros, películas, exposiciones, representaciones teatrales, etcétera.

Mientras tanto en el país se vivía un incremento de las actividades de los movimiento guerrilleros. En septiembre de 1973 en un intento de secuestro la Liga Comunista 23 de Septiembre asesinó a Eugenio Garza Sada, lo cual generó fuertes impugnaciones de la oligarquía mexicana a la capacidad gubernamental para mantener el orden. En esta coyuntura *Plural*, recordando que hacía poco tiempo se les había descalificado por cometer el “pecado del liberalismo”, señalaba que los escritores debían quitarse el miedo de ayudar aunque fuera inconscientemente a las oligarquías represoras, pues ello lo único que podía lograr era paralizar tanto su pluma como su conciencia. Ésa era la explicación al porqué de que diversos grupos intelectuales no habían abordado el tema de la guerrilla y el terrorismo:

Hace algún tiempo, en un semanario, unos guerrilleros de café o de salón de té acusaron al autor de estas líneas –y a otros escritores mexicanos– del pecado de “liberalismo”. Al final del proceso nos sentenciaron a “ser expulsados del discurso político mexicano”. Esa fórmula –curiosa aunque no infrecuente, alianza de terrorismo intelectual y pedantería– revelaba una extraordinaria incomprensión de la realidad política mexicana: no se trata de expulsar a nadie del debate público sino, al contrario, de ampliarlo lo más posible. Ése fue el sentido del movimiento de 1968 y los fracasos últimos de la

izquierda se deben, más que nada, a su incapacidad para formular un programa democrático nacional. Si queremos recobrar la salud pública, debemos ejercer el pensamiento crítico.<sup>192</sup>

El ejercicio del pensamiento crítico era, ni más ni menos, un problema de salud pública. De tal forma, hace casi treinta años ya se señalaba que la tolerancia era el concepto central, fundamental, para ampliar el debate político, base de una efectiva vida democrática.

Mientras tanto, en el nivel internacional el panorama de las posibilidades democráticas para avanzar hacia una sociedad nueva se ennegreció. En septiembre de 1973 en Chile, el gobierno de la Unidad Popular encabezado por el doctor Salvador Allende fue derrocado a sangre y fuego por un golpe de Estado militar. A esta dictadura habrían de sumarse las de Argentina, Uruguay y prácticamente todo el cono sur americano.

A principios de 1974 aún continuaban las resonancias del caso del poeta cubano Heberto Padilla. La directora de la *Casa de las Américas* volvió al ataque señalando que a cualquiera, aunque no hubiera participado en las barricadas de la revolución, le permitiría que los llamara stalinistas pero de ninguna manera a los “que les gustan las vidrieras y las luces”. De plano entraba a descalificar a los autores del “boom” latinoamericano acusando a algunos de haberse aprovechado de la revolución, pues había sido en Cuba donde se les habían publicados sus escritos y se les había dado más nombre. Finalmente, señalaba que los cubanos se percataban ahora de que esos escritores en realidad no tenían mayor interés en ser sus amigos, pero que en el exterior ellos se habían proclamado como los factores de todo, especialmente de que la invasión a la isla caribeña no se hiciera realidad.<sup>193</sup>

Por su parte, Echeverría seguía sus continuos viajes por todo el mundo. En uno de esos periplos que tuvo como destino Perú, Brasil y Argentina, el presidente invitó a más de cien científicos, investigadores, poetas y narradores, pues le interesaba que se diera un encuen-

<sup>192</sup> “Las trampas de la virtud”, “Letras, letrillas, letrones”, en: *Plural*, núm. 27, diciembre, 1973, p. 64.

<sup>193</sup> Luis Suárez. “En Cuba andan buscando a pequeños Solyenitzin”, entrevista con Haydeé Santamaría, *Siempre!*, núm. 1079. México, 27 de febrero, 1974.

tro entre la intelectualidad mexicana y la argentina. El llamado “jet de redilas” ocasionó múltiples anécdotas sobre el comportamiento de los invitados que ingirieron abundantes raciones de alcohol y opíparas comidas, además de quejarse por haber sido hospedados en cuartos dobles (“como en un congreso barato”). Los convidados recibieron diversas cantidades contantes y sonantes de dinero para sus gastos de acuerdo a la importancia de cada uno de ellos. Además fue famosa la exigencia para que en el vuelo de regreso se hiciera efectiva la escala en Panamá, a fin de no quedarse sin la oportunidad de comprar la ineludible fayuca aprovechando que en México el avión arribaría al hangar presidencial, esto es, estaría exento de revisiones aduanales.<sup>194</sup>

La aventura del viaje a Sudamérica había empezado con el reparto de muchos sobres membretados del Fondo de Cultura Económica, en donde su director en funciones, Guillermo Ramírez, pedía al receptor: “Le rogamos comunicarse con el suscrito para asunto de carácter presidencial.” Al poco tiempo a dicho sobre se agregaría un telegrama en donde, con menos de veinticuatro horas de anticipación, se hacía la invitación oficial a la gira presidencial por Buenos Aires. Lo abrupto de la ocurrencia y consiguiente invitación para que los intelectuales, artistas, escritores y profesores elegidos fueran con Echeverría para llevar a cabo un acercamiento cultural con sus colegas argentinos, llevó a Gabriel Zaid a preguntarse si esta nueva forma de acarreo se trataba igualmente de una servidumbre impuesta que se tenía que aceptar por necesidad económica o, simplemente, una demostración bastante maquiavélica del poder para hacerle ver a la gente inteligente en lo que consistía su tan pregonada autonomía. Irónicamente Zaid escribió:

Los aviones se caen de vez en cuando. A los equipos de futbolistas, que son más pequeños, aunque no menos valiosos como representantes del honor nacional, nunca se les concentra en un solo avión, cuando los organizadores saben lo que están haciendo. A menos que éstos, supercontra maquiavélicamente, trataran de poner en manos del azar una aparatosa y trágica demostración de que en el

<sup>194</sup> Cfr. José Agustín. *Tragicomedia Mexicana 2. La vida en México de 1979 a 1988*. México, Planeta, 1992, p. 88-89.

Mundial de la Independencia Intelectual, la Selección Mexicana o no califica o es perfectamente eliminable...<sup>195</sup>

Ese viaje de los intelectuales junto a las nuevas condiciones generadas por el golpe de Estado en Chile, provocó que se ahondaran las reflexiones acerca de la libertad y la independencia de los escritores del poder gubernamental. Al respecto Enrique Krauze ha platicado el enojo que sin querer le ocasionó a Daniel Cosío Villegas, su profesor en El Colegio de México, cuando al pretender hacerle una broma le expresó su sorpresa por encontrárselo en la institución, pues pensaba que se había ido al viaje del presidente.

Jorge Ibarguengoitia, quien poco después recibiría el Premio Internacional de Novela correspondiente a ese año, también se sumó a la hipótesis de que los intelectuales inmediatamente se dejaban encandilar por aquel que les preguntara “¿qué hacemos?”, pues absolutamente nadie nunca les había hecho caso. Si a ello se agregaba que a los intelectuales les gustaba viajar, hospedarse en buenos hoteles así como beber y comer bien, aquel que les proporcionara esas alegrías lograría alinearlos. Ahí radicaba la única explicación posible de por qué Echeverría había logrado convencerlos.

Los intelectuales mexicanos se alinearon, no los alinearon. A mí eso es lo que me parece incomprensible, cómo Echeverría llegó a convencerlos... A veces se comprende a (Fernando) Benítez, por ejemplo, cuando le dicen: “Explíqueme, licenciado o maestro, dígame, ¿qué hacemos?” Entonces el otro, Benítez, debe sentirse halagadísimo, pues nunca nadie les ha hecho caso a los intelectuales en México.<sup>196</sup>

El guanajuatense remataba señalando que era tan grotesco ir hasta Argentina para condenar al imperialismo, como absurdo que frente a la pregunta “¿es usted amigo o enemigo del gobierno?”, se responde: “soy enemigo del régimen y amigo del presidente de la república”, pues “para decir esto, más vale no decir nada”.<sup>197</sup> Meses

<sup>195</sup> Gabriel Zaid. “Frágil: Cuidado al acarrear”, en: *Plural*, núm. 35. México, agosto, 1974, p. 80.

<sup>196</sup> Marco Aurelio Carballo. “La voz de Jorge Ibarguengoitia. Crítico, profeta”, en: *Siempre!*, núm. 1591, 21 de diciembre, 1983, p. 30.

<sup>197</sup> Fuenteovejuna. “Alineación de los intelectuales”, en: *Siempre!*, núm. 1124, 8 de enero, 1975, p. 9.

después Ibargüengoitia retomaría el tema al señalar que en una de las mesas llevadas a cabo en la capital argentina, en donde habían participado escritores mexicanos, habían quedado evidenciadas las dos formas principales existentes en América Latina de concebir las relaciones entre los escritores y la política pues, “mientras los intelectuales sudamericanos consideraban que su deber consistía en morir en la sierra, languidecer en la cárcel o vivir en el destierro, los intelectuales mexicanos autores de la declaración estaban convencidos de que su papel consistía en gobernar el país, o de pérdida, ser secretarios de Estado”.<sup>198</sup>

Por otra parte, la línea izquierdista que postulaba la necesidad de que existiera un vínculo de consecuencia entre lo que el intelectual piensa y lo que hace, parecía fortalecerse en su vertiente de que esa relación entre pensar y hacer pasaba necesariamente por la integración/vinculación del pensador a los movimientos de masas, para de esa única forma romper el sortilegio del poder y la vanidad que siempre está latente asechando su accionar y libertad de crítica.

Daniel Cosío Villegas, quien era objeto de una fuerte campaña de desacreditación debido a que desde su columna en *Excelsior* y sus libros de análisis del sistema político mexicano, particularmente su *best seller*, *El estilo personal de gobernar*, ocasionaba la molestia de la presidencia de la república y de los más altos círculos del poder; en un artículo en *Plural* abordó el tema específico de la relación entre el escritor y el poder.<sup>199</sup>

<sup>198</sup> Jorge Ibargüengoitia. *Ideas...*, *op. cit.*, p. 48 (enero, 1975). “Me parece grotesco alinearse. Me parece grotesca la actividad intelectual en ese sentido. Por ejemplo, ¿cómo se llama ese Flores?... Flores Olea, sí, cuando llegamos a Argentina invitados por el gobierno de México, lo primero que dice él al llegar es: ‘Óyeme, tenemos que hacer algo para demostrar que no hemos venido aquí de balde. Vamos a condenar el imperialismo, firmando una declaración.’ Ir hasta Argentina para condenar el imperialismo me parece sencillamente grotesco. Hay que ver que son gente, los intelectuales, que han tenido una vida de limitaciones. No de privaciones, pero no han vivido. Les encanta ir a un buen hotel y les encanta poder echar una firma después de unos tragos y de unas langostas, pues todo lo paga el gobierno.” Marco Aurelio Carballo, “La voz...”, *op. cit.*

<sup>199</sup> Es interesante ver una de las críticas que en aquel momento recibió el libro de Cosío sobre Echeverría. Me refiero a la escrita por Héctor Aguilar Camín, quien pese a que el texto no le había gustado le reconocía el mérito de atreverse a ejercer la crítica política en términos personales, lo cual era inédito en nuestro país pero, matizaba, no en otras naciones. *Cfr.* “Cosío Villegas, el comportamiento presidencial y la discrepancia”, *La Cultura en México*, núm. 661, 9 de octubre, 1974.

El autor de la trilogía del poder destacaba que el problema acerca de la relación entre el gobierno y el escritor, y el gobierno y las publicaciones periódicas donde aparecían las opiniones de aquéllos, era un problema existente únicamente en países donde había las que eufemísticamente se llamaban “democracias imperfectas”. Cosío afirmaba que históricamente en México no existía la cultura de la crítica, la cual sólo se ejercía en situaciones extraordinarias, particularmente como respuesta cuando evidentemente se le prohibía hacerlo o bien, cuando se le cortejaba reiteradamente para que lo hiciera. Cosío afirmaba que en nuestro país esto sucedía, a diferencia de otras naciones donde el escritor sabía que sus escritos serían leídos, pues sí existe una opinión pública ilustrada amén de que los gobernantes y grandes empresarios siguen asiduamente lo que se publica.

El historiador concluía que aunque en los últimos cinco años se habían experimentado justamente las dos posibilidades sobre el escribir críticamente (en los primeros dos la prohibición y en los tres últimos el aliento para hacerlo), aún así no se vivían las mejores condiciones para ejercer la crítica pues, a pesar del discurso oficial a favor, existían instancias encargadas de desalentarla.

Por su parte, a mediados de 1974 Carlos Monsiváis hizo un balance de las condiciones para el ejercicio crítico de la cultura a partir de 1968. Planteaba que evidentemente desde la perspectiva cultural Tlatelolco se había convertido en un parteaguas, siendo que ella había terminado de modificarse con las conclusiones extraídas después del golpe de Estado chileno.<sup>200</sup>

Durante el mes de junio de 1974 se desarrolló una polémica entre los escritores del grupo de *La Cultura en México* y Armando Ayala

<sup>200</sup> “Si Tlatelolco corre el riesgo de convertirse en un recuerdo prestigioso (“La protesta bañada en lágrimas para que la dejen existir”), lo que puede denominarse vida nacional, en cambio, sí se vio transformada profundamente, lo que, sin duda, influirá de modo poderoso en la narrativa. Por lo menos, surgieron corrientes críticas en la historia, la politología, la sociología. Se inició o se sistematizó el cuestionamiento ideológico del Estado y la burguesía y de sus proyectos y realizaciones culturales. Esto, en un marco de impresionante analfabetismo real, de apogeo de los mass-media, de aculturamiento a través de las fotonovelas, de amenazas reales de la extrema derecha, de inútil y feroz militarismo de la ultraizquierda. El golpe chileno nos involucró y modificó radicalmente la situación y el punto de vista. La singularidad de Tlatelolco se transformó en la multiplicidad de Pinochet.” Carlos Monsiváis. “La novela mexicana. Paisaje antes y después de la batalla”, en: *La Cultura en México*, núm. 638. México, 1 de mayo, 1974, p. VIII.

Anguiano y Luis González O'Donnell, director y colaborador, respectivamente, de la revista *Contenido*. El disparador de la discusión fue un artículo sin firma ("La prensa mexicana y la junta militar chilena") publicado en el suplemento de *Siempre!*, en donde se criticaba el sentido de dos textos aparecidos en *Contenido*. El tono de la discusión era el acostumbrado en aquel entonces: la injuria y la ofensa por delante mientras que los argumentos escaseaban o, de plano, eran inexistentes.<sup>201</sup>

Dos meses después, en las páginas de *Siempre!* apareció la carta de un lector que ponía el dedo en la llaga sobre el sentido que la actividad de los escritores tenía en la conformación de una opinión pública. Además de lamentarse de que no entendía nada de lo que se publicaba en el suplemento, el desencantado profesor veracruzano decía:

¿Será que ellos son unos sabios y yo un tarado? ¿Será que su objetivo es precisamente ése, que no los entiendan para presumir de intelectuales y de cultos? ¿O será que escriben para otro público, con otro idioma?

De todos modos, he llegado a una conclusión: ¡Qué lejos están del pueblo los intelectuales! ¡Qué falta de comunicación existe entre ellos y nosotros!

Perdón y gracias.

En otro orden reflexivo, tomando como referencia que el suegro del presidente de la república recientemente había sido secuestrado, Octavio Paz escribió un artículo donde profundizaba su crítica contra la izquierda mexicana pues desde su perspectiva ésta había renunciado a su primer deber, que era precisamente la crítica. Por consiguiente, veía con muy buenos ojos la reciente convocatoria para la realización del congreso constituyente de un nuevo partido político en cuyas primeras pláticas, como hemos visto, él mismo

<sup>201</sup> El tono de las respuestas de los representantes de *Contenido* fue del siguiente tenor: "Los izquierdistas de escritorio proliferan en México, como cucarachas", "Lo más risible de todo esto es que el 'Consejo de Redacción' creen que nosotros los consideramos izquierdistas. ¡Qué va! Los consideramos fascistas rosa-mexicano", "quieren lambisconear a Scherer para ver si él les publica su cloroformo que ellos llaman colaboraciones", etcétera.

había participado. Su optimismo se basaba en la consideración de que ese partido podría ser una alternativa real frente al PRI y a los extremistas. Asimismo, debía ser un instituto que agrupara tanto a la clase media como a los grupos y clases populares, en contraposición con los partidos dogmáticos que se atribuían la representación de la clase obrera, en obvia alusión al Partido Comunista Mexicano. Paz aprovechaba ese espacio para aclarar que su alejamiento de los trabajos constitutivos del nuevo partido se debía “no por diferencia de opinión en lo esencial, sino porque creo que un escritor es más bien un francotirador que un militante”.<sup>202</sup>

Un elemento que no pasa desapercibido para el anecdotario es que en el volumen de noviembre de 1974 *Plural* publicó dentro de una sección dedicada al tema “Política y economía de México” tres artículos escritos cada uno ni más ni menos que por Carlos Salinas de Gortari, Manuel Camacho Solís y René Villarreal.<sup>203</sup>

Para terminar el año Octavio Paz, al discutir desde *Plural* algunas descalificaciones que se habían hecho en Perú a esa revista, postuló una tesis contundente sobre el rol de los escritores en el nivel político:

Nosotros, en cambio, pensamos que el *primer deber político* del escritor es guardar sus distancias con el poder, conservar intacta su capacidad de decir *NO* a los jefes del momento. Si no creemos en la infalibilidad del Papa y sus cónclaves de teólogos, si no creemos en la sabiduría infinita del Secretario General del Partido y su comité de doctores en Dialéctica, ¿cómo vamos a creer en los generales, los sargentos y sus amanuenses al mismo tiempo?, puesto que preferimos las razones a las interjecciones...<sup>204</sup>

<sup>202</sup> Octavio Paz. “El plagio, la plaga y la llaga”, en: *Plural*, núm. 36. México, septiembre, 1974, p. 80.

<sup>203</sup> Los títulos eran: Salinas: “Tríptico de la dependencia. Frustración, concesión y limitación en la visión”; Camacho: “El Estado mexicano del futuro”, y Villarreal: “La experiencia mexicana. La dependencia externa, el crecimiento sin desarrollo y la necesidad de un nuevo proyecto económico.”

<sup>204</sup> Octavio Paz. “El ladrido como género literario”, en: *Plural*, núm. 39. México, diciembre, 1974, p. 92.



1975 inició con la designación de Carlos Fuentes como embajador de México en Francia. Como corolario del apoyo que había venido otorgando al presidente Echeverría, el nuevo cargo del novelista sumado a las fuertes críticas a los intelectuales en general y particularmente a los escritores por su participación en las jiras presidenciales, que había alcanzado su mayor altura con el caso del jet de redilas hacia Buenos Aires, significaron fuertes andanadas contra los escritores, que vieron cuestionada la soberanía de la República de las Letras. Las fronteras se evidenciaron frágiles, posibles de ser violadas sin mayor problema por el otro poder. Feamente caía sobre los escritores la acusación de ser fácilmente factibles de ser encandilados tanto por el poder como por el poder mismo, cuanto (peor aún) por cuestiones tan mundanas y frívolas como las dinerarias y la posibilidad de gratuitamente conocer el mundo. Las consecuencias habrían de verse en los próximos lustros, cuando cualquier tipo de apoyo estatal al fomento de la cultura fue estigmatizado por constituir formas de comprar las voluntades, libertades e independencia de los favorecidos.

## CAPÍTULO CUATRO

### EL RESCATE DE LA PALABRA

*Algunas veces he preguntado a varios hombres doctos si les aburría esta lectura tanto como a mí, y todos los que hablaban sinceramente me han confesado que se les caía el libro de las manos, pero que era indispensable tenerle en la biblioteca como un monumento de la antigüedad o como una medalla enmohecida que no es materia de comercio.*

Voltaire<sup>205</sup>

### Intolerancia y censura

En 1974 se había alcanzado el punto de mayor acercamiento entre los escritores y el gobierno. Las confusiones sobre el papel de los intelectuales como ejercitadores naturales de la crítica, de los escritores como soberanos de un reino que por definición estaba alejado de los pragmatismos del poder y las corruptelas lingüísticas (y de las otras) del gobierno, habían sido constantes. La designación de Carlos Fuentes como embajador de México en Francia y los apoyos dinerarios a intelectuales, artistas y literatos, habían sido los temas de discusión y reflexión dentro de la República de las Letras. Pérdida de identidad, fronteras que aparentaban diluirse. Era necesario volver a poner las piezas en el tablero y, sobre todo, identificar nuevamente los colores con que se jugaba.

Para 1975 la apertura democrática del régimen echeverrista comenzó a evidenciar frente a los ojos de la mayoría algo que los críticos más tenaces habían sostenido durante los años que llevaba el sexenio, señalando que ella tan sólo era una estrategia más de la política gubernamental que pretendió (y en buena medida consiguió) inhabilitar el ejercicio de la crítica en un amplio círculo de intelectuales.

---

<sup>205</sup> *Cándido o el optimismo*, en: Voltaire y Diderot, *Obras escogidas*. México, Conaculta/Océano, 1999, p. 85.

Gabriel Zaid comentó que era absurdo pretender reprocharle a los intelectuales que a lo largo del siglo hubieran vivido del erario público, porque tal crítica evidenciaba desconocimiento sobre la forma histórica en la que se había construido la relación entre ambas esferas. Zaid señalaba que se empezaba a vivir una nueva época en donde la cultura se estaba convirtiendo en artículo de consumo, lo que permitiría que sus trabajadores pudieran pensar en la posibilidad real de impulsar proyectos y alternativas propias e independientes del Estado para sobrevivir y desarrollar su actividad.<sup>206</sup> En efecto, en esos años se registraba una efervescencia por la creación literaria, lo cual se expresaba en la reproducción a lo largo de la república de talleres literarios y el aumento en las posibilidades de publicación en revistas y suplementos.

Mientras tanto continuaba el examen de los vínculos entre los escritores y el poder. Agustín Yáñez, quien había sido secretario de Educación con Díaz Ordaz y a quien éste había contestado con platos destemplados cuando le presentó su renuncia a partir de los acontecimientos del movimiento estudiantil de 1968, señaló en 1975 que el problema de la relación entre la actividad como escritor y los cargos públicos tan sólo consistía en una cuestión de vocación personal.<sup>207</sup> Asimismo, Víctor Flores Olea, quien acababa de ser nombrado embajador en la Unión Soviética, reflexionaba que asumir esa experiencia diplomática era perfectamente coherente con su trayectoria intelectual como profesor universitario y escritor. Para él, esa multiplicidad de actividades le permitía tener una sana distancia con su propio desempeño como funcionario público, pues era tan sólo una más de sus labores que no define su actividad profesional ni mucho menos toda su vida.<sup>208</sup>

La forma en que los escritores pretendían vincularse con el poder obligaba a René Avilés Fabila a concluir que se vivía una etapa en donde la despolitización reinante en el medio era verdaderamente atroz. Al sentirse individuos privilegiados se habían puesto al margen de la sociedad, por lo que era de llamar la atención la eficien-

<sup>206</sup> Gabriel Zaid. "Tres momentos de la cultura mexicana", en: *Plural*, núm. 42. México, marzo, 1975.

<sup>207</sup> Díaz de Urduvia, *op. cit.*, p. 264-265.

<sup>208</sup> *Ibidem*, p. 87-94.

cia del sistema para inhabilitarlos al comprarlos con prebendas, puestos y viajes. Alejado de cualquier intención fundamentalista, Avilés señalaba que el deber del intelectual era seguir manteniendo su independencia de crítica para ejercerla cuando fuera necesario aunque los funcionarios fueran sus amigos o empleadores. Asimismo, subrayaba que no debía perderse de vista la forma en que desde el gobierno, desde las altas esferas del poder, los intelectuales eran vistos:

¿Cómo reacciona el funcionario ante el intelectual? Normalmente lo mira con desdén, como a un bicho raro, estrafalario, que vive en otro mundo y que es incapaz de tomar parte en las grandes decisiones nacionales (...) En todo caso, el intelectual puede divertirlo, serle simpático; en todo caso el funcionario puede descubrir la importancia del intelectual y entonces ponerlo a su servicio, utilizar su prestigio local o internacional para apoyarse ante la opinión pública...<sup>209</sup>

Avilés Fabila concluía que el escritor tenía, en primer lugar, la obligación de escribir magistralmente y el compromiso de combatir con su crítica independiente en los países latinoamericanos que aún andaban en busca de su identidad. Los escritores tan sólo vestían al poder, éste los utilizaba como el oropel necesario para cubrirse de la legitimidad racional que también necesitaba.

La preocupación por reencontrar su identidad, que había sido fuertemente cuestionada en sus bases de sustento por la anexión que Echeverría había logrado de muchos escritores, obligó a que

<sup>209</sup> René Avilés Fabila. *El escritor y sus problemas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1975, p. 20 (Archivo del Fondo, núm. 42). "Nuestros autores (hablo de la mayoría, no de la totalidad) no saben resistir los coqueteos de esa señora rica y gorda que es la burocracia y a cambio de viajes, becas, premios, empleos bien remunerados, pierden una gran virtud: la de ser críticos. La famosa y decantada libertad, la célebre independencia, de las que se jactan los intelectuales mexicanos es pura ficción, tienen la libertad y la independencia que el Estado les permite y éstas se dan dentro de las condiciones impuestas por él; las reglas del juego las dicta la burguesía, el intelectual sólo es una pieza de ajedrez.", p. 18. "... hoy en día (los intelectuales) no han resistido los ofrecimientos de la burocracia y como niños con juguete nuevo han vuelto a los empleos en ministerios, a los cargos de alguna importancia o al simple corregir estilo de documentos patrióticos; felices de que el Estado-generoso-paternal los acoja en su seno y aleje al fantasma de la miseria", p. 20.

este grupo continuara sus reflexiones sobre el sentido histórico de su actividad frente al poder y el gobierno. La inquietud y desazón sobre la disolución que las fronteras de la República de las Letras había sufrido al confundir su soberanía con la del otro poder, obligó a que, una vez más, desde las páginas de *La Cultura en México* diversos autores abordaran explícitamente el tema para teorizar sobre el nuevo rol de la cultura en nuestro país y, por ende, de los trabajadores de la cultura en su relación con el poder.

Una de las tesis en las que los autores concordaban era la que Zaid ya había advertido en el sentido de que la cultura se había convertido en los últimos años en producto de mercado, habiéndose generado una situación nueva frente a la cual los escritores apenas estaban intentando acomodarse, esto es, era necesario encontrar su espacio bajo esas nuevas relaciones. Súbitamente la escritura había pasado de ser una actividad marginalmente elitista en tanto el número de gente que se dedicaba a ella y el volumen de los tirajes de las escasas publicaciones, a dirigirse a un número cada vez más grande constituido fundamentalmente por el mercado de las clases medias.

Héctor Aguilar Camín afirmaba que aquel pequeño y estrecho mundo previo al 68 donde los escritores vivían se había trastocado grandemente pues de improviso los escritores eran multisolicitados, aparecían lo mismo en la televisión que en las nóminas de las Secretarías de Estado, en periódicos de alta circulación, o hacían viajes al extranjero donde sus palabras sobre diversos temas más allá de los literarios y culturales eran peleadas por los reporteros. En fin, ahora lanzados al mercado había quienes incluso podían sobrevivir tan sólo de sus artículos y las regalías de sus libros sin integrarse a las nóminas gubernamentales. Desbordando optimismo, Aguilar Camín señalaba que los escritores debían asumir que poco a poco estaban convirtiéndose en autores para una sociedad de masas.

La apertura al mercado, el ensanchamiento del hábitat intelectual como estrategia política para desactivar la crítica, eran unas de las consecuencias de la apertura democrática echeverrista. Planteado el juego de ajedrez entre ambos campos, el rey gubernamental se mostraba más audaz y había logrado romper las filas del otro bando anejándose a varios de sus peones, alfiles y una que otra torre.

Aguilar Camín lo veía así:

Nunca, creo, desde el porfiriato por lo menos, un presidente había buscado con tanta insistencia, cortesía, convicción, la proximidad crítica, consultiva, y aun política y administrativa de sus intelectuales; nunca, tampoco, les había brindado tantas deferencias presupuestales, turísticas y de trato personal. El caso de Carlos Fuentes como embajador en Francia resume bien, me parece, la eficacia con que esta actitud política y este “estilo personal” de relación con los intelectuales, congregó de nuevo, sedujo, convenció o compró a la “conciencia crítica” del país, le quitó sus armas, la dejó en el aire y desbarató el viejo molde de operación cerrada (firme hacia el interior del círculo poseedor de los secretos) de los productores de la cultura profesional de México.<sup>210</sup>

Aguilar Camín concluía que más allá de estos afanes por agenciarse el apoyo de los sectores de la cultura, la nueva política, el nuevo *establishment* ampliado que se había creado seguiría dejando fuera del mercado, esto es, fuera de las intenciones primarias de desarrollo cuestiones tan mundanas como “... el hambre, la miseria, la descomposición social, los estilos agresivos de vida de las más recientes generaciones; la historia, la economía, la sociología, la literatura de lo que no ha encontrado su presidente ni su mercado”.<sup>211</sup> Pasado un cuarto de siglo sabemos que sexenios más tarde el autor de esas líneas encontraría su propio presidente.

Carlos Monsiváis también continuó aunando sus esfuerzos a estos intentos aclaratorios y redefinitorios del rol de los escritores frente al poder bajo la nueva situación generada por la apertura democrática echeverrista. Después de reflexionar sobre la forma elitista en la que la vida cultural se había identificado, señalaba que ella había sido cuestionada y rota en 1968. El vacío generado desde entonces aún

<sup>210</sup> Héctor Aguilar Camín. “Las miserias no asimiladas. El festín oficial de la conciencia”, en: *La Cultura en México*, núm. 703. México, 27 de agosto, 1975, p. ix. “Como hecho verbal, la apertura democrática les habló al corazón y en su lenguaje a los sectores que buscaba atraer: penetró las filas de los intelectuales críticos y obtuvo la colaboración de antiguos dirigentes del movimiento estudiantil. Su palanca de apoyo no fue el cambio de las estructuras del país, sino la extraordinaria proliferación de puertas burocráticas y presupuestales ahí donde los nuevos técnicos, los profesionistas recién egresados, los intelectuales, los jóvenes ansiosos de participación política, sólo hallaban antes cerrazón, ninguneo, autoritarismo de viejo estilo, falta de oportunidades.”

<sup>211</sup> *Ibidem*, p. ix.

no era sustituido por otro orden. La feroz realidad de los tanques y los cadáveres desvaneció la figura del intelectual como conciencia crítica.

La apertura democrática fue una necesidad tanto para el gobierno como para los intelectuales que disentían no de un sistema sino de un régimen presidencial específico. En virtud de que desde siempre el sector de la cultura había vivido a expensas del Estado era difícil que sus integrantes se plantearan vivir fuera de su sombra por mucho tiempo. Máxime cuando su integración a alguna opción opositora implicaba una serie de condiciones políticas y culturales que los intelectuales ni querían ni podían cumplir. De tal forma, si bien es verdad que hubo mucho oportunismo entre escritores que sólo vieron en el poder la posibilidad real de demostrar su propia existencia, Monsiváis creía que era cierto lo dicho por muchos otros intelectuales en el sentido de estar de verdad convencidos de que aún no se agotaban las perspectivas de la revolución mexicana, lo cual llevaba a la conclusión de afiliarse a la apertura democrática pregonada desde el poder.<sup>212</sup>

La necesidad de reconocimiento del escritor fue uno de los factores que se debían tomar en cuenta para explicar su apoyo a los afanes presidenciales, su aceptación de los coqueteos de aquella señora gorda y vieja encarnada en el Estado:

Lo que los sesentas habían dejado era una atmósfera cargada de fe en las potencialidades del trabajo intelectual y crítico (la tesis de la "palabra enemiga" por ejemplo, la idea del escritor como conciencia del país). Esta confianza exigía un tratamiento especial, demandaba un lugar de privilegio. Al no obtenerlo ya de un público progresivamente alejado de la reverencia ante la Cultura e inmerso en la reverencia ante la Política, muchos intelectuales se

<sup>212</sup> "... la conciliación de las clases y la economía mixta pueden prolongar la injusticia social pero equilibran la vecindad del imperialismo y postergan el advenimiento del fascismo. Si la revolución no es posible, continuemos ilustrando y humanizando el autoritarismo. De acuerdo a esto, ¿cómo podía ser una trampa lo que se dio como apresurada respuesta a una promesa de reinstalación? Participantes de lujo o protegidos invariables del aparato gobernante, los intelectuales reconocidos no podían continuar fuera (sólo metafóricamente "fuera") de modo indefinido." Carlos Monsiváis. "No por mucho madurar amanece más temprano", en: *La Cultura en México*, núm. 708. México, 3 de septiembre, 1975, p. vii.

decidieron por lograr ese reconocimiento donde lo había (en el gobierno) y no dejaron ingenuamente de extrañarse al ver que el público (**su** público) no respondía ya a sus exhortaciones.<sup>213</sup>

Alimentar el ego y la soberbia histórica había traído como consecuencia que se redujera la de por sí adelgazada autoridad moral de los intelectuales, concluía Monsiváis.

Por su parte, Enrique Krauze se preguntaba la razón de que sistemática y periódicamente los intelectuales asumieran como objeto de sus sesudas reflexiones justamente cuál era su propio sentido de ser intelectual. Adolfo Castañón refería factores identitarios que no por lamentables dejaban de ser perfectamente explicables, particularmente la manera tan poco tolerante de discutir y abrirse a la crítica aceptando la polémica.<sup>214</sup>

Paradójicamente, mientras se desarrollaban estas reflexiones sobre el sentido del intelectual, de los escritores y de la cultura en su relación con el Estado, éste adoptaba una serie de políticas hacendarias que mostraban la inconsistencia de lo expresado en voz alta acerca del apoyo y promoción de la cultura y los pasos dados en la realidad en ese sentido. Frente a ello, desde las páginas de *Plural* se levantaba la voz para denunciar y protestar por el aviso de la Secretaría de Hacienda de cargar con aranceles la importación de libros. Para la revista este tipo de hechos mostraban la verdadera concepción que desde el gobierno se tenía de la cultura, caracterizada por la falta de apoyo a la creación y crecimiento de la red de bibliotecas de la SEP, los regateos al derecho de autor realizado por Hacienda, la creación de departamentos con rumbosos nombres (“Comité de Desarrollo de la Industria Editorial y Comercio del Libro”) en los que brillaban por su ausencia representantes del público lector, de los autores y de los bibliotecarios. A todo ello se sumaba ahora ese atentado contra la lectura, lo que demostraba que

<sup>213</sup> *Ibidem*, p. vii.

<sup>214</sup> “La crítica de un intelectual a otro, o de un grupo de intelectuales a otros, es siempre rápida y expeditamente explicable en términos de envidia, resentimiento, odio personal o mala fe. La herencia católica ha dejado hondas raíces en nuestra manera de enjuiciar: sólo se puede estar en el Paraíso de la Puerta Moral o Intelectual o en el Infierno de la Inconsecuencia y la Traición.” Adolfo Castañón. “El único remedio contra el conformismo es el resentimiento”, en: *La Cultura en México*, núm. 710. México, 17 de septiembre, 1975, p. viii.



tan sólo era una hipocresía, oportunismo demagógico, *ergo* falsedad, el apoyo gubernamental a la cultura.<sup>215</sup>

Desde *La Cultura en México* Daniel López Acuña declaraba de manera contundente que la soberanía de la República de las Letras había sido usurpada y prostituida por la retórica oficial, por lo que era necesario oponer a la mentira “la honestidad de la palabra creadora contra la corrupción del lenguaje institucional”.<sup>216</sup> Esa corrupción que pudo permear la soberanía de las letras era la expresión de una eficaz estrategia del poder para incorporar, mediatizar y, consecuentemente, desprestigiar las proposiciones culturales. Advertía a su república que:

El presente período sexenal ha contemplado el esplendor de quienes pueden ser llamados los hombres de dos reinos: intelectuales que otorgan su apoyo crítico y condicional al régimen. La parte crítica de ese apoyo, la mayoría de las veces, ha abdicado al ser comprada. Los ejemplos no faltan: Carlos Fuentes lanza hoy panegíricos echeverristas en Yugoslavia. ¿Puede hablarse de una conciencia pública legítima, independiente y cuestionadora en aquellos intelectuales que se doblegan ante los halagos de toda índole del poder? La apertura no ha permitido sino una válvula de escape: ha permitido la crítica verbal pero no la organización independiente de los sectores disidentes.<sup>217</sup>

Poco tiempo después, con el caso *Excélsior*, se demostraría que ni siquiera esa crítica era realmente aceptada.

Por su parte, José Agustín se lamentaba de que a la estrategia gubernamental para adherir intelectuales a su corte había que agre-

<sup>215</sup> El texto firmado por José de la Colina, Salvador Elizondo, Juan García Ponce, Octavio Paz, Tomás Segovia y Gabriel Zaid se publicó en: “Denuncias sin respuesta”, *Plural*, núm. 48. México, septiembre, 1975.

<sup>216</sup> Daniel López Acuña. “La palabra creadora contra la corrupción del lenguaje institucional”, en: *La Cultura en México*, núm. 710, México, 17 de septiembre, 1975, p. x.

<sup>217</sup> *Ibidem*. La referencia a Fuentes es debido a que el primero de julio el novelista, ahora embajador en Francia, había hecho la presentación y propuesta de la Carta de los Deberes y Derechos Económicos de los Estados, impulsada por Luis Echeverría, ante la Conferencia Internacional “Ciencia y Sociedad” que con el tema “La Cooperación y la interdependencia en el mundo moderno” se había desarrollado en Dubronik, Yugoslavia. El discurso completo se reprodujo en *Siempre!*, núm. 1158. México, 3 de septiembre, 1975.

gar las disputas internas al propio grupo de escritores en donde menudeaban los chismes, las descalificaciones y demás mezquindades, por lo que se imponía la necesidad urgente de que “los artistas y los intelectuales dejen de ser niños porque eso sólo obliga a que continúe Papá Gobierno”.<sup>218</sup>

Frente a la ofensiva para restar independencia y soberanía a la República de las Letras, los escritores llamaban a la defensa de su espacio denunciando la intervención nefasta del otro poder en asuntos que únicamente debieran incumbir a los escritores, a los hacendados de literatura y arte. En octubre, un amplio grupo de importantes escritores enfatizaba una vez más que se requería que el Estado dejara de intentar intervenir en la creación cultural, era necesario que él concentrara los recursos con los que pretendía apoyar a los creadores pero descentralizara las actividades. Para los escritores era primordial, entre otras cosas, que el otro monopolio de la palabra, de la comunicación, la televisión, fuera puesta a su servicio para lo cual el Estado debería dar los pasos necesarios. El deslinde de los límites entre ambas repúblicas debía recuperarse, pues ellas tenían espacios y razones de ser y, por ende, objetivos completamente distintos.

Las relaciones entre el Estado y la literatura dependen, en cada caso, de la naturaleza de la sociedad en que ambas se despliegan. Pero en términos generales –hasta donde es posible extraer conclusiones en una esfera tan amplia y contradictoria– el examen histórico muestra que no solamente el Estado jamás ha sido creador de literatura de veras valiosa sino que, cada vez que intenta convertirla en instrumento de sus fines, termina por desnaturalizarla y degradarla. Hemos sido testigos, en nuestra época, de la reaparición del prejuicio bárbaro que atribuye al Estado poderes especiales en el campo de la creación literaria; también hemos sido testigos de sus nefastos resultados, lo mismo en el campo del arte que en el de la moral: obras mediocres y literatos serviles.<sup>219</sup>

En pocas palabras, el Estado debía dedicarse a sus actividades específicas y dejar las otras, las correspondientes al reino de la cultura,

<sup>218</sup> José Agustín. “Mientras más rápido vamos más redondos nos ponemos”, en: *La Cultura en México*, núm. 711. México, 24 de septiembre, 1975, p. VIII.

<sup>219</sup> “¡Idea para un Fondo de las Artes!”, *Letras, letrillas, letrones, Plural*, núm. 49. México, octubre, 1975, p. 72.

la escritura y el arte a la república respectiva. Firmaban tal declaración de fronteras: Juan José Arreola, Fernando Benítez, Julieta Campos, Emilio Carballido, Alí Chumacero, José de la Colina, Salvador Elizondo, Gastón García Cantú, Juan García Ponce, Jaime García Terrés, Jorge Ibargüengoitia, Vicente Leñero, María Luisa Mendoza, Carlos Monsiváis, Marco Antonio Montes de Oca, José Emilio Pacheco, Octavio Paz, Elena Poniatowska, Carlos Pellicer, José Revueltas, Juan Rulfo, Gustavo Sáinz, Ignacio Solares, Tomas Segovia, Rodolfo Usigli, Luis Villoro y Gabriel Zaid. La república en pleno, dejando de lado posible conflictos internos, defendiéndose del otro poder.

En ese mismo mes, Evodio Escalante continuó la reflexión acerca de la necesidad de recuperar el poder absoluto sobre la palabra, sobre el lenguaje, que había estado en peligro de perderse por los buenos oficios que el Estado había implementado para hacerse de absolutamente todo el monopolio del lenguaje. Asumiendo que diversos trabajadores de la cultura no habían podido resistirse a las tentaciones y por lo tanto no habían podido preservar su autonomía de juicio y conciencia, era necesario impedir y echar atrás lo andado en esa desposesión del lenguaje y (re)establecer la distancia con respecto a la demagogia y el triunfalismo oficial.

Tomando al toro por los cuernos, Escalante resolvió escribir con nombre y apellido acerca de la decisión de Fuentes de apoyar al régimen de Echeverría, concluyendo que la argumentación que el novelista había dado para justificar su acción dejaba mucho que desear en términos de aplicación y ejercicio del pensamiento crítico, pues al confiar en las "buenas intenciones" de "su amigo" nulificaba su propio discurso crítico y evidenciaba la necesidad urgente de evitar perderse en las profundidades de los "humores" o las "intenciones". El lenguaje, el poder de los escritores, debía ser recuperado. "Sólo de esta manera, la crítica, tan traída y tan llevada, dejará de ser una realidad personal para convertirse en palabra, dejará de ser una expresión biliar para funcionar como lenguaje, es decir, como instrumento privilegiado de impugnación y de investigación de la realidad."<sup>220</sup> El autor terminaba señalando que los afanes gubernamentales por dar

<sup>220</sup> Evodio Escalante. "Un minuto de silencio, dijo el presidium", en: *La Cultura en México*, núm. 712, 1 de octubre, 1975, p. x.

una nueva imagen a su apoyo a la cultura no representaban nada nuevo más allá de la ampliación de la red burocrática respectiva. De tal forma, desde esa perspectiva los intelectuales estaban llamados a seguir jugando su mismo rol de asistir a desayunos, aceptar invitaciones para viajar al extranjero, gozar de premios y becas que les reforzarán su idea de que ellos son seres de excepción colocados por encima de la sociedad y, por supuesto, de sus contradicciones.

El último trabajo presentado dentro de *La Cultura en México* abordando el tema de las relaciones entre los escritores y el poder fue un texto que en lo medular discrepaba de la opinión general latente en los documentos anteriores. Escrito por Jorge Aguilar Mora, el artículo planteaba que las afirmaciones en el sentido de que el poder había monopolizado y corrompido el lenguaje, por lo que el deber de los intelectuales era rescatarlo y recrearlo pues ésa sería la actividad netamente revolucionaria a la que estarían llamados, era tan sólo una de las grandes coartadas que los escritores se habían inventado para justificar sus posiciones políticas y culturales, ya que dentro de la lógica de esa explicación cabía perfectamente la conclusión de que el escritor puede mantenerse al margen de los partidos y las ideologías.

Aguilar Mora consideraba que plantear la necesidad de la crítica en general y de manera abstracta, era tan sólo un artificio para descalificar a la crítica que se hacía desde la izquierda. Igualmente argumentaba que la explicación sobre las diferencias entre el lenguaje renovador y el lenguaje oficial jamás era explicitada, por lo que los límites a los que se referían eran tan abstractos que cada quien podía imaginarlos a su conveniencia. De hecho, señalaba, este argumento no asumía que el mismo lenguaje es ejercido a través del poder.

La única forma que hasta esos momentos los escritores habían encontrado cuando se integraban personalmente en el verdadero poder era el servilismo. Al asumir la mitificación de la figura pública del poder (*tlatoani*, virrey, presidente) los mismos escritores olvidaban la terrenalidad del ejercicio del poder que esas figuras representan. El poder real es el verdadero poder, más allá de que los escritores quisieran creer que, en efecto, el lenguaje pueda constituir un poder paralelo al otro. Opinaba el autor:

En el último sexenio hemos comprobado que el lenguaje oficial puede influir dentro de su "gramática" y dentro de su léxico hasta a sus detractores; al mismo tiempo sabemos que la verdadera razón de ese lenguaje no reside en su léxico sino en la eficacia de su manipulación, no reside en su gramática sino en la claridad con la cual representa al Poder. En ese sentido el escritor como escritor exclusivamente, el escritor como operador del lenguaje tiene muy poco que oponer, el lenguaje lo traiciona porque los márgenes de operación dentro del lenguaje son cada vez más estrechos.<sup>221</sup>

Aguilar Mora, quien poco tiempo después renunciaría a seguir participando en el suplemento de *Siempre!*, terminaba afirmando que la nueva reflexión sobre el sentido del ser escritor debería empezar por reconocer algo que, si bien se sabía, difícilmente se ventilaba al público: el fundamento reaccionario y maniqueísta de casi todas las actitudes del escritor en el medio mexicano.

Significativamente mientras Fuentes continuaba desarrollando su labor diplomática en territorio francés, *La Cultura en México*, tomando como pretexto la reciente publicación de *Terra nostra*, publicó un amplio ensayo crítico de José Joaquín Blanco sobre la literatura del novelista mexicano. Al leerlo lo que inmediatamente salta a la vista es que, comparado con el ensayo que una década después Enrique Krauze escribiría sobre el mismo autor y que ocasionaría una enorme polémica así como el rompimiento de la amistad entre Octavio Paz y el novelista, el trabajo de Blanco lleva la crítica a un nivel aún más punzante que el escrito por el actual director de *Letras Libres*. Tan es así que el propio Blanco, en una reciente recopilación de sus ensayos literarios, presenta dicho texto con la aclaración de que el lenguaje utilizado, la acidez de la crítica y lo puntilloso de su discurso eran la mejor prueba de que admiraba enormemente la escritura de Fuentes y reconocía la trascendencia e importancia de sus libros dentro de la historia literaria de nuestro país. De tal forma Blanco concluye, veinte años después de la publicación original de su crítica, que a un autor tan importante era necesario criticarlo fuertemente en todo lo que se considerara pertinente, pues ésa era la

<sup>221</sup> Jorge Aguilar Mora. "Mitificación del lenguaje y mistificación del poder", en: *La Cultura en México*, núm. 714. México, 15 de octubre, 1975, p. VIII.

única forma de ser consecuente con la propia provocación cultural que constituye su obra.<sup>222</sup>

Blanco partía de una tesis básica: el escritor más allá de su mucha o poca genialidad, no tiene mayores prerrogativas que los demás ciudadanos.

Es poderoso si tiene el apoyo oficial; lo que dice importa políticamente si el Estado delega en él poder político. Toda la obra política cultural de Vasconcelos no habría existido sin Obregón. El escritor fuera del Estado está marginado del juego político como los demás ciudadanos. Podrá vivir la literatura como una rica experiencia personal, solitaria e impotente. O luchar sin grandes esperanzas de éxito inmediato para lograr un espacio democrático en el cual la literatura pueda lograr objetivos políticos: transformar la sociedad a través de las transformaciones que consiga en sus lectores. Fuentes pretendió eso y ya se ha resignado: no quiere ya (o no cree ya en) el provecho de una cultura independiente.

Blanco reconocía que en Fuentes había sucedido uno de los fenómenos característicos de los escritores que toman partido abiertamente en el ámbito político, el que al no compartir sus posiciones políticas, muchos de sus críticos y lectores quieren deshacerse de toda la obra sea ella poesía, novela o cualquier otra actividad artística. Sin embargo, advertía sobre el hecho de que tales descalificaciones pudieran esconder tan sólo el intento de escritores menores de deshacerse de una figura profesional, culta, ambiciosa y audaz. En ese sentido, decía, con Fuentes se repetía el necesario parricidio para poder seguir creciendo y viviendo.

Uno de los puntos nodales de la crítica de Blanco era el señalamiento de que Fuentes, en aras de cumplir su encargo político y llegar a más público, había abandonado la escritura para lectores inteligentes. El crítico dedicaba parte central de su trabajo a denotar el sentido del nacionalismo manejado por el novelista en sus tra-

<sup>222</sup> "Si este ensayo abunda en frases irrespetuosas, violentas, sarcásticas o francamente insultantes, se debe a que esa violencia en la lectura la ha impuesto el propio Fuentes con su constante práctica de provocación cultural: sería infantil debatirlo con decoro, matices, algodones, cuando él nos está echando pastelazos en la cara." José Joaquín Blanco. *Crónica...*, *op.cit.*, p. 370.

bajos, llegando a una conclusión idéntica, aunque con otras palabras, que es la que diez años después asombraría a las buenas conciencias: la visión de Fuentes sobre México era tan sólo una visión cosmética echa a modo para su público extranjero.<sup>223</sup>

En Fuentes se había presentado el raro fenómeno de confundirse entre escritor y personaje público, el individuo tenía que vivir continuamente representándose a sí mismo. El escritor se convirtió en siervo del personaje público. Blanco concluía que “Carlos Fuentes no ha constatado que la crisis de 1968 aceleró en México el surgimiento de lectores más rigurosos de los que él había conocido en los cincuenta, de modo que ha querido repetir sus trucos de prestigiatización en el mismo teatro donde había recibido grandes aplausos y de repente se encuentra con la rechifla.”<sup>224</sup>

### La descalificación de la crítica

Mientras la reflexión general sobre la función de los intelectuales se llevaba a cabo, en octubre de 1975 se había realizado el ritual sexenal de destapar al candidato del partido oficial a la presidencia de la república. En esa ocasión el dedazo había señalado al amigo de infancia del presidente Echeverría, José López Portillo. En los primeros días de 1976, dentro de las actividades de su campaña electoral se realizó un desayuno con los intelectuales y escritores del país. Octavio Paz, uno de los invitados, atestiguaba con pena ajena (que también debió ser propia, pues él había asistido al igual que los demás) que muchos de los escritores mexicanos más conocidos habían acudido al desayuno, y con incredulidad reseñaba que parecía que algún otro escritor ya se había integrado a los trabajos de la campaña priísta.<sup>225</sup>

En su magistral narración de la reunión el poeta, después de hacer una brillante síntesis de las condiciones políticas de México, llegaba a la ineludible pregunta sobre: “¿cuál es la función de los intelectuales? La respuesta está en todos los labios: concurrir al desa-

<sup>223</sup> “La prosa de Fuentes es muy brillante, pero no lo son sus ideas. Expresadas menos pasionalmente (o releídas), son la tradicional lectura que hacen los norteamericanos y los europeos de un país colonial.” *Ibidem*, p. 345.

<sup>224</sup> *Ibidem*, p. 367.

<sup>225</sup> Octavio Paz. *Memorias y...*, *op. cit.*, p. 107.

yuno ritual que se ofrece al Candidato del PRI a la Presidencia de la República".<sup>226</sup> Para Paz, el desayuno más que una ceremonia ritual fue un acto cortesano en donde, desafortunadamente, hubo tal asistencia que era más fácil mencionar a los que faltaron. Recordaba que a lo largo de las intervenciones nadie tuvo el mal gusto de preguntarle al candidato sobre cuestiones de importancia:

No, el diálogo fue una inesperada y curiosa ilustración de las ideas del lingüista Jakobson sobre la función *fática* del lenguaje. Esta función consiste en la orientación de los hablantes hacia el contacto: "en este tipo de intercambio la conversación no tiene por objeto comunicar ideas o informaciones sino *crear y mantener un contacto*". La crónica que hizo *Excélsior* del desayuno es una impresionante confirmación de la justeza de estos puntos de vista: "López Portillo quedó en un momento dado cerca de XYZ.

Le extendió la mano:

-¿Todo va bien?, interrogó el Candidato.

- Todo va bien, contestó el escritor.

-¿No ha habido problemas?, volvió a preguntar el Candidato.

-No, no los ha habido, replicó el escritor.<sup>227</sup>

En el mismo ejemplar aparece la crónica de Gabriel Zaid sobre este importante acto de campaña. Ahí se pone el acento en la forma tan rastrera en que alguien le sugirió a López Portillo que su hermana (la "Mayo") presidiera ni más ni menos que la Asociación de Escritores de México, a la cual inmediatamente se sumó un buen número de escritores en la tradicional cargada. Sin embargo, hubo algunos que la convencieron de que lo mejor era que retirara su candidatura pues se corría el peligro de generar un gran escándalo.

Se diría que no hay límites para el servilismo en México, pero los hay. (...) Aparentemente, en un país donde el presidente puede imponer, sin ningún escándalo, a un bandido como gobernador de un "estado libre y soberano", no es tan fácil poner a su hermanita como **gobernadora literaria**. Algo es algo.<sup>228</sup>

<sup>226</sup> Octavio Paz. "El desayuno del candidato", en: *Plural*, núm. 53, febrero 1976, p. 75.

<sup>227</sup> *Ibidem*.

<sup>228</sup> Gabriel Zaid. "¡Esa Mayo...!", en: *Plural*, núm. 53, febrero, 1976, p. 76 (**negritas** del autor.)



El poder soberano de las letras no podría permitir que en el colmo de la afrenta y la pérdida de soberanía, el otro poder haciendo gala de prepotencia y orgullosamente nepotista decidiera quién debía ser el “gobernador literario”. Eso, por lo menos, es lo que la República de las Letras no podía ceder.

Paz y Zaid no dejaban de lamentarse/asombrarse de lo que sucedía cuando los encarnadores de ambas repúblicas se encontraban frente a frente. Los escritores se doblaban, olvidaban (guardaban) su poder propio, sus declaraciones de independencia, autonomía, libertad, para departir apaciblemente sin cuestionamiento alguno de por medio, con los detentadores del otro poder cuando no, de plano, afiliarse a la cargada y a las solicitudes de puestos, o sugerir propuestas llenas de lambisconería.

El renombrado periodista Francisco Martínez de la Vega también plasmó su opinión sobre la relación que los escritores establecían con el poder y la forma en que los políticos veían a ese grupo. Para él los políticos profesionales consideraban como enemigos de cuidado a los ensayistas de buena prosa que, basados no en experiencia política sino por sus obras literarias, critican sus afanes. Cuando aquéllos eran críticos del sistema desde fuera eran fuertemente satanizados por los políticos profesionales, y ahora que se encuentran dentro también lo siguen siendo aunque en esta ocasión por falta de oficio político.

En febrero de 1976 Luis Suárez entrevistó en París a Carlos Fuentes, quien aprovechó el espacio para aclarar y contestar a sus detractores. Lo primero que señaló fue que la decisión de apoyar a Echeverría le requirió valor, pues en México era mucho más fácil ser enemigo de un régimen como el que encabezaba LEA, pero

muy difícil adoptar una actitud de oposición independiente del lado del presidente. Del mismo modo que era muy fácil estar con Díaz Ordaz y muy difícil estar en su contra, por la naturaleza represiva de Díaz Ordaz. No se corre ningún peligro oponiéndose a Luis Echeverría y se corrían todos oponiéndose a Díaz Ordaz. Quizás esto sirva de preámbulo a mi actitud y a la de un grupo de amigos que combatimos a Díaz Ordaz y podíamos apreciar el cambio cualitativo que representó el presidente Luis Echeverría.<sup>229</sup>

<sup>229</sup> Luis Suárez. “Carlos Fuentes responde a sus detractores literarios y políticos”, entrevista realizada el 23 de enero, *Siempre!*, núm. 1181. México, 11 de febrero, 1976, p. 35.

Salía al paso de las acusaciones de haberse vendido señalando que se había convertido en diplomático no por necesidad sino por convicción, pues desde hacía quince años vivía de su trabajo como escritor, periodista y catedrático. Aclaraba que no se había afiliado al PRI ya que, después de haber señalado que en ese partido existían muchos caciques, hubiera sido un contrasentido. De tal forma, no aceptaba que se igualara al pri con el Estado, pues éste tenía una representatividad social que ningún partido en ninguna parte del mundo puede llegar a tener. Luis Echeverría era el presidente de todos los mexicanos, no solamente de los afiliados al partido oficial, y con él se había logrado asociar al Estado con la sociedad civil al mayor grado posible que, después del divorcio evidenciado en 1968, era lo mejor que podía suceder.

Suárez directamente le preguntaba si no existía contradicción entre ser escritor y desempeñar un cargo de embajador, a lo que Fuentes respondió señalando que para empezar no era la primera vez que trabajaba en la diplomacia, pues desde 1957 ya laboraba en Relaciones Exteriores junto a Alí Chumacero, Octavio Paz y otros. En segundo lugar, la experiencia de ser embajador le era muy importante como acción concreta en defensa de los intereses de su país. Aseguraba que se podía colaborar en ése u otros frentes de lucha sin menoscabar los principios sostenidos a lo largo de su vida.

Finalmente Fuentes acotaba la crítica sobre la existencia de la “Mafia” señalando que ella nunca había existido, pero que era necesario que surgieran y se apoyara a las nuevas generaciones como la que hacía el suplemento de *Siempre!*, sentenciando que:

Hay en el país más libertad de prensa. La tradición del ejercicio del poder autoritario y opresivo es tan larga en nuestro país, que cuando hay una excepción se rompe una estructural especie de callo que el mexicano se ha creado en la cabeza por siglos, que no deja comprender que haya un presidente libertario.<sup>230</sup>

Tal optimismo era, en el mejor de los casos como quedaría evidenciado apenas unos cuantos meses después, producto de la virtuosa

---

<sup>230</sup> *Ibidem*, p. 37.

imaginación del novelista. Sin embargo, para ser escéptico frente a los afanes democratizadores de Echeverría no era necesario esperar, más bien debía haberse evitado renunciar al carácter crítico, pues muestras en contrario ya existían desde por lo menos dos años antes.

En 1974 había empezado una campaña de desprestigio y descalificación contra Daniel Cosío Villegas quien además de haber publicado su afilada crítica dirigida a Echeverría en *El estilo personal de gobernar*, desde su columna semanal en *Excelsior* se había convertido en una molesta referencia para el poder. Desde el mismo día en que Echeverría protestó como candidato del PRI a la presidencia de la república, Cosío Villegas estableció el tipo de juicio que haría al nuevo mandatario. En esa ocasión aprovechó su artículo de *Excelsior* para sugerir que el candidato debería tomar algunas lecciones de declamación con Ignacio López Tarso. Esa broma provocó la molestia, entre otros, de Martín Luis Guzmán, quien reprobó la sugerencia pues para él no podía ni debía rebajarse la persona de un futuro jefe de Estado. Igualmente atacaron a Cosío, Pedro Vázquez Colmenares, José Iturriaga y René Capistrán Garza.

Por lo que respecta a su libro *El estilo personal de gobernar*, Cosío estaba consciente del peligro en una atmósfera donde la crítica era vista como ataque personal contra quien se dirigiera, en el caso de su trabajo sobre la figura política del presidente los riesgos eran mayores pues era altamente factible que se confundiera la crítica al estilo del quehacer de la primera magistratura con la crítica personal al individuo Luis Echeverría. Así las cosas, intentó tomar las precauciones necesarias mandándole avisar a Echeverría, primero vía Porfirio Muñoz Ledo y después a través de Fausto Zapata, que estaba escribiendo ese ensayo crítico y que si estaba interesado en leerlo le podía hacer llegar un ejemplar e, incluso, estaba en la mejor disposición de que si el presidente quería contestar el texto, ambos escritos fueran publicados en el mismo volumen. En sus memorias Cosío no aclara qué fue lo que finalmente sucedió, pues sólo escribe que Echeverría lo leyó, pero no cuál fue la respuesta a su pregunta expresa.

Si bien Cosío no explicita lo sucedido, podemos hacernos una idea de la respuesta gubernamental. En esos meses empezó a circu-

lar un libelo titulado *Danny el Rojo* o *Danny, el sobrino del Tío Sam*, cuyo tiro fue calculado en cincuenta mil ejemplares distribuidos generosamente en toda la república, editado en una imprenta (localizada por Julio Scherer) cuyo trabajo había sido pagado con un cheque de un alto funcionario del Banco de Obras y Servicios Públicos. Ello generó que el entonces articulista de *Excélsior* hiciera llegar a la presidencia su comentario de que tal panfleto perjudicaba menos al sujeto de la descalificación que al sujeto que la opinión pública ya había decidido que era el autor: el gobierno. Echeverría inmediatamente invitó a comer a Cosío para aclararle que ellos no eran los responsables, sugiriendo que a su vez el intelectual lo invitara a su casa para que la prensa cubriera la visita de manera que con las fotos respectivas de sus saludos y abrazos se aclararan los puntos de confusión frente a la opinión pública. No quedándole otra opción más que aceptar, Cosío sugirió que más que comida social la tertulia que él ofrecería se convirtiera en una “reunión de trabajo” donde se ventilara la relación entre intelectuales y el gobierno.

Dos semanas después se realizó la comida a la que acudieron: Mario Moya Palencia, José López Portillo, Fausto Zapata, Julio Scherer, Octavio Paz, Víctor Urquidi y Mario Ojeda. Cuando en el transcurso de la conversación se trajo a colación el supuesto ejercicio autocrítico que el gobierno se hacía desde los medios, Cosío Villegas atajó señalando que nadie que se preciara de imparcial podía ser juez y parte de sí mismo. Echeverría reviró que él en primer lugar y después sus colaboradores eran objeto de calumnias, y lo asumían como un hecho natural inherente al servicio público. Sin embargo, cuando alguien más señaló que era deber del gobierno y no de los intelectuales averiguar quién estaba detrás de dichas actividades anónimas, el secretario de Gobernación, Mario Moya Palencia, intentó bromear diciéndole a Cosío que tenía una piel muy delicada, a lo cual éste contestó que el problema no era de piel delicada sino de salud pública. No está de más recordar, pues la paradoja es interesante, que Moya Palencia también se dedicaba a escribir.<sup>231</sup>

En aquella ocasión Paz, al ser requerido sobre su opinión acerca de la colaboración de los intelectuales en el gobierno, opinó que en

<sup>231</sup> Julio Scherer García. *Los presidentes*, 2a. ed. México, Grijalbo, 1986, p. 80-81.

rigor cuando los intelectuales se integraban al poder dejaban de serlo, convirtiéndose en ideólogos, sin importar que continuaran siendo cultos, inteligentes e incluso rectos. Al aceptarse los privilegios del poder se sustituía la crítica por la ideología. La reunión terminó; sería la última vez en que Cosío viera personalmente a Echeverría.<sup>232</sup>

En abril de 1976 murió José Revueltas. Es de sobra conocido que durante su entierro el representante que la otra república había enviado, el secretario de Educación Víctor Bravo Ahuja, fue corrido por los amigos y seguidores del escritor ya que, argumentaron con razón, no era posible que el mismo poder que lo persiguió y encarceló estuviera ahí para rendirle un hipócrita homenaje a tan ilustre representante de la izquierda y de la República de las Letras, que expresamente había odiado todo lo que fuera politiquería oficial: “Que no me vengan ahora con que los más altos valores del espíritu. Dicho con toda humildad, me cago en ellos”,<sup>233</sup> palabras de Revueltas que avalaban por completo el haber echado con cajas destempladas de sus exequias al funcionario mandado por Echeverría.

La falaz y precaria tolerancia del gobierno echeverrista a la crítica habría de terminar de manera escandalosa en el verano del 76.

Mientras tanto otro escritor, el poeta Carlos Pellicer, quien ocupaba un escaño como senador por el estado de Tabasco, argumentaba que su deseo de morir como “gente de pelea” lo había hecho aceptar la invitación para llegar a la cámara alta, asegurando que aunque no hubiera accedido a ese espacio, él de todas formas actuaría políticamente. Además urgía a detener el rasgamiento de vestiduras pues muchos poetas habían sido políticos antes que él.

Elena Poniatowska, quien en febrero de ese año había atestigüado el pleito a golpes entre Gabriel García Márquez y Mario Vargas Llosa por razones completamente alejadas a las literarias o políti-

<sup>232</sup> Daniel Cosío Villegas. *Memorias*, Letras mexicanas, 2a. serie, núm. 55. México, Joaquín Mortiz/Secretaría de Educación Pública, 1986, p. 282-297. “Esa parte de la reunión (cuando las respectivas esposas se integraron al coloquio), alcanzó un éxito tan grande, que a las nueve de la noche la señora Echeverría le dijo a su marido que ya era hora de marcharse, y el Presidente le dijo: “Espérate, que ya nos van a servir la cena.” La señora le dijo que no fuera fresco, se puso en pie y comenzó a despedirse”, p. 296.

<sup>233</sup> Álvaro Ruiz Abreu. *José Revueltas: Los muros de la utopía*, 2a. ed. México, Cal y Arena, 1993, p. 417. Cfr. René Avilés Fabila. *Recordanzas*. México, Aldus, 1996, p. 389-392.

cas,<sup>234</sup> consideraba que el mayor éxito político y cultural del sexenio era, “en primer lugar, la conquista por Luis Echeverría, Presidente de la República, de los intelectuales disidentes del 68”. La autora de *La noche de Tlatelolco* abordaba de manera directa el asunto de la participación de los escritores en el gobierno. Para ella el intelectual seguía teniendo la libertad de aceptar o rechazar lo que desde el poder se le ofrecía.

Nadie obliga realmente a ir a Los Pinos, a viajar a América Latina o a acompañar al candidato a una gira al Sureste. A la larga, quizá sólo a la larga, veremos quién es el que gana, si tuvo razón el Gobierno o el solitario aunque ahora a algunos les dé por llamar también al presidente el solitario. Lo cierto es que los intelectuales siempre han estado con el régimen. Lo han estado incluso los que en la actualidad consideramos disidentes. Es difícil que un mexicano destacado no haya trabajado (*sic*) en algún momento de su vida para el Gobierno: Cosío Villegas lo hizo en el servicio exterior, Octavio Paz también, Gastón García Cantú viajó a Roma como parte de la comitiva, Monsiváis no ha podido evitar una asomadita así de pasadita, a Los Pinos, Heberto Castillo acudió a un desayuno en Antropología a los Premios Nacionales incluso después de la paliza, José Revueltas vive ahora con los \$ 5,000 mensuales que le da Cinematografía por su trabajo en el cine.<sup>235</sup>

De lo que se trataba entonces, concluía Poniatowska, no era de hacer una crítica moral sino entender por qué se daba esa situación, cuya respuesta se perfilaba bastante más sencilla de lo imaginado, pues simplemente se debía a que todos vivían dentro del sistema.

Daniel López Acuña volvió a abordar el tema y de manera bastante contundente concluyó que el primer problema del intelectual

<sup>234</sup> El 13 de febrero de 1976 se publicó en *Excélsior* la nota sobre la pelea entre ambos reconocidísimos escritores. Los golpes se dieron mientras se esperaba el inicio de la premier de la película *La odisea de los Andes*, en la Cámara Nacional de la Industria Cinematográfica. Cuando el colombiano se acercó a saludar al peruano, éste lo recibió con un bofetón mientras le espetaba “¿Cómo te atreves a querer abrazarme después de lo que le hiciste a Mercedes en Barcelona?” Cfr. Gerardo Ochoa Sandy. “Los pleitos a bofetadas de Neruda-Paz, Novo-Usigli, Arreola-Rulfo, Cuevas-Icaza y García Márquez-Vargas Llosa”, en: *Proceso*, núm. 843. México, 28 diciembre, 1992, p. 51.

<sup>235</sup> Elena Poniatowska. “No es que México sea mejor que otros países, es que México es inferior a su pasado”, en: *La cultura en México*, núm. 739. México, 6 abril, 1976, p. viii.

era un asunto de egocentrismo pues se considera el centro del pensamiento nacional y, al ser encarnador de la razón, se cree con la obligación de responder a los nuevos problemas que se le presentaron más allá del mundo de la "Alta Cultura". Lo sucedido en los setenta habría de desmentir esa versión. De tal forma, lo único que había pasado era que se evidenció crudamente lo que todo el mundo sabía, esto es, que no existían posibilidades reales para que un escritor viviera de escribir, por lo que tendía a aprovechar las oportunidades que le ofrecía el Estado. De tal forma, el poder había implementado una excelente estrategia al incorporar, mediatizar y finalmente desprestigiar a muchos de ellos. Era difícil seguir hablando de una conciencia crítica e independiente del poder, mientras sus representantes se doblegaban ante los halagos provenientes desde ahí. Finalmente, López Acuña afirmaba que no se trataba de hablar y postular una pureza moral intachable sino "hacer de la cultura una conciencia pública independiente y cuestionadora del poder a la vez que un instrumento con el que pueda fundarse una realidad cotidiana digna de ser habitada".<sup>236</sup>

Mientras se llevaba a cabo esta serie de reflexiones sobre los escritores, el poder, la apertura echeverrista, la libertad de expresión, etcétera, en julio de 1976 se dio el golpe en *Excélsior* que acabó con el diario más liberal existente en el periodismo mexicano de la época. La salida de Julio Scherer de ese periódico habría de tener múltiples consecuencias, entre ellas el desprestigio del presidente mexicano que durante años había intentado construirse una imagen demócrata tanto en el interior del país como en el nivel internacional.

Ese mismo mes Jorge Ibargüengoitia reconocía que los escritores habían aumentado su nivel de vida en los últimos seis años, pero se guardaba de responsabilizar de dicho beneficio al Estado, señalando que el aumento del mercado era el que lo había permitido y que se estaba refiriendo, por supuesto, a aquellos escritores que se habían mantenido fuera de la nómina estatal. Pero el novelista no se abstraía del enorme poder integrador del Estado, pues atestiguó la forma en que diversos conocidos habían transformado hasta su per-

<sup>236</sup> Daniel López Acuña. "Una cultura incompetente y la realidad que la desborda", en: *La Cultura en México*, núm. 741. México, 20 de abril, 1976, p. iv.

sonalidad con tal de poder argumentar de manera vehemente que ahora se dedicarían a reformar al Estado desde dentro.<sup>237</sup>

La historia es conocida, después del golpe en *Excélsior* Scherer con buena parte de su equipo fundarían el semanario *Proceso*, mientras que Octavio Paz, quien había renunciado a la dirección de *Plural* en solidaridad con el depuesto director del diario, iniciaría a los pocos meses la publicación de una nueva revista: *Vuelta*.

Carlos Fuentes continuaba encandilado con el fulgor del gobierno de Echeverría. La lectura del hecho que ese engeñecimiento le ocasionaba llegó a niveles difíciles de creer. Sobre el caso *Excélsior*, el novelista declaró:

Cuatro meses y medio antes de terminar su gestión, el Presidente Echeverría es cubierto de ignominia, acusado de estrangular la libertad de expresión y de ensañarse, como cualquier tiranuelo, contra la crítica adversa. ¿Puede concebirse que un hombre de la sagacidad política de Luis Echeverría sea el autor de su propio descrédito y de la negación masoquista de su propia obra de gobierno? ... una vez más los enemigos, abundantes y poderosos, de Echeverría, han aprovechado una situación particular —la crisis interna de *Excélsior*— para sumarse en un esfuerzo final, oportuno pero tardío, de desacreditar una política que les daña.<sup>238</sup>

Pocos días antes de la aparición del primer número de *Proceso*, Daniel Cosío Villegas había fallecido. La nueva revista le rindió homenaje en ese número histórico. En la editorial se repetía la idea de que los escritores debían asumir su responsabilidad de ser la voz de quienes carecen de ella: “Este semanario nace de la contradicción entre el afán de someter a los escritores públicos y a la decisión de éstos de ejercer su libertad, su dignidad. Estas prendas valen en tanto posibiliten el que a través de ellas se expresen los que no pueden hacerlo de otro modo.”<sup>239</sup>

Un mes después, en la presentación de *Vuelta*, Octavio Paz se referiría a las condiciones políticas en las que veía la luz su nueva

<sup>237</sup> Jorge Ibarguengoitia. *Instrucciones...*, *op. cit.*, p. 141-142.

<sup>238</sup> Federico Campbell. “Carlos Fuentes: una fulgurante carrera literaria y una controvertida actitud intelectual”, en: *Proceso*, núm. 424. México, 17 de diciembre, 1984.

<sup>239</sup> “Editorial”, *Proceso*, núm. 1. México, 6 de noviembre, 1976, p. 5.



revista y señalaba que, en virtud de que en nuestro país prácticamente todos viven de hinojos ante la silla presidencial, era grave lo que había sucedido en *Excélsior* pues la pregunta que naturalmente se decantaba era: ¿dónde se va a hacer la crítica del poder y los poderosos? También recordaba que desde los primeros números de *Plural* se les había atacado tildándolos de elitistas que publicaban textos incomprensibles, siendo lo más curioso que muchas de las críticas venían desde la derecha acusándolos de rojillos y comunistas, pero también de la izquierda descalificándolos con todo lo que podían. Frente a ello, Paz rescataba su pleno convencimiento de que *Plural* era leída porque los lectores sabían que ahí encontrarían un lugar de confluencia de muchas voces solitarias y que precisamente por ello, para no perder su libertad e independencia, es por lo que habían dejado aquella revista para fundar la que ahora presentaba. Un mes después *Vuelta* registraría en sus páginas que el silencio alrededor de lo que había sucedido en *Excélsior* era casi absoluto en el interior de nuestro país, mientras que en el exterior el hecho había tenido más resonancia.

Mientras tanto, a la Cámara de Diputados había llegado otro poeta. Jaime Sabines ocupó una curul representando al Partido Revolucionario Institucional, argumentando haber aceptado pues “estaba enfermo de esperanza”, que no había riesgo de contaminarse y que no era vergonzante pertenecer al partido oficial. El chiapaneco no tuvo empacho en afirmar que su actividad poética se vería enriquecida con su participación política. Señaló que su aportación como poeta a la política sería de índole ética, moral y de congruencia con él mismo. Decía: “Ningún intelectual o poeta debe gozar de privilegios. El poeta es un hombre más, común y corriente. Jamás debe sentirse un ente superior, aunque se encuentre entre “inteligentes podridos o imbéciles de buena voluntad”.<sup>240</sup>

1977 empezó con dos revistas nuevas gracias a la eliminación tácita de la tribuna más reconocida del periodismo liberal mexicano. También iniciaba un nuevo periodo presidencial que tenía a José López Portillo ocupando la máxima magistratura. La inercia de inte-

<sup>240</sup> Elías Chávez. “Un poeta en la cámara: Jaime Sabines presta su cara a la política”, en: varios, *Los escritores, op. cit.*, p. 199-200.

grar a escritores al aparato burocrático estatal continuó. En enero Gustavo Sáinz fue nombrado director de Literatura en el Instituto Nacional de Bellas Artes. El joven novelista repitió entonces los argumentos que muchos otros escritores habían esgrimido y esgrimirían para justificar su accionar: "... el escritor es como el chivo expiatorio de la humanidad. Tiene que escribir los sueños de los demás y padecer la picota por los demás. Alguien tiene que asumir la promoción de la literatura desde el ángulo oficial. Creo que la mejor estrategia ahora (y ésta cambia con los años), es presentarse a la lucha desde esta trinchera".<sup>241</sup> El martirologio en su máxima expresión eliminando cualquier posibilidad de tocar el tema de los salarios, prestaciones y poder que recibían a cambio de su sacrificio histórico por la humanidad.

En los primeros meses de ese año nuevamente llega una noticia proveniente de Relaciones Exteriores que conmociona el ambiente político y trae consecuencias importantes en las que está inmerso como figura central una vez más Carlos Fuentes.

El 5 de abril el presidente López Portillo nombró embajador de México ante España a Gustavo Díaz Ordaz, sacando al ex mandatario del retiro adonde se había alejado.<sup>242</sup> Por esa razón Carlos Fuentes presentó al otro día su renuncia al cargo de embajador en Francia.

El escándalo estalló primero en el extranjero. Los diarios franceses dieron importante espacio a la renuncia del embajador mexicano haciendo el parangón entre ésta y la de Octavio Paz en 1968. Las razones de Fuentes se publicaron también en importantes periódicos

<sup>241</sup> Armando Ponce. "Gustavo Sáinz, en el INBA. Llevar la literatura a la vida cotidiana", en: *Proceso*, núm. 12. México, 22 de enero, 1977, p. 75.

<sup>242</sup> El entonces presidente José López Portillo comenta así aquella decisión: "Díaz Ordaz, después de muchos incidentes y a presión presidencial, acepta la embajada, compromiso con el que nunca estuvo satisfecho del todo, empezando porque se tenía que vestir de etiqueta y terminando con que no le pareció el trato que le daba Roel. Y ello, sin hablar del rencor que se le vino encima y que se había acumulado en su contra y que no se había ventilado desde 1968. Yo quería drenar aquel quiste que, desde aquellos años, estaba todavía en la sensibilidad de la sociedad, y que debía desahogarse simultáneamente a la iniciación de la Reforma Política y la Ley de Amnistía. Quería expresar la unidad y solidaridad institucional, aun en disidencias cuestionables y mantener, dentro del quehacer gubernamental, a los ex Presidentes entre sí chocados, pues pronto le pediría a Echeverría aceptar otra Embajada." José López Portillo. *Mis tiempos*, t. I. México, Fernández Editores, 1987, p. 564.

cos estadounidenses. En comparación, en nuestro país el silencio sobre las causas de la renuncia del novelista fue el lugar común; sin embargo, poco a poco se intuyeron y evidenciaron. El agachismo y sumisión de los medios de información eran tan grandes que incluso noticias aleatorias a la central fueron relegadas a páginas interiores o de plano no tomadas en cuenta, es el caso del anuncio en esos días de que Octavio Paz había ganado el Premio de la Crítica, pues *Vuelta* era considerado el mejor libro publicado en España en 1976. La noticia fue ninguneada con tal de no hablar de Paz y revivir la historia de su renuncia en 1968, justo cuando el que era presidente en aquel año acababa de ser nombrado embajador en España.

La renuncia de Fuentes le ayudó a revalorarse dentro del medio intelectual pues, se decía, finalmente había sido congruente al haber realizado un gesto digno que ayudaría a desarmar a sus enemigos y a los envidiosos. Pero no faltó el prietito en el arroz. En sus declaraciones contra Díaz Ordaz, Fuentes enfatizó que el ex presidente debía ser considerado el único responsable de la feroz represión con la que se había ahogado el movimiento estudiantil de 1968. Le correspondió a Elena Poniatowska señalarle al novelista que en eso, una vez más, se equivocaba, pues Luis Echeverría tendría que haber estado al tanto y, por supuesto, de acuerdo con las medidas que se tomaron en aquel año.<sup>243</sup>

Naturalmente, desde los círculos oficiales se lanzó una fuerte campaña contra Fuentes. Con acusaciones de traidor se le enjuiciaba por haber lavado fuera de casa cuestiones que solamente nos correspondía a nosotros, los mexicanos, discutir. Simultáneamente, después de coquetear con la idea de asignarle a Luis Echeverría la embajada que Fuentes acababa de dejar, López Portillo y el ex presidente concluyeron que, dadas las razones por las que esa representación estaba disponible sería un error político nombrar a LEA, de ahí que se decidiera que era mejor nombrarlo representante de nuestro país ante la Unesco.

<sup>243</sup> Cfr. a) Francisco Martínez de la Vega. "Una renuncia irrevocable", en: *Siempre!*, núm. 1244. México, 27 de abril, 1977; b) Elena Poniatowska. "El movimiento estudiantil de 1968"; c) Gabriel Zaid. "Un hombre poco diplomático", en: *Vuelta*, núm. 7, México, junio, 1977; d) Enrique Krauze. "Ecos de la renuncia de Fuentes", en: *Vuelta*, núm. 7, México, junio, 1977; e) Cristina Pacheco. "Entrevista a Gastón García Cantú", en: *Siempre!*, núm. 1256. México, 20 de julio, 1977; f) Octavio Paz. *Memorias y...*, *op. cit.*, (7 de julio, 1977), p. 151.

Bajo tan candente atmósfera Díaz Ordaz tuvo la ocurrencia de, violando flagrantemente las fronteras de la República de las Letras, corregir al novelista por haber utilizado la palabra “repudio” para dirigirse a su persona siendo que, según él, ésa no era la palabra correcta. La violación de la soberanía por parte de uno de los representantes más cuestionados y criticables del otro poder se había dado. La ofensa y agresión no habría de quedar impune. Gabriel Zaid tuvo la responsabilidad de arrojar del territorio soberano al enemigo que había osado profanar con su lengua su suelo.

Zaid señalaba que si bien era bueno que de vez en cuando los políticos acudieran al diccionario, sería mucho mejor que aprendieran a oír y, por supuesto, a leer, pues ello les impediría que mostraran su ignorancia sobre el uso de tan valiosa herramienta cuando la necesitaran. Por ello Zaid se permitía interpretar al ex presidente lo que éste no había sabido decodificar del volumen de la Real Academia de la Lengua Española:

Repudiar a Díaz Ordaz, que se declaró responsable pero nunca rindió cuentas satisfactorias de la matanza de Tlatelolco, es perfectamente legítimo: es negarle el consentimiento, no querer tener parte en el contrato social a través del cual su intervención pudiera considerarse legítima. Es desautorizarlo (denegararlo, denunciarlo, desairarlo, desconocerlo, desdeñarlo, desecharlo, despacharlo, despedirlo, despreciarlo, devolverlo) como autoridad. Es declarar su intervención recusable, rechazable, repelente, reprehensible, reprochable, reprochable, repugnante, repulsiva.<sup>244</sup>

Apenas unas semanas después el ex presidente renunció a la embajada a la que recientemente había sido asignado, sin importarle los conflictos diplomáticos que ello le originó a nuestro país.

La misma piel sensible de los intelectuales que no podía traerse a colación cuando eran atacados desde el gobierno, generaba fuertes disputas al interior del propio gremio. En diciembre de 1977 Gastón García Cantú renunció a *Proceso* dolido de que en esa revista se hubiera publicado un artículo donde para ejemplificar cómo los intelectuales no podían resistir las lisonjas del poder, aunque éste

<sup>244</sup> Gabriel Zaid. “Legítimo repudio”, en: *Vuelta*, núm. 8. México, julio, 1977, p. 51.

fuera de derecha, se utilizaba su caso junto al de Abel Quezada por haber aceptado, el primero la dirección del Instituto Nacional de Antropología e Historia y, el segundo, la Dirección (aunque por unas cuantas horas) del Canal 13 de televisión.

### **Crecimiento y auge de la crítica**

La aparición del diario *unomásuno*, en noviembre de ese año, significó la existencia de una tribuna democrática que habría de intentar cubrir el enorme agujero provocado por la conversión de *Excélsior* a partir del golpe contra Scherer.

En diciembre, la novel periodista Cristina Pacheco entrevistó a Luis Spota, quien entre otras cosas declaró:

—¿Le interesa el ambiente literario?

LS: —El ambiente sí, sus gentes no.

—¿Cree que lo critican porque lo envidian?

LS: —No me siento envidiado ni envidioso. Quisiera tener el gran talento de Fuentes, el genio de Rulfo, la gracia de Arreola y la capacidad narrativa de José Agustín.

—¿Cree que los políticos le desconfían por ser intelectual, y los intelectuales por ser político?

LS: —Esto último, puede ser... Los políticos no saben lo que es un intelectual, así que por eso no me desconfían. Me respetan, eso sí, porque creen que sé...<sup>245</sup>

Los políticos tienen desconfianza del intelectual porque no saben lo que es, y lo respetan porque creen que sabe. A Spota no le faltaba razón.

Poco a poco, por su parte, Octavio Paz radicalizaba su apreciación sobre las características de los escritores: “He hablado muchas veces —a veces con imprudencia— pero siempre fuera de las ideologías, los partidos y las camarillas. El escritor nunca habla en nombre de nadie. Es lo contrario del político”,<sup>246</sup> afirmaba.

La obra de Paz, colateralmente, habría de ser uno de los factores provocadores de una escisión fuerte en el grupo que trabajaba en

<sup>245</sup> Cristina Pacheco. “La novela íntima de un novelista” (entrevista a Luis Spota), *Plural*, núm. 1276. México, 7 diciembre, 1977, p. 70.

<sup>246</sup> Octavio Paz. *Memorias y...*, *op. cit.* (12 de enero, 1978), p. 163.

*La Cultura en México.* Jorge Aguilar Mora, miembro importante del equipo, había escrito un amplio ensayo de análisis en donde criticaba duramente la obra ensayística de Octavio Paz. Monsiváis se negó a publicarlo argumentando que no estaban preparados para hacerlo. Tal negativa, aunada al hecho de que hacía poco otro colaborador de peso dentro del grupo (Rolando Cordera) había decidido emigrar para trabajar en la Secretaría de Programación y Presupuesto, molestó tanto al autor como a Héctor Manjarrez, David Huerta y Paloma Villegas, quienes decidieron renunciar públicamente. Consideraron que la incorporación de Cordera a las filas de la burocracia gubernamental era un acto que comprometía la credibilidad e independencia del suplemento.<sup>247</sup>

Posteriormente, Aguilar Mora narró con detalles los hechos llegando a la conclusión de que la censura a su trabajo había sido la demostración fehaciente de que en términos culturales tanto los grupos de izquierda como los de derecha compartían un solo objetivo: el poder, por lo que las dobles morales imperaban sin tapujo en dicho circuito.<sup>248</sup> Apenas unas semanas después de la división,

<sup>247</sup> "Se puede pertenecer a esta publicación como individuo pero es difícil mantenerse como parte de un grupo (...) el grupo siempre ha funcionado como un conjunto puramente táctico de voluntades disímiles (...) la actuación de algunas de esas voluntades, como por ejemplo la de Rolando Cordera (...) compromete la verosimilitud, la autenticidad de todo un grupo." Gerardo Ochoa Sandy. "México en la Cultura". 42 años entre la censura y los pleitos internos", en: *Proceso*, núm. 778. México, 30 de septiembre, 1991, p. 50.

<sup>248</sup> Aunque extenso, vale la pena poder revisar lo escrito por Aguilar Mora al respecto: "Todas estas ideas y anécdotas son los antecedentes de un panfleto que yo comenzaría a escribir seis años después del 68. En 1974 se decidió que el Comité de Redacción de *La Cultura en México* (suplemento de *Siempre!*) que los miembros de ese comité iniciaríamos una serie de ensayos críticos sobre las figuras más importantes del medio cultural mexicano. Y yo escogí los ensayos de Paz. Era de alguna manera una aventura adentrarme en ese territorio hasta entonces para mí poco apreciado.

(...) El ensayo que surgió de esa primera lectura crítica era, sin duda alguna, bilioso, intransigente, áspero, desafinado. Y sobre todo estaba basado en una condena puramente ideológica. Se limitaba a enunciar los defectos, las trampas, los mecanismos ideológicos falsos que yo encontraba en sus ensayos.

El ensayo fue rechazado. De alguna manera me alegro que así haya sido; aunque los argumentos que se me dieron para no publicarlo fueron el inicio de mi separación de esa revista y de ese comité. 'No era oportuno atacar a Paz', se me dijo. No era un juicio intrínseco de mi panfleto, era un criterio de 'política cultural'. ¿Significaba entonces que nos habíamos embarcado en una empresa crítica sólo por motivos de 'política cultural'?

Esa primera versión sufrió posteriores cambios, cortes. En esta segunda versión no había desaparecido el acento bilioso de la primera, ni la condena ideológica había perdido mucho de su

Monsiváis debió asumir que estuvieran o no preparados la realidad le imponía saltar al cuadrilátero intelectual a combatir contra aquel peso completo que, a decir de Aguilar Mora, hasta ese momento había querido eludir.

En 1977 Octavio Paz fue el ganador del Premio Nacional de Literatura. Con ese motivo Julio Scherer le hizo una larga entrevista que fue publicada en las páginas de *Proceso*. Algunos de los puntos de vista expresados por el poeta originarían que se iniciara una memorable polémica con Carlos Monsiváis. Vista a más de dos décadas de distancia, la discusión entre ambos escritores palidece pues evidencia que el intercambio fue, en buena medida, únicamente la expresión de dos monólogos que no lograron conjuntarse para discutir sobre un mismo plano. La crítica al socialismo, a la izquierda y al marxismo realmente existentes hecha por Paz adolecía de una de

---

intransigencia. De cualquier manera, también fue rechazada: el proyecto de los estudios críticos había quedado atrás. Pero también agradezco, paradójicamente, que esta versión haya sido rechazada: ahora veo que yo entonces, en ese ensayo por lo menos, era uno de tantos jueces ideológicos que enuncian sus condenas ideológicas, éste es de derecha, aquél es de izquierda, éste es un vándalo, aquél un provocador, y ése es un fascista... En el terreno cultural al menos esa lucha no tiene otro objetivo que el poder, y en ese sentido la derecha y la izquierda culturales se identifican gracias a su objetivo común, el poder.

A partir del segundo rechazo, el trabajo comenzó a adquirir una dualidad muy significativa para mí: si mal que bien se plegaba a una idea de la crítica, una crítica que ahora rechazo pero que en ese entonces me parecía válida (y que era válida aún más para *La Cultura en México*), entonces las razones que se me daban para no publicarlo revelaban una contradicción en la política pública, declarada, del suplemento de *Siempre!* Por un lado buscaba y apoyaba la crítica política de izquierda y la crítica cultural 'rechazando cualquier interés creado'; pero por otro se negaba a criticar a Octavio Paz por razones de 'oportunidad', de 'no estamos preparados'. En consecuencia, era obvio que una era la política pública, y otra era la política privada: todo dependía del momento. Pero los momentos oportunos dependen, cuando se ataca a una 'figura', de las luchas de poder. De esa manera, bajo el pretexto de proteger mis intereses o los del suplemento de *Siempre!*, se establecía una complicidad con aquellos que por otra parte eran atacados públicamente, pero atacados en los términos que imponía la prudencia, la estrategia.

Esa dualidad sigue existiendo aún en *La Cultura en México*, sólo que ahora no pertenezco a esa publicación: defensora de la crítica, practica la censura; proclamadora de la disensión, no admite disensiones que ataquen los intereses de ciertos de sus miembros (los interesados grandemente en legarnos una política cultural nacional, los que cada vez se ven más escogidos para imponer la gran idea de la *Kultura*). Había que disentir, pero no provocar discusiones reales; había que hablar mal de Paz en privado, pero no publicar una crítica contra su obra." Jorge Aguilar Mora. "Historia y mito: raíces del pensamiento de Octavio Paz", en: *La Mesa Llena*, núm. 1. México, marzo, 1980, p. 31-32.

las características definidoras de su discurso político: la generalización que impedía rescatar y ubicar el sentido histórico, en el más amplio sentido de la palabra, de los sujetos de su crítica. Por su parte, Monsiváis se veía un tanto amarrado de argumentos en la medida que sentía la necesidad de cargar moralmente con las críticas que se pudieran hacer a la izquierda y al socialismo. Dada la generalización en los argumentos y el intercambio de monólogos, algunos redujeron la discusión a una simple disputa por el poder dentro del mundillo literario cultural; esa explicación sólo funciona si se asume una perspectiva estrecha.

La discusión sobre el sentido del socialismo para una sociedad como la mexicana, el papel de la izquierda en el desarrollo histórico del país y el papel de la crítica frente al marxismo generó múltiples expectativas, convocando a diversos comentaristas a reseñar y hacer su propia apreciación sobre los argumentos esgrimidos por ambos escritores. Directamente participaron en la disputa José Joaquín Blanco y Luis González de Alba, además escribieron sobre ella, entre otros: Ángeles Mastretta, Manuel Buendía, Manuel Blanco, Miguel Capistrán, Luis Guillermo Piazza.

Casi por obligación, en el transcurso de la discusión brotó el tema del rol político del escritor. Paz sostenía que la eficacia política del escritor residía en su condición de marginal, de no compromiso con algún partido o ideología. El poeta sentenciaba: el escritor no es el hombre del poder ni el hombre del partido: es el hombre de la conciencia. Además: los deberes del escritor no son específicamente con el país sino con el lenguaje y con su conciencia.

Respecto a este punto, Monsiváis opinó que desafortunadamente no era de la incumbencia de Paz definir en general lo que sería el compromiso de los escritores, si bien, por supuesto, él estaba en su derecho de darse a sí mismo cualquier ordenanza al respecto. A su decir era igualmente erróneo exigirles a los escritores que renunciaran a cualquier ideología, sobre todo cuando se lanzaba por delante un concepto tan abstracto como el de "conciencia".

Paz replicó que él jamás había escrito que fuera necesario que el escritor se desvinculara de una ideología, sino tan sólo que éste tenía su mayor responsabilidad con su conciencia más que con sus creencias. Además, le preguntaba a Monsiváis si él conocía un mejor



término que el de “conciencia”, ya que éste, en efecto, era de difícil definición.

En su oportunidad, Monsiváis replicó que el asunto no era tan sencillo de resolver como echarle la culpa a la difícil definición del término “conciencia”. Que quizá se podría utilizar el concepto “ideología”, pero que evidentemente Paz no lo aceptaría pues para él ya se estaría hablando de otra cosa. Además, Monsiváis señalaba que no compartía la opinión del poeta en el sentido de que sólo la eficacia política del escritor se podía dar cuando se desvinculara de compromisos partidarios, ideológicos o de gobierno, planteando que sólo esa eficacia podía igualarse con marginalidad a ultranza.

Paz replicó que lo único que él decía era que el escritor debía hablar sin someter su dicho (cuando a su consideración algo estuviera mal) a cuestiones de eficacia política de cualquier índole. Finalmente, señalaba que la palabra conciencia, aunque nebulosa, no podía trastocarse por el de ideología, pues ésta había sido la alcahueta de los tiranos.

Monsiváis, en la última entrega de la polémica, insistió en que el término conciencia era demasiado abstracto y que por lo general los escritores le asignaban ese nombre a sus propios convencimientos, en un intento de absolutizar lo que, en el mejor de los casos, eran unas simples opiniones personales del autor que las expresara.<sup>249</sup>

Fue evidente que partiendo desde apreciaciones conceptuales opuestas era difícil que ambos autores no sólo se pusieran de acuerdo sobre los distintos temas discutidos, en particular —dado el interés del presente trabajo— el del rol político de los escritores. En esto

<sup>249</sup> La polémica completa puede rastrearse en: a) Octavio Paz, *El ogro filantrópico*, México, Joaquín Mortiz.

b) Carlos Monsiváis, “Respuesta a Octavio Paz”, *Proceso*, núm. 59. México 19 de diciembre, 1977.

c) Octavio Paz, “Aclaraciones y respuestas”, *Proceso*, núm. 61. México, 2 de enero, 1978.

d) Carlos Monsiváis, “Rectificaciones y relecturas: y sin embargo lo dijo”, *Proceso*, núm. 62. México, 9 de enero, 1978.

e) Octavio Paz, “Repaso y despedida”, *Proceso*, núm. 63. México, 16 de enero, 1978.

f) Carlos Monsiváis, “Recapitulación y conclusiones a cargo del lector”, *Proceso*, núm. 23. México, enero, 1978.

coincidieron en aquel momento varios comentaristas, como los integrantes de la mesa de redacción del suplemento cultural de *El Universal* o la recientemente aparecida *Nexos*.

En enero de 1978 se publicó el primer número de *Nexos*. Con ella el círculo cultural se amplió. A él habría de sumarse el nuevo trabajo de dirección de Fernando Benítez al hacerse cargo del suplemento del diario *unomásuno*, denominado *Sábado*. Aun antes de que su primer ejemplar saliera al mercado, *Nexos* ya había sido motivo de discusiones y cuestionamientos, pues al planear la solicitud y aceptación de publicidad oficial, parte del equipo de *La Cultura en México* que habría de participar en la nueva revista (antes de la escisión generada por la censura al artículo de Aguilar Mora sobre Paz y la emigración de Rolando Cordera a la SPP), había expresado su molestia por tal decisión.

*Nexos* buscaba ser una revista de análisis y divulgación que vinculara diversas disciplinas que hasta ese momento, según sus creadores, estaban separadas. Entrevistado por Cristina Pacheco, Héctor Aguilar Camín, uno de los fundadores, señalaba que en ella harían crítica literaria al margen de los intereses de grupo que el público ya había identificado en los diversos suplementos y revistas existentes. Para *Nexos*, decía, interesarían las obras, no los “escritores como personalidades culturales”. Partían de una idea bastante coherente sobre las características del mercado en el que se insertarían:

Por más que tratemos de tener un alcance cada vez mayor, la revista tendrá que ser minoritaria porque en realidad en México –y al menos por el momento– son pocas las personas que pueden acercarse a ella. Lo que importa es que la revista hace diferencia entre lectura minoritaria y otra de carácter elitista que decide, muchas veces, hasta prescindir de la idea de que el público existe. No, **Nexos** no va a llegar a las mayorías o, si lo hace, será en el sentido de que los problemas que se analicen en ella afecten a las mayorías. Desgraciadamente, los instrumentos con que se matizan el análisis y la crítica sólo pueden llegar a una minoría.<sup>250</sup>

<sup>250</sup> Cristina Pacheco, “Bienvenido, en: *Nexos*”, *Siempre!*, núm. 1284. México, 1 de febrero, 1978, p. 40.

Uno de los primeros acontecimientos culturales que debió abordar la nueva revista fue justamente la polémica recién reseñada entre Paz y Monsiváis.

La discusión con Monsiváis no fueron las únicas réplicas que Paz cosechó en aquel año. Durante agosto Paz publicó en *Proceso* un largo ensayo dividido en cuatro entregas que habría de provocar, una vez más, la respuesta desde la izquierda. En esta ocasión correspondió el turno de salir al ruedo de la disputa intelectual a Enrique Semo y a Héctor Aguilar Camín.

En rigor, en tales escritos no se trató el tema de este trabajo; sin embargo, considero necesario referir los comentarios que se hicieron pues muestran que la vida intelectual en nuestro país vivía un importante momento de animación, en el que los temas principales de discusión versaban sobre los posibles proyectos políticos de nación existentes, así como el significado de lo que estaba aconteciendo en los países del socialismo realmente existente. Fue en esa disputa cuando, en octubre de 1978, Héctor Aguilar Camín publicó en *Nexos* un artículo profundamente crítico sobre el pensamiento político de Octavio Paz, del cual renegaría años después.<sup>251</sup>

En 1978 Fernando Benítez fue galardonado con el Premio Nacional de Letras. En un número de festejo de *La Cultura en México* apareció un texto de Monsiváis donde, interpretando a Benítez, delineaba cuál debía ser el rol del escritor e intelectual:

... el deber del periodista y del intelectual es denunciar, prevenir, alertar, apoyar. Hacerse presente en la vida del país de modo cotidiano, haciendo uso de un derecho y un deber naturales, no por exhibicionismo sino inscribiéndose en la tradición nacional que le confiere al escritor el papel de hablar o polemizar al mismo tiempo con el poder y la opinión pública, con el gobierno y el proyecto o los inicios de la sociedad civil.<sup>252</sup>

En esta convicción es donde Monsiváis encontraba la explicación de por qué Benítez lo mismo había enfrentado con una gran fuerza crítica las acciones represivas del gobierno en 1968 que, posterior-

<sup>251</sup> Cfr. Rodríguez Ledesma, *op. cit.*, p. 206-222. El artículo de Aguilar Camín es: "Los apocalipsis de Octavio Paz", en: *Nexos*, núm. 10. México, octubre, 1978.

<sup>252</sup> Carlos Monsiváis, "El inmenso valor...", *op. cit.*, p. iv.

mente, había elaborado su famosa exhortación: “Echeverría o el fascismo”, pues era coherente con la cultura política de la Revolución Mexicana que consideraba viable el diálogo con el Estado, el cual era una entidad que en nuestro país no podía ser soslayada. *La Cultura en México* terminó en 1979 presentando un ensayo de Elena Poniatowska acerca de la diversificación de opciones que los escritores mexicanos podían gozar gracias a la existencia de nuevas revistas y suplementos. De cara a las dos preguntas clave, una sobre la independencia del escritor frente al Estado y la otra sobre el sentido que tiene escribir en Latinoamérica con el altísimo nivel de analfabetismo imperante en la región, Poniatowska refería las cantidades de dinero que los escritores más vendedores recibían (Luis Spota, 250 mil pesos por anticipado antes de escribir cualquier novela; Ricardo Garibay, 25 mil pesos por su libro sobre la vida de Rubén Olivares y 250 mil por el de Acapulco; Gustavo Sáinz 100 mil antes de entregar su manuscrito; Juan Rulfo recibía 200 mil anuales del Fondo de Cultura Económica, misma cantidad que Octavio Paz obtenía tan sólo de regalías por *El laberinto de la soledad*) frente a las escasas sumas mensuales (13 mil pesos) que ella o Monsiváis ingresaban por regalías, las cuales eran menores a lo que ganaba un buen dentista (50 mil) o un profesor universitario de tiempo completo (12 mil).

De tal forma, después de demostrar que no escribían para hacerse ricos, Poniatowska afirmaba que tampoco podían decir con certeza quién era su público (más allá de su deseo sobre quien quisiera que los leyera), por lo que era necesario concluir que, en el fondo, los escritores escribían con mucha más inocencia que la que por lo general se les reconocía, de ahí que resultara paradójico que se les atribuyeran propósitos bastante más elaborados que sus simples deseos iniciales por escribir.<sup>253</sup>

Luis Spota fue motivo de un ensayo crítico venido desde el mundo de la academia. En un artículo publicado en *Nexos* se le igualaba a otros autores que en esos momentos se habían convertido en

---

<sup>253</sup> Elena Poniatowska, “El escritor y su compromiso. En lo personal, escribir ha sido pertenecer a un país: México”, *La Cultura en México*, núm. 923. México, 28 de noviembre, 1979, p. III-IV.

*best sellers* al escribir textos que trataban sobre el mundo de la política mexicana, como Irma Serrano y Carlos Loret de Mola. El texto concluía que Spota era consumido debido a la despolitización de las clases medias, que veían en él una versión accesible (trivializada) de la realidad política nacional. El ensayo criticaba fuertemente la concepción que Spota tenía del poder, un poder personal, mágico que es definido y delimitado por la percepción que el otro tenga de él. Ello, sumado al evidente antintelectualismo que rebotaban las novelas de Spota, hacían concluir a la autora que el valor de ese escritor no radicaba en su poder literario (manejo del lenguaje) sino simplemente en ser un proveedor de explicaciones burdas a modo para el paupérrimo nivel sociocultural de la sociedad.<sup>254</sup>

A principios de año Carlos Monsiváis retomaría la reflexión sobre el sentido de la actividad política y social de los escritores a lo largo de la historia de nuestro país. Reconociendo que era recurrente el intento de los escritores de definir cánones morales, actitudes y posiciones políticas, acercamiento con el Estado, la sociedad y los partidos, Monsiváis presentaba un resumen histórico sobre la forma en que se había asumido el compromiso del escritor.

Partiendo desde la propia fundación de la República, cuando a los literatos por su papel central desarrollado en la construcción se les endilgó una serie de poderes, Monsiváis revisaba la forma en que década a década los acontecimientos históricos conformaron las distintas acepciones del compromiso del escritor.

El entonces director de *La Cultura en México* señalaba que frente al 68 hubo dos tipos de intelectuales, los que tomaron partido por el movimiento estudiantil asumiendo que su deber era informar a la sociedad de las verdades ocultas y maquilladas, y, por el otro, los intelectuales del viejo *establishment* (Lombardo Toledano, Martín Luis Guzmán, Salvador Novo, Rodolfo Usigli, Agustín Yáñez) que con mentiras, genuflexiones y rabetas descalificaron el movimiento aliándose al gobierno.

Dedicaba algunos renglones a criticar el cambio sufrido en las posiciones de Carlos Fuentes quien en 1962 había declarado que, dadas las características históricas sociales de nuestros países tercer-

<sup>254</sup> Soledad Loaeza. "Para leer a Luis Spota", en: *Nexos*, núm. 24. México, diciembre, 1979.

mundistas, los escritores tenían que asumir el rol que en otras sociedades han ocupado los partidos, los sindicatos y los parlamentos independientes, esto es, ser la voz de numerosas personas que no la tienen. Diez años después, Fuentes había pasado a darle su voz al presidente de la república.

Para Monsiváis en ese momento se vivía una disyuntiva: era factible luchar por la democracia o era preferible apoyar críticamente al Estado a falta de otras alternativas más seguras. Frente a ello veía dos posiciones entre los escritores. Una, quienes elegían la soledad alejada de todas las corrientes establecidas (Octavio Paz), y otra conformada por los que habían optado por fortalecer la fórmula del nacionalismo revolucionario, es decir, la ampliación y el robustecimiento del sector público exigiendo la redistribución de la riqueza levantando la bandera de lo que quedaba de la revolución mexicana (Fuentes).

Identificaba que poco a poco una nueva figura de intelectual se iba generando por la propia sociedad civil la cual hacía consciente al escritor de sus propios límites:

En esta reconsideración general de la historia, la economía, la política, la sociedad, la cultura y el porvenir nacionales e internacionales, los escritores tienen un papel destacado pero ya no (prácticamente) único que le atribuía el culto por la Palabra Escrita, tradicional en un medio que —así no le haga caso— siempre ha reconocido al escritor como depositario de supremas verdades. La masificación de las aspiraciones democráticas y el avance de las especializaciones invalidan la pretensión o la ambición de dejarle, literalmente, la Última Palabra al escritor que en este sentido, ya no está en la obligación de ser **algo más que un creador**; el nuevo consenso le exige serlo a secas y suficientemente.<sup>255</sup>

Monsiváis llegaba a la conclusión, sin pretender reducir la importancia de las funciones públicas de los escritores, de que el crecimiento de la sociedad civil había matizado paulatinamente la idea del compromiso del escritor.<sup>256</sup> Así, a pesar de su creencia los inte-

<sup>255</sup> Carlos Monsiváis. "Deberes, obligaciones, postulados, hipótesis. (Notas sobre un tema difícilmente inédito)", en: *La Cultura en México*, núm. 931. México, 23 de enero, 1980, p. vii.

<sup>256</sup> "... hasta hace poco nadie controvertía abiertamente cuando se designaba al escritor como 'nuestra conciencia crítica'. Hoy, esta función de vanguardia se está cubriendo de modo

lectuales se han tenido que percatar de que las masas no necesitan de ellos para aprender, sólo que el sistema de poder existente obtuliza e impide que el conocimiento, el saber, se socialice. El papel del intelectual, luego entonces, no consistía en hacerse a un lado de esa relación de poder para decir la verdad, sino luchar contra esas formas de poder en el saber, la verdad, la conciencia y el discurso.

En el mundo literario los ochenta empezaron con una polémica originada principalmente por la intolerancia frente a la irreverencia aplicada a las grandes figuras que lo habitan. Un pequeño artículo donde se hacía la crónica de un acto en la ciudad de México donde Carlos Fuentes se había presentado, causó que el autor fuera vilipendiado y la revista reconociera, aunque de páginas para afuera solamente, que había cometido un error al darle salida a un texto que, según decía, no había sido leído a cabalidad por el comité editorial. A veinte años de distancia el texto de José Buil "Querido Carlos (una impresión ruborizante)" publicado en el número 29 de *Nexos* (mayo, 1980) en general no pasa de ser una crítica válida al estilo personal de hacer relaciones públicas de Fuentes, a la forma en que la figura vendía su propia imagen. La única parte del escrito que rebasa la línea invisible del buen gusto y la irreverencia sin ofensa, sería el último párrafo en donde el autor, al mejor estilo de las revistas amarillistas de chismes pasionales, refiere una información personal íntima sobre la esposa del escritor. Al respecto, José Agustín narra que la dirección de *Nexos* celebró entre risotadas el contenido de la nota de Buil y que decidió publicarla aun antes de haber terminado la lectura. Un año después Buil reconocería que, sin saber, con su artículo había roto las reglas del juego del mundo literario, las cuales mandaban que no era posible burlarse, faltarle al respeto o ser irreverente con las grandes figuras, con los grandes mitos nacionales.<sup>257</sup> Sin embargo, en aquel entonces todo terminó

---

mucho más amplio, lo que óptimamente incluirá escritores (hasta la fecha y como expresión pública, **más burguesía intelectual que trabajadores intelectuales**), sin privilegiar su papel y sin descender tampoco al antiintelectualismo en que ha coincidido el sectarismo de izquierda y la desconfianza innata de la derecha en los dones liberadores del conocimiento." *Ibidem*, p. viii.

<sup>257</sup> María Esther Ibarra. "José Buil: se irritaron porque toqué a un mito nacional", en: varios, *Los escritores, op. cit.*, p. 79-80. También véase: José Agustín, *op. cit.*, p. 208. El artículo en cuestión y la disculpa de *Nexos* aparecen en el apéndice.

cuando en su siguiente ejemplar el director de la revista pidió disculpas públicas al afamado novelista y a su esposa.

En febrero de 1980, organizadas por el PENCLUB, se celebraron en Nueva York las jornadas "Clima literario y político en América Latina". Ahí Elena Poniatowska, quien acudió junto con Rosario Ibarra, tenaz luchadora por la presentación de los desaparecidos en México, señaló que nuestro país no era una dictadura y que los escritores podían publicar lo que quisieran. Afirmó que, con la excepción del caso *Excélsior*, los gobiernos de los dos últimos sexenios no habían tomado represalias contra los que escribieran críticamente sobre su accionar. Tiempo después, el gobierno de López Portillo habría de hacer quedar mal a la escritora, pues al grito de "no pago para que me peguen" establecería un boicot económico oficial contra revistas que consideraba no amigas (*Proceso, Crítica Política, Impacto*).

Sin embargo, se empezaba a perfilar una nueva imagen de la vida intelectual y literaria en nuestro país. Aunque *La Cultura en México* continuaba jugando un papel importante dentro del ámbito de las revistas y los suplementos, poco a poco este horizonte fue cooptado por tan sólo dos de ellas: *Nexos* y *Vuelta*, a pesar de que los propios escritores reconocían que se estaba viviendo un auge de las publicaciones de estas características. La consecuencia fue una serie de análisis maniqueos y falaces acerca de una división bipolar en la vida cultural, sobre los distintos compromisos de ambas publicaciones con el poder y, evidentemente, en relación a las posiciones que ellas planteaban respecto al compromiso de los escritores y sus vínculos con el mismo poder.



## CAPÍTULO CINCO

### LA CRÍTICA EN LA CRISIS

*Pero si las palabras de la élite intelectual se agotan en sí mismas, las del poder pueden convertirse en actos, a pesar de que, o precisamente porque, contradicen a las palabras.*

Carlos Fuentes<sup>258</sup>

#### **“No pago para que me peguen.” El Estado frente a la crisis y la crítica**

Hacia finales de 1980 se dio un hecho que en términos generales es idéntico al relatado al inicio de este trabajo. La anécdota demostraría una vez más la hipersensibilidad del gobierno mexicano frente a lo expresado desde el ámbito intelectual en general y de los escritores en particular.

El lunes 17 de noviembre en un breve discurso pronunciado en el auditorio Justo Sierra de la UNAM, en el transcurso de un homenaje a Marcelo Quiroga Santa Cruz, luchador boliviano que recientemente había sido asesinado por los militares que acababan de dar un golpe de Estado en aquel país, Juan Rulfo platicó, entre otras cosas, que el boliviano homenajeado en alguna ocasión le había preguntado sobre la fórmula mexicana para impedir tanto cuartelazo como los que estaban sucediendo prácticamente en toda Sudamérica. El autor de *Pedro Páramo* le había explicado que la fórmula era bastante sencilla y había sido aprendida en los años inmediatos posteriores a la revolución de 1910: los generales debían ser asesinados o corrompidos. La única diferencia era que ahora ya no los asesinaban y que los cañonazos de cincuenta mil pesos de aquel entonces habían aumentado de calibre alcanzando los millones de pesos,

---

<sup>258</sup> Carlos Fuentes. “La guerra de Galio”, en: *Nexos*, núm. 166. México, octubre, 1991, p. 44.

... los tienen quietos mediante la corrupción. De otro modo, en este país proliferarían los generales, ya que después de la Revolución llegó a haber más generales que soldados. Así, se les dio a escoger: el poder o la riqueza. Quien quería ambas cosas lo asesinaban, hasta convencerlo de que era mejor vivir tranquilos y ricos que enfrentar los difíciles problemas de un gobernante.<sup>259</sup>

Esas cuantas palabras de Rulfo, expresadas en un recinto universitario en el transcurso de un homenaje a un académico extranjero que sólo había sido cubierto por dos medios que publicaron únicamente una versión abreviada de lo dicho, provocaron que tres días después, en el marco de las conmemoraciones de la revolución mexicana el presidente López Portillo realizara un acto de desagravio al ejército nacional aclarando que ningún soldado era corrupto, protestando contra quien (obviamente como se hace en esos casos, sin identificarlo públicamente) calumniara y difamara a tan honorable institución. La mayoría de los presentes no entendían el porqué del mensaje tan beligerante del primer magistrado ni contra qué fantasmas estaba peleando.

En *Proceso* se publicaron, en el mismo número, las opiniones al respecto de Fernando Benítez, José Emilio Pacheco, Elena Poniatowska y José Luis Cuevas, quienes coincidieron en que Rulfo jamás había injuriado al ejército, pues simplemente se había limitado a narrar lo que la historia mexicana registraba al respecto, de ahí que acusarlo de calumniador y difamador era un absurdo, por lo que Cuevas concluía irónicamente diciendo que ahora se debería realizar un acto de desagravio al autor de *El llano en llamas*.

La respuesta del gobierno a una declaración que en rigor no había tenido un público ni siquiera mínimo fue totalmente desproporcionada. Tiempo después López Portillo mostraría de nueva cuenta que cualquier crítica a su gobierno y/o familia venida desde el ámbito literario le generaba una indignación y molestia supremas.

Mientras tanto, desde la izquierda llegaba una bocanada de aire fresco al círculo de las revistas políticas y literarias, así como de la propia atmósfera de esa corriente política. La edición de *El Machete* fue un intento de darle nuevos y más amplios horizontes a la dis-

<sup>259</sup> *Proceso*, núm. 212, México, 24 de noviembre, 1980.

cusión dentro de esa esfera política, fue una publicación que apoyó la línea democratizadora y modernizante dentro del Partido Comunista Mexicano. La irreverencia fue uno de los estilos de la nueva revista dirigida por Roger Bartra; sin embargo, para parte del público que quería identificarla como el órgano oficial del PC el tono con el que se abordaban ciertos temas era imposible de aceptar. Muchos la consideraron un intento revisionista, contrarrevolucionario y demás denuetos propios de la atmósfera stalinista y dinosauria que aún impregnaba a sectores de la izquierda mexicana. Con la unificación del Partido Comunista a otros cuatro institutos para formar en 1981 el Partido Socialista Unificado de México, *El Machete* dejó de existir. A seis años de su desaparición se dio un rápido intercambio entre uno de los colaboradores de la revista, Daniel Cazés, y el que fuera el último dirigente máximo del PCM, Arnoldo Martínez Verdugo. El motivo de la fugaz discusión fueron las causas por las que el PC había permitido que la revista muriera de inanición. Cazés consideraba que el abandono había sido provocado por la presión de Heberto Castillo y de Alejandro Gazcón Mercado, líderes de dos de los partidos que estaban en pláticas para alcanzar la fusión, quienes no estaban de acuerdo con el tipo de crítica y cultura política que caracterizaba a *El Machete*. Martínez Verdugo, por su parte, señaló que no había sido una decisión política de la dirección del PC, sino que el cierre de la revista se debió a una decisión propia del equipo editor.<sup>260</sup>

Dado que el circuito cultural es un ámbito no exento de que los diversos conflictos sociales se muestren, en la década de los ochenta empiezan a expresarse, aunque de manera aislada y marginal, ciertos reclamos desde la perspectiva de género. En enero de 1980 se había presentado ya un primer ejemplo de tal problemática cuando desde la revista *Fem* se había enjuiciado el desigual tratamiento que recibían las escritoras marcando la injusticia inmersa en tal acto,

<sup>260</sup> a) Daniel Cazés. "Más sobre *El Machete*. Recuerdo, un sexenio después", en: *La Jornada*. México, 12 de julio, 1987.

b) Arnoldo Martínez Verdugo. "Sobre *El Machete*" (El Correo Ilustrado), en: *La Jornada*. México, 14 de julio, 1987.

c) Daniel Cazés. "Mas sobre *El Machete*" (El Correo Ilustrado), en: *La Jornada*. México, 17 de julio, 1987.

pues las mujeres eran capaces, y así lo habían demostrado fehacientemente, de escribir bien. Este tema habría de ser abordado nuevamente por Elena Poniatowska, quien denunciaba que el ambiente literario era terriblemente hostil contra la mujer, y que si bien había escritores que escribían mejor que las escritoras tal diferencia no era para tanto, sobre todo si se tomaba en cuenta que el descollar de ellos se debía en mucho a la existencia de las condiciones que los protegían, dentro de las cuales el apoyo de sus mujeres era fundamental. La autora de *Hasta no verte Jesús mío* exponía la forma en que los escritores eran soportados (en cualquier sentido de la palabra) por una mujer:

Alfonso Reyes escribió en medio de la protección, en su enorme biblioteca, la casa entera resguardando respetuosa su escritura, atesorándola. Sólo a las once, Manuelita interrumpía la jornada con un té reconfortante y unas pastitas, para después ofrecerle media hora antes de la comida, la botanita y la copa que habría de hacerlo entrar en apetito. A Octavio Paz, Marie Jo le sirve su café, lo acompaña, siempre está tras de él y cuando no, Octavio Paz empieza: "¿Dónde está Marie Jo, dónde está Marie Jo?" Y la busca como quien se ahoga. Lo mismo le sucede a Fuentes, lo mismo a Tito Monterroso, Barbarita baja los libros de los libreros, ordena su comida en los restaurantes. Yo vi a Rita Macedo, así, con estos mis ojos, hincarse ante Fuentes, cuando vivían en la calle de Frontera, a ponerle las pantuflas porque se había mojado los pies con el rocío del jardín. Y la señora María Esther Monsiváis rebasa todas las expectativas; no sólo cuida a Carlos sino a todos nosotros. Se me dirá que soy parcial, que muchos hombres son escritores solitarios con vidas de hombre solo. Quizá. Pero siento que nunca como una mujer. No como una mujer.<sup>261</sup>

<sup>261</sup> Concluía Poniatowska: "Cuando salgo a caminar a la calle busco el rostro de los hombres, lo escudriño, sobre todo el de los inválidos porque siento que han sufrido como han sufrido las mujeres y que por lo tanto se establecerá la comunicación; su dolencia los ha humanizado, los ha hecho más comprensivos. Y los busco por eso mismo: quisiera conversar, hacerles preguntas, descubrir tras de ellos este recipiente de dolor que nosotras las mujeres cargamos como un portaviandas al trabajo, al hombre en la parcela, al hombre en la obra. Lo cargamos nosotras, ellos se lo comen; se nutren con la carne misma de nuestro sufrimiento." Elena Poniatowska. "Fichas para un nuevo diccionario de escritoras mexicanas", en: *La Cultura en México*, núm. 997. México, 6 de mayo, 1981, p. III-IV.

Poniatowska nos entrega una muestra más de que el reino de los escritores sí es de este mundo. El oropel, los reflectores, las poses, el engolamiento de la voz, el discurso revolucionario, democrático, neoliberal o el que sea, no garantizan ni demuestran que exista una sociedad distinta y diferente de la que todos vivimos. En el hábitat cultural, los circuitos sociales, políticos, económicos, partidarios, genéricos, etcétera, se imbrican tan abigarradamente como lo están en el resto de la sociedad. No tendría por qué ser diferente. El Dorado cultural, intelectual, racionalmente correcto, no existe.

A mediados de 1981 se inició lo que sería a la postre una de las más graves crisis económicas contemporáneas de nuestro país. Los sueños de riqueza basados en la explotación de los yacimientos petroleros se evaporaron repentinamente. Los intelectuales no escaparon a las consecuencias del deterioro económico nacional. Los sueldos y los privilegios fueron súbitamente disminuidos y en algunos casos desaparecidos. Los libros, producto natural de su actividad, redujeron su escasa presencia en los hogares mexicanos. Si de por sí el nivel de lectura era pobre, estaba por descender aún más a consecuencia del aumento de los precios de los textos.

El auge de los movimientos guerrilleros en Centroamérica provocó que en septiembre de 1981 iniciara una fuerte discusión entre Gabriel Zaid, Héctor Aguilar Camín y Carlos Pereyra acerca del sentido revolucionario que impregnaba a la guerrilla salvadoreña.

En noviembre Luis Spota, quien continuaba siendo uno de los escritores más vendedores de libros opinó que el poder, que era una constante para todos los hombres, en el caso de la vida cultural mexicana estaba dividido en tantas partes como grupos existían, y que dentro de ellos los criterios de aceptación no tenían que ver con la obra en sí, sino con las simpatías y antipatías personales. Con esta lógica concluía que dicho poder no influía absolutamente para nada, ni para bien ni para mal, de lo cual era la mejor muestra que si los libros que se vendieran fueran los que les gustaban a todas esas capillas, y no se vendieran los que ellos criticaban negativamente, el mercado sería completamente distinto. Concluía señalando que ni sus libros serían mejores si les agradaran a sus enemigos ni serían peores si no los aceptarían.<sup>262</sup>

<sup>262</sup> "Spota: el juicio de las capillas, inútil; es el tiempo el que valora las obras", en: *Proceso*, núm. 262. México, 9 de noviembre, 1981.

Junto con la caída estrepitosa de los sueños de crecimiento económico basado en el petróleo, la irascibilidad del gobierno frente a la crítica se acrecentó. Lo que a principios del sexenio era tolerado, hacia mediados empezó a ser perseguido y censurado. Las revistas *Proceso*, *Impacto* y *Crítica Política*, que recientemente había aparecido, recibieron de lleno la embestida presidencial.

Desde la perspectiva de que el gobierno sólo podía otorgar el beneficio de la compra de páginas de propaganda a aquellos medios donde no fuera criticado, esas publicaciones se quedaron súbitamente sin el ingreso que significaba la inserción de publicidad oficial. Con ello el gobierno mostraba que la tolerancia a la crítica y la aceptación de sus propios límites en un régimen democrático era de muy bajo perfil. La reflexión en el sentido de que los dineros con los que el gobierno pagaba a los medios no les pertenecían a sus funcionarios, sino que era el producto del pago de impuestos de toda la sociedad y, por lo tanto, debían ser utilizados para financiar las diversas expresiones críticas que existieran en esa misma sociedad, estaba completamente alejada del sentir de un gobierno autoritario que concebía, como había señalado Monsiváis, la permisión de la crítica cuando ésta era igualada a elogio sin escatimaciones. López Portillo sin tapujo alguno escribió primero y sostuvo después, en plena comida anual de conmemoración del Día de la Libertad de Prensa, la teoría sobre el trato a los medios de comunicación como si fueran (usando su propio eufemismo) “mujeres malas”. El presidente que pocos años después contraería nupcias con una de las más famosas actrices de películas de cabarets que abundaron en su sexenio, asentó en sus memorias:

Resolví con Galindo Ochoa (director de Comunicación Social de la Presidencia) quitarles la publicidad a las revistas que por sistema desprestigian al régimen, como *Proceso*, *Impacto* y *Crítica Política*. Curiosamente ahora invocan la libertad de expresión que conservan sin reserva, pues se pueden quejar hasta de eso, del retiro de la publicidad. Empiezan a argumentar que el Estado tiene la obligación de pagarle a la Prensa hasta, como a las mujeres malas y masoquistas, para que le peguen. Divertidísimo el argumento. Nada más me imagino la generalización.

Todo el que quiera vivir del cuento de la edición, obliga, por su decisión, a que el Estado le garantice ingresos para poder decir lo que quiera y hacer de la oposición política, negocio editorial. Ello sin considerar el turbio maridaje de la Prensa extranjera, si no es que con sus agencias de inteligencia, como ocurre allá.

Mantienen su libertad. Pero que los interesados que los lean, paguen su interés y no los subsidie el gobierno.<sup>263</sup>

Un Estado autoritario obviamente no ve con buenos ojos la crítica. Al asumirse como los detentadores únicos del poder del que se sirven, los gobernantes de esos Estados tratan de impedir por todos los medios el ejercicio de la crítica o, mejor dicho, del ejercicio de la crítica contraria a sus afanes. No pago (con el dinero de todos, de la sociedad en general) para que me peguen; si he de pagar, si he de usar ese dinero público, será exclusivamente para que me den placer, y ¿cuál más grande que el elogio absoluto?

La intolerancia a la crítica por parte del gobierno lopezportillista se expresó de otras maneras frente a las cuales no era necesario teorizar sobre el sentido general del Estado, la sociedad civil y sus atributos, etcétera. Un editorialista bastante leído (Mauricio González de la Garza) que criticaba sistemáticamente a López Portillo y su familia se encontró con la súbita sorpresa de que, después de la publicación de un segundo libro crítico sobre el sexenio, recibió la visita de una partida de agentes federales que lo condujeron hasta el otro lado de la frontera estadounidense, de la cual no pudo regresar sino hasta años después de concluido ese periodo de gobierno.

En ese clima se dio el escándalo generado por un artículo publicado en una revista oficial. En *La Semana de Bellas Artes* apareció un artículo titulado “La Feria de San Marcos” firmado por María Velázquez Pallares, trabajadora de ese instituto, en el que directamente se insultaba a la todavía esposa del presidente. Si bien eran

<sup>263</sup> López Portillo, *op. cit.*, vol. II, p. 1208-1209. Días después se refirió así a su discurso del día de la Libertad de Prensa: “Naturalmente se alborotó el cotarro y estamos, siete días después, en pleno análisis de la cuestión. Los columnistas genios están polemizando; pero tengo la convicción de que los agarré con los dedos detrás de la puerta. Podrán lucubrar y decir lo que falta; pero mi tesis central es impecable. Como quiera, se ha levantado el análisis y el punto se cuestiona. Espero todavía más análisis. Resultó interesante, porque con un discurso de veinte minutos puse a pensar a los pensadores”, p. 1211.

conocidas la prepotencia y frivolidad de la señora, las cuales incluso se registraban en la narración de numerosas anécdotas y chistes ampliamente difundidos, el poder de la tinta sobre papel era insostenible para el presidente, por lo que la publicación de la forma en que su esposa se había conducido durante una visita a la feria de Aguascalientes lo llevó a despedir de forma fulminante a Juan José Bremer, director del INBA, e incluso –se dice– a abofetearlo en privado al acusarlo de ser el responsable directo de la infamia.<sup>264</sup>

Las razones de que dicho artículo se hubiera publicado en una revista oficial no se supieron a ciencia cierta. Se tejieron diversas hipótesis. Que la autora no existía sino era un seudónimo, que el responsable había sido directamente Gustavo Sáinz, quien hasta hacía poco fungía como director de Literatura del INBA, pero que había sido cesado por Bremer ya que el novelista dirigía a distancia su oficina, pues estaba haciendo una residencia en la Universidad de Nuevo México. De tal forma, se conjeturaba, Sáinz había movido los hilos para que el ofensivo artículo se publicara y así vengarse de Bremer.

Sin embargo, la versión oficial fue sintomáticamente muy parecida a la explicación que lustros atrás se había dado desde *La Cultura en México* alrededor del *affaire* Donoso. Meses después Sáinz explicaría que él nunca había leído el artículo en cuestión hasta que salió publicado, pero que de haberlo hecho lo hubiera rechazado no por el contenido sino por lo mal escrito. Explicaba que el texto estaba archivado pero que un par de linotipistas borrachos echaron mano de él con tal de llenar un espacio que quedaba en el número que estaban armando. Sáinz argumentaba que antes del desaguizado él había despedido a ambos trabajadores por haberlos encontrado laborando bajo los efectos del alcohol, pero que después, a raíz de un fuerte chantaje sentimental, los había perdonado y reintegrado a sus labores. Al igual que en el caso Donoso, finalmente los responsables no habían sido los escritores que dirigían y tenían a su cargo las publicaciones, sino simplemente los linotipistas, en un caso por un vacilador y en el otro por dos ebrios.

No está de más señalar que la reacción tan visceral del presidente a lo publicado en los medios no era nueva. Años atrás, en 1978,

<sup>264</sup> José Agustín, *op. cit.*, p. 209.



él ya había expresado su molestia a través de un airado telefonema a José Pagés Llergo, director de *Siempre!*, por la publicación en *La Cultura en México* de algunos avances de la novela de Luis Zapata *El vampiro de la colonia Roma*. El autoritarismo de la presidencia —encarnado en López Portillo— era evidente, pues de manera natural una pregunta básica salta inmediatamente: ¿qué tiene que andar mostrando su enojo públicamente el presidente de la república por la publicación o no del contenido de una obra literaria? Obvio es que la primera magistratura hace poco menos que enloquecer a quien la detenta pues al hacerlo creer que es omnipotente (“¿Qué hora es? La que usted diga, señor presidente.” “No se mueve una hoja de árbol sin que el presidente se entere”, etcétera) pierde la noción de sus límites atreviéndose a intentar influir y determinar procederes de la otra república, la de las Letras. En el caso de López Portillo habría que agregar que seguramente también se sentía con peso y autoridad dentro de esa soberanía, pues su autoestima le decía que él era el primer presidente intelectual, escritor, filósofo, pintor, etcétera. La anécdota terminó cuando Pagés escuetamente le sugirió a Monsiváis: “si van a sacar sus pendejadas (término en él insustituible), procuren que no las vea el presidente”.<sup>265</sup>

La aparición de nuevas revistas y suplementos, lejos de eliminar por amplitud y apertura la acusación de la existencia de una mafia que ejercía su poder sobre la vida cultural y literaria nacional, dio pie a que se generara una explicación en el sentido de que la mafia había dejado de ser sólo un grupo, para convertirse en distintas pequeñas mafias las cuales cada una de ellas tenía su propio espacio de publicación en el que ejercían todo su pequeño gran poder. La teoría se enriquecía señalando que a mayor importancia (fama, reconocimiento, capacidad de publicación y presencia en otros medios) de los integrantes de los grupos, mayor la posibilidad de influencia y referencia con el otro poder. Así se hablaba del grupo de Paz, del de *Nexos*, las camarillas de Monsiváis, de Benítez, etcétera. El panorama se complementaba con la figura del escritor marginal que, por definición, era enemigo encontrado de todo grupo mafioso a los cuales

<sup>265</sup> Carlos Monsiváis. “Pagés Llergo defendió la tolerancia y auspició la libertad de expresión”, en: *Proceso*, núm. 686. México, 25 de diciembre, 1989, p. 49.

culpaba de no ser leído, publicado, reconocido y, por supuesto, premiado.<sup>266</sup>

En agosto de 1983, a consecuencia de la cancelación del Segundo Festival de Poesía de Morelia, se dio un nuevo enfrentamiento entre las dos repúblicas. Los escritores responsabilizaron directamente al gobierno de Michoacán, encabezado en aquel entonces por Cuauh-témoc Cárdenas, de la cancelación del festival pues se argumentó que el estado no tenía excesos presupuestales para derrocharlos en ese tipo de actividades. En palabras de Paz, el conflicto se remitía a ser un enfrentamiento entre los dos poderes, “el de la cultura viva y el del poder burocrático”. Para este último, a decir del poeta, la cultura se ve tan sólo como un departamento más de la administración, por lo cual decide sobre ella con acuerdos y disposiciones no consultados con los interesados, olvidando que “la cultura nunca ha sido un acuerdo administrativo”.<sup>267</sup> El problema no se resolvía pidiendo

<sup>266</sup> Una divertida definición de ambos conceptos es la siguiente: “**Mafia**. Si el poder cultural no estuviera en manos de las mafias, que se pelean por el poder cultural, muchos libros tendrían la gloria y difusión y reconocimiento que merecen. Pero las mafias lo impiden, porque detentan el poder cultural, detentándolo mafiosamente. Si no fuera por las mafias imperantes, no habría más mafias, ni capillas, ni cenáculos, y las mafias culturales elogiarían al fin la grandeza del libro que reseña el reseñista en esta ocasión. Pero las mafias no les dan a los libros importantes la atención que requieren, porque sólo les interesa pelearse y elogiarse entre ellos, que imperan con las mafias y detentan el poder cultural. Se ha visto que un autor ha recibido un premio importante y las mafias lo ignoran, porque si no se pertenece a las mafias no hay nada que hacer en las mafias; por fortuna las mafias ya no tienen el poder de antes, pero la prueba de que aún detentan el poder cultural es que las mafias no han dicho una sola palabra de este libro, escrito lejos de las mafias que detentan la posteridad. (...)”

**Marginales, escritores.** Enemigos acérrimos de las mafias que detentan el poder cultural. Por culpa de las mafias, los escritores marginales son ignorados, y cuando ganan un premio y 6 becas y dos cubículos y una dirección departamental y una mesa en La Ópera y una cátedra universitaria y tres talleres y veintiocho presentaciones del libro y un stand de la Gandhi (no la ministro) y 18 boletos a Guanajuato y seis publicaciones y cuatro fundaciones de revistas y 52 reseñas favorables, las mafias que detentan el poder cultural les roban la gloria. Y cuando se fue Sócrates Gómez, su amigo Pardo Bastón, autor de *best-sellers* alejados de las mafias tuvo que defenderlo de las mafias que no lo vieron como lo que fue, el James Joyce nacional, cosa que no fue por culpa de las mafias.” Luis Miguel Aguilar. “Pequeño nexos práctico del reseñista Ilustrado”, en: *Nexos*, núm. 62, febrero, 1983.

<sup>267</sup> “Yo creo que el gran problema es que en México sí hay una cultura, con muchas limitaciones o como sea; hay en primer lugar una cultura tradicional, popular, pero aparte hay una cultura en el sentido más inmediato de la palabra: hay escritores, pintores, gente que hace cosas. Y luego hay gente que administra. Y así, hay un divorcio muy grande entre los administradores y los creadores. Se gasta demasiado dinero en México en administrar la cultura y

chamba para que los artistas dirigieran las tareas gubernamentales que tuvieran que ver con la cultura, ya que con raras excepciones ellos no eran buenos administradores, además de que resultaba peligroso pues la función más importante del escritor contemporáneo, recordaba, era el ejercicio de la crítica, la cual por lo general no era bien vista desde la administración. Así, lo ideal sería contar con administradores que tuvieran sensibilidad democrática.

Semanas después José Agustín coincidiría con las apreciaciones de Paz. Para el novelista los políticos únicamente estorban los afanes de los escritores, por lo que prácticamente todo el desarrollo literario nacional se había expresado a pesar de los gobiernos. Repetía la argumentación que Paz había hecho en innumerables ocasiones acerca de que lo peor que le puede hacer un partido a los escritores es someterlos a sus dictados y obligarlos a traicionar su propia individualidad.

1983 cerraría con una noticia que provocaría una nueva división en el mundo periodístico y cultural. A raíz de problemas financieros y administrativos un importante grupo de periodistas, escritores e intelectuales, encabezado por Héctor Aguilar Camín, Carlos Payán, Miguel Ángel Granados Chapa, Carmen Lira y Humberto Mussachio, se retiró del diario *unomásuno* señalando que continuarían luchando por crear espacios de expresión democráticos y críticos por fuera de ese periódico, de ahí que unos cuantos meses después apareciera un nuevo diario y su consiguiente suplemento cultural: *La Jornada*.<sup>268</sup>

En marzo de 1984 se generaron dos disputas en las que se vieron envueltos el director y el subdirector de *Vuelta*.

En la ceremonia de celebración de los cincuenta años de fundación del Fondo de Cultura Económica, Enrique Krauze pronunció un

---

muy poco en fomentarla. Y luego cuando se trata de fomentarla se le trata de orientar, cuando el Estado no tiene por qué orientarla ni gastar tanto en administrarla, sino fomentarla de un modo libre." *Proceso*, núm. 352. 1 de agosto, 1983, p. 51.

<sup>268</sup> En un desplegado que el grupo que salió del diario difundió expresaban, entre otras cosas: "En estricta conciencia personal y política, no podemos convalidar el desastre económico, la quiebra moral ni el viraje político que a nuestro juicio cancelan hoy el proyecto original de *unomásuno*. Es por ello que hemos accedido a retirarnos, luego de un largo e infructuoso proceso de negociación con el dueño y director general de *unomásuno* para inducirlo a que devuelva lo que en rigor de justicia le pertenece a la comunidad y reasuma los compromisos políticos básicos que dieron hasta ahora aliento y sentido a nuestro diario." *La Cultura en México*, núm. 1123, 21 de diciembre, 1983, p. 38.

discurso en el que mencionó que durante los años setenta la editorial había sido dirigida con acierto pero también con buena dosis de desmesura. El que fuera en aquellos años director del Fondo inmediatamente respondió que él había recibido la institución en condiciones lamentables y que con pasión, amor y muchísimo trabajo la había recuperado para echarla a andar nuevamente. Krauze contestó señalando que la desmesura a la que se había referido se podía ver, en primera instancia, en la cantidad de títulos (muchos de ellos prescindibles), pero sobre todo administrativamente, refiriendo las empresas filiales, fideicomisos, sucursales en el interior de la república y en el extranjero. En un párrafo de su respuesta final el autor de las *Biografías del poder* se refería al papel que el Fondo había jugado históricamente como dependencia cultural oficial del gobierno mexicano y que seguiría fungiendo en los años (sexenios) posteriores:

Tenía razón Cosío Villegas cuando lamentaba la falta de independencia del Fondo. Todo el mundo sabía que eran comunes los dedazos y los subsidios desde Los Pinos. ¿Cómo olvidar que el FCE sirvió de “agencia de viajes” en aquel famoso “avión de redilas”? Hasta un teléfono de la Red lo unía con las alturas.<sup>269</sup>

No era necesario ser profeta, con ser historiador bastaba para tener la información suficiente sobre la forma en que la editorial estatal se manejaba y era utilizada para darle chamba a políticos en desuso y para editar, junto a cosas realmente valiosas, bodrios producto de oficinas burocráticas y políticos que necesitaban o querían darse una aureola de investigadores o, incluso, de literatos.

Años después, una vez terminada su alta responsabilidad, Miguel de la Madrid, que en la época de la polémica trabajaba de presidente de la república, sería designado director del Fondo de Cultura Económica.

### **La crisis de la crítica: ideología e intolerancia**

En 1984 la Asociación de Editores y Librerías Alemanes otorgó a Octavio Paz su Premio de la Paz que anualmente se entrega en la

<sup>269</sup> Enrique Krauze. “Desmesura”, en: *Vuelta*, núm. 86, marzo, 1984, p. 51.

Feria del Libro de Francfort. En su discurso titulado “El diálogo y el ruido”, el poeta realizó una crítica a la forma en que en Nicaragua los sandinistas estaban conduciendo la revolución. En realidad el texto de Paz sólo era consecuente con la forma de la crítica que él había venido desarrollando desde lustros atrás al marxismo y a los países socialistas. En esta ocasión señalaba que los sandinistas estaban inspirados por la revolución cubana y habían recibido ayuda de la Unión Soviética y sus aliados, llegando a la conclusión de que estaban intentado instaurar en ese país centroamericano una dictadura burocrática militar similar a la de La Habana. Partiendo de la convicción de que el trinomio democracia-paz-libertad estaba constituido por palabras insolubles y ninguna prioritaria sobre las demás, el poeta agregaba el siguiente párrafo:

Ya no es posible decir que ese país (El Salvador) no está preparado para la democracia. Si la libertad política no es un lujo para los salvadoreños sino una cuestión vital, ¿por qué no ha de serlo para el pueblo de Nicaragua? Los escritores que publican manifiestos en favor del régimen sandinista, ¿se han hecho esta pregunta? ¿Por qué aprueban la implantación en Nicaragua de un sistema que les parecería intolerable en su propio país? ¿Por qué lo que sería odioso aquí resulta admirable allá?<sup>270</sup>

La respuesta no se hizo esperar y fue de una irascibilidad acorde con la intolerancia imperante en un amplio sector de la izquierda mexicana. Tan fue así que no está de más recordar el hecho (que rebasa ampliamente el radio de lo anecdótico), de que la figura de Paz tuvo el terrible privilegio de ser el primer monigote de un poeta quemado públicamente al grito de “¡Reagan rapaz, tu títere es Octavio Paz!” durante una manifestación en la ciudad de México. El linchamiento del poeta se dio bajo distintas formas, desde aquellos que inmediatamente lo calificaron de agente de la cia que le estaba haciendo el juego al gobierno estadounidense para prepararle la próxima e inminente invasión a Nicaragua, hasta que con ello quedaba evidenciada la entrega total y absoluta del poeta a la derecha nacional, máxime que en esas semanas Televisa le había dedicado

<sup>270</sup> Octavio Paz. “El diálogo y el ruido”, en: *Vuelta*, núm. 96. México, noviembre, 1984, p. 7.

varios programas especiales a él y su obra, agregándose que aún estaba fresca la aparición de *Tiempo nublado*, libro en el que el poeta había expuesto de manera sistemática y puntillosa su crítica al marxismo y al socialismo. Meses después, durante la celebración del Festival Cervantino en la ciudad de Guanajuato, todavía se vivió la resaca contra el poeta cuando el actor Claudio Obregón se negó en el último momento a participar en un montaje en homenaje a Paz por lo que éste había declarado en Alemania.<sup>271</sup>

Cabe señalar que la intolerancia frente a la crítica de los regímenes socialistas y de la doctrina marxista era muy alto. En esas mismas semanas se registró otra fuerte polémica que, aunque con referencias a algunas opiniones de escritores (Octavio Paz y Julio Cortázar), se realizó estrictamente dentro del ámbito de las ciencias sociales, teniendo como temas centrales la reflexión sobre cuál debiera ser el sentido del marxismo y la idea de socialismo en Latinoamérica.<sup>272</sup>

Aunque no mexicanos, otros dos escritores de reconocido prestigio debatieron prácticamente sobre los mismos temas simultáneamente a las disputas que acabo de reseñar. Los dos Marios (Benedetti y Vargas Llosa) discutieron sobre América Latina, los intelectuales y el desarrollo político. En México la polémica fue publicada en las páginas de *Vuelta*. Los temas y argumentos usados eran bastante similares a los que se esgrimían en las discusiones recién comentadas.

A partir de una entrevista a Vargas Llosa publicada en Italia, Benedetti salía al foro a intentar aclarar algunas de las opiniones que sobre los escritores de izquierda, particularmente Gabriel García Márquez, Julio Cortázar y él mismo, había vertido el peruano. Señalaba que era falso que fueran obsecuentes con el régimen cubano o que temían criticarlo pues podían ser triturados por el mecanismo de difamación que se echaría entonces a andar. El uruguayo le contestaba que ese sistema era inexistente y que el mismo Vargas

<sup>271</sup> Cfr. a) Federico Campbell. "Abrumadora condena a las declaraciones de Octavio Paz contra la revolución nicaragüense", en: *Proceso*, núm. 415, México, 15 de octubre, 1984; b) Xavier Rodríguez Ledesma, *El pensamiento político... op. cit.*; c) Sobre el caso de Claudio Obregón, véase el reportaje de Sonia Morales en *Proceso* núm. 417. México, 29 de octubre, 1984.

<sup>272</sup> Cfr. a) Roger Bartra. "Nuestro 1984", en: *Nexos*, núm. 75, marzo, 1984; b) Pablo González Casanova. "Los pies de Greta Garbo o la cultura de la deshonestidad polémica", en: *Nexos*, núm. 76, abril, 1984; c) Roger Bartra. "Veredicto: Culpable. *Proceso*: 1984", en: *Nexos*, núm. 77, mayo, 1984.

Llosa podía servir de ejemplo, pues a pesar de sus críticas a la Revolución Cubana nadie lo había triturado.

Después, Benedetti señalaba que también era completamente falsa la apreciación general de Vargas Llosa en el sentido de que los intelectuales latinoamericanos en vez de ser factores de liberación lo habían sido de sometimiento y subdesarrollo, pues nada más se habían dedicado a repetir todos los lugares comunes de la propaganda ideológica. Para el poeta, achacar esa responsabilidad a los escritores era un burdo intento de eximir de ella a los verdaderos responsables: el imperialismo económico y político estadounidense aliado a las burguesías autóctonas.

Finalmente, Benedetti opinaba que era lamentable el nivel de la diatriba de Vargas Llosa contra aquellos escritores que no compartían sus opiniones.<sup>273</sup>

A diferencia de la mayoría de las disputas y querellas intelectuales en nuestro país, el peruano mantuvo un nivel sorprendentemente alto en su contestación. Lo primero que señaló es que nunca había insultado a Benedetti o a cualquier otro escritor, pues era un convencido de que los insultos impedían el desarrollo de cualquier polémica. También aclaraba que en la entrevista se había dado mayor peso a algunas frases que a otras, por lo que su lectura daba una imagen bastante distinta a lo que él había declarado. Sin embargo, ya refiriéndose a los argumentos de Benedetti, señalaba que se había referido a los intelectuales latinoamericanos como factor de subdesarrollo en el nivel político:

Subrayo *político* porque este es el nudo de la cuestión. Hay una extraordinaria paradoja en que la misma persona que, en la poesía o en la novela, ha demostrado audacia y libertad, aptitud para romper con la tradición, las convenciones, y renovar radicalmente las formas, los mitos y el lenguaje, sea capaz de un desconcertante conformismo en el dominio ideológico, en el que, con prudencia, timidez, docilidad, no vacila en hacer suyos y respaldar con su prestigio los dogmas más dudosos e, incluso, las meras consignas de la propaganda.<sup>274</sup>

<sup>273</sup> Mario Benedetti. "Ni corruptos ni contentos", en: *Vuelta*, núm. 92. México, julio, 1984.

<sup>274</sup> Mario Vargas Llosa. "Entre tocayos". *Ibidem*, p. 49.

Después de poner como ejemplo a Alejo Carpentier quien, desde la perspectiva del peruano, a partir de 1959 había dejado de ejercer el oficio de opinador y se había dedicado exclusivamente a repetir los dictados del gobierno cubano, Vargas Llosa abordaba específicamente el papel político que los escritores habían debido desarrollar en América Latina por ser de los pocos sectores que tenían tribuna y formas de hacerse escuchar. De ellos, decía, se espera que se pronuncien continuamente sobre lo que ocurre y que ayuden a los demás a tomar posición. “Se trata –escribió– de una tremenda responsabilidad. Desde luego que un escritor puede rehurla y, pese a ello, escribir obras maestras. Pero quien no la rehúye tiene la obligación, en ese campo político donde lo que dicen y escriben reverbera en la manera de actuar y pensar de los demás, de ser tan honestos, rigurosos y cuidadosos como a la hora de soñar.”<sup>275</sup>

Vargas Llosa finalizaba su respuesta señalando que el problema no era ser comunista sino serlo de manera indigna, esto es, renunciando al ejercicio de la crítica, haciéndole notar a Benedetti que cuando éste se refería a los intelectuales asesinados o presos en nuestra región se eximía de citar a un solo cubano.

Regresando a México, en una de sus últimas entrevistas Luis Spota fue inquirido nuevamente sobre su posición frente a los grupos culturales existentes; repitió, en general, sus apreciaciones al respecto en el sentido de que para nada le interesaba crear su propia mafia, pues se había percatado de que el escaso tiempo disponible debía ser utilizado para dedicarlo de lleno a la obra. Habiendo sido contemporáneo de todo el grupo identificado como la Mafia, no se había ligado a ellos pues había estado encerrado en su casa escribiendo. Insistía en que la crítica, fuera buena o mala, no iba a hacer mejores sus libros. El tiempo sería el mejor juez de las obras, además de que si quería pelearse con alguien debía hacerse uno contra uno, sin echar bola o en pandilla.<sup>276</sup>

Mientras tanto, el ambiente político y social en México se enrarecía. A finales de mayo, uno de los periodistas más influyentes del país, Manuel Buendía, era asesinado en las calles de la ciudad de México.

<sup>275</sup> *Ibidem*, p. 49.

<sup>276</sup> Marco Aurelio Carballo. “Spota, una marca en la novela”, en: *Siempre!*, núm. 1612, 16 de mayo, 1984.



El 26 de septiembre de 1984 Gabriel Zaid ingresó a El Colegio Nacional. En su discurso criticó a todos aquellos que partiendo de esquemas estrechos sobre el poder declaraban la inexistencia de la República de las Letras, reduciendo toda influencia a dominación y todo poder a poder político. Frente a ello Zaid explicitaba de nueva cuenta la soberanía y las características de la república que algunos querían negar:

... esa patria invisible, cuyo nicho ecológico son los libros, periódicos, revistas, bibliotecas, editoriales, librerías, imprentas, pero cuya realidad última está en ese diálogo universal, en esa conversación con los difuntos (y los vivos y los que todavía no nacen), en ese cielo extraño, poblado de fantasmas que cantan y cuentan, que dan noticias y discuten sobre el cielo y sobre la tierra, que se esfuman sin peso alguno y que son un cuarto poder.<sup>277</sup>

Tal definición de soberanía engarza perfectamente con la concepción de lo que es el poder literario que Zaid sostiene:

Visto como un poder aparte, autónomo, parlamentario, el poder literario es otra cosa: opera por su propia eficacia, depende del asentimiento del otro, se anula en cuanto trata de vencer en vez de convencer. El poder de un argumento está en el argumento, en la eficacia con que suscita el ¡claro! No tiene como *ultima ratio* la coacción sino la conciencia convencida.<sup>278</sup>

En el anecdotario se registran dos hechos. El primero la decisión de Zaid de condicionar su aceptación de ingresar a El Colegio Nacional a que se le eximiera de recibir el estipendio al que tendría derecho; y, segundo, que durante el acto se produjo un zipizape entre un fotógrafo de *Proceso* y la hija del homenajeado, pues aquél se negó a entregarle el rollo que había tomado a pesar de ser del conocimiento de la audiencia la negativa contundente del poeta a ser fotografiado con fines de difusión pública.<sup>279</sup>

<sup>277</sup> Gabriel Zaid. "Imprenta y vida pública", en: *Daniel Cosío Villegas. Imprenta y vida pública*. México, FCE, 1985, p. xvi.

<sup>278</sup> Gabriel Zaid. *De los libros...*, *op. cit.*, p. 84.

<sup>279</sup> Federico Campbell. "El Colegio Nacional, recinto donde el poder consagra a la cultura mexicana", en: *Proceso*, núm. 413, 1 de octubre, 1984.

Hacia finales de año se anunció que Carlos Fuentes había sido elegido ganador del Premio Nacional de Literatura y Lingüística. 1985 habría de iniciar con una fuerte polémica en donde el novelista se vería inmerso a partir de una serie de comentarios que se hicieron sobre él por haber obtenido ese galardón.

El día 24 de diciembre, Gastón García Cantú escribió en *Excélsior*, al cual había regresado después de haber salido junto con Scherer en 1976, unas cuantas líneas criticando al novelista. Cuatro días después en un tono desmesurado rebosante de insultos llegó la respuesta. El último día del año apareció la contrarrespuesta de Cantú poniendo el acento, entre otras cosas, en lo que denominó “caídas morales” de Fuentes al apoyar a Echeverría. El segundo día del nuevo año Fuentes contestó acusando a García Cantú de oportunismo sexenal, pues a cambio de uno de estridencia vivía otro de silencio. Finalmente, el día tres de enero el editorialista de *Excélsior* dio por terminada la polémica argumentando que después de tal cantidad de insultos era evidente que no se podía razonar con Fuentes por lo que, a su vez, concluía recetándole una generosa cantidad de denuestos.<sup>280</sup>

Semanas después, Margarita Michelena subió al cuadrilátero para enfrentarse a Fuentes desarrollando una teoría sobre la conspiración que, según ella, había realizado el novelista para chantajear al gobierno mexicano a fin de que le asignaran el Premio Nacional de Literatura. A decir de la escritora, Fuentes había concedido una entrevista a un “medio reconocido” en donde manifestaba opiniones muy críticas y adversas contra el régimen que la hacían prácticamente imposible de publicar dentro de nuestras fronteras, por lo que

<sup>280</sup> Cfr. Carlos Marín. “Duelo de insultos entre Gastón García Cantú y Carlos Fuentes”, en: *Proceso*, núm. 427. México, 7 de enero, 1985. Dijo Fuentes: “García Cantú es un eterno descubridor de Xochimilco, que esgrime el chantaje chovinista, que practica tretas de circo. El viejo alambriero se debe caer ya de su inestable percha: anda en el aire y no engaña a nadie.” Ya en pleno intercambio de insultos, García Cantú ubicó así a Fuentes: “de semidiós del subdesarrollo, a Sandino de Harvard; la máquina más rápida de Cambridge; nueva Caperucita Roja, a quien el Yo, su locuaz Yo, lo ha enfermado.” En su último contrataque, Fuentes no escatimó proyectiles: “soberbio, gritón, vanidoso, estridente, fustigador de políticos, voz del pueblo, templo de la moral y engañador de bobos cuando arremete, pero sereno, individualista, humildito, aislado (también hay soledad en la muchedumbre), anticuadito, ignorante, recoleto, votivo y vocativo, pidiéndoles a los políticos que por favor sigan siendo buenos con él, cuando se le contesta la arremetida. Tartufo triunfa pero la obra se evapora. Todo fue un falso rumor, una utopía en Perisur. Amén”, p. 52-53.

Fuentes la había utilizado como espada de Damocles para que, en caso de no ser el premiado, fuera editada en algún diario estadounidense. Después Michelena la emprendía con los argumentos ya conocidos contra el novelista: su apoyo a Echeverría; que era crítico siempre y cuando viviera dentro del presupuesto; que se parecía en lo oportunista a la izquierda nacional, etcétera.

Finalmente, Michelena nuevamente recurría a las teorías conspirativas para explicar que Fuentes se había apresurado a renunciar a la embajada en Francia al enterarse que su cese ya estaba listo, pues así lo había decidido el mismo López Portillo al enterarse de que el novelista en lugar de estar atendiendo los asuntos de su cargo en París se la pasaba organizando reuniones con otros políticos e intelectuales para atacar a Díaz Ordaz.<sup>281</sup> La autora aprovechaba los renglones finales de su escrito para embarrar en su disputa a José Emilio Pacheco, aseverando que él había puesto en su lugar a Fuentes cuando éste aceptó el cargo de embajador.

Pacheco se apresuró a aclarar que él nunca había atacado a Fuentes, sino que había discutido con él en aquel número de *Plural* dedicado a la relación entre escritores y el poder. Aclaraba que si bien él nunca había aspirado a ocupar un puesto político, tampoco se le ocurriría atacar a sus amigos que lo habían hecho (Rosario Castellanos, Jaime García Terrés, Carlos Fuentes, José Luis Martínez o Sergio Pitol). Pacheco terminaba aclarándole a Michelena que el Premio Nacional no lo había otorgado directamente el presidente de la república (en este caso Miguel de la Madrid), sino un jurado compuesto en ese año por Fernando Benítez, Jaime García Terrés, Salvador Reyes Nevares, Juan Rulfo y Ramón Xirau.

Durante enero también se generó otro intercambio de críticas en los que el gremio de escritores se vio envuelto. Raúl Araiza, director y productor de telenovelas, contestó a las críticas que se hacían a esas producciones descalificando a los intelectuales pues “no hacían nada más que criticar sin proponer nada”. Carlos Monsiváis se refirió

<sup>281</sup> El tono usado por Michelena habla por sí solo: “... Carlos Fuentes, mexicano sólo en grado putativo y de ‘izquierda’ nada más cuando pega allí donde van a devolverle sus golpes con plata, con honores, con alabanzas. Y ya se sabe que el sistema político mexicano a su manera y los gringos a la suya, responden siempre así.” Margarita Michelena. “Carlos Fuentes, El Nove-Listo”, en: *Siempre!*, núm. 1647, 16 de enero, 1985, p. 21.

a tales expresiones integrando la descalificación de Araiza a la atmósfera antintelectualista existente en el país, la cual era fomentada en prácticamente todos los ámbitos del poder, desde los líderes charros del sindicalismo oficial hasta, en ese caso, los defensores de la “*ideología del floor-manager*”. Decía Monsiváis: “El resultado de tal perspectiva es la fobia no tanto a los intelectuales sino al conocimiento crítico y a la autocrítica. Se demoniza una actividad y, en consecuencia, se exalta la autocomplacencia, eso es un resultado inevitable del anti-intelectualismo: la autosatisfacción de quien, por principio, rechaza la sistematización del conocimiento.”<sup>282</sup>

El 20 de enero de 1985 murió Luis Spota. De él se dijo que nunca fue aceptado “por los exquisitos” pues tan sólo era un “periodista”. Frente a esta idea vale la pena recordar la argumentación de René Avilés Fabila en el sentido de que tal pretexto era tan sólo una coartada que ensombrecía razones de mayor fondo para ningunear al novelista, pues si fuera cierta también abarcaría a escritores tan reconocidos, prestigiados, aceptados y venerados como la mismísima Elena Poniatowska o Carlos Monsiváis.

En una de las notas que se ocuparon del deceso de Spota, Sara Sefchovich analizaba la importancia del escritor a raíz de la forma en que había utilizado su poder sobre la escritura, concluyendo que “... por detrás de este modo de ejercer el poder al escribirlo y describirlo, está por supuesto un modo de pensar, que es lo que convierte a esta narrativa en un discurso tan polémico.”<sup>283</sup> Luego entonces, el problema con Luis Spota era que “su forma de pensar” era distinta e incluso contraria a la “forma de pensar” de otros escritores prestigiados del mundo literario. Pero ¿cuál sería la diferencia de fondo, digamos, entre “la forma de pensar” de Spota y la de Carlos Fuentes, que hacía que ambos en lo general fueran tratados de manera tan distinta por los integrantes de la República de las Letras?

Desde la perspectiva de esa soberanía los dos escritores finalmente habían utilizado su poder sobre la escritura para servir al otro poder. También ambos, aunque esto no les gustase a muchos, eran

<sup>282</sup> Carlos Monsiváis. “El culto devocional por la camiseta”, en: *Siempre!*, núm. 1648. México, 23 de enero, 1985, p. 86.

<sup>283</sup> Sara Sefchovich, “Ideología y ficción...”, *op. cit.*, p. 63.

de los máximos vendedores de libros del país. Luego entonces la pregunta anterior es válida: ¿por qué la diferencia de trato, de respeto, de reconocimiento a Carlos Fuentes frente a Spota? Avanzo una respuesta. Más allá de la archiargumentada diferencia de calidades en sus escrituras, puede aventurarse la explicación de que la toma de posición de Fuentes apoyando al sistema político mexicano se daba fuera de su obra literaria en sí, es decir, éste le dedicaba tanto entrevistas como textos específicos al tema en forma de artículos o libros completos, pero siempre separando su toma abierta de partido así como su actividad profesional como embajador de su escritura como narrador. En Spota ése no era el caso. La aparición en 1972 de *La plaza*, como ya vimos, además de que en una primera edición se fusilaba otras obras, éstas sí prestigiadas dentro de las referencias fundamentales para documentar el 68, significaba el uso de la literatura, de la narrativa en sí misma para apoyar al otro poder, en ese caso específico en el acto más indigno del quehacer político: la masacre de sus propios ciudadanos.

Por esas fechas fue publicada una interesantísima entrevista con el poeta Juan Bañuelos, quien en 1984 había obtenido el Premio Chiapas de Arte, además del Premio Nacional de Poesía en 1968. Bañuelos recordaba que desde la época de Platón existía el tema y problema de la relación entre los políticos y los poetas. Especificaba que en México los políticos:

Creo que les temen a los escritores porque saben que el don más peligroso que se ha dado al hombre es el de la palabra, y en la pluma de los poetas esa palabra se convierte en la morada de la conciencia del mundo. Pero en el caso concreto de México, los intelectuales en general han sido cooptados o asimilados por el sistema, y les han dado las mejores becas y puestos diplomáticos, o de asesores en las diferentes secretarías de Estado, y premios.<sup>284</sup>

Vemos, pues, la forma tan clara en que Bañuelos plantea la soberanía de la República de las Letras: ellos poseen el mayor don que es la palabra, y en ellos ésta se convierte, ni más ni menos, que en la conciencia del mundo. Pero tan maravillosa característica podía ser

<sup>284</sup> Marco Aurelio Carballo. "El sistema ha creado una generación de sordos y mudos, dice (Juan) Bañuelos y envileció a los escritores", en: *Siempre!*, núm. 1649. México, 30 de enero, 1985, p. 30.

corrompida y en nuestro país, evidentemente, eso había pasado en los últimos años en los que se generaron intelectuales de la dependencia, quienes envilecidos por el poder se habían convertido en siervos e instrumentos del aparato político.

Bañuelos afirmaba que más allá de los escarceos de 1968 no había existido mayor discrepancia entre los intelectuales y el gobierno, incluyendo en ese análisis a los intelectuales de izquierda pues muchos de ellos se habían integrado a laborar dentro del presupuesto oficial. Bañuelos concluía que, en efecto, el escritor estaba obligado a escribir bien, pero que ahí no paraba su responsabilidad pues debía hacer llegar sus escritos más personalmente a los grupos marginados para tratar de ayudarlos y orientarlos.

Un libro sobre México escrito por Alan Riding, periodista estadounidense que durante años había radicado en estas tierras como corresponsal del *New York Times*, ocasionó un gran acto de desgarramiento de vestiduras en muchos ámbitos, principalmente el político, a partir de la imagen que él construía sobre las características del quehacer y costumbres políticas nacionales. Los pocos párrafos que dedicó a hablar de los intelectuales mexicanos tampoco habrían de quedar sin respuesta.

Riding escribió que quizá los intelectuales mexicanos eran la élite más protegida y condescendida por el Estado mexicano. Refería lo de la ocupación de puestos políticos así como el reparto de apoyos económicos de todas características. Elena Poniatowska defendió la existencia de la soberanía de la República de las Letras. En primer lugar argumentó que a falta de un parlamento que realmente funcionara, en nuestro país los escritores habían asumido la responsabilidad de denunciar, evidenciar e indignarse ante los abusos, indolencias o francas equivocaciones del poder. Además presentó una panorámica general en donde subrayaba que no todos los escritores se movían por intereses dinerarios o de poder usando como ejemplo:

- a) las renunciaciones de Fuentes y Paz a sus respectivas embajadas por no estar de acuerdo con políticas concretas implementadas por distintos gobiernos,
- b) la negación constante de Monsiváis y José Emilio Pacheco a aceptar cualquier tipo de puesto en la administración oficial de la cultura,

- c) el asesinato de Manuel Buendía,
- d) el peligro que significaba publicar en *Proceso*, pues se corría el riesgo de caer de la gracia presidencial con los riesgos que ello llevaba inherentes, etcétera.<sup>285</sup>

Ahora bien, la participación de escritores en cuestiones de interés público no puede remitirse única y exclusivamente a sus actividades dentro del Estado o como escritores y militantes de oposición política sea ella partidista o ideológica. Por ejemplo, el nueve de febrero de 1985 Ramón Xirau publicó una carta refiriendo la espantosa y gravísima contaminación ambiental que se había vivido en la ciudad de México el día anterior. Inmediatamente se adhirieron a ella Homero Aridjis, Octavio Paz y José Emilio Pacheco, quienes redactaron lo que sería la “Declaración de los Cien”, la cual desembocaría en la fundación del grupo de intelectuales y artistas que trabajaría a favor del respeto al ecosistema.

Cuando por esas fechas *Vuelta* llegó a su número cien publicó su convencimiento de que: “Una revista es como un lugar de reunión, como una plaza pública en días de fiesta, como una feria, como una costumbre. Eso no se construye con dinero, o por decreto, como se ha visto repetidamente cuando se improvisa una revista con muchos millones, las mejores firmas, el mejor papel, pero sin público.” Tres números después, un poeta, el director de tal impreso, publicaría un texto de análisis político (“PRI: la hora cumplida”) que habría de provocar de nueva cuenta que el presidente de la república en turno llamara a Los Pinos al escritor de las inquisidoras e inquietantes páginas para comentar directamente con él sus juicios y proposiciones. Entre los abordados por el artículo estaba el tema de la necesidad ineludible e irreversible de democratizar al sistema político mexicano aun a costa de enfrentar el significado y el rol político del PRI. En esa ocasión Octavio Paz tuvo que recibir directamente de Miguel de la Madrid la explicación de que en ese momento no era posible (¿cuándo entonces?) llevar a cabo una reforma política por la sencilla razón de que el PRI se amotinaría frente a tal

<sup>285</sup> a) Alan Riding, *Vecinos distantes, un retrato de los mexicanos*. México, Joaquín Mortiz/Planeta, 1985, p. 352-360. b) Elena Poniatowska, “Cuando un libro sale es como si lo hubiera escrito un pueblo” (Respuesta a Alan Riding), *La Cultura en México*, núm. 1199. México, 6 de febrero, 1985.

intento.<sup>286</sup> Desde esta perspectiva neta y cínicamente antidemocrática puede entenderse la obsesión de Paz en el sentido de que la palabra escrita debía ser una forma de subversión demócrata para enfrentar los problemas característicos de las sociedades contemporáneas.

El gobierno mexicano fue consecuente con su dicho. Ese año consumó un gran fraude electoral en los procesos para elegir gobernadores de algunos estados de la república. Esta práctica habría de ser el antecedente directo e inmediato del fraude monumental que se ejecutaría tres años después. De tal forma, a pesar de todas las recomendaciones sugeridas o los consejos directos de los escritores, en el sentido de que lo mejor que le podía pasar al país era empezar a avanzar en una reforma democrática que debía, como primer paso, reconocer los resultados de las elecciones, el gobierno echó mano del argumento de la defensa nacional para justificar la realización de un “fraude patriótico”, con tal de sacar adelante sin rubor alguno el “carro completo” del partido oficial.

Algunos escritores (dentro de un grupo de veintiún intelectuales) protestaron firmando y publicando un desplegado ampliamente difundido tanto en México como en otros países, denunciando el fraude electoral.<sup>287</sup> Inmediatamente el secretario de Gobernación, Manuel Bartlett, invitó a algunos de ellos a cenar para explicarles que era imposible ceder a sus peticiones de reconocimiento del triunfo del Partido Acción Nacional en Chihuahua porque ello significaba permitir la entrada al gobierno de tres enemigos históricos del Estado: la Iglesia, los Estados Unidos y los empresarios. Los escritores contrargumentaron pero el funcionario no cedió absolutamente nada, siendo en esa ocasión cuando reconoció que se había realizado un fraude electoral, pero que había sido por razones patrióticas.

De nueva cuenta La República de las Letras se había enfrentado sin éxito al otro poder; éste les había demostrado una vez más en dónde radicaba el verdadero poder, el político, así como, obvia-

<sup>286</sup> Enrique Krauze, *La presidencia...*, *op. cit.*, p. 404.

<sup>287</sup> El desplegado está reproducido en el apéndice.



mente, quién estaba al frente de la dirección de los destinos nacionales.<sup>288</sup>

Frente a la *realpolitik* del poder, de cara al accionar despótico del gobierno, Octavio Paz se refugiaba en la introspección preguntándose sobre el ser de la República de las Letras. El poeta subrayaba el más alto concepto de su propio poder sobre el lenguaje, sobre la palabra:

Me parece normal que los regímenes despóticos persigan a la palabra hablada y a la palabra escrita. Creo profundamente en el poder de la palabra como subversión y creo que una de las misiones de la literatura en nuestro mundo (y en el otro mundo, totalitario) es conmover a las personas, despertarlas. En las sociedades de Occidente, bastante corrompidas, la crítica no penetra profundamente mientras que en los regímenes despóticos del Este la crítica toca en lo vivo a la clase dominante, la burocracia. Ahora podríamos volver al tema de la democracia.

En septiembre de 1985 correspondió el turno a José Emilio Pacheco de ingresar a El Colegio Nacional.

Ese mismo mes, justo el día quince, se publicó el primer número de *El Búho*, suplemento cultural de *Excelsior*. Dirigido por René Avilés Fabila constituyó a lo largo de sus quince años de vida un espacio cultural en el que se expresaron plurias prestigiadas pero también que, para el caso que nos ocupa, fue un foro crítico de la política gubernamental en la medida que el estilo, la personalidad y la posición política declaradamente de izquierda de su director lo caracterizaron. Junto a la sección financiera, constituyó lo único valioso de dicho diario.<sup>289</sup>

<sup>288</sup> a) *Ibidem*, p. 412; b) Enrique Krauze, "Voto contra el voto", en: *Vuelta*, núm. 106. México, septiembre, 1985; c) Enrique Krauze, "Chihuahua, ida y vuelta", en: *Vuelta*, núm. 115. México, junio, 1986; d) "Antidemocracia" (editorial), en: *Vuelta*, núm. 118, México, septiembre, 1986.

<sup>289</sup> Avilés Fabila, *Recordanzas*, *op. cit.* Dice el autor: "Más de una vez me han preguntado por el éxito de *El Búho*. Es sencillo. Simplemente está pensado para lectores. No está, en ningún caso, dirigido a otros suplementos ni a las esferas gubernamentales. Es un diálogo con las personas. Incluso el editorial que ha sido el tenaz emblema de una postura político-cultural es redactado en función de los intereses de la colectividad, no de tal o cual gremio artístico. Es, qué duda cabe, el resultado de una concepción clara y directa de periodismo. Y es así por

En 1986 la crisis económica ya había dejado su profunda huella en múltiples actividades, entre las cuales se destacaba la actividad cultural. El descenso en picada de los ínfimos niveles de lectura, de los presupuestos para actividades culturales, la caída de la industria cinematográfica, etcétera, así lo demostraban. Monsiváis se quejaba de que la discusión intelectual se había suspendido mientras tomaban nuevamente fuerza las descalificaciones y acusaciones dentro del gremio. Las viejas rencillas y rencores estaban presentes en las autopromociones de aquellos que querían obtener partes del poder cultural como la única forma de triunfo en estos afanes:

De este modo, quienes se quejan —desde capillas y mafias, desde todas las posiciones de control de recursos culturales— de las capillas y de las mafias, en realidad declaman su rencor contra el orden de cosas que nos lleva al sitio de Paz, de Rulfo, de Fuentes, de Pacheco, de Elena Poniatowska, de Sabines, que no les confiere el reconocimiento unánime.

Interesante y divertido “psicoanalíticamente”, el juego de protesta-contra-las-mafias (lanzado desde la seguridad de suplementos, programas y posiciones burocráticas) evidencia la esterilidad y la pobreza de mucho de la vida intelectual entre nosotros.<sup>290</sup>

El 22 de enero murió Juan Rulfo. Una semana después una nueva polémica con el tema del papel de los intelectuales en el desarrollo social se presentó en las páginas de algunos medios. Víctor Flores Olea había escrito que los intelectuales era muy importantes para “el proceso dialéctico del porvenir nacional”. Desde las páginas de *Siempre!*, Carlo Coccioli —quien con anterioridad ya había discutido acremente con diversos grupos, especialmente el de Octavio Paz, acerca del subdesarrollo del mundo cultural latinoamericano— salió

---

que siempre he considerado que el principal problema de los medios en México es la dirección a la que apuntan: al Estado y no a la sociedad civil. Yo veo las cosas al revés. El diálogo con el poder no me interesa, me importa sí, el que se lleva a cabo con los lectores simples. Jamás he podido interesarme en el leviatán, en esa pesadilla que se llama Estado. Lo veo como el peor enemigo que ha tenido la humanidad, la que, para su desgracia, lo inventó cuando apareció la propiedad privada”, p. 432.

<sup>290</sup> Carlos Monsiváis. “Mitos, leyendas, fantasmas, aparecidos y desaparecidos”, en: *La Cultura en México*, núm. 1248, 15 de enero, 1986, p. 36.

una vez más al ruedo, ahora para descalificar a la totalidad de los intelectuales mexicanos señalando que ese grupo solía beneficiarse del hecho de ser considerados como tales. Para Coccioli los intelectuales mexicanos jamás habían intervenido “con energía” en la hora en que se habían presentado graves asuntos nacionales; en pocas palabras concluía que nunca había existido en nuestro país un verdadero debate nacional sobre el desarrollo y futuro de nuestra patria a pesar de la abundancia de medios impresos existente.

Por su parte, de manera simultánea Octavio Paz criticaba y era criticado. En una entrevista concedida al pensador francés François Revel, el poeta la emprendía una vez más contra la izquierda mexicana señalando que poseía más poder que fuerza real dentro de la sociedad debido fundamentalmente a que tenía monopolizados los medios de comunicación, las universidades y el medio intelectual, todo con el consentimiento paternalista del Estado. Estos argumentos serían utilizados pocos años después en su enfrentamiento frontal con el grupo *Nexos*.

Considero necesario señalar que lo menos que se puede decir de tales afirmaciones del poeta es que se dejaba llevar demasiado lejos en su afán de generalización, pues afirmar que los medios de comunicación estaban cooptados por la presencia de la izquierda es un sinsentido. Máxime que no hacía mucho, como vimos arriba, él había sido objeto de fuertes descalificaciones y críticas porque Televisa, es decir, el mayor monopolio de las comunicaciones en México, le había producido una buena cantidad de programas para hablar de él, de su obra y, por supuesto, de sus opiniones políticas sobre México y el mundo.<sup>291</sup> Sin embargo, la entrevista con Revel motivó una curiosa carta de un alto exponente de la otra soberanía, ahora caído en desgracia. Jorge Díaz Serrano, ex director de Pemex que se encontraba en la cárcel purgando una condena por actos de corrupción, escribió a *Siempre!* para felicitar al poeta por su “brillante diálogo” con el francés.<sup>292</sup>

<sup>291</sup> Cfr. Humberto Musacchio. “Octavio Paz en Televisa”, en: *Televisa. El quinto poder. Claves Latinoamericanas*, México, 1985, p. 150-159.

<sup>292</sup> El político en desgracia escribió: “Los verdaderos, los auténticos intelectuales están comprometidos con México. No pueden ni deben permanecer al margen de la política. Su tarea de impulso a la modernidad es indispensable en una sociedad como la nuestra. Hay un vacío

Casi al mismo tiempo de la publicación de la entrevista de Octavio Paz, vio la luz una que le hicieron a Emmanuel Carballo donde hablaba de su distanciamiento tanto de Elena Garro como del poeta. De la primera porque al haberle comentado críticamente su actitud de 1968, ella se había ofendido pues consideraba que la enjuiciaban con tal de defender a su ex marido; del poeta se había alejado por razones personales de las que no daba mayor información, pero no se inmutaba al hacer un parangón del poder de éste dentro de la República de las Letras con el poder del presidente en el gobierno de la otra república:

(Paz) Ha llegado a sentirse un hombre tan importante dentro de las letras, como debe ser un presidente dentro de la política, y que le rindan pleitesía, y si pregunta la hora que le contesten: "Las que usted quiera, señor Paz." Lo veneran. Sigo prefiriendo la verdad a la lambisconería.<sup>293</sup>

A mediados de año el tema de compromiso político del escritor en las sociedades contemporáneas sería abordado por dos plumas prestigiadas.

En una entrevista concedida a Cristina Pacheco, Carlos Monsiváis se refirió al tema señalando que, lejos de lo que se pensaba, Juan Rulfo no había sido un escritor indiferente políticamente, sino más bien sus apreciaciones políticas no las había expresado de manera tan contundente como otros, por lo que recordaba la participación del jalisciense en el Comité de Intelectuales del Movimiento del 68 y la defensa que había hecho hasta sus últimos días de la revolución sandinista en Nicaragua.

Monsiváis señalaba que en Latinoamérica el escritor siempre había tenido influencia en los temas políticos y no pocas veces había participado directamente en ese mundo. Para él, lo que ahora sucedía es que dada la celebridad que los escritores en general habían

---

que llenar. No existen partidos políticos que defiendan de manera convincente una posición contraria a la del comunismo. El tiempo es propicio para el cambio." *Siempre!*, núm. 1719, México, 4 de junio, 1986, p. 26.

<sup>293</sup> Marco Aurelio Carballo. "Descubrí que Paz tiene pies de barro. Entrevista con Emmanuel Carballo", en: *Siempre!*, núm. 1710. México, 2 de abril, 1986, p. 31.

alcanzado en el nivel mundial ellos habían obtenido un mayor peso específico como materia de opinión pública. Finalmente, frente a la pregunta sobre si el desprestigio del discurso político podría explicar la mayor fuerza del discurso de los escritores, el todavía director del suplemento de *Siempre!* contestaba: “Puede ser. No sé si la literatura está esclareciendo las opiniones políticas o esclareciendo lo que el lenguaje de la política ha dejado tan entenebrecido.”<sup>294</sup>

Mario Vargas Llosa, por su parte, reafirmaba su convicción de que en Latinoamérica los intelectuales padecían una “hemiplejía moral”, consistente en “condenar las iniquidades de las dictaduras militares y los atropellos que permiten a menudo las democracias, y en guardar ominoso silencio cuando los abusos son cometidos dentro de regímenes socialistas.”<sup>295</sup>

La participación de escritores en el “Grupo de los 100” empezó a sentirse en septiembre de 1986, cuando le dirigieron una carta a la Presidencia de la república advirtiéndole sobre los riesgos que la planta nuclear de Laguna Verde, Veracruz, significaba para la ecología de la región.<sup>296</sup>

Hacia finales de año Ricardo Garibay aprovechó la ocasión de ser presentador del nuevo libro de Julio Scherer para amargamente sentenciar: “El escritor debe mantenerse alejado del jefe de Estado porque cuando se acerca es arrasado, engañado y humillado por el poder.”<sup>296</sup>

Por lo que hemos visto en este trabajo tal parece que por lo general los fines de año aportaban algún acontecimiento que haría que el nuevo empezara bastante agitado. En esta ocasión en su número de diciembre *Vuelta* presentó una editorial titulada “Por la libertad de expresión en Cuba” firmada por “algunos conocidos intelectuales” de España, Francia y América Latina, entre ellos, el director de la revista.

<sup>294</sup> Cristina Pacheco. “Hay que defender el derecho a la alegría. Entrevista con Carlos Monsiváis a raíz de haber ganado el premio ‘Jorge Cuesta’” (primera parte), en: *Siempre!*, núm. 1723. México, 2 de julio, 1986, p. 46.

<sup>295</sup> Mario Vargas Llosa. “Carta a Günter Grass”, en: *Vuelta*, núm. 117. México, agosto, 1986, p. 58.

<sup>296</sup> Marco Antonio Carballo. “Figuras de la semana”, en: *Siempre!*, núm. 1742. México, 12 de noviembre, 1986, p. 6.

En 1987, Carlos Monsiváis dejó la dirección de *La Cultura en México*. En un artículo evaluatorio presentó una panorámica de las cosas que en el nivel cultural habían cambiado durante el periodo en el que estuvo al frente del suplemento. Concluía que entre otros factores el aumento desmesurado del precio de los libros (18 veces entre 1982 y 1987) generó un mayor alejamiento del gran público de la lectura, por lo que se había intensificado el papel de los suplementos y las revistas culturales.

En sentido autocrítico Monsiváis señalaba que se habían dejado llevar por la crítica en sí misma de los esfuerzos faraónicos de los gobiernos de Echeverría y López Portillo, habiendo puesto el énfasis en atacar el derroche y los intentos de espectacularidad, cuando se debió haber señalado más enfáticamente que esos intentos lo único que mostraban era el desprecio por la vida cultural, pues se hacía a un lado el trabajo a mediano y largo plazos por la obvia razón de que éste no era tan rentable políticamente en lo inmediato. Monsiváis concluía su autoevaluación afirmando que:

En lo fundamental, creo que *La Cultura en México* ha sido, en la medida de las posibilidades, parte de un impulso crítico general, en un medio mucho más democratizado culturalmente, en donde ya ninguna publicación es *la publicación*, y en donde, por desgracia, la discusión de las personas se impone sobre el debate de ideas y logros específicos. En este orden de cosas, creo que un mérito —ya muy compartido— de *La Cultura en México* ha sido proseguir en la línea abierta en los años sesentas por Fernando Benítez y Carlos Fuentes, y profundizada por la renuncia de Octavio Paz a la embajada de la India a raíz de la matanza de Tlatelolco, la incorporación natural de la crítica política a la cultural, sin que esto signifique abdicación alguna de criterios, como ocurrió en los años desdichados del realismo socialista.<sup>297</sup>

El número 1301 de *La Cultura en México*, publicado el 12 de marzo de 1987, fue el primero en que la dirección recayó en Paco Ignacio Taibo II, quien tenía como jefe de Redacción a Gerardo de la Torre.

<sup>297</sup> Carlos Monsiváis. "Lo que fue, lo que no fue, lo que quiso ser el suplemento", en: *Proceso*, núm. 539. México, 2 de marzo, 1987, p. 45.

Dicha dirección estaría al frente del suplemento por poco más de un año (59 números) para ceder el lugar entonces a una nueva directora: Margarita Michelena.

Mientras tanto, desde *Vuelta* Octavio Paz se vanagloriaba de que, por fin, la democracia que él había señalado como la única forma a la que el sistema político mexicano debía aspirar, iba logrando convencer a todos los "ideólogos" que hasta hacía poco marcaban con vehemencia su distancia de conceptos como pluralismo, tolerancia, diálogo, división de poderes, federalismo, resurrección política de las regiones, sociedad civil, etcétera. Sus críticas particulares al marxismo y al socialismo así como su enfrentamiento con la izquierda provocaron que, cuando fue invitado a presidir los trabajos del Congreso Internacional de Intelectuales y Artistas de 1987, en conmemoración de los cincuenta años del Congreso de Valencia de 1937, se generaran fuertes enfrentamientos entre los grupos comunistas y los grupos anticomunistas, antimarxistas y antistalinistas.<sup>298</sup> Años después Vargas Llosa comentaría su sorpresa frente al ánimo combativo del poeta mexicano quien, a pesar de contar ya con más de setenta años, en una mesa de trabajo en la que la discusión alcanzó niveles muy fuertes estuvo a punto de liarse a golpes con sus detractores.

### **Desempolvando viejas estrategias: la nueva cooptación intelectual**

En octubre de 1987 Carlos Salinas de Gortari fue nombrado candidato a la presidencia de la república por el PRI para el proceso electoral que se realizaría el 6 de julio de 1988. Con él la República de las Letras vería de nueva cuenta cómo sus fronteras parecían diluirse.

Ya desde su campaña electoral, Salinas dio muestra del manejo que tendría con los diversos grupos de mayor peso dentro de la soberanía de los escritores. Creyente de la legitimidad conferida por los intelectuales se hizo rodear de ellos. En febrero de 1988, para una reunión del IEPES del PRI en Tabasco como parte de su campaña electoral, Salinas mandó llamar a dos de los principales intelectuales

<sup>298</sup> *Proceso*, núm. 556, México, 29 de junio, 1987.

perfectamente identificados con las revistas que marcaban la hegemonía editorial cultural en nuestro país. En dicha reunión el candidato oficial sentó a su derecha a Enrique Krauze y a su izquierda a Héctor Aguilar Camín. El subdirector de *Vuelta* comentó que ojalá tal distribución sólo hubiera sido una coincidencia y no una representación simbólica de cómo eran leídas sus revistas y posiciones políticas e ideológicas desde el poder.

Dentro de la discusión generada sobre si los intelectuales debían asistir a ese tipo de actos propagandísticos o si tal participación consistía en sí misma un apoyo para quien lo organizaba, Octavio Paz publicó un artículo señalando su apreciación sobre los distintos dominios de la cultura y la política. Para el poeta, era necesario tener claro que:

La cultura es el dominio de los signos y de los símbolos; ahora bien, en materia política éstos no cuentan menos que las realidades sociales y económicas. La política es un lenguaje, es decir, un teatro de signos y de símbolos. Lenguaje, teatro, signo, símbolo: la política es todo esto porque no es sino una de las manifestaciones como la religión y la economía, el arte y la moral, la ciencia y el derecho, de esa realidad plural y elusiva que llamamos cultura.

¿En qué consisten, entonces, los riesgos de cualquier política cultural? A mi juicio, en la confusión entre la parte y el todo. O dicho en términos morales: en la desmesura de la política, que es poder, ante la cultura.<sup>299</sup>

Al ubicarse claramente en su ámbito específico —el de la política—, los gobiernos modernos debían respetar los “fueros” de la sociedad y del individuo en el espacio de la cultura. Las soberanías, una vez más, perfectamente delimitadas. En el reino de la cultura, en la República de las Letras, el gobierno no debiera tener injerencia por más que él sea el poder.

Sobre esa temática semanas después Paz aclararía que las múltiples veces en las que se había referido a la necesidad de que el escritor no debía comprometerse con algún Estado o partido, quería decir únicamente que el escritor sí podía estar ligado a alguno de

<sup>299</sup> Octavio Paz. “Política cultural o cultura política”, en: *Vuelta*, núm. 136, marzo, 1988, p. 52.



ellos pero eso no le debía significar renunciar a la crítica de su propio partido o tendencia.

En plena campaña electoral para la presidencia, justo cuando los ánimos partidarios estaban más encendidos y las distintas alianzas empezaban a mostrar su real peligro para la continuación electoral del sistema de gobierno encabezado por el PRI, en junio de 1988 apareció en las páginas de *Vuelta* un artículo de Enrique Krauze que habría de cimbrar al mundo literario nacional. Vistas a distancia y con la información previa sobre las diversas críticas que el novelista había recibido a lo largo de los años (v.gr. José Joaquín Blanco, Gastón García Cantú, etcétera), las razones de la reacción desmesurada frente al artículo objeto de los juicios de Krauze parecen empañarse.

El historiador señalaba que estaba incómodo frente al novelista tanto en el ámbito literario como en el político y moral:

Mi desencuentro de lector con Carlos Fuentes ocurrió en 1971. Aunque en los años sesenta, luego de los asesinatos masivos de Tlatelolco y el Jueves de Corpus la fe estatista de *Tiempo mexicano* comenzó a desconcertarme. No entendía el mal uso que hacía Fuentes de la historia, sus trampas verbales, la prisa e imprecisión de sus juicios ni la facilidad y autocomplacencia de sus indignaciones. No entendía su modo de abordar la realidad ni justificaba, en suma, su actitud intelectual.<sup>300</sup>

Krauze se refería a la que llamó “imagen cosmética” que de México construía Fuentes para ser aceptado por los mercados literarios estadounidenses y europeos. Afirmaba también que su cubanización y acercamiento a la izquierda latinoamericana tan sólo habían sido poses necesarias para la autoconstrucción de su propio personaje (el Guerrillero-Dandy) en un país donde los verdaderos escritores militantes de la izquierda eran reprimidos y encarcelados. En esta lógica, continuaba el autor de Por una democracia sin adjetivos, el personaje de Fuentes era una más de las necesidades de Hollywood: un actor de la literatura.

<sup>300</sup> Enrique Krauze. “La comedia mexicana de Carlos Fuentes”, en: *Vuelta*, núm. 139. México, junio, 1988, p. 15.

Ineludiblemente Krauze se refería al papel político de Fuentes durante el gobierno de Echeverría, cuando había apoyado “la parodia revolucionaria” llegando a niveles “innecesarios y grotescos”. El subdirector de *Vuelta* terminaba trayendo a colación el consabido tema de: “... ¿cuál es la responsabilidad del intelectual latinoamericano? Una vez más, Camus: “Matizar y comprender, no dogmatizar ni confundir.” “Señalar interminablemente, si se quiere, la responsabilidad histórica de los norteamericanos, pero advertir también el aporte de los propios revolucionarios a la desventura.”<sup>301</sup>

El artículo le valió al subdirector de *Vuelta* recibir una andanada de críticas de toda índole, incluso alguna amiga se arrepintió de haberle abierto las puertas de su casa a quien ahora de manera pública insultaba al novelista mexicano. Insisto, para insultos los que antes otros ya le habían endosado al novelista, para crítica literaria y opiniones contrarias a su accionar político, también.<sup>302</sup> Entonces, ¿cuál fue la causa de tan fuerte reacción a ese artículo publicado en la revista que dirigía Octavio Paz? Algunos consideraron que el artículo era una traición del poeta (hubo quienes llegaron a sostener que el texto se había escrito a pedido de Paz) a Fuentes por haber permitido la publicación del trabajo, cuestión que los afectos a las conjuras incluso consideraron una planeada estrategia para quitar al novelista del campo de la batalla por el Nobel.

<sup>301</sup> *Ibidem*, p. 25.

<sup>302</sup> Traigo a colación dos ejemplos. El primero, posterior a la disputa, dicho por Juan José Arreola: “En mi opinión lo que ha hecho Carlos después ha sido tratar de seducir, de conquistar a públicos norteamericanos y europeos con el hechizo de lo mexicano. Carlos se ha convertido en una especie de escaparate de ‘lo mexicano’, pero siempre desde la perspectiva de una mirada que ha estado fuera de México. Sus análisis políticos sobre México me parecen poco acertados.” Arreola Orso, *op. cit.*, p. 296.

El segundo de treinta años antes de la polémica. En 1967 Piazza, en *La Mafía*, escribió: “—bueno pero podría haber también esos elementos esenciales de novelistas que siguen diciendo estas cosas para que no quepa duda de que se trata de ellos la máscara y el cuchillo de carlosfuentes las mujeres solas y cansadas de garcíaponce los mendigos de buñuel que son un índice de fuego para nuestra conciencia la cortina de nopal de cuevas.

—¿crees que hay que meterse con carlosfuentes? ¿no? la verdad es que ya lo he mencionado varias veces a veces suena a sátira pero sin mala leche really además le voy a escribir una carta le aviso todo lo pongo en guardia y le pido que me escriba una carta ad hoc para incluir-la ¿qué te parece? voy a incluir también tus cartas las de Harvard”, *op. cit.*, p. 51.

Justo en medio de la batahola, Paz le escribió a un amigo una larga explicación de las razones que lo llevaron a permitir la publicación en su revista del artículo crítico contra Fuentes. Permítaseme la licencia de reproducir en extenso dicha reflexión:

Perdóname el pequeño desahogo que vas a leer. Como si no fuese bastante con el desajuste íntimo que experimento apenas regreso a México, debo ahora enfrentar el pequeño escándalo provocado por el ensayo de Enrique Krauze sobre (contra) Carlos Fuentes. Yo hubiera preferido no publicar ese texto en *Vuelta*. No pude. Lo siento de verdad. Tú me conoces y sabes que lo que digo es cierto. Y no hubiera querido publicar ese escrito apasionado, por dos motivos. El primero: la vieja y sincera amistad que me une (o unía, no sé) a Fuentes. Una amistad desde hace años resignada a sus intermitencias y a sus desapariciones súbitas seguidas por sus apariciones no menos súbitas. El segundo, porque soy enemigo de las querellas personalistas. Mis polémicas y batallas han sido siempre (o casi siempre) intelectuales e ideológicas. Pero, ¿cómo hubiera podido yo, que tantas veces he defendido la libertad de opinión, negar las páginas de la revista a un escritor mexicano —aparte de que ese escritor es, nada menos, el subdirector de *Vuelta*?— La reacción previsible, no se hizo esperar: varios artículos de desagravio a Fuentes y otro de crítica acerba en contra de Krauze. Naturalmente, no han faltado los renacuajos que dicen —uno ya lo escribí— que se trata de una maniobra inspirada por mí para desacreditar a un rival aspirante al premio Nobel. ¡Qué infames! Jamás he ambicionado ese malhadado premio —es otra mi idea de la gloria— y nunca he movido ni moveré un dedo para tenerlo. Pero este incidente ha hecho más amargo mi regreso. No solamente he perdido a un amigo (inconstante y escurridizo, es cierto, pero también inteligente, generoso y cálido) sino que debo soportar callado las calumnias...<sup>303</sup>

Paz se abstuvo de comentar que en un principio se resistió a que el texto se publicara, pero Krauze no aceptó la recomendación e incluso amagó con renunciar a la revista, por lo que el poeta, desde el punto de vista expresado en su explicación, no tuvo otra posibilidad más que aceptar.<sup>304</sup>

<sup>303</sup> Octavio Paz, *Memorias y...*, op. cit., p. 328.

<sup>304</sup> Años después Enrique Krauze regresaría al álgido tema para aclarar que era falso que Paz lo hubiera impulsado a escribirlo. Al contrario, Paz conoció el texto concluido y le pidió no

En el fondo, más allá del enfrentamiento, crítica, disputa o como se le quiera llamar, entre las mayores figuras de las letras mexicanas de la segunda mitad del siglo xx, hubo una buena dosis de filiación ideológico-política en la defensa de Fuentes, en ese llamarse a ofendido por la descalificación surgida del puntilloso análisis que hacía Krauze de la figura, mito y obra del novelista. La sensación de ataque a una de las personalidades más importantes de la intelectualidad que de alguna forma se ubicaba dentro de la izquierda era intolerable, sin importar que tal personaje hubiera sido aliado, representante y defensor de gobiernos priístas represores de la crítica (pleonasma necesario). La ideología de la Revolución Mexicana permitía la existencia de escritores con esas características; ellos finalmente están de ese lado, mientras que sus atacantes se habían distinguido, sobre todo en los últimos tiempos, por su defensa del liberalismo así como sus críticas al socialismo, al marxismo y a la izquierda en general. De tal forma, agraviar a Fuentes era una ataque a un proyecto político, a una ideología, llevado a cabo por los representantes y voceros de los “enemigos históricos”, lo cual resultaba impermisible. Fernando Benítez calificó al texto de Krauze de panegírico innoble y libelo.

Muchos meses hubieron de pasar antes de que Carlos Fuentes se refiriera al artículo en cuestión. A pregunta expresa sobre su opinión contestó un escueto: “A mis críticos yo me los desayuno.” También de manera rápida, el 30 de octubre de 1990, en ocasión de haber-

---

publicarlo. “Lo amagué incluso con la renuncia y consintió finalmente en publicarlo, con gran dolor de su parte. Y aunque no quito una coma de la tesis moral de este ensayo, pienso que debí atender a las críticas de Paz, en el sentido de que mi apreciación sobre el mérito literario de Fuentes –en particular sobre su incesante innovación en el lenguaje– era injusta (...)

Por desgracia, Fuentes creyó o más bien quiso creer, en la hipótesis de que Octavio estaba detrás de mi texto. La fructífera amistad entre Paz y Fuentes no sólo fue importante en la vida de ambos, sino en la literatura mexicana. Yo lamento que, por ese acto de convicción mía, como fue ese ensayo, esa amistad se haya lastimado o terminado.”

“Conociendo íntimamente a Paz, como lo conoce, Fuentes debería saber que si Paz piensa o cree en algo, lo dice por sí mismo. No necesita quien lo escriba. Conociendo íntimamente a Fuentes, como lo conoce, Paz supuso que Fuentes entendería que mi texto era responsabilidad plenamente mía.”

“... yo creo que hay demasiadas diferencias de moral política entre Paz y Fuentes para ser amigos profundos. Pero a veces el afecto antiguo persiste. Entre ellos debería persistir.” Manuel Robles. “Krauze equipara el trato a Paz con el que recibió Vasconcelos”, en: *Proceso*, núm. 728. México, 15 de octubre, 1990, p. 48.

sele preguntado si ya había felicitado a Paz cuando éste ganó el premio Nobel, confirmó a *El País* que ya lo había hecho a pesar de que ahora sus relaciones eran malas porque “Tuvimos una larga amistad, pero a veces se cruzan cucarachas en el camino de la amistad. Cucarachas ambiciosas...” Fue hasta más de diez años después, ya muerto Paz, cuando el novelista abordó explícitamente el tema:

No estábamos de acuerdo en varios asuntos políticos, pero nos preciábamos de diferir sin pelearnos, de probar nuestra amistad, fuerte y honda, contra todas las diferencias. Dábamos, queríamos dar, una prueba de coexistencia respetuosa entre concepciones diferentes de la vida y la sociedad. Casi lo logramos.

Cuando, siendo director de la *Revista Mexicana de Literatura*, me llegó un ataque salvaje contra Octavio Paz, me negué a publicarlo.

—Entonces usted no cree en la libertad de crítica y de expresión —me dijo el autor.

—En lo que creo es en la amistad —le contesté—. Y aquí no se publican ataques contra mis amigos. Vaya usted a otra parte con su escrito. No faltan espacios que se lo publicarán encantados. Pero aquí, contra un amigo, no.

La amistad requiere atención, cuidado y amor. “No dejes pasar un día sin reparar tus amistades”, aconsejó el Dr. Johnson. El recuerdo es una renovación cotidiana de la amistad. Y sólo en el corazón de un amigo podemos reconocernos realmente a nosotros mismos, y al mundo, “como el día que madura de hora en hora hasta no ser sino un instante inmenso...”<sup>305</sup>

La amistad nunca se pudo volver a zurcir. Semanas antes de la muerte del poeta, Fernando Benítez hizo denodados llamados públicos a ambos para que se reencontraran. La visita nunca se dio, ninguno caminó el primer paso. Ambos perdieron para siempre esa oportunidad. Un último absurdo coronó esos intentos pues se generó una nueva discusión completamente bizantina sobre quién debió haber cedido en su orgullo para provocar el encuentro: Fuentes o Paz, Paz o Fuentes. La verdad es: ¿a quién le importa? El poeta ya falleció.

Un mes después de la publicación del polémico artículo, se realizaron en México las elecciones federales en donde, después de un

<sup>305</sup> Carlos Fuentes. “Mi amigo Octavio Paz”, en: *Reforma*, Cultura, México, 6 de mayo, 1998, p. C1.

proceso sumamente cuestionado e impugnado, el candidato del PRI fue declarado vencedor entre las protestas de la oposición y el escepticismo de la población. El concepto “fraude colosal” se convirtió en moneda de uso corriente entre los analistas y comentaristas políticos.

Días antes del proceso algunos intelectuales aceptaron expresar públicamente sus preferencias electorales:

–Por Cuauhtémoc Cárdenas: José Agustín, Antonio Alatorre, Enrique González Rojo, Guillermo Fernández;

–por Carlos Salinas de Gortari: Margarita Michelena, Marco Antonio Montes de Oca, Andrés Henestrosa, Arturo Azuela;

–se abstendrían: Juan Bañuelos, Fernando Benítez, Felipe Garrido, Alberto Ruy Sánchez;

–no quisieron contestar: Juan José Arreola, Emmanuel Carballo, Eduardo Lizalde.<sup>306</sup>

En medio de las candentes campañas electorales, el nombre de Gabriel Zaid fue mencionado por el candidato del Partido Acción Nacional, Manuel Clouthier, en una terna dentro de la cual escogería a su futuro secretario de Hacienda. Zaid, divertido, se apresuró a declinar pero aprovechó la ocasión para, declarándose “ministro por un día”, expresar las medidas que tomaría en ese alto cargo.

El seis de julio de 1988 habría de pasar a la historia contemporánea de nuestro país como una de las fechas más oprobiosas de la vida política nacional en las décadas recientes. Se realizó uno de los procesos electorales más sucios y fraudulentos de los que se tuviera memoria en la etapa posrevolucionaria. El candidato del PRI, Carlos Salinas de Gortari, fue designado ganador de la contienda electoral para la Presidencia de la República, por encima de la mayoritaria votación que había recibido el candidato del Frente Democrático Nacional, Cuauhtémoc Cárdenas.

Los escritores e intelectuales no pudieron quedar al margen de la disputa poselectoral. La más importante y trascendente fue la generada por la participación abierta de Octavio Paz, quien después de varios días en los que la querrela sobre la fraudulenta elección había ido en aumento, apareció en las páginas de *La Jornada* para, desde

<sup>306</sup> *Proceso*, núm. 609. México, 4 de julio, 1988.

su alta investidura intelectual, señalar una doctrina que en adelante habría de ser utilizada para descalificar muchos movimientos y posiciones políticas. De acuerdo al poeta, los afanes democráticos que pugnaban por la limpieza de la elección y el reconocimiento del triunfo de quien sencillamente hubiera obtenido la mayor cantidad de votos, era una posición fundamentalista (el “todo o nada”) que debía ser erradicada del horizonte político, pues significaba un retroceso para el mustio avance democrático de nuestro país:

Lo que piden los candidatos, en verdad, es la rendición incondicional de sus adversarios. En un abrir y cerrar de ojos quieren dismantelar al PRI y poner de rodillas al gobierno. Otra vez: todo o nada. Poseídos por los fantasmas de nuestro pasado, los líderes de la oposición buscan la derrota total, la aniquilación política de sus antagonistas. No son partidarios de una transición –o sea: una evolución gradual y pacífica, como pedimos algunos desde 1969– sino de un cambio brusco, instantáneo. Lo más curioso es que ninguno de los dos puede afirmar seriamente que la mayoría de los mexicanos apoyan su pretensión.<sup>307</sup>

Para Paz, las oposiciones deberían simplemente aceptar las cifras que oficialmente se les estaban reconociendo pues ya era mucho su avance, además de que en realidad ninguna de ellas (particularmente la cardenista) era la mejor opción para el país. De tal forma, el poeta terminaba eludiendo la argumentación más elemental del quehacer democrático en el sentido de que el triunfo en una contienda electoral debe asignársele a quien haya obtenido el mayor número de votos sin importar si la cantidad de diferencia con sus contendientes era grande o pequeña, y mucho menos si para alguien (intelectual o no) la opción con mayor número de sufragios era la mejor o la peor. Los votos debían, simplemente, decir quién había ganado, ningún juicio de valor sobre los candidatos podía inclinar o sustituir al fiel de la balanza electoral.

Héctor Aguilar Camín, director de *Nexos*, quien ya era señalado como un intelectual muy cercano a Salinas, también participó en la

<sup>307</sup> Octavio Paz. “Ante un presente incierto. Historias de ayer. Entreluz: ¿alba o crepúsculo?”, en: *La Jornada*, 12 de agosto, 1988, p. 8. *Cfr.* Rodríguez Ledesma, *op. cit.*, p. 379-405.

discusión para, renegando de los fuertes juicios críticos que le había hecho a Octavio Paz diez años atrás, decir ahora que eran inapreciables las aportaciones del poeta a la discusión sobre el fraude electoral, por lo que él mismo se sumaba a que se limpiara la elección haciendo correcciones y ajustes relativos, pero no de rechazos y descalificaciones absolutas.

En la discusión con el poeta intervinieron múltiples nombres, entre ellos: Luis Javier Garrido, Adolfo Gilly, Eduardo Huchim, Roger Bartra, José Cueli, Superbarrio Gómez, Daniel Cazés. Curiosamente el artículo de este último fue uno de los que más enojo provocaron en el poeta. Arriesgo una hipótesis al respecto. En su texto Cazés hacía una especie de paráfrasis de aquel poema que Paz había escrito sobre la masacre del dos de octubre, usando las imágenes del poeta para ejemplificar la forma en que éste había modificado su toma de posición frente al gobierno mexicano. Ambas cosas no pudieron ser toleradas ecuánimemente por Paz.<sup>308</sup>

El fraude se consumó, Salinas tomó posesión como presidente de la república instaurando inmediatamente una política similar a la que dos décadas atrás había establecido Luis Echeverría con los intelectuales. La puerta de los recursos gubernamentales para la cultura se abrió generosamente. Apenas en los primeros días de diciembre se anunció la fundación del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes al frente del cual quedaría el escritor, intelectual, funcionario y profesor universitario Víctor Flores Olea.

En enero de 1989 una de las primeras acciones del nuevo gobierno salinista generó que de nueva cuenta se pusiera en el medio de la discusión el tema de la necesaria defensa de la libertad e independencia de la República de las Letras. Uno de los más grandes representantes del prisma tradicional, del corporativismo oficial característico del sistema político mexicano posrevolucionario, Joaquín Hernández Galicia, líder moral, máximo e histórico del Sindicato de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana, fue objeto de una operación gubernamental para encarcelarlo. Con ello se quitó de en medio a uno de los líderes sindicales más poderosos

<sup>308</sup> Cfr. Daniel Cazés. "Los discursos neopriistas", en: *La Jornada*. México, 23 de agosto de 1988.



que, desde la campaña electoral, había tomado distancia del candidato de su propio partido.

Ese día desde las oficinas del recién nombrado director del Conaculta salieron las llamadas telefónicas necesarias para alcanzar lo que nunca antes se había logrado, el apoyo en bloque como gremio de los intelectuales a una causa política: expresar su respaldo al recién estrenado presidente por haber encarcelado a la Quina. Dicho documento fue ampliamente difundido esa misma noche en el noticiero conducido por Jacobo Zabłudowsky con mucho el de mayor audiencia de la época, y reproducido al otro día en la mayoría de los periódicos.<sup>309</sup> Salinas de Gortari había logrado en esas primeras semanas de su mandato lo que parecía difícil, hacer concordar a los grupos que estaban al frente de las dos revistas culturales en las que el común de la gente veía dividida a toda la vida cultural del país.

Tres días después, algunos intelectuales cuyos nombres no aparecieron en los desplegados promovidos desde el Conaculta expresaron sus opiniones respecto a los hechos del 10 de enero. Ricardo Garibay felicitaba a Salinas por acabar con un sindicato corrupto y gansteril agregando que ojalá ahora sí se respetara el Estado de derecho y agradecía a quienes no lo invitaron a firmar “con el rebaño”. Elena Poniatowska declaró que la Quina era indefendible pero que para apresararlo no habían cuidado las formas. Sobre la misiva de los intelectuales señalaba: “Esa carta no se sabe muy bien de dónde proviene, quién la ideó o de dónde salió: ojalá que éste sea el principio de un ataque frontal a todas las corrupciones, yo creo que hay mil 776 millones de ellas.” Antonio Alatorre explicó: “Me llamaron

<sup>309</sup> Sobre este hecho Federico Campbell asentó: “Pero como gremio los escritores habían guardado silencio –seis meses antes– ante unas elecciones presidenciales tan fraudulentas como las de Pascual Ortiz Rubio, Manuel Ávila Camacho y Adolfo Ruiz Cortines. Como gremio, en conjunto, en bola, los intelectuales no nos hemos enterado de que vivimos en uno de los países del mundo –los Estados Unidos Mexicanos, llamado así extraña y oficialmente– en que más se tortura y en el que, en el correr de una década, desaparecieron más de 500 mexicanos. Como gremio, hemos callado ante la tortura y la desaparición de personas. Antes de 1962, unos 120 intelectuales franceses –con riesgo de su propia vida, en los años de la OAS– firmaron una protesta contra la tortura en Argelia. Y protestaron como gremio. Como grupo. Sartre, entre ellos. Simone de Beauvoir.” Campbell, *La invención...*, *op. cit.*, p. 154. El desplegado está reproducido en el apéndice.

por teléfono y me abstuve de firmar porque me siento un ciudadano común y corriente desconcertado y que quiere saber lo que pasa con precisión. Soy un ermitaño espectador.”

A su vez, Federico Campbell certeramente puntualizó:

El desplegado en apoyo a Salinas –que excluye que se trató de un pleito intermafia, que no alude a la impunidad de clases otorgada a Beteta y a Eduardo Legorreta– deshonra a la estirpe de los intelectuales críticos, sobre todo cuando el desplegado fue promovido desde arriba por la oficina cultural del gobierno. A la hipocresía generalizada que nos dicta lecciones de moral procedentes de Zabludowsky e Irma Serrano, se ha sumado por desgracia la de los intelectuales. Es la primera vez en los últimos años en que el gremio se manifiesta como grupo, pero para halagar al gobierno. Siempre nos metemos con los poderes del extranjero, nunca criticamos al poder local. Queremos tener siempre una relación cordial con el Estado. No se pronunció públicamente el gremio intelectual por el fraude electoral, la dudosa legitimidad de Salinas, la tortura y desaparición de personas, la matanza de 12 reos en Tepic, el nombramiento de Nazar Haro. Nadie tiene por qué defender a *La Quina* ni mucho menos. Es indefendible. Ése no es el problema. El caso es que una intelectualidad crítica tendría que lamentarse y condenar el estilo pinochetista con el que se descuidaron las formas de una diligencia judicial, y protestar por la anulación del Estado de Derecho que también fue burlado en Tepic. Vivimos tiempos en que predomina la indignación selectiva. Cada quien se indigna de lo que le conviene.<sup>310</sup>

En el mismo espíritu crítico, Raquel Tibol señaló respecto a las cartas:

Es un manifiesto, yo diría, de los intelectuales que en 95 por ciento están ya inscritos en la burocracia cultural. No creo que sea elegante, espiritualmente hablando, que los intelectuales en posiciones de funcionarios mayores o menores promuevan manifiestos a sus jefes superiores. Por elemental delicadeza intelectual debieron abstenerse.

<sup>310</sup> Pablo Espinosa. “Controversia entre intelectuales por los sucesos del 10 de enero”, en: *La Jornada*, 15 de enero, 1989, p. 25.

El subordinado no aplaude al jefe si se considera un intelectual en activo; si son ya burócratas es otro el cantar.<sup>311</sup>

Teresa del Conde explicó cómo se había solicitado el apoyo de los intelectuales: "Respecto de la Carta Abierta, no firmamos nada en un papel, sino que se nos llamó por teléfono y se nos dijo si firmábamos en apoyo al gobierno: sí, nosotros no podíamos firmar en favor de La Quina; no es que viéramos el texto redactado y fuéramos a estampar una firma."

Súbitamente las palabras que José Emilio Pacheco había expresado casi veinte años atrás parecían convertirse en uno de los fantasmas convocados por don Juan: "A pesar de sus terribles limitaciones, nuestro oficio tiene una dignidad y una importancia social porque se maneja con las palabras y sólo mediante el empleo exacto de las palabras podemos aspirar a entendernos y a entender el mundo. Y entender el mundo engendra de inmediato la voluntad de transformarlo."

---

<sup>311</sup> *Idem.*

## CAPÍTULO SEIS

### LA HEGEMONÍA BIPOLAR

*Los escritores estamos divididos en dos: los que escriben y los que no escriben. Los que no escriben son los que más se ven, los que llenan el mundo de la moda. Está de moda ser escritor aunque sea sin escribir. Y el estar de moda exige tantos compromisos sociales como a un artista de cine o a una reina de belleza. Los otros escritores, los que escriben son los que se ven menos, precisamente porque están demasiado ocupados escribiendo.*

Gabriel García Márquez.<sup>312</sup>

#### La construcción del escenario

La legitimación de Salinas en los hechos, como había sugerido el Partido Acción Nacional, se impulsó desde los inicios de su ejercicio gubernamental. Los dos primeros años pasaron sin que se presentaran problemas mayúsculos. La expectativa de los escritores se dirigía hacia la consolidación y primeras actividades del Conaculta.

Durante ese lapso se afianzó la visión general del quehacer literario político como dividido en dos grandes grupos aglutinados alrededor de sendas revistas mensuales: *Nexos* y *Vuelta*. Dentro de dicha visión de sentido común se marcaba que Octavio Paz delineaba con claridad la línea de *Vuelta* de acuerdo a sus posiciones cada vez más claramente conservadoras. Mientras, en el otro polo, según esa explicación, se identificaba al grupo *Nexos* cada vez más con las posiciones gubernamentales. Para reforzar esta idea dicha revista, en su número 148, correspondiente a abril de 1990, presentó como artículo principal un texto titulado "Reformando al Estado", escrito nada más y nada menos que por Carlos Salinas de Gortari.

<sup>312</sup> Luis Suárez. "En una sorprendente entrevista habla Gabriel García Márquez y se desnuda ante *Siempre!*", en: *Siempre!*, núm. 1306. México, 5 de julio, 1978, p. 47.

Según la filiación que se adoptara, tal visión asignaba los valores maniqueos necesarios pero dejaba de lado la existencia de grupos y personalidades que no necesariamente estaban comprometidos o se podían definir de acuerdo a esa concepción bipolar del ámbito cultural mexicano. Por ejemplo, *La Jornada Semanal* en su segunda época dirigida desde junio de 1989 por Roger Bartra, el mismo que en los principios de los ochenta había dirigido *El Machete*, significó una bocanada más de aire fresco en ese espacio que tendía a ser hegemonizado por los dos grupos señalados. Algunos críticos incluso consideraron este suplemento como un heredero legítimo de los mejores atributos de *La Cultura en México*.<sup>313</sup>

Para José Agustín existía la tendencia dentro de los cenáculos literarios a ver las cosas desde la perspectiva oficial, el Estado había subrayado que él era el poseedor del poder cultural, por lo que vía del Conaculta hegemonizaba sus puntos de vista. Coincidentemente, como para avalar las opiniones del alguna vez joven novelista, en enero de 1990 el ex presidente Miguel de la Madrid fue nombrado director del Fondo de Cultura Económica, siendo la primera vez que se realizaba una designación cultural para un ex mandatario.

En mayo de ese año el Papa Juan Pablo II visitó nuevamente nuestro país. Durante su estancia se realizó una reunión con intelectuales nacionales. Desde el mismo momento de su anuncio, un mes antes, el “Encuentro con Intelectuales” generó discusiones sobre quiénes serían los invitados, quiénes tomarían la palabra y quiénes presidirían el acto. Un fuerte rumor señaló a Octavio Paz como el orador oficial, y de inmediato el oscurantista grupo Provida se apresuró a vetarlo pues, según ellos, al estar el poeta de acuerdo con el uso del condón por haber firmado un desplegado en tal sentido, no era posible que fuera el representante de México y su gente frente al ilustre visitante.

Finalmente, la reunión con el Pontífice se celebró con la asistencia de una multitud en la cual los escritores eran franca minoría pues al acto con “intelectuales” asistieron de todo, incluyendo muchos “artistas” de Televisa.

<sup>313</sup> José María Espinasa. “El jardín verbal: publicar como lector”, en: Gabriela Olivares Torres, coord., *La pluma y el lapicero. Crónicas de periodismo cultural*. México, Conaculta/Centro Cultural Tijuana, 1998.

Los intelectuales que acudieron a la reunión fueron: René Avilés Fabila, Leopoldo Zea, Eraclio Zepeda, Óscar Oliva, Antonio Pompa y Pompa, Octavio Paz, Guillermo Tovar y de Teresa, Griselda Álvarez, María Luisa Mendoza, Miguel Ángel Granados Chapa y Froylán López Narváez.

Mientras que Paz calificó al encuentro con el Papa como un acto importante no en términos religiosos sino históricos, el escultor Feliciano Béjar declaró enojado:

Estoy terriblemente desilusionado. Nunca he ido a una cosa de rocanrol, pero me imagino que pasa igual que aquí. Además, de dónde salieron estos intelectuales, porque yo no conozco más que a cuatro. Estamos jodidos o muy, muy bien. (...) veo que todo esto es una pachanga, una pachanga prefabricada que de cristianismo no tiene nada; somos una bola de cretinos en el fondo, presumiendo aquí de que estamos invitados, que tenemos lugares buenos. Es totalmente un circo.<sup>314</sup>

Ese mismo año se levantó el censo de población. Un curioso reportaje aparecido meses después refirió los resultados acerca de la cantidad de ciudadanos que declaró tener como oficio profesional ser escritor. Aunque el autor del texto matiza los resultados extrae ciertas conclusiones interesantes: en 1990 había 2,340 escritores, esto era, un escritor por cada 35 mil habitantes, o uno por cada diez mil personas ocupadas. Ahora bien, de cada 86 trabajadores del arte uno era escritor. El 63% eran hombres y el 37% mujeres.

Por edad se repartían en los siguientes rangos:

- menores de 30 años: 30.8%,
- entre 30 y 39 años: 28.2%,
- entre 40 y 49 años: 16.7%,
- entre 50 y 59 años: 11.7%,
- más de 60 años: 12.6%.

Como todo en el país, la producción del grupo estaba centralizada: el 62% vivía en el Distrito Federal.

Seis de cada diez escritores tenían una carrera profesional. El 59% señaló que tenía otro empleo, mientras que sólo el 36% declaró estar

<sup>314</sup> *La Jornada*, México, 13 de enero de 1990, p. 31.

trabajando por su cuenta.<sup>315</sup> Por si alguien tenía duda, el número de uno por cada treinta y cinco mil habitantes mostraba con claridad que el oficio era muy poco requerido por las grandes masas, aun creyendo que esos treinta y cinco mil que declararon ser escritores de verdad lo fueran, pues habría que averiguar de qué tipo de escritura se trataba su actividad.

Mientras tanto, en agosto de ese año la visita del presidente checo Vaclav Havel a la ciudad de México ocasionó que el tema del compromiso y papel de los intelectuales, en particular de los escritores, se dilucidara públicamente cuando el mandatario se reunió en una comida con sus colegas mexicanos de las letras.

A pregunta expresa de Enrique Krauze, el poeta/presidente expresó:

Yo criticaba a los políticos por su mala política y como escritor creía tener la misión de crear un espejo que reflejara la realidad para llegar a la verdad. Pero llegó el momento en que me dijeron: Ándale. Ven, a ver, si tú lo puedes hacer mejor. Yo no quería meterme en política, pero si todos fuéramos así, tan independientes, nadie podría garantizar la independencia de los independientes.<sup>316</sup>

La inquietud sobre los intelectuales que habiendo estado del otro lado del poder habían terminado por pasarse al lado de los poderosos, fue expresada por el editorialista de *Excélsior* León García Soler, quien en alguna ocasión había establecido un intercambio de descalificaciones con Héctor Aguilar Camín. Sobre el tema, Havel simplemente contestó que debido a la experiencia que estaba viviendo comprobaba que estando en el poder era mucho más difícil conservar la fidelidad de sus ideas. Sin embargo, cuando el periodista insistió con el tema de las mafias y Havel ofreció un brindis por “esa mafia que somos los escritores”, provocando la hilaridad de los presentes, Octavio Paz, que ni siquiera había sonreído, arrebató la palabra para salir al paso de las viejas acusaciones sobre la existen-

<sup>315</sup> Germán Castro Ibarra. “Los que se dicen escritores”, en: *La Jornada Semanal*, núm. 125. México, 3 de noviembre, 1991.

<sup>316</sup> Víctor Hugo Rascón Banda. “Havel con los intelectuales: más dramaturgo que Presidente”, en: *Proceso*, núm. 720. México, 20 de agosto, 1990.

cia de los cenáculos en el mundo intelectual mexicano. Después de decirle a Havel que dicha palabra le había parecido simpática en sus labios, señaló:

Yo distinguiría dos significados de la palabra mafia: Los que están fuera del orden, fuera de la ley, y aquellos que se unen en una coalición de intereses. Yo estoy con la mafia en el sentido de estar fuera del orden, en una coalición de ideas, pero no es una coalición de intereses que predominen sobre las ideas. No... Recordemos a Sócrates y a Patock que fueron víctimas del poder. Las relaciones entre el poder y el intelectual son más complejas. El fenómeno de la modernidad está claro en la Revolución Francesa. Ahí hubo intelectuales *víctimas* del poder e intelectuales, como Robespierre y Marat, que *ejercieron* poder con el terror. El intelectual duda y tiene el poder la crítica y la autocrítica, como Sócrates, pero debe tener presente que él no tiene la razón absoluta.<sup>317</sup>

Escritor al fin, el presidente de la república checa expresó su fe en el enorme poder y, por tanto, peligro que las palabras poseían: “En mis textos he hecho hincapié en el significado de las palabras y el empleo de las palabras huecas. La palabra es más fuerte que todas las armas químicas y su utilización requiere de un máximo de cuidado.”

Ese enorme y peligroso poder de las palabras al que se refirió Havel, se mostraría claramente en nuestro país unas cuantas semanas después.

En septiembre de 1990 empezaron en la ciudad de México los trabajos del Encuentro *Vuelta*: “La experiencia de la libertad”. Organizado por el grupo encabezado por Octavio Paz, fue un amplio foro de discusión sobre las expectativas de las sociedades contemporáneas una vez que el muro de Berlín había caído. El encuentro se convirtió en un tema de fuertes discusiones sobre la filiación política de los organizadores y las razones de su actividad militante en la crítica al marxismo, al socialismo realmente existente y, finalmente, a la opción socialista en general. Sin embargo, para efectos del

<sup>317</sup> *Idem*. Véase también: Marta Anaya. “Vaclac Havel”, en: *Excelsior*, 16 de agosto, 1990, p. 1-26.



presente trabajo uno de los hechos más conocidos e influyentes de los que sucedieron durante los días que se desarrollaron las discusiones es por demás significativo.

Como preámbulo de lo que habría de pasar días después, al ser entrevistado por Andrés Oppenheimer, Octavio Paz deslizó una aguda crítica a Gabriel García Márquez por su estrecha amistad con Fidel Castro. Cuando se le inquirió sobre su opinión al respecto, el poeta mexicano contestó: “No sé. No soy patólogo. Éste es un caso de patología ideológica. Quizá tenga que ver algo con la fascinación por el poder. **Algunos escritores se sienten fascinados por el poder, y los poderosos también se sienten fascinados por los escritores.**”<sup>318</sup>

La fascinación del poder hacia los escritores y de los escritores por el poder habría de provocar que durante los trabajos del encuentro se generara una situación que pareció poner en peligro las buenas relaciones que existían entre el grupo *Vuelta* y el gobierno mexicano. Sin embargo, antes de hacer su revisión refiere que García Márquez respondió a los comentarios del poeta mexicano diciendo que en realidad se trataba de un problema de error en el diagnóstico, y que él respetaba mucho a Paz como poeta pero no como médico.

Durante los trabajos del encuentro, al ser los organizadores los dueños de la mesa, por lo general a Paz se le atribuía el derecho de decir las últimas palabras sobre los temas comentados. Asimismo, los invitados identificados con la izquierda se quejaron de que no se les permitió intervenir de la misma forma que al resto. Durante la mesa “Los intelectuales y la nueva sociedad”, Carlos Monsiváis debió salir al paso de la acusación en el sentido de que los intelectuales de izquierda eran los responsables de los graves problemas que aquejan a los países latinoamericanos. Enrique Krauze, quien era el moderador de la mesa, le contestó que no era posible eludir la responsabilidad de la intelectualidad de izquierda en los dramas que vivían nuestros pueblos, concluyendo su participación con una frase contundentemente descalificatoria en el sentido de que el poder

<sup>318</sup> Negritas del autor. Armando Ponce y Gerardo Ochoa Sandy. “En las afueras del encuentro: acciones y reacciones, expectación, polémicas, denuestos”, en: *Proceso*, núm. 722, México, 3 de septiembre, 1990.

de esos ideólogos en la región se restringía a ciertas universidades, pero que estaba convencido de que el último stalinista no moriría en la Unión Soviética, donde ya nos los había, sino en el *campus* de alguna universidad latinoamericana.

En su contestación, Monsiváis señaló que él estaba lejos de intentar desconocer los problemas y errores originados por la izquierda latinoamericana, pero que había que recordar que jamás ésta había tenido en su poder la capacidad de tomar decisiones económicas y políticas, por lo que en todo caso la intelectualidad ligada (justificadora) a los actos del poder tenían una responsabilidad mucho mayor que la de la izquierda.

Frente a esa respuesta Paz, quien como ya vimos tenía asegurada la última participación en las sesiones, la emprendió contra los argumentos de Monsiváis señalando que la izquierda:

- a) había guardado silencio frente a lo que sucedía en el mundo socialista;
- b) se adhería siempre a las políticas estatistas y populistas de los gobiernos de la región;
- c) en términos culturales se caracterizaba por una “prodigiosa demagogia” expresada, por ejemplo, en la etapa del muralismo mexicano, y
- d) se la pasaba insultando a los escritores independientes que se atrevían a criticar a los regímenes del Este, al populismo, al estatismo, etcétera.<sup>319</sup>

Al aire Monsiváis no tuvo posibilidad de responder, debiendo esperar para publicar su contestación a través de un artículo en *La Jornada*.

Esta disputa ilustra bien la forma en que los dilemas y las contradicciones sociales cruzan el circuito cultural. Si bien la República de las Letras está conformada y se define en función a la *otra* república, en ella también se expresan los conflictos políticos, culturales, ideológicos existentes en el ámbito social general. Los escritores toman posición política, los enfrentamientos entre ellos por causa de estas razones no es ni con mucho extraña, es inherente al accionar de los escritores en la medida que éstos, ni más ni menos que el

<sup>319</sup> Cfr. Rodríguez Ledesma, *op. cit.*, p. 255-267.

resto de los hombres y mujeres, son individuos que se afilian a concepciones del mundo, a apreciaciones filosóficas y a lecturas políticas de la realidad.

Si la discusión entre los escritores alrededor de sus apreciaciones sobre la desaparición del mundo del socialismo realmente existente y el futuro de las sociedades contemporáneas, significó el enfrentamiento entre las diversas posiciones políticas expresadas dentro de la República de las Letras, cuando se dio la calificación de un escritor no mexicano (Mario Vargas Llosa) sobre el sistema político mexicano (“México es la dictadura perfecta”) los focos rojos se encendieron. La reacción iracunda de Octavio Paz que, además de cuestionar fuertemente al peruano, regañó a Krauze porque éste contento se había sumado a la crítica y había agregado que podría definirse a México como una “dictablanda”, mostraba que un individuo ciudadano de la República de las Letras debía tener cuidado con la crítica a la otra república, pues entre ellas si bien existen diferencias, como entre todas las naciones, existen intercambios de poder e intereses que debían ser construidos y cuidados.

El escritor, aun cuando perteneciera a la República de las Letras, debía cuidar las relaciones con la otra república, poniendo atención a las palabras que utilizaba para referirse a ella; Havel lo había dicho poco antes: las palabras eran más peligrosas que las armas químicas, por lo tanto no debían utilizarse contra otra república, sobre todo si se estaba en tiempos de paz. La fascinación del poder por parte de los escritores, de la que al inicio del encuentro el poeta mexicano había dado fe, pareció expresarse, aunque en términos negativos, cuando ese poder fue evidenciado de fea forma dentro de los trabajos del encuentro. En una desafortunada casualidad, Mario Vargas Llosa abandonó el país justo al otro día de la sesión en la que había expresado su crítica al sistema político mexicano. Inmediatamente los rumores sobre su abrupta salida se dejaron sentir.

El enojo de Paz y su público rasgamiento de vestiduras por las infamantes acusaciones en el sentido de que el novelista peruano había sido invitado por el gobierno mexicano a salir del país, en estricto sentido no venían al caso pues, como hemos visto, había múltiples razones históricas para creer en ese tipo de versiones. La verdad nunca se supo. Posteriormente, Vargas Llosa en varias oca-

siones se encargó de desmentir que hubiera sido invitado a irse de nuestro país, explicando que todo se debió a una coincidencia pues esa noche recibió un llamado urgente que lo obligó a trasladarse inmediatamente por asuntos familiares a Inglaterra, pero lo que sí era cierto era que su destino “era meter la pata en todas partes”.<sup>320</sup> Casualmente, ese mismo 31 de agosto en cuya madrugada Vargas Llosa abruptamente abordó un avión para partir al extranjero, se inauguró la XIV Asamblea Nacional del PRI.<sup>321</sup>

Dos meses después, Carlos Fuentes corregía a Vargas Llosa pues, decía, si lo de la dictadura perfecta fuera verdad, los escritores como Benítez, Paz o él mismo no podrían escribir. De lo afirmado por Fuentes se decantaba una triste conclusión para la República de las Letras: si no fuera por la otra república, ella no podría existir pues su elemento vital, la escritura de los escritores, no se podría desarrollar. La soberanía de las letras era sólo virtual, dependía para su propia existencia de la existencia de la democracia en la otra república.<sup>322</sup>

Por esas fechas, en noviembre de 1990, se anunció que Octavio Paz había ganado el Premio Nobel de Literatura. En ese mismo mes Jorge Aguilar Mora, quien años atrás, como ya vimos, había renunciado a seguir colaborando en *La Cultura en México* pues se le había impedido publicar un artículo crítico sobre Paz, escribía que los dis-

<sup>320</sup> *Ibidem*, p. 414-420, y Armando Ponce y Gerardo Ochoa Sandy, “Detrás de los ‘asuntos familiares’ de Vargas Llosa: su pleito con Octavio Paz”, en: *Proceso*, núm. 723, México, 10 septiembre, 1990.

<sup>321</sup> Años después, el peruano recordaría aquella ocasión confirmando su apreciación sobre el sistema político mexicano: “Por haber llamado ‘una dictadura perfecta’ al sistema político del PRI —en el encuentro de intelectuales que organizó *Vuelta*, en septiembre de 1990— recibí numerosos jalones de oreja, incluido el de alguien que yo admiro y quiero mucho, como Octavio Paz, pero, la verdad, sigo pensando que aquella calificación es defendible.” Mario Vargas Llosa. “*Textos heréticos* de Enrique Krauze”, en: *Vuelta*, núm. 188. México, julio, 1992, p. 41.

<sup>322</sup> Fuentes declaró al diario español *Cambio 16*: “México no es la dictadura perfecta, como dijo Vargas Llosa. Lo cual, en el mejor de los casos, es una *boutade* y, en el peor, es una verdad. Yo creo que es una democracia imperfecta. Muy imperfecta. Pero cuya dirección fundamental es de orden democrático. Y aunque esa democracia es negada a veces en una contienda electoral, es afirmada diariamente en el hecho de que Octavio Paz, o yo, o Fernando Benítez, nos podemos manifestar con plena libertad.” Héctor Rivera. “Cómo se han enfrentado Paz y Fuentes a sus adversarios”, en: *Proceso*, núm. 798. México, 17 de febrero, 1992, p. 52.

cursos intelectuales en nuestro país semejaban una vecindad, los libros se escribían para que fueran leídos, en el mejor de los casos, por los otros escritores, y hacía votos por que se acabaran las mafias y los grupos intelectuales que además de sofocar a la gente haciendo siervos, castraban a los escritores que apenas empezaban y prometían crecer más.<sup>323</sup> Desafortunadamente, los datos de los librereros parecían darle la razón a Aguilar Mora: ni siquiera el haber obtenido el Premio Nobel le valió a Paz para aumentar como ellos esperaban la venta de sus libros.

El año terminaría con una agria disputa que tuvo como tema de detonación la existencia o no de mafias al interior del mundo literario nacional. Durante una sesión celebrada en el marco de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, Paco Ignacio Taibo II criticó acremente a las mafias feudales de los círculos literarios: “Aquel jueves en Guadalajara yo pregunté: quiénes pontifican las opciones literarias y señalan el deber ser, el cómo de la literatura, y luego añadía: si responde usted a estas interesantes preguntas gana diez corcholatas de Pepsi-Cola, una suscripción a *Vuelta* y un asiento a mitad del autobús número 6 de una gira de Camacho...”<sup>324</sup> Además agregó que en un país republicano los círculos literarios estaban organizados como feudos en donde las jerarquías eran claramente identificables: el príncipe, los condes, duques, herederos, y hasta el último los que cargan el manto y los que ayudan a los otros a subirse al caballo.

Christopher Domínguez Michael, miembro del consejo editorial de *Vuelta*, rechazó las acusaciones contra la revista señalando que ésta era bastante plural y que era llamativo que los autores que más se quejaban de la existencia de las mafias eran los que más vendían, poniendo como ejemplo al mismo Taibo II y a José Agustín. Domínguez puso el acento en marcar que lo que le molestaba era la referencia a la existencia de las mafias que él no veía, recordando que el último crítico castigado por algún grupo a raíz de sus opiniones había sido José Buil, aquel que había escrito un artículo criticando la imagen y

<sup>323</sup> Alejandro Toledo. “Entrevista a Jorge Aguilar Mora”, en: *Proceso*, núm. 733. México, 19 de noviembre, 1990, p. 51.

<sup>324</sup> Alejandro Toledo. “Round por round y golpe por golpe: Taibo II y Christopher Domínguez en la Feria del Libro de Guadalajara”, en: *Proceso*, núm. 736. México, 10 de diciembre, 1990, p. 54.

el comportamiento de Carlos Fuentes durante la presentación de un libro en la ciudad de México. Finalmente, el crítico literario argumentó vehementemente que no era posible usar como pretexto el no pertenecer a alguna mafia para no ser publicado, pues ejemplos en contrario había muchos.

La política de privatización de las industrias paraestatales iniciada por el gobierno de Miguel de la Madrid e impulsada y continuada por el de Carlos Salinas de Gortari alcanzó a los medios de comunicación. Frente al anuncio gubernamental de la puesta en venta de —entre otras cosas— los canales de televisión que poseía, en diciembre de 1990 se publicó un desplegado redactado por Héctor Aguilar Camín y Carlos Monsiváis en el que un amplio grupo de intelectuales solicitaba al presidente que el canal 22 fuera cedido a la comunidad cultural. Salinas accedió de buen grado.<sup>325</sup>

En enero de 1991, con la Guerra del Desierto como tema, se dio una pequeña polémica que involucró al director y subdirector de *Vuelta*. Gregorio Selser atacó duramente a Juan María Alponete y a Enrique Krauze para lo cual involucró el nombre de Octavio Paz pues acusó al historiador de ser el palafrenero del poeta. Paz, al ser inmiscuido, replicó fuertemente a Selser. Si bien el intercambio duró apenas unos días, siete meses después tendría un colofón dramático cuando asediado por una enfermedad terminal, el articulista de *La Jornada* se quitó la vida dejando en una de sus cartas póstumas sus lamentaciones por el tono utilizado en esa discusión con sus colegas, por lo cual terminaba solicitando sus disculpas. No es ocioso señalar que en respuesta Krauze escribió unos sobrios e inteligentes renglones en el mismo medio que difundió el contenido de la misiva de Selser.<sup>326</sup>

<sup>325</sup> El desplegado está reproducido en el apéndice.

<sup>326</sup> La escueta respuesta de Paz fue: "Señor director y amigo: en *La Jornada* de ayer el señor Gregorio Samsa Selser llamó a Enrique Krauze "mi palafrenero mayor". No, yo no tengo palafreneros porque no tengo establo pero, si lo llegara a tener, Gregorio Selser ocuparía su pequeño lugar en el pesebre de los burros." *La Jornada*, México, 22 enero, 1991.

Siete meses después Selser escribió: "... sólo me queda la pesadumbre de haber insultado a Alponete y a Krauze. Ese nunca fue mi estilo y creo que me dejé llevar por la ira antes que por el cerebro. ¡Ojalá ambos tengan la tolerancia de disculparme!" *La Jornada*, México, 28 agosto 1991.

Krauze escribió: "Lamento mucho la muerte de Gregorio Selser. No lo conocí ni sabía que estaba enfermo. Me conmueve su mención a la polémica. Selser perteneció al viejo y noble árbol del socialismo judío exiliado en América. En México debió vivir el exilio en el

Para algunos observadores y escritores, entre ellos el propio Paco Ignacio Taibo II, en ese año el ambiente literario nacional continuaba distinguiéndose la existencia de dos grandes grupos hegemónicos en la lucha por el poder dentro de la República de las Letras: los “octavistas” y los “carlistas”. En tal atmósfera la crítica de Fabienne Bradu, miembro distinguido del grupo *Vuelta*, a un nuevo libro de Carlos Fuentes (*Valiente Mundo Nuevo. Épica, utopía y mito en la literatura hispanoamericana*) cuando fue presentado el tres de marzo en una de las mesas de trabajo de la Feria Internacional del Libro de la Ciudad de México, fue vista por muchos como la continuación de la campaña contra Carlos Fuentes dirigida desde esa revista que se había iniciado años atrás con el texto de Krauze.

Una de las cuestiones afirmadas por Bradu fue que buena cantidad de las ideas escritas por Fuentes en su nuevo libro habían sido dichas y desarrolladas desde antes por Octavio Paz, lo cual no era señalado por el novelista. Asimismo, Bradu habría de salir al paso de las impugnaciones y teorías conspirativas señalando que su crítica tan sólo era eso, una crítica sobre un libro en particular pues no tenía nada contra Fuentes y, por lo tanto, en caso de que su próximo libro fuera bueno no tendría ningún problema en reconocerlo y decirlo así, nada más. Sin embargo, las opiniones de Bradu calaron tan fuerte que incluso la agente literaria de Fuentes en Europa solicitó al Fondo de Cultura Económica, editorial bajo cuya firma apareció el nuevo libro, las aclaraciones pertinentes.<sup>327</sup>

En marzo de 1991 se generó una disputa más en el mundo literario mexicano. En esta ocasión el disparador fue que durante un encuentro de escritores en París, los organizadores eligieron un párrafo de *Posdata* de Octavio Paz, en donde el poeta habla de que los latinoamericanos somos los comensales no invitados a la fiesta de la modernidad. Frente a ello, Fernando del Paso marcó su distancia con lo escrito por Paz criticando dichas ideas y señalando que, obviamente, no las avalaba. La reacción del poeta fue inmediata, acusó a todos los ahí presentes —entre quienes se encontraba un buen número

---

exilio. ¿Cómo decirle ahora que no había razón para sus disculpas y su pesadumbre?”, *La Jornada*, México, 29 agosto, 1991.

<sup>327</sup> *Proceso*, núm. 752, 1 de abril 1991, México.

ro de los escritores mexicanos más conocidos— de no haberlo defendido frente a un ataque que no tenía razón, además de quejarse de que se le había leído completamente descontextualizado y, para colmo, se había reproducido su texto sin su autorización.

El autor de *Noticias del Imperio* contestó señalando que en realidad el hecho no era para tanto, pero que la hipersensibilidad de Paz lo obligaba a magnificar la discusión. Sin embargo, Del Paso afirmaba que había leído todo el párrafo citado en París y que lejos de matizar su apreciación confirmaba su desacuerdo con Paz. Con ello terminó la discusión. Unos cuantos meses después el novelista se referiría a esta discusión señalando que le había asombrado y casi divertido la desorbitada respuesta de Paz, por lo cual le parecía que la contestación que él le había dado poseía algo que la de Paz no tenía: humor. Del Paso confesaba que le había dolido distanciarse del poeta Paz, por lo que años después no opuso objeción alguna, al contrario, cuando se le invitó a participar en uno de los últimos homenajes que en vida se hicieron al Premio Nobel mexicano y que éste en esa ocasión se sintiera realmente contento por la presencia y las palabras que el novelista, emocionado, improvisó para él.

Mientras tanto, desde el gobierno salinista se recrudecía una campaña contra todo aquello que sonara o fuera influido por el Partido de la Revolución Democrática. La acusación de cardenista pendía sobre múltiples opositores. A pesar de la supuesta filosofía política salinista de no ver ni oír a esa parte de la oposición, el sistema en su conjunto desarrolló una campaña sin precedente contra tal propuesta política. Los escritores no fueron ajenos a estas disposiciones. Carlos Monsiváis expresó así su opinión frente a las campañas de desacreditación que los escritores identificados con el cardenismo enfrentaban:

Siempre me ha divertido la presunción de independencia de un buen número de escritores e intelectuales. En cada entrevista reiteran su 15 de septiembre: ellos no pertenecen a ningún partido, ellos preservan su libertad de criterio... Y sin embargo, acompañan al candidato presidencial del PRI a sus giras, firman los manifiestos de loor por sus hazañas nonatas, procuran no hacer declaraciones críticas, y son más leales a las instituciones que las estatuas del Paseo de



la Reforma. Frente a ese prisma tan intenso, mi cardenismo resulta convencional, y sin embargo a quien pertenece al prd se le cuestiona su independencia de criterio. Asumiré la obviedad: en una época en que los partidos políticos ya no son, ni de lejos, dogmas inapelables, la independencia de criterio no se pierde o se gana por una afiliación o una abstinencia partidista y si yo apoyo, en mi calidad ciudadana, la construcción de alternativas frente a un monopolio político tan profundo y justamente desprestigiado, lo hago, y así lo entiendo, en función de mi independencia de criterio frente al conformismo que parece milenario.<sup>328</sup>

Contrapunteando estas declaraciones, al poco tiempo Carlos Fuentes se referiría una vez más a por qué en muchas ocasiones los intelectuales se acercaban al poder. Significativamente el novelista aprovechó la aparición de un nuevo libro de Héctor Aguilar Camín para escribir sobre tal fenómeno. Fuentes opinó que casi no había intelectual que en algún momento de su vida no se hubiera aproximado al poder, como en su propio caso, pero que habría que tomar en cuenta que por lo general el escritor lo hacía confiando en poder colaborar para cambiar las cosas, impedir lo peor y salvar lo salvable.<sup>329</sup>

Una vez identificada tal política salinista respecto a los intelectuales, nuevamente se publicaron textos de escritores no mexicanos sobre el tema de la relación entre éstos y el poder. Particularmente, *La Jornada Semanal* publicó dos artículos sobre el asunto.

En el primero, Fernando Savater sostenía que los intelectuales lejos de ser aspirinas para quitar los dolores, tenían como papel aumentar o profundizar las angustias pues quien pone conocimiento pone dolor. El filósofo español fue contundente: "Los intelectuales no tienen ningún tipo de autoridad. Suelen ser personas muy idiosincrásicas que no representan más que al estado de sus nervios o de su estómago. Tienen personalidad más que autoridad, representan a la persona por antonomasia, una persona con una voz individualizada e irrepetible."<sup>330</sup>

<sup>328</sup> Javier Aranda Luna. "Entrevista con Carlos Monsiváis", *Vuelta*, núm. 174. México, mayo, 1991, p. 44.

<sup>329</sup> Carlos Fuentes. "La guerra de Galio", en: *Nexos*, núm. 166. México, octubre, 1991, p. 45.

<sup>330</sup> Emilio Garrido. "Intelectuales del pesebre, entrevista con Fernando Savater", en: *La Jornada Semanal*, núm. 123. México, 20 de octubre, 1991, p. 3.

El segundo, en donde Claudio Magris se refería al aspecto que ya hemos trabajado en el sentido de que dentro de la intelectualidad se expresan los intereses políticos y culturales existentes fuera del ámbito cultural. Afirmaba el autor de *El Danubio*:

Quando libramos nuestros combates políticos y morales, no encontramos necesariamente a nuestro lado a nuestros colegas de la *intelligentsia*, porque las opciones éticas y políticas traspasan y escinden igualmente la cultura. Por otra parte, no creo que los intelectuales existan realmente como categoría separada. Si por intelectual se entiende aquel que no se deja cegar por la mecánica inmediata de la existencia sino que sabe reflexionar de manera crítica sobre sí mismo, sobre su trabajo, sobre sus opiniones personales, he conocido más empleados, obreros, carteros y marineros que poseen esa autoconciencia crítica, esta capacidad dialéctica de autoalejamiento y autorreflexión, que es la primera defensa contra toda mística totalitaria visceral, que a letrados que “absolutizan”, sin conciencia crítica, las mesas redondas y los congresos literarios. Si por intelectuales se entiende aquellos que administran y transmiten el saber (identificados, Dios sabe por qué, con ciertas profesiones más que con otras, por ejemplo más con los sociólogos o los críticos de arte que con los juristas o los químicos), creo que, en nuestra sociedad tan articulada, esta categoría tan querida por Gramsci o Sartre, no existe verdaderamente y no tiene de ninguna manera más títulos de nobleza que otras.<sup>331</sup>

Estas palabras constituían un auténtico balde de agua fría sobre los intelectuales (los escritores) que se sentían participantes decisivos en las acciones del poder de la otra república. Magris les recordaba —vía la revista dirigida por Roger Bartra— que había que volver a poner los pies en la tierra. El poder no era de ellos, no les pertenecía, es más, ni siquiera poseían algún poder distinto al del resto de los mortales.

Mientras tanto *Vuelta* cumplía sus primeros quince años. En el número conmemorativo, Octavio Paz escribió una sintética reconstrucción de la historia de la revista. En ella se arrogaba el haber sido

<sup>331</sup> Claudio Magris. “La nobleza del... *op. cit.*, p. 5.

el primer grupo intelectual en el país que habló de pluralidad, diversidad y tolerancia, así como haber visto en los regímenes comunistas una perversión del socialismo. También señalaba que aun antes de que naciera *Vuelta*, desde *Plural* habían emprendido la crítica del partido hegemónico y de las mentiras y taras del sistema político nacional. Explicaba que su crítica ni era partidaria ni programática, sino tan sólo la expresión libre de un grupo de escritores independientes que ni siquiera comulgaban igual en todas sus posiciones, sino que cada uno tenía una visión personal de las cosas. Finalmente, refrendaba su convicción en el sentido de que los únicos recursos de los escritores para coadyuvar en el largo e intrincado camino hacia la democracia y el pluralismo eran tan sólo la discusión pública y la crítica.<sup>332</sup>

### **El príncipe, los escritores y el coloquio**

1992 habría de ser un año en el que el conflicto político al interior de la República de las Letras se expresó de forma contundente. La discusión tendría como telón de fondo el tema de cuáles deben ser los límites de las relaciones entre los intelectuales y el poder, entre los escritores y el gobierno, así como las formas de construcción y mantenimiento de esos límites soberanos entre ambas repúblicas.

En enero, Carlos Monsiváis de nueva cuenta pondría el dedo en el tema de la relatividad de la importancia y de la fama de los escritores en una sociedad como la mexicana. Para el autor de *Días de guardar*, en nuestro país sucedía el extraño caso de que un escritor era conocido (cuando lo era) por gente que no leía. A pregunta concreta sobre qué pensaba acerca de la fama que poseía, él contestó:

Es una fama absolutamente relativa porque depende de la idea social que se tiene del intelectual. Creo que no se va muy lejos. Depende para subsistir de que la televisión intervenga, y tiene muy poco que ver con la literatura; a uno lo conocen casi siempre por razones extra-literarias, o cuando se da el caso de las personas literarias como Octavio Paz: se sabe que escribe, pero no se lee su poesía. No soy famoso; soy conocido, y soy conocido como intelectual en un medio que tiene una idea abstracta, vaga y remota de los inte-

<sup>332</sup> Octavio Paz. "Repaso", en: *Vuelta*, núm. 180. México, noviembre, 1991.

lectuales. Que un intelectual sea conocido por gente que no lee es una excentricidad.<sup>333</sup>

Monsiváis continuaba su ejercicio de introspección asumiendo los límites concretos que la crítica tenía dentro del sistema político mexicano. Aunque descarnada, la posición del ex director del suplemento de *Siempre!* rebosaba sinceridad en su ubicación de la trascendencia real de los escritos políticos de los escritores:

Para cambiar el rumbo de los sucesos, la crítica no tiene ningún efecto. Lo tiene para impedir arbitrariedades máximas, para modificar injusticias muy notorias (...) Lo que la crítica no puede hacer en lo más mínimo es desviar un milímetro la política económica o el control absoluto de la política electoral. Sin embargo, en relación a lo que había, ciertamente es un avance que ya la crítica detenga algunas injusticias. Antes ni eso podía suceder.

*¿Ha sido usted alguna vez amenazado por lo que ha escrito?*

No, nunca. **Porque no tiene ninguna importancia lo que hago,** o porque se disolvía mi número de teléfono. Básicamente lo atribuyo a que no hago reportaje de investigación. Si yo hiciera reportaje de investigación, sí estaría tocando puntos neurálgicos. La crítica como análisis político y cultural les tiene sin cuidado; lo que les importa es la denuncia, y la denuncia documentada.<sup>334</sup>

“No tiene ninguna importancia lo que hago.” Es evidente que esta frase no era producto de la depresión, ni mucho menos un falso intento de modestia por parte de uno de los escritores más conocidos (y hasta leídos) de México. Dadas las reflexiones previas que él mismo había venido haciendo al respecto, era una idea de la que Monsiváis estaba convencido. Con él yo también lo estoy. Al gobierno no le importa absolutamente lo que se le critique desde ese espacio. Por supuesto que no le gusta si el sentido de las críticas es negativo, pero de ahí a que las tome en serio como para modificar su acción es un paso que nunca ha dado el poder. El presente trabajo está lleno de ejemplos al respecto. Los mejores y más caros

<sup>333</sup> Linda Egan. “Entrevista con Carlos Monsiváis”, en: *La Jornada Semanal*, núm. 137. México, 26 de enero, 1992, p. 18.

<sup>334</sup> *Ibidem*, p. 20-21. (Negritas del autor.)

consejos que la intelectualidad en general (o el pequeño grupo de literatos ilustrados) ha dado no han sido seguidos y sus autores no han sido capaces de hacer que se respeten, por ejemplo, algún proceso electoral que ha sido manchado o abiertamente cuestionado por fraudulento.

También en esos días Elena Garro dio una entrevista donde recordó amargamente aquel “domingo negro”, como ella misma calificó al día de 1968 en que dio las declaraciones a la prensa sobre la influencia de los intelectuales en el movimiento estudiantil. Veinticuatro años después la escritora consideraba que el motivo de haber acusado al rector de ser el más culpable de los acontecimientos era porque él había sacado a los estudiantes a la calle. Le daba la razón a Cuevas respecto a su declaración de que a ella le había dado “un ataque súbito de locura”, cuestión que le había provocado, y seguía haciéndolo, mucha risa.

Para Garro, en 1992 en nuestro país el gobierno tenía una parte muy activa en la literatura que se escribía, incluso consideraba que éste podía ser la verdadera conciencia de México y que los escritores sólo vinieran detrás. De tal forma, desde otra perspectiva, desde otra experiencia, desde otra historia, Garro llegaba a conclusiones similares a las que acabamos de ver de Monsiváis:

En otros países el escritor piensa, da soluciones y, luego, los gobiernos actúan de acuerdo con lo que ha dicho el escritor. En México sucede lo contrario: el gobierno actúa y después el escritor escribe siguiendo las pautas que dio el gobierno.

—Es una crítica muy severa a los escritores mexicanos.

—Sí, vamos detrás. ¿Has visto alguna vez que el escritor piense y el gobierno siga? En Rusia, por ejemplo, los escritores influyeron en la revolución. Yo voy detrás del gobierno. No, no veo que los escritores reflejen al nuevo México porque si lo reflejaran no me hubiera llevado el susto que me llevé al llegar a México.<sup>335</sup>

Enero terminó con el anuncio de que en pocos días iniciarían los trabajos de una actividad que pensada para discutir las nuevas con-

<sup>335</sup> Vilma Fuentes. “Del nuevo México que vi no voy a poder escribir nada porque me dejó hecha polvo”, en: *Proceso*, núm. 793. México, 13 de enero, 1992, p. 49.

diciones políticas económicas, culturales y filosóficas en los niveles mundial y nacional, habría de significar un severo ajuste de cuentas entre los grupos más reconocidos de la vida cultural mexicana, de cara siempre a las relaciones de ambos con el poder.

La idea de organizar el Coloquio de Invierno había surgido en 1991 durante una comida en casa de Héctor Aguilar Camín en honor a Fernando Benítez, a la cual también habían asistido Jorge G. Castañeda y Carlos Fuentes. La ocurrencia surgida en charla informal pronto pasó a la consideración y el entusiasmo de Rolando Cordera y Pablo González Casanova.

Los organizadores plantearon la necesidad de invitar a “gente progresista, para no llamarla de izquierda” a fin de discutir sobre los cambios que se estaban dando en ese tiempo. Al preguntarse qué es lo que estaba pasando en el mundo consideraron necesario hacer un balance sobre el derrumbe del socialismo realmente existente y el aparente triunfo del neoliberalismo. Los organizadores creyeron pertinente hacer el coloquio vinculándolo con la UNAM como institución de reflexión, investigación y estudio.<sup>336</sup>

El ocho de febrero de 1992 inició la polémica cuando públicamente Octavio Paz señaló que él no asistiría porque la actividad había sido organizada de manera unilateral y, para colmo, se le había invitado tardíamente. En ese mismo escrito publicado en *Excélsior* el poeta anunció su renuncia al Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, que era junto con la UNAM y *Nexos* la otra institución organizadora del coloquio, pues a decir de Paz éste se había convertido en otro organismo burocrático en donde las decisiones cada vez estaban más viciadas por su parcialidad, favoritismo y política de cooptación y neutralización de las voces independientes.

Desde esos primeros comentarios críticos sobre el coloquio, Octavio Paz esgrimió los argumentos centrales de su molestia. Para él, más allá de los conflictos y animadversiones personales, el problema real y de fondo era que instituciones oficiales como la UNAM y el Conaculta se convirtieran abiertamente en patrocinadores de un

<sup>336</sup> Cfr. Ignacio Ramírez. “Octavio Paz acusa de unilateral al Coloquio de Invierno y no asistirá”, en: *Proceso*, 796, 3 de febrero, 1992. Véase también la amplia cobertura que esta revista le dedicó a la polémica en su número 797 del 10 de febrero de 1992.

grupo cultural tomando partido por él, lo cual era una aberración sobre todo en tiempos en los que todos los intelectuales y políticos se llenaban la boca con el concepto pluralismo. De tal forma, de comprobarse que tampoco se había invitado a Enrique Krauze porque el historiador había sido vetado por Carlos Fuentes debido al artículo crítico que aquél escribió sobre el novelista algunos años atrás, sería lamentabilísimo no sólo por el hecho de que se vetara a un escritor en un encuentro de intelectuales, sino porque habiéndose hecho ese coloquio con dineros públicos era impermisible que se aceptaran tales discriminaciones.

Además de su crítica por los temas que no se tratarían en las sesiones (v.gr. la desaparición de la Unión Soviética), Paz ponía el grito en el cielo por la forma en que los altos costos de la actividad serían sufragados por las instituciones oficiales, las cuales finalmente no usaban más que los recursos de todos los contribuyentes y, por tanto, no era válido que los utilizaran para favorecer a tan sólo un grupo cultural. No está de más agregar al análisis de los argumentos de Paz, que en los días previos a la inauguración oficial del coloquio corrió fuertemente un rumor en el sentido de que otros dos intelectuales para nada identificados con el grupo *Vuelta*, pero activos y puntillosos críticos del régimen salinista, como lo fueron Adolfo Gilly y Adolfo Aguilar Sínzer, ha pesar de haber sido invitados en tiempo y forma y de que ambos habían aceptado asistir, fueron excluidos de la lista final de participantes por la injerencia de “una oficina muy cercana a la Presidencia”.

El domingo nueve, Carlos Fuentes tuvo el impulso de contestarle a Paz por lo que para hacerlo se comunicó a *La Jornada*, pero finalmente cambió de parecer. A excepción de Héctor Aguilar Camín, en ese momento ninguno de los organizadores quiso responder a Paz. El director de *Nexos* intentó quitarle importancia a la discusión señalando que con excepción de Jerónimo Prigione y Gloria Trevi todas las corrientes de pensamiento estaban presentes, lo cual no había sucedido en el encuentro *Vuelta* de hacía poco más de un año, pues a él no habían sido invitados Gabriel García Márquez ni Carlos Fuentes. Asimismo comentaba que los gastos del coloquio serían cubiertos por la UNAM, Conaculta y *Nexos*, pero que finalmente sería autofinanciable por la publicidad que se vendería a

través de Canal 22. Después, gustoso, colgaba los ineludibles sambenitos: para él *Vuelta* era liberal, mientras que *Nexos* era socialdemócrata, por lo que si fuera un simple lector agradecería la existencia de ambas en el kiosko de periódicos. Si bien Aguilar Camín reconocía que buena parte del estímulo para organizar el Coloquio de Invierno fue el Encuentro *Vuelta*, señalaba que las opiniones de Paz eran exageradas.

Ese mismo día Enrique Krauze de manera ocurrente reviró las ironías de Aguilar Camín: “De Prigione, los organizadores extrajeron el sentido episcopal del coloquio (...) En cuanto a la huella de Gloria Trevi, es obvio que los organizadores se soltaron el pelo con los cientos de miles de dólares que pagará el sufrido contribuyente”, en alusión al nombre de la película de la joven artista que en esos días estaba en cartelera.<sup>337</sup>

La noche del lunes diez de febrero misteriosamente fue deslizado un sobre por debajo de cada una de las puertas de las habitaciones del hotel El Presidente ocupadas por los invitados extranjeros al coloquio. Los sobres contenían una copia de la carta de Paz con sus respectivas traducciones al inglés y al francés.

Las primeras respuestas a lo declarado y distribuido por Paz no tardaron en producirse. El día de la inauguración del coloquio, cuya primera conferencia sirvió para que el nuevo canal 22 de televisión iniciara sus transmisiones aunque no de manera oficial, Víctor Flores Olea, director de Conaculta, explicó en una conferencia de prensa ex profeso que a Paz se le había invitado con la misma anticipación que a otros intelectuales que sí habían aceptado participar.

A su vez, Fernando del Paso declaró que había sido un error haber invitado tardíamente a Paz, a pesar de que estaba convencido de que de todas formas el poeta no habría de participar, pues difícilmente habría aceptado ocupar un nivel igual al de los demás o, peor aún, que Carlos Fuentes fuera el encargado de inaugurar con su conferencia el coloquio.

En su conferencia magistral titulada: “La imaginación al poder”, que para muchos fue la mejor de todas las participaciones, Del Paso

<sup>337</sup> “El Coloquio de Invierno. Un concilio al que no me invitaron por hereje: Krauze”, *La Jornada*. México, 10 de febrero, 1992, p. 39.



abordó dos aspectos interesantes para los afanes del presente trabajo. Por una parte hizo una reflexión sobre el sentido que ser escritor tiene en general y en América Latina en particular. Empezaba confesando que su aceptación a la invitación que le hicieron no fue fácil, pues estaba consciente de sus límites como literato frente a personalidades de las que él podría aprender mucho. Después llevaba su reflexión al centro de la obligación de los escritores, rescatando que la más importante era la fidelidad al lenguaje. De esta obligación con el lenguaje Del Paso extraía las razones por las que los escritores en ocasiones se sentían impelidos a jugar un papel de intervención en los fenómenos políticos:

Sin embargo, los grandes dislocadores y desmitificadores del lenguaje, los artífices de la desarticulación, recuperan siempre la transparencia y la lógica, y acuden de nuevo a un lenguaje más apto para la comunicación que para el esparcimiento, por bello que éste sea, cuando asumen –los que quieren o los que pueden– su papel de ciudadanos que sienten la necesidad de expresar sus preocupaciones ciudadanas ya sea a través de la palabra hablada –en discursos o simples conversaciones, en entrevistas– o de la palabra escrita –en ensayos o artículos, en el periodismo–, así sea, como quiere Benedetti –a quien cito de memoria– para servir de intérprete e intermediario entre el lenguaje del pueblo y el lenguaje demagógico o hermético de quienes lo gobiernan, o porque, como indica Fuentes, el temor del escritor –o de algunos escritores de nuestros países, los latinoamericanos– de que nadie nombre al mundo y de que todo sea olvidado, hace que esos escritores se sientan llamados a actuar como legisladores, estadistas, periodistas y hasta redentores de su sociedad.<sup>338</sup>

“El temor del escritor de que nadie nombre al mundo y de que todo sea olvidado...” La República de las Letras tiene una obligación, su razón moral es cuidar que el mundo sea nombrado, que no se olvide. ¿Qué función puede ser más importante que ésta? Dios podría ponerse celoso, aunque en realidad está imposibilitado de hacerlo pues finalmente él mismo es un concepto, es la *palabra*, el *verbo*, y,

<sup>338</sup> Fernando del Paso. “La imaginación al poder”, en: *Nexos*, núm. 71. México, marzo, 1992, p. 32.

por tanto, su utilización les corresponde a los escritores: él es nombrado por ellos.

Del Paso se autocalificaba como escritor independiente, no perteneciente a algún grupo y cuya conciencia oscilaba entre los tres grandes compromisos que tenía como ciudadano del mundo, de América y de México. Además, él se refería en voz alta a la polémica generada por la abstención de la mayoría del grupo *Vuelta* a participar en el coloquio, afirmando:

No soy marxista sino un novelista a quien se invitó a participar en este coloquio, en el cual encuentro que numerosos participantes no son mis amigos, no los conozco, y con algunos discrepo profundamente. Extraño en cambio a intelectuales amigos que pudieron haber sido invitados, pero el hecho de no haber sido así no me conmueve, ni me parece motivo de escándalo.<sup>339</sup>

La discusión fue tomando poco a poco más presión. Proceso dedicó un artículo a identificar “la red que une al Consejo Editorial de Nexos, la UNAM y El Colegio de México con el servicio diplomático, las secretarías de Estado, los medios de información gubernamentales, los institutos culturales y los centros de investigación, el pri, presidencia de la República y hasta Lotería Nacional, la Comisión Federal de Electricidad y el Pronasol”. Al final del texto el autor llegaba a la conclusión de que el coloquio no había sido unilateral, sino unívoco.<sup>340</sup>

Los ánimos se caldearon aún más entre los representantes de los dos grupos culturales. El 21 de febrero, Octavio Paz dejó con la mano tendida a Flores Olea cuando coincidieron en el auditorio Jaime Torres Bodet del Museo Nacional de Antropología en ocasión de un homenaje a Ignacio Bernal. El hecho no pasó desapercibido para los presentes ni, por supuesto, para la prensa.

El número de marzo de *Vuelta* presentó varios artículos tratando el tema del coloquio. En él aparecen dos artículos de Octavio Paz. En uno el poeta señalaba que él sólo era eso, un poeta, ni historia-

<sup>339</sup> *Ibidem*, p. 45.

<sup>340</sup> Gerardo Ochoa Sandy. “Coloquio: las relaciones de los intelectuales con el poder”, en: *Proceso*, núm. 799. México, 24 de febrero, 1992.

dor ni sociólogo, únicamente un poeta cuyos escritos en prosa estaban estrechamente asociados a su vocación literaria y aficiones artísticas. Después recordaba que ya había publicado muchos textos sobre el tema de la democracia, los cuales no poseían pretensiones teóricas sino más bien representaban momentos de una pasión; de tal forma para hablar de ella, si bien no tenía autoridad a cambio poseía legitimidad. Él no era un pensador político sino un testigo.

En las páginas del texto dedicadas especialmente a tratar el tema del Coloquio de *Nexos*, Paz se encargaba de atizarle con fervor a, entre otros, Víctor Flores Olea. Decía que era falso lo afirmado por éste en el sentido de que no había asistido por razones personales, pues sus razones para no ir fueron de principio; que los intentos de Aguilar Camín al argumentar que había sido invitado al mismo tiempo que a varios más, tan sólo era un intento de pasarle la responsabilidad a sus hombros, cuando la cuestión de fondo no radicaba ahí.

Después Paz ponía el acento en el tema medular: “Cada quien puede reunirse con quien quiera e invitar a quien quiera, pero la situación cambia si esa reunión se da bajo los auspicios de la Universidad y una dependencia oficial (Conaculta). Esas instancias no pueden patrocinar a una tendencia.”<sup>341</sup>

El poeta ponía como ejemplo el Encuentro *Vuelta*, que había sido organizado sólo con el apoyo de la iniciativa privada, sin que el gobierno aportara un solo peso. Señalaba que si bien desde octubre del año anterior los organizadores del coloquio de *Nexos* habían empezado la campaña publicitaria, jamás estuvieron disponibles para platicar y había sido hasta enero cuando él personalmente le había expresado su molestia al rector de la UNAM, de ahí que unos cuantos días después recibiera la invitación firmada tanto por Flores Olea como por el mismo Sarukhan, donde ambos se excusaban por la tardanza. Paz sugirió entonces que antes de contestar se hiciera una reunión para discutir con calma por qué se había dejado fuera a la gente de *Vuelta*, misma que se realizó en las oficinas del rector estando presente Flores Olea y, por parte de *Vuelta*, Paz y Krauze. En esa ocasión, los interlocutores oficiales le argumentaron que no lo habían invitado antes porque creían que estaba fuera del país.

<sup>341</sup> Octavio Paz. “Coloquio o cuento de verano”, en: *Vuelta*, núm. 184. México, marzo, 1992, p. 71.

Al otro día de la reunión, el director de Conaculta hizo llegar las invitaciones oficiales a todos los intelectuales de *Vuelta* que habían sido mencionados en la reunión; sin embargo, jamás se invitó ni a Homero Aridjis, a pesar de que había específicamente una mesa sobre el tema de la ecología, ni a Enrique Krauze. De ahí que el rumor que de este último había sido vetado por su desavenencia con Fuentes se convirtiera en un acto completamente inmoral, ya que: “Si vetar a un adversario es poco generoso, es inmoral que un funcionario se sirva de la autoridad que el Estado y la sociedad le han confiado para vengar los agravios personales de un amigo. (...) La amistad degenera en complicidad y el sainete burocrático en crónica de los abusos de los mandarines.”<sup>342</sup>

Por su parte, Gabriel Zaid tocó el punto axial de que parte de los escasos recursos de la UNAM hubieran sido utilizados para una actividad que finalmente promovía la importancia de tan sólo un grupo cultural de nuestro país, llegando a la conclusión natural de preguntar con qué argumentos se les iban a negar los dineros necesarios a las facultades e institutos después del derroche que la institución había hecho en la organización del coloquio de *Nexos*.

Mario Vargas Llosa resaltó una contradicción tan profunda que vista desde el exterior resultaba trágicamente paradójica: el hecho de que en un encuentro de intelectuales realizado en México se excluyera al intelectual sin duda más importante del país.

José de la Colina, en su texto, acuñó una ocurrente frase respecto a los temas e invitados al polémico coloquio: “los rollos del Marx muerto siguen creciendo en América Latina”.

El viernes 27 de marzo, Flores Olea fue removido de la presidencia del Conaculta. Al respecto Gerardo Ochoa escribió en *Proceso* que, en realidad, no había muchas diferencias entre las posiciones y formas de Héctor Aguilar Camín y Octavio Paz: el director de *Nexos* se había acercado a las posiciones de Paz, ambos coincidían en apoyar firmemente al liberalismo económico, pero guardaban silencio ante las violaciones al voto y a los derechos humanos por parte del gobierno. Ambos frecuentaban directamente al presidente

---

<sup>342</sup> *Idem.*

de la república, y los dos combatían denodadamente por la hegemonía cultural del país.<sup>343</sup>

En el número de abril, *Vuelta* volvía con mayor encono a abrir fuego contra el Coloquio de Invierno. Octavio Paz calificaba de inaudito e inmoral todo el apoyo gubernamental (UNAM, Conaculta, TV, radio) a un solo grupo, y que consistía un bochornoso abuso de autoridad. Afirmaba que originalmente todos los invitados habían sido sacados de ese brumoso horizonte que era la izquierda, y que fue hasta después, bajo presión, que se intentó abrir un poco el abanico. Además, afirmaba que en las sesiones no había habido intercambio de opiniones sino más bien exposiciones aisladas. Paz, puntilloso, señalaba:

Al mismo tiempo que ocurría la escisión del PRI, otra semejante, aunque en dirección opuesta, dividía a los intelectuales de izquierda. Fue un hecho que pasó casi desapercibido en su momento y que sólo hasta ahora puede verse en su entera significación. De pronto y sin que mediasen muchas explicaciones —el debate abierto no es el fuerte de nuestros intelectuales— el grupo de la revista *Nexos*, el más prestigioso de la izquierda, asumió posiciones más y más cercanas al nuevo gobierno del Presidente Salinas. Curioso intercambio: el lugar que ocupaba Cárdenas, Muñoz Ledo y los otros líderes separatistas del PRI, ahora lo tienen los intelectuales de *Nexos* en ciertas esferas del gobierno. No sé si la política haya ganado con el trueque; sé que la cultura, entendida como libre debate, ha perdido.<sup>344</sup>

Posteriormente, Paz realizaba una tipología de los intelectuales del grupo *Nexos* concluyendo que éste era apoyado por una lluvia de favores oficiales, de ahí que el coloquio no fuera más que una operación dentro de una campaña perfectamente planeada y desrollada.<sup>345</sup>

<sup>343</sup> Gerardo Ochoa Sandy. "Sólo durante tres años Flores Olea logró mantener el equilibrio entre *Nexos* y *Vuelta* frente al poder." *Proceso*, núm. 804, 30 de marzo, 1992, p. 49.

<sup>344</sup> Octavio Paz. "La conjura de los letrados", en: *Vuelta*, núm. 185, abril, 1992, p. 12.

<sup>345</sup> "El grupo *Nexos* está compuesto por gente de la misma generación, parecida educación, ideas e intereses semejantes. Todos son universitarios y muchos entre ellos participaron en las luchas de 1968. Unos pocos son escritores y otros científicos; la mayoría son profesores y su especialidad son las vagas ciencias sociales y políticas. Es un grupo de intelectuales que hasta ahora se ha distinguido más por sus declaraciones y actividades sociales y políticas que por

Gabriel Zaid eligió un título muy significativo para su artículo: “Hacia la CTM cultural”. En él desarrollaba la idea de que de la misma forma en que Margarita López Portillo había ejercido, sin ser secretaria de nada, el poder cultural conferido por el nepotismo de su hermano, ahora le correspondía a Héctor Aguilar Camín actuar como secretario de Cultura, pues era de todos sabido que éste gozaba de los favores de Salinas de Gortari. Para Zaid, el director de *Nexos* cumplía un papel político perfectamente definido: “... es el líder que muestra a los progresistas del sector cultural que es mejor no desbalagarse a la oposición cardenista. Apoyar sus iniciativas de mediador entre la presidencia y la cultura es abrir puertas a la buena voluntad: vías de hacer llegar hasta lo alto las necesidades y opiniones del sector”.<sup>346</sup>

Zaid insistía en que la universidad había sido utilizada para darle imagen y lustre a una revista ajena a ella, cuando dicha institución poseía revistas importantes como *Memoria de Papel* o *Revista de la Universidad*. Recordaba que el Canal 22 se le había dado al grupo *Nexos*, por encima de la añeja solicitud de la UNAM de contar con su propio canal de televisión.

El análisis de Zaid llegaba a una conclusión bastante simple: frente al peligro y la paranoia que la oposición del PRD representaba para el régimen de Salinas, era necesario darles a los intelectuales de izquierda la ilusión de que aún era posible cambiar las cosas desde dentro del sistema; de ello se encargaban *Nexos* y Aguilar Camín.

---

sus obras. Son una formación ideológica, militante. Predomina en ellos el espíritu de cuerpo. Son osados y cautos, perseverantes y flexibles, solidarios entre ellos e indiferentes ante el extraño, capaces de sacrificar una idea para guardar una posición, disciplinados en el ataque y la retirada: virtudes todas más militares y políticas que intelectuales. En su caso la frase evangélica debe modificarse un poco: no por sus obras sino por sus actos y conexiones los conoceréis. Por todo esto y por una tradición mexicana que, desde el siglo xvi hasta nuestros días, concibe al intelectual no como un crítico del poder sino como su intérprete y vocero, no es sorprendente que el grupo, a través de una serie de alianzas y bajo la protección oficial se haya fortificado y extendido. Hoy es una red que envuelve a muchos centros vitales de la cultura mexicana y que domina a otros. Mencionaré algunas de sus plazas fuertes: Conaculta, la Universidad, el Instituto Indigenista y el de Antropología, la televisión gubernamental y el diario *El Nacional*, también del gobierno. Sobre su revista y su editorial llueven los favores oficiales.” *Ibidem*, p. 12-13.

<sup>346</sup> *Ibidem*, p. 15.

Por su parte, Enrique Krauze argumentaba que la pobre imaginación política nacional seguía viendo en el Estado a un órgano con carácter providencial. La mayoría aún anhela tener la posibilidad de subirse al carro completo para vivir del presupuesto, pues no hacerlo sería vivir en el error, según decía la trillada frase. Después de hacer una somera revisión histórica del surgimiento de varias revistas y diarios, concluía que la aparición de tal diversidad debió haber desembocado en una era de tolerancia y pluralidad en la vida pública, lo cual no había sucedido. El mejor ejemplo de ello era ni más ni menos el recientemente terminado Coloquio de Invierno:

El Coloquio de *Nexos* fue un auténtico concilio en su formato y en su substancia. En vez de proponer la discusión entre puntos de vista distintos y aun opuestos, se privilegiaron los rosarios de homilias similares entre sí pero debidamente jerarquizadas: ponencias de los clérigos menores, “conferencias magistrales” de los obispos: Nada mejor para la representación del antiguo magister dixit que un recinto universitario protegido, sellado contra la sacrílega intrusión de una idea distinta, de una opinión disonante: una voz, un mensaje, un aplauso unánime. Más de 400 000 dólares fructíferamente gastados para que los elegidos se escuchen a sí mismos y nos informen, a través de la prensa, de cómo uno a uno se pronuncia por el dogma que los vincula y contra la herejía que los acecha.<sup>347</sup>

En contraposición al coloquio, Krauze, naturalmente, exponía “el ágora” que había sido el Encuentro *Vuelta*. Para él era evidente que desde el Estado se proponía una santa alianza con los letrados por lo que “... no queda más camino que una gozosa, consciente e impenitente herejía, pero de una herejía sin heroísmo: los valores que propone son los mismos que defienden las mayorías en nuestro mundo y nuestro país”.

Durante el mes de espera a la respuesta de *Nexos* a *Vuelta*, las reflexiones sobre las consecuencias del coloquio continuaron en otros medios.

Carlos Monsiváis expresó que la imagen que se estaba dando a toda la sociedad no era más que la referida a la idea que ella tenía

<sup>347</sup> Enrique Krauze. “Nuevas inquisiciones”, *ibidem*, p. 20.

de ese ámbito: golpes bajos, intereses mezquinos, politiquerías y vanidades. Para él, el problema central no radicaba ni siquiera en las inexactitudes de lo que se había estado diciendo, sino en el hecho de que tal discusión alejara el tema central de reflexión que debería mover a todos ellos: el alejamiento de la cultura de la sociedad y su interpretación como la atención errática y parcial de un sector.

Monsiváis hacía el recuento de la forma en que Salinas había intentado legitimarse en este ámbito poniendo especial énfasis en la creación del Conaculta, y de cómo éste inmediatamente se había convertido en el puente privilegiado entre la presidencia y los intelectuales, lo cual había quedado demostrado desde los primeros días de su existencia con el “acarreo de firmas” en apoyo a Salinas en su acción contra la Quina en enero de 1989. Monsiváis consideraba que el gobierno no poseía un proyecto cultural, lo que no quería decir que no tuviera un programa al respecto: “Cotejada con las necesidades de la población, la política cultural se dirige a audiencias que crecen siempre por debajo de la demografía, y esto lleva a muchos, por si hiciera falta, a concentrarse en la obtención individual de ventajas institucionales, que en algo lo compensen por la ausencia de lectores y espectadores.”<sup>348</sup>

Finalmente, tratando el tema del despido de Flores Olea del Conaculta, opinaba que había sido tan sólo una medida pragmática del gobierno, pues lo único que le interesaba era evitarse notas adversas en los diarios internacionales.

En esos días también hubo otro escarceo entre Carlos Fuentes y Enrique Krauze. En virtud de que el primero había declarado que las furibundas críticas al coloquio debían ser vistas como el inicio de una campaña electoral de la derecha. El historiador se apresuró a salir al paso, afirmando que era lamentable que por vivir fuera del país Fuentes siguiera reconociendo que no podía leer lo que aquí se publicaba, como era el caso del artículo de Paz “La conjura de los letrados”. También señalaba que el novelista argumentaba contra acusaciones que no se les habían hecho, como la de elitistas; pero que ahora que lo pensaba bien, en efecto, el coloquio había sido

<sup>348</sup> Carlos Monsiváis. “El pragmatismo del régimen por encima de los proyectos culturales”, en: *Proceso*, núm. 805. México, 6 de abril, 1992, p. 49.



sumamente elitista pues se había gastado más de mil millones de pesos en una actividad a la que habían asistido no más de 150 personas.

Krauze también salía al paso de los calificativos que Fuentes había endilgado al Encuentro *Vuelta*, en el sentido de que los participantes habían sido “marionetas de las firmas privadas que habían patrocinado el evento”, o que eran “comparsas del terrorismo de derecha”: “Hoy estas consignas las hace tuyas Carlos Fuentes: para evitarse pensar, insulta. De pensar un poco las cosas que dice antes de decirlas habría llegado a la conclusión de que el Encuentro *Vuelta*, pagado con dinero privado, fue un acto público.”<sup>349</sup>

Por su parte, Fernando Benítez señaló que el pleito entre ambos grupos era la mejor prueba de que la cultura mexicana estaba más viva que nunca.

En mayo se publicó en *Nexos* la respuesta a “las diatribas” de Paz. En ella se señalaba que:

- a) sí se había invitado a ocho personas de *Vuelta*, de las cuales sólo cuatro aceptaron asistir,
- b) de los 1 170 millones que costó el coloquio, se consiguieron 1 000 con patrocinadores.
- c) que era absurdo pedir que la UNAM y el Conaculta no gastaran sus fondos en fines para los cuales esas instituciones habían sido creadas, esto es, actividades intelectuales, culturales, artísticas y educativas.
- d) que la asociación temporal de ambas instituciones con un socio no quería decir que ellas casaran sus destinos o tomaran partido.
- e) que era falso que *Nexos* hubiera ocupado espacios importantes dentro del organigrama gubernamental de la cultura, pues si los nombres eran los argumentos, ahora que varios de ellos habían renunciado los argumentos deberían también eliminarse.

Finalmente, *Nexos* abordaba un punto crucial, el de la relación de la crítica con el poder, expresada en primera instancia en las relaciones entre el director de esa revista y el presidente de la república:

<sup>349</sup> Enrique Krauze. “Dineros públicos, virtudes privadas”, en: *Proceso*, núm. 808. México, 27 de abril, 1992.

Con ortodoxo presidencialismo, Paz omite toda referencia al Presidente en su denuncia de la conjura de *Nexos*. En su texto no hay Presidente: hay sólo “autoridades”, “gobernantes” y desahogos personales indignos de su pluma, contra el expresidente de Conaculta. Pero una hipótesis tan desaforada como la de Paz, en el sentido de que una revista mensual se está apoderando de los “centros vitales de la cultura mexicana”, sólo puede ser creíble en México por la participación o el partidismo del Presidente: sólo al amparo de una relación privilegiada con el Presidente, una revista mensual como *Nexos* podría conspirar con eficacia y avanzar con premeditación sobre los “centros vitales” de la cultura mexicana.

Tampoco es así. La relación personal del director de *Nexos* con el Presidente de la República no resume la posición de *Nexos* frente al poder público, ni condiciona la esencia de su proyecto: la libre convergencia de académicos, periodistas, escritores, científicos y servidores públicos en un espacio plural, que garantiza su libre acceso a la opinión y al debate. *Nexos* es un lugar más amplio que las relaciones, las simpatías y los compromisos políticos o ideológicos de sus miembros, incluso si ese miembro es el director de la revista.<sup>350</sup>

Para *Nexos*, Paz y *Vuelta* se manejaban en una visión maniquea que partía de la premisa de que del gobierno sólo podía esperarse sujeción y oprobio, mientras que la sociedad tan sólo proveía independencia y limpieza, lo cual era falso. Además, enfáticamente señalaban que no era automático el proceso mediante el cual el dinero oficial en cultura y educación generara posiciones de sumisión crítica y ausencia de independencia, poniendo como muestra la crítica que se hacía desde diversas instituciones de educación superior. Opinaba que no era posible hacer el análisis de la relación entre escritores y poder con un lente de sólo dos colores para el cual toda relación con el gobierno pudre y toda acción contra el gobierno o toda gesticulación independiente purifica.

Más adelante, *Nexos* enfatizaba que tampoco era apropiado tan sólo intentar vender a la iniciativa privada los proyectos de realización de actividades culturales, y que mucho menos era posible argumentar que cuando las cosas se hacían con dinero privado sí era

<sup>350</sup> “Reseña de la respuesta publicada en *Nexos* a las ‘diatribas’ de Paz”, en: *Proceso*, núm. 809. 4 de mayo, 1992.

posible excluir a quien se le diera la gana. Sin importar de dónde vinieran los dineros, la creación artística e intelectual debía propagarse en la diversidad y en la libertad.

Por último, la respuesta de *Nexos* marcaba que la diferencia entre ellos y *Vuelta*:

... no es por las razones que Paz señala, a saber: porque nosotros pensaríamos que hay que crecer y trabajar a la sombra del Príncipe, y ellos creerían, añadimos nosotros, que hay que crecer y trabajar a la sombra del Dueño. Podemos percibir una diferencia menos radical —que acaso no es ni siquiera una diferencia, sino de énfasis, por los trazos tajantes del debate—. Nosotros no creemos, como parecen creerlo Paz y algunos colaboradores de su revista, que el único interlocutor legítimo, el único objetivo sano de un intelectual, sea hablarle a los lectores, a la sociedad, a todo lo que no tiene que ver con el poder o el gobierno.

Nosotros creemos que hay que hablarle a la sociedad y hay que hablarle también al gobierno: a los súbditos y al Príncipe, lo mismo que al Dueño y sus empleados.<sup>351</sup>

*Vuelta* no esperó un mes para responder a lo declarado por *Nexos*. Enrique Krauze, vía una entrevista a *Proceso*, se encargó de hacerlo. Dentro de los diversos argumentos utilizados por el historiador me interesa destacar para el presente trabajo el referido a que era falso que ambas revistas dependieran del apoyo gubernamental vía la publicidad oficial que compraba espacio en sus páginas. Krauze hacía las cuentas demostrando que no era comparable el 17% de *Vuelta* contra el 70% de *Nexos*. Además, aclaraba que *Vuelta* jamás había postulado que la cultura debiera privatizarse o que el patrocinio privado fuera la panacea, aclarando de paso que tampoco les interesaba reclamar el patrocinio oficial que ahora poseía *Nexos*.

Después, el subdirector de *Vuelta* ponía en duda la explicación de *Nexos* en el sentido de que dos importantes empresas de Monterrey habían financiado el coloquio pues, decía, en ninguno de los documentos o papelería de aquél aparecía el nombre de alguna de ellas, y los organizadores se habían cuidado muy bien de no decirlo, por

<sup>351</sup> *Idem.*

lo que era creíble el rumor publicado por un diario de aquella ciudad de que en realidad lo que había sucedido era que por presiones oficiales con carácter de urgente se había organizado una colecta forzosa.

Krauze también enfrentaba la acusación de que *Vuelta* tenía una relación con Televisa igual a la que *Nexos* mantenía con el gobierno. Echando mano de los porcentajes de publicidad, sostenía que ello no era cierto pues tan sólo el 15% de la publicidad pagada correspondía a los anuncios de la televisora. De igual forma señalaba que era ruin acusar que por la amistad de Paz con el dueño de Televisa, Emilio Azcárraga, escondía pactos oscuros e impublicables, pues eso era tan absurdo como pensar que la amistad de Aguilar Camín con el presidente Salinas también poseía ese tipo de complicidades. Él no compartía esa opinión, pero el director de *Nexos* sí, y hasta lo había publicado.

Finalmente, Krauze abordaba el tema de las relaciones entre el intelectual y el Estado refiriendo la reflexión particularmente al director de *Nexos*:

El intelectual no es un cortesano ni un opositor de profesión: es un crítico y la crítica implica, la distancia siempre, a veces censura y a veces asentimiento. Acortar esa distancia puede llevar a compromisos tácticos o pérdidas de perspectiva que no siempre resultan compatibles con la vocación de servir a la verdad. El intelectual puede correr el riesgo, imperceptiblemente a veces, de convertirse en ideólogo o de autocensurarse. *Nexos* no parece ver estos problemas. Es público y notorio que su director, en lo personal, ha acortado esa distancia y se nota. Basta recordar la reacción de Aguilar Camín frente a las elecciones de Guanajuato y San Luis: no dijo ni pío.<sup>352</sup>

Krauze, para salir al paso de la maledicencia, terminaba señalando que la relación de Paz con el presidente Salinas no era ni con mucho similar a la que mantenía Aguilar Camín. Para demostrarlo, por primera vez hizo público que en los primeros días de su sexenio Salinas le había ofrecido a Paz elegir entre dos puestos importantes, a lo que el poeta se negó, de la misma forma en que

<sup>352</sup> Gerardo Ochoa Sandy. "Enrique Krauze: 'Las omisiones, las mentiras y las distorsiones de la respuesta de *Nexos*'", en: *Proceso*, núm. 811. México, 18 de mayo, 1992, p. 53.

no aceptó un homenaje nacional que se le había ofrecido organizar en ocasión de haber obtenido el Premio Nobel de literatura.

### **Cultura, política y mercado**

La discusión entre ambos ex compañeros de estudio en El Colegio de México estaba lejos de terminar. Meses después viviría un nuevo capítulo sobre una forma más de la vinculación y apoyo oficial del gobierno salinista al grupo encabezado por Aguilar Camín. Mientras tanto, ambos representantes de grupo exponían sus apreciaciones sobre la relación y el límite entre las dos repúblicas, la de los escritores donde la crítica debiera ser reina y soberana y la otra, la del poder gubernamental, burocrática, administrativista y cooptadora.

Aguilar Camín señaló que él no se veía a sí mismo como una persona poderosa, no por lo menos en el sentido en que siempre se le endilgaba el calificativo. Podía ser que lo fuera en el sentido de que dirigía una revista que era considerada uno de los polos culturales del país, o en la medida que tenía acceso directo a distintos miembros de la élite dirigente del país, pero que finalmente ni se sentía ni era parte del aparato gubernamental.

Reafirmaba su convicción de que no era posible pensar en términos rasgadores o impugnadores el compromiso intelectual, sino más bien era necesario pensar en matices, en la gradualidad, en el razonamiento; las tres opciones alejadas de la violencia, “De modo que, aun si no compartiera muchas cosas con este gobierno, mi crítica sería ponderada y, hasta donde pudiera, razonable. No me siento el niño héroe de la crítica pública ni quiero despeñarme por mi computadora envuelto en la bandera nacional.”<sup>353</sup>

Aguilar Camín consideraba que la discusión con el grupo *Vuelta* debía verse tan sólo en términos de competencia, pues la cultura en esto se parecía a lo que sucedía en las empresas. La acusación de la “conjura” tan sólo le daba risa, pues era falsa y únicamente demostraba el enorme celo que les tenía el grupo de Paz porque ahora *Nexos* estaba mejor “posicionada”. De tal forma, si bien existían divergencias ideológicas entre ambos grupos, la razón de fondo de la querrela era una simple competencia por el mercado.

<sup>353</sup> Toledo... y Trejo..., *op. cit.*, p. 31.

La visión de Krauze era diametralmente opuesta a la de Aguilar Camín. Para el subdirector de *Vuelta* la obligación de los intelectuales tan sólo era servir a la verdad y a la opinión pública. La independencia frente al gobierno sólo se podía demostrar de una manera: ejerciendo la crítica de modo permanente. La equiparación de la cultura a tan sólo cuestiones de mercado le parecía grosera y ajena a sus convicciones (“Hacer cultura no es lo mismo que hacer refrigeradores”), resaltando que en los 180 números que para esas fechas llevaban publicados jamás se habían referido a sus “competidores”. Krauze contestaba a la pregunta sobre si se sentía poderoso afirmando: “Ni me siento ni lo soy. Al crítico no le importa ser poderoso; le importa, eso sí, influir en el ánimo y en la razón del lector. Llamarle a eso “poder” es una licencia excesiva. —¿La cultura es poder? —No es poder: es saber.<sup>354</sup>

En medio de la batahola, Monsiváis intentaba mantener su distancia señalando que en realidad lo que importaba era ver a los intelectuales en sus tomas de posición específica sobre acontecimientos concretos, más allá de las inquisiciones generales de quienes pretenden ser los jueces morales de las acciones de los demás. Tanto las excomuniones de izquierda como las de derecha tan sólo habían colaborado a la sordidez del ambiente intelectual.

En agosto, después de que el canal 22 había iniciado sus transmisiones aunque de manera experimental con los hechos del Coloso de Invierno, su director, José María Pérez Gay, declaraba que el canal no era propiedad de *Nexos* sino que pertenecía a toda la comunidad cultural, por lo que, naturalmente su programación estarían invitados los escritores e intelectuales identificados con el grupo *Vuelta*.

Gabriel Zaid, desde *Vuelta*, escribió como comentario final a una discusión de carácter histórico sobre el inicio del uso del concepto República de las Letras en nuestro país, que los argumentos y descalificaciones usadas por su adversario Rafael Pérez Gay, miembro destacado del grupo *Nexos*, eran las expresiones triunfales de quienes se sienten ganadores, pero ¿ganadores de qué?:

<sup>354</sup> *Ibidem*, p. 53.

Todas las minucias decimonónicas, todo el exquisito *bluff* historiográfico, todas las eruditas notas al pie, son para suponerse en la victoria, más allá de estas cuestiones. Así se entienden también las calificaciones a mi artículo (“rencor”, “desesperación”, “furrís”, “desconsuelo”, “desencanto”, “sueño desdichado”) que recuerdan al tratamiento del PRI a la oposición: no les hagan caso, están ardidados porque ganamos.

Sí, Rafael: ustedes son los ganadores en el jueguito que creen que es el Gran Juego y que, si tuvieran malicia literaria, preferirían no jugar. Pero no todos juegan a lo mismo.<sup>355</sup>

En ese mismo mes, aun cuando las aguas estaban lejos de regresar a su nivel normal, una fuerte oleada agitó nuevamente el mar. Ahora un grupo mucho más amplio se vería implicado en las discusiones, pues el tema generador de la nueva disputa no se circunscribía a lo que desde la sociedad podría calificarse de únicamente dimes y diretes entre intelectuales. Ahora, el objeto de discordia abarcaba a la sociedad en su conjunto ya que se trataba de una veta axial conformadora de identidad nacional: la historia patria que se enseñaba en la educación básica.

A mediados de agosto de 1992 se dieron a conocer los nuevos libros de texto de historia que habrían de sustituir los que hasta ese momento se utilizaban en la educación básica. Los textos realizados por un equipo encabezado por Héctor Aguilar Camín y Enrique Florescano se encontraron de inmediato con el rechazo de una enorme parte de la opinión pública.

De acuerdo a informes extraoficiales, la SEP sin haber sometido a concurso público la realización de los nuevos libros otorgó el contrato al equipo de *Nexos*, pagando una cifra cercana a los mil seiscientos millones de pesos. Ambas acusaciones fueron rápidamente desmentidas por el secretario de Educación, Ernesto Zedillo, quien en comparecencia ante la Comisión Permanente del Congreso de la Unión, negó que no se hubiera hecho el concurso afirmando que se había otorgado a la cotización más baja, la cual estaba muy lejos de la cifra mencionada, pero rehusándose de manera vehemente a precisar cuánto se había pagado. Zedillo rechazó rotundamente las acu-

<sup>355</sup> Gabriel Zaid. “Historias del *bluff*”, en: *Vuelta*, núm. 189. México, agosto, 1992, p. 59.

saciones sobre la forma tendenciosa en que se manejaba la historia más contemporánea en esos libros, y acusó a los legisladores del PRD de moverse tan sólo por motivos partidistas en su crítica de que los textos no mencionaban que los contendientes de Salinas en las elecciones de 1988 habían sido Cuauhtémoc Cárdenas y Manuel Clouthier. El secretario de Educación, haciendo gala de sus extensos, profundos y certeros conocimientos sobre metodología y epistemología concluyó sesudamente que: “La realidad es que los textos no tienen carga ideológica alguna.”<sup>356</sup>

A pesar de la defensa de la SEP, la crítica a los contenidos de los libros fue durísima. Se hablaba de que:

- a) el gobierno se convertía en el sujeto de la historia sustituyendo al pueblo;
- b) recuperaban el pensamiento conservador por la reivindicación de figuras como Iturbide, Santa Anna y Porfirio Díaz;
- c) minimizaban los movimientos populares como el zapatismo, el villismo y el magonismo;
- d) era una irresponsabilidad intentar hacer los libros en tres meses y abarcar en 160 páginas toda la historia de México;
- e) eran memoristas;
- f) carecían de glosario;
- g) utilizaban conceptos imprecisos;
- h) tenían redacción cablegráfica;
- i) no hablaban de las tiendas de raya ni de lo que significaba el verbo carrancear;
- j) no mencionaban los fraudes electorales de 1940 y 1988;
- k) el ejército se iba a ver afectado por la imagen que se daba de él en los hechos del dos de octubre de 1968;
- l) que el gobierno de Estados Unidos había presionado para que se hiciera la revisión de los libros de historia, a fin de que no contaran con expresiones contra ese país ni se exaltaran formas de patriotismo que pudieran entorpecer la firma de los acuerdos del Tratado de Libre Comercio;
- m) que el apremio por publicarlos fue debido a que Zedillo se consideraba precandidato presidencial y quería tener mayores posibilidades;

<sup>356</sup> *La Jornada*, México, 26 de agosto, 1992, p. 3.



n) habían desaparecido al hombre de Tepexpan, al Pípila, a Francisco Javier Mina, al Batallón de San Patricio, por lo que debían ser considerados el mayor cementerio de la historia;

o) que la mujer continuaba ocupando un lugar marginal, etcétera. Entre las reacciones contra los textos empezó a manejarse el argumento de que la historia nacional se había adecuado a las necesidades del gobierno en turno, lo cual comprometía fuertemente la independencia de juicio, de crítica, de libertad, que pudieron tener los autores. Si los errores al referir los hechos históricos y las fallas didácticas que los textos presentaban podían atribuirse a ignorancia, ceguera y desconocimiento de los autores, las alabanzas al gobierno salinista no podían echar mano ni siquiera a esas tristes coartadas.<sup>357</sup>

En septiembre Zedillo, al inaugurar el nuevo año escolar, señaló que ése sería el *Año para el estudio de la historia de México*. Simultáneamente, sus subsecretarías empezaron a manejar la posibilidad y necesidad de que los libros se revisaran pues las críticas que se les habían hecho se veían con buenos ojos, lo cual sería confirmado unos cuantos días después cuando el secretario afirmó que los libros eran tan sólo transitorios (para el ciclo escolar que recién empezaba) por lo que la elaboración de los que los sustituirían se podría hacer mediante concurso público.

Pocos días después uno de los responsables de los libros cuestionados, Héctor Aguilar Camín, publicó un artículo donde exponía su apreciación sobre las críticas al trabajo que habían desarrollado para la SEP. Señalaba que ya habían logrado, en un primer momento, lo que pretendían: la animación de la discusión sobre la historia nacional en un momento de recomposición mundial. Si bien reconocía que podía haber errores y los había, consideraba que la descalificación de los textos rebasaba la intencionalidad didáctica e

<sup>357</sup> “Y entre esos rollos, como culminación, ¿qué pensar de la inelegante inclusión de propaganda? Desde ahora, Pronasol y la modernización educativa son parte de la historia igual que la tradición de un Ejecutivo a la vez ‘fuerte y legal’ que evita ‘la dictadura y la anarquía’. Además, vivimos una democracia política ‘perfectible’ y hemos dejado atrás los tiempos en que ‘la democracia era una ficción, todo lo decidían Porfirio Díaz y su grupo y los demás quedaban excluidos’. ¿Entendieron, niños?” Enrique Krauze. “La prueba de los niños” (segunda y última parte), en: *La Jornada*. México, 9 de septiembre, 1992, p. 19.

histórica aterrizando en cuestiones políticas ajenas a los propios libros defenestrados, impulsadas fundamentalmente por el Partido de la Revolución Democrática, la doble zona de la izquierda retro y la guerrilla, un grupo de periodistas y un círculo de la dirigencia sindical del magisterio. Asimismo, comentaba que dentro de las pujas políticas expresadas en la discusión había una consistente en: “La guerrilla periodística y cultural contra *Nexos* y contra alguien a quien llaman Héctor Aguilar Camín, en tanto extensiones malignas del salinismo.”<sup>358</sup>

Más adelante el otro responsable, el historiador Enrique Florescano, también escribiría sus opiniones sobre la discusión. Aunque él dedicaba la mayoría de sus palabras a tratar el tema de los problemas que les implicó trabajar con limitaciones claras de tiempo y espacio, así como la dificultad inherente en la elección de los temas tratados, en los últimos párrafos se refería a la dimensión política que la polémica había alcanzado, lo cual hacía que se estuviera hablando prácticamente de dos libros, uno el real y el otro el imaginado por los críticos:

Otro signo sombrío es la multiplicación de tribunales populares organizados no para propiciar la crítica, como se declara, sino para dictar sentencias y proponer linchamientos morales de los autores y de los libros. En fin, la aseveración de que los mismos libros son parte de una “conjura de los letrados”, o la aparición de fundamentalismos históricos que condenan cualquier otra interpretación que no sea la propia, indican que en esta polémica no todo trabaja para favorecer una discusión madura, abierta y razonada.<sup>359</sup>

Aguilar Camín eludía referirse a la visión del gobierno de Salinas de Gortari presentada en los libros y trataba de exorcizar las críticas hablando de que ellas eran en realidad formas de cobrarse afrentas, envidias o problemas con él y su revista dada su cercanía con el presidente; Florescano, por su parte, sin dejar de ver el fondo político de muchas de las descalificaciones que se hicieron a los textos de historia, rescataba una faceta del problema que tenía que ver direc-

<sup>358</sup> Héctor Aguilar Camín. “El contexto de los textos”, en: *La Jornada*. México, 11 de septiembre, 1992, p. 20.

<sup>359</sup> Enrique Florescano. “El historiador, la crítica y los libros de texto” (segunda y última parte), en: *La Jornada*. México, 15 de septiembre, 1992, p. 14.

tamente con la forma de concebir la historia en general y la nacional en particular por los diversos interesados y opinadores.

Sin embargo habría de ser un escritor, Sergio Pitol, quien en su participación en la discusión llamara la atención sobre el sentido que la historia, su narración y el propio lenguaje tenían en la construcción de una identidad nacional. Después de corregir al secretario de Educación, quien había dicho que los libros tenían carácter “emergente” cuando debió utilizar el calificativo “provisional”, Pitol señalaba que en ningún país del mundo, ni en el de la economía más boyante, se hubiera invertido la enorme cantidad de dinero en hacer y reproducir un libro de texto que sólo tendría un año de vida útil, de ahí que considerara que si ya se sabía que sólo durarían un periodo lectivo, según querían convencer a la sociedad las autoridades educativas, hubiera sido mejor continuar con los libros anteriores y resolver mientras las lagunas o problemas detectados con alguna guía adicional para el maestro.<sup>360</sup>

Más adelante, el novelista comentaba ante la forma en que los autores estaban intentando contrarrestar las críticas a sus libros argumentando que ellos estaban siendo atacados por un grupo con intereses políticos, ya fuera por la carrera presidencial o por la animadversión contra el gobierno salinista y el grupo *Nexos*, o por los intereses sindicales, etcétera, que debieron haberlo previsto y en consecuencia haber cuidado mucho más su trabajo, pues sabían que él se iba a enfrentar a ese mar embravecido.

Pitol refería los errores que había identificado en su lectura de los libros en cuestión, llegando a la conclusión de que si un lego como él había descubierto tantos equívocos cuántos más podría identificar un historiador especializado, y cuál sería la confianza en los textos que podría tener el profesor que al utilizarlos comenzara a encontrar esas fallas.

Simultáneamente al texto de Pitol, Aguilar Camín publicó otros artículos en descargo de los libros de texto de historia. En uno de ellos el director de *Nexos* intentaba desenmascarar la estrategia del PRD de tomar los libros en cuestión para “desahogar en ellos un epi-

<sup>360</sup> Sergio Pitol. “Sobre los nuevos libros de texto”, en: *La Jornada*. México, 15 de septiembre, 1992.

sodio más de su estéril y obcecada estrategia cuya única eficacia probada (...) ha sido refrendar en el gobierno la misma actitud estéril y obcecada de confrontación con el PRD”.<sup>361</sup> En el otro, se lamentaba, una vez más, que en la discusión sobre los libros se hubieran mezclado las animadversiones que había cosechado él y su revista en lo que denominó “las trincheras de la guerrilla cultural y las redacciones periodísticas”. Asumía que la crítica contra él y su grupo se había incrementado a partir de la realización del Coloquio de Invierno generándose una imagen en la que no identificaba su trabajo. “El eje rector de esa imagen es la noción de que, aprovechando mi relación personal con el presidente Salinas, en *Nexos* hemos emprendido una amplia maniobra para apoderarnos de los “centros vitales de la cultura mexicana”, para recibir toda clase de apoyos, subsidios, ayudas y otras indulgencias políticas.”<sup>362</sup>

Después, el autor de *La guerra de Galio* adoptaba otra estrategia para enfrentar las acusaciones, señalando que toda la avalancha de comentarios podían ser ubicados perfectamente dentro de ciertos medios, esto es, la crítica no era general ni se encontraba dispersa en todos los ámbitos de la opinión pública, sino que sus detractores eran perfectamente identificables: fundamentalmente dos periódicos (*La Jornada* y *El Financiero*) y nueve personas, de las cuales “los cinco magníficos”: Jaime Avilés, Miguel Ángel Granados Chapa, Carlos Ramírez, Paco Ignacio Taibo II y Enrique Krauze, sobresalían por el número de artículos escritos en contra de los libros. Después de jugar un poco con los números del legajo de artículos sobre los libros, Aguilar Camín llevaba su argumentación a la conclusión de que si bien las críticas podían contener ciertos niveles de veracidad, en general sólo eran “cuentas pendientes que algunos miembros de la comunidad cultural y periodística creen tener con *Nexos*, y conmigo mismo...”

Los argumentos de Aguilar Camín hacían agua por muchos lados. Aparentemente era extraño que un historiador, analista político y periodista de muchos años de experiencia dejara de lado la reflexión

<sup>361</sup> Héctor Aguilar Camín. “La historia según Michoacán”, en: *La Jornada*. México, 14 de septiembre, 1992.

<sup>362</sup> Héctor Aguilar Camín. “La guerrilla cultural”, en: *La Jornada Semanal*. México, 15 de septiembre, 1992.

sobre el rol que tienen los medios de comunicación dentro de la conformación del sistema político mexicano, de ahí que acusar a los críticos de que tan sólo eran francotiradores aislados frente al apoyo silencioso del resto de los medios era completamente falaz. Dudo mucho que el director de *Nexos* realmente esperara que, por ejemplo, en *El Nacional*, *El Heraldo* o *Novedades* pudieran encontrarse críticas (fuertes) a las labores gubernamentales, éstas lamentablemente sólo aparecían en ciertos medios. La lógica estatal autoritaria no debió habersele olvidado al coordinador de los libros de texto de historia, pues no hacía mucho en términos históricos que el caso *Excélsior* y la contundente sentencia lopezportillista de “no pago para que me peguen” se habían producido.

De igual forma, señalar que no era cierto que el grupo *Nexos* estuviera siendo beneficiado con la cooptación de espacios culturales importantes, era algo tan grotesco que tan sólo él podría saber las causas de fondo por las que insistía en negarlo. Continuar eludiendo las pruebas que nadie había inventado sino que ahí estaban frente a toda la opinión pública, más que una convicción parecía el ejercicio prepotente de un poder que es capaz de inventar ficciones creíbles para quien las dice.<sup>363</sup>

Por otra parte, responsabilizar al PRD de haber empezado y agudizado la crítica como una estrategia política contra el presidente, el gobierno y todo lo que ellos implementaran, dejaba mucho que desear ante lo que hasta hacía poco los escritores, los intelectuales, presentaban como su divisa principal: la crítica de todo empezando, por supuesto, por uno mismo y sus trabajos.

La historia de lo que sucedió después con los libros de historia es conocida. Al siguiente año se sacaron a concurso público todos los libros de texto gratuitos y, de nueva cuenta, la polémica se generó alrededor de los de historia debido a las torpezas burocráticas

<sup>363</sup> Cfr. Aurelio Asiain. “Historias ejemplares”, en: *Vuelta*, núm. 191, octubre, 1992, p. 31. “No es posible pretender que la historia divulgada por la Secretaría de Educación Pública en la primaria, siendo única y obligatoria, no sea una historia oficial. También es sorprendente que a estas alturas (después de recibir el programa *Nexos*, el canal 22, el Coloquio de Invierno, los libros de texto y la Subsecretaría de Educación Básica) el grupo de burócratas culturales y asesores presidenciales que se reúnen en la revista *Nexos* se vean a sí mismos como ejemplo de independencia, nieguen que se están apoderando de los organismos centrales de la cultura mexicana y se alarmen ante la alarma de la opinión pública.”

que evidenciaron el autoritarismo del gobierno de cara a una historia alternativa, distinta a la oficial tanto en contenidos como en formas didácticas de enseñarla. Si bien hubo libros declarados ganadores por un jurado integrado por reconocidos historiadores, profesores, pedagogos, etcétera, la SEP decidió pagar los premios en efectivo pero no publicarlos, volviendo a producir ella misma los textos de historia ya que, de acuerdo a las declaraciones de sus funcionarios, ella era “la única capaz de hacer una historia no sectaria”.

El año de 1992 terminó con la buena noticia de que José Emilio Pacheco había ganado el Premio Nacional de Letras.

Víctor Flores Olea, el renunciado mandamás del Conaculta, rompió el silencio para dar su apreciación de que en México se estaba viviendo una situación cultural inédita, el surgimiento de intelectuales que no estaban ligados al Estado sino a núcleos de la iniciativa privada que se manejaban con la deducción de que si la empresa es libre, ellos, intelectuales de la empresa libre, serían libres por definición, lo cual, a su decir, era por lo menos discutible. Flores Olea terminaba señalando que si bien *Vuelta* y *Nexos* eran importantes, lejos estaban de ser toda la cultura mexicana pues tan sólo constituían dos propuestas de la polémica cultural.<sup>364</sup>

1993 empezó con una discusión que habría de enfrentar directamente a ambas repúblicas teniendo como punto de discordia algo tan mundano como el dinero. Desde la República de las Letras se pidió al gobierno de Salinas de Gortari que la ley hacendaria no se modificara en el rubro de la exención de impuestos autorales. La Secretaría de Hacienda dio una primera respuesta en los términos que acostumbra con la que queriendo quedar bien lo único que logró fue enfatizar los argumentos en su contra. Hacienda declaró que aceptaba dejar exentos de impuestos los ingresos autorales menores a 41 638 nuevos pesos, lo cual era absurdo pues dicha cantidad en aquella época era insuficiente para sobrevivir.

Gabriel Zaid argumentó a favor de la exención argumentando sobre el carácter específico que tenía la actividad creadora cultural. En sus alegatos evidenciaba claramente la especificidad que los

<sup>364</sup> Entrevista de Gerardo Ochoa Sandy, *Proceso*, núm. 842, 21 diciembre 1992, México.

autores (los escritores, para el caso que me interesa) se autodesignan: su actividad no puede ser equiparada a ninguna otra desarrollada por el resto de los mortales. Su labor no es de este mundo, ellos contribuyen con algo tan importante como el acervo cultural de la nación, el cual por sí mismo debería mostrar al resto de la humanidad que son excepcionales y como tales deben ser tratados.

Las obras son bienes de capital cultural.

Pero, además, son bienes de capital que le cuestan al autor y acaban siendo propiedad de la nación o patrimonio de la humanidad. **Las obras son como brechas o caminos que se abren en propiedad particular, por necesidad particular, pero que le sirven a la sociedad, que finalmente las expropia.**<sup>365</sup>

Sin querer caer en una argumentación desbordante de romanticismo, me pregunto qué trabajo no es factible de ser visto por su ejecutor como una labor que hecha por necesidad particular (aunque sea dineraria para poder sobrevivir) no sirve a la sociedad, que es la que finalmente las aprovecha para mantenerse viva. Por ejemplo, cualquier trabajador de los medios de transporte urbano o foráneo lo puede decir, si bien trabaja por necesidad individual (por el salario necesario para mantener a su familia) con ello posibilita que los ciudadanos se transporten a su trabajo, a su familia, a sus diversiones, a sus negocios, en fin, a todos los lugares que requieren para ejecutar sus actividades, que todas ellas sumadas dan vida a la sociedad mexicana. Los médicos, los profesores, los comerciantes, los empresarios, en fin, cualquiera puede en última instancia argumentar lo mismo.

Ahora bien, se podría decir que la necesidad particular a la que se refiere Zaid es de índole espiritual. El argumento en contra esencialmente es el mismo, pues no dudo que existan choferes (incluso de microbús) que realmente amen y vivan su trabajo y, por ende, puedan sentir una enorme satisfacción por conducir sus máquinas a su destino. Un maestro que logra dar una buena clase con la cual construye junto con sus alumnos los objetivos diseñados, sabe que

<sup>365</sup> Negritas del autor. Gabriel Zaid. "Razones para la exención", en: *Vuelta*, núm. 196, marzo, 1993, p. 44.

el placer experimentado es profundo y de largo alcance. Los autores al atribuirse solamente ellos tal sentido de realización personal, de satisfacción personal de sus necesidades espirituales, constituyen el ejemplo por antonomasia de una egolatría que –como Perogrullo dijo– conforma la base para la solicitud/exigencia de trato diferenciado. Desde esta perspectiva el que ese trato de excepción tenga que ser solicitado a la otra soberanía constituida por los “corrompedores del lenguaje” es una afrenta aún mayor.

Zaid salía al paso de los argumentos en el sentido de que era injusto que los asalariados sí pagaran impuestos y los autores no, pues desde su punto de vista constituía una falacia, en virtud de que por lo general él mismo tenía que chambear en otras cosas para poder subsistir lo cual, desde su punto de vista, era un argumento más para pedir la exención, pues: “Se trata de que cualquier persona que distraiga tiempo a otras actividades para dedicarlo a contribuir al acervo cultural reciba cuando menos ese reconocimiento de que contribuye, aunque la gloria (el verdadero reconocimiento) y el dinero (que es también un reconocimiento) tarden mucho o no lleguen jamás.”<sup>366</sup> Desafortunadamente este argumento de Zaid sólo reforzaba el auto-designado sentido de élite a causa de sus actividades (utilizando viejas frases hechas) “más altas” que las del resto de la humanidad al que me he referido. Frente a ello podríamos poner un ejemplo muy claro que también merecería la exención, aunque insisto, finalmente todos podríamos argumentar de la misma forma acerca de las bondades y cualidades excepcionales de nuestras labores profesionales. El ejemplo elegido es un profesor de educación básica en México pues su labor profesional contiene una enorme carga histórica que se sintetiza en la vieja idea del “apostolado magisterial”. Resulta que este “apóstol educativo” también tiene que dobletear sueldos para poder apenas sobrevivir miserablemente, lo cual no basta en el patético escenario que estamos construyendo, pues él también se convierte en el recipiente de absolutamente todas las críticas que lo culpan en primera instancia del lamentable estado académico del sistema educativo nacional. Por nuestra parte, los profesores universitarios podríamos

<sup>366</sup> *Ibidem*, p. 46.

<sup>367</sup> Carlos Elizondo Mayer-Serra. “Razones contra la exención”, en: *Cuadernos de Nexos*, núm. 60. México, junio, 1993, p. xvi.



argumentar cuestiones bastante cercanas a esta situación extrema para ser eximidos de impuestos y hasta de paso solicitar, una vez más, aumento salarial e integración de las becas y estímulos de productividad a nuestro salario nominal.

En fin, recuperando la noción de las dos repúblicas podríamos pensar en la metáfora de que los autores en general, particularmente los escritores pues son el objeto del presente trabajo, esgrimen un argumento que suena similar a la postulación de que ellos poseen fuero diplomático frente a leyes que el resto de los ciudadanos sí deben cumplir. Una respuesta a Zaid, venida desde el propio círculo de la intelectualidad, lo decía claramente:

Pero me parece simplemente una prueba más del poder perverso de la República de las Letras para manipular a su favor las decisiones públicas. Es de elemental justicia eliminar este privilegio fiscal. Afortunadamente se han eliminado muchos privilegios fiscales, aunque ciertamente todavía faltan algunos, incluidos los privilegios de que aún gozan los creadores y que serán aún mayores de acuerdo con lo prometido por el Presidente.<sup>367</sup>

Mientras la discusión y las negociaciones sobre la exención se realizaban, algunos continuaban preguntándose cuál era el sentido de la actividad de escritor en una sociedad que tenía como característica básica su horror frente a los libros.<sup>368</sup> Ricardo Garibay narraba a manera de ejemplificación cómo aun dentro del circuito académico cultural, la hechura de libros seguía viéndose como una actividad sin mayor peso, por lo que sus hacedores eran ninguneados frente a otro tipo de profesionales. Narraba que cuando recientemente había sido invitado a dictar una conferencia en la Universidad de Guadalajara, en

<sup>368</sup> "Los escritores mexicanos trabajamos en condiciones particularmente desventajosas: nuestra industria editorial es raquítica, las ediciones son ridículas por lo que se refiere al número de ejemplares, y aún así penetran muy difícilmente en un público que no lee. Y no lee porque no se le ha inculcado en los hogares ni en las escuelas, el amor a la lectura. La indiferencia ante el libro, general en los pueblos hispánicos, se convierte entre nosotros en una suerte de horror. Para la mayoría de nuestros compatriotas leer un libro es una excentricidad, una curiosidad psicológica que colinda con la patología. Esto ha sido el resultado de años y años de ruidosas campañas de alfabetización." Carlos Monsiváis. "En 40 años patética disminución de la lectura", en: *Proceso*, núm. 847. México, 25 de enero, 1993, p. 50.

primer lugar se asombraron de que les cobrara por la plática y, en segundo, a regañadientes aceptaron pagarle sus honorarios de diez millones de pesos (10 mil de los actuales), mientras que estaban contentos de que el cantante Juan Gabriel hubiera aceptado darles un concierto cobrándoles tan sólo ciento cincuenta millones.<sup>369</sup>

A mediados de año se anunció la realización del Segundo Encuentro *Vuelta*: “México. Los usos del pasado”. En la lista de participantes estaban diversas personalidades identificadas con el grupo *Nexos*. Como respuesta a la pregunta sobre la razón de invitar a gente del grupo con el cual había diferencias grandes y cuya disputa más reciente aún estaba fresca, Enrique Krauze explicó que las invitaciones se debían al reconocimiento de la obra de los invitados y a un ejercicio de pluralidad. Significativamente este concepto recientemente había sido traído a la mesa de la discusión a partir de la participación de Carlos Monsiváis en la presentación del libro del cubano Guillermo Cabrera Infante *Mea culpa*, en la cual Monsiváis había desarrollado una incisiva crítica al régimen de la isla.

En septiembre de 1993 nació el proyecto de una nueva tribuna cultural que habría de ocupar un lugar importante en este mercado, *El Ángel*, suplemento del diario *Reforma*.<sup>370</sup>

Respecto al ser intelectual y su compromiso con la política, esos días Lorenzo Meyer argumentó a favor de la explicación de que los intelectuales en nuestro país habían jugado un papel más importante que en otras sociedades en virtud de que debieron cubrir la ausencia de una sociedad civil organizada que participara políticamente. Para el historiador de El Colegio de México, la tarea del intelectual y la del político eran completamente antagónicas; el político es pragmático y se interesa por ver la forma de ejercer su poder, mientras que el intelectual tiene como obsesión la búsqueda de la verdad, la cual por definición casi nunca alcanza. El intelectual que se convierte en servidor del político abandona su esencia y debe asumir la del político, convirtiéndose así en un técnico. Cuando México alcance un régimen auténticamente democrático los intelectuales ya no serán tan impor-

<sup>369</sup> Miguel Ángel Muñoz. “Muy mal se paga la cultura en México (entrevista con Ricardo Garibay)”, en: *La Jornada Semanal*, núm. 200. México, 11 de abril, 1993, p. 4.

<sup>370</sup> Cfr. Sergio González Rodríguez. “Historias de prensa cultural”, en: Gabriela Olivares Torres, *op. cit.*

tantes y, luego entonces, dejarán de ser proclives a ser cooptados por el poder, pues éste tendrá que responder a la crítica que vendrá de las cámaras y los partidos. “En este punto –afirmaba Meyer– no queda más remedio que utilizar la palabra inglesa cooptación para descubrir una de las debilidades de los intelectuales en México: el poder por la vía de los honores o el dinero, busca limar su capacidad crítica, neutralizarla.”<sup>371</sup> El entrevistado agregaba que si bien lo discutido en y alrededor de los coloquios y encuentros podía ser interesante, era una lástima que los únicos que estaban atentos a ello eran unos cuantos, apenas un puñado de involucrados, pues el resto de la sociedad ni se enteraba ya que tenía su atención puesta en otras cosas.

En octubre Octavio Paz concedió una nueva entrevista a Julio Scherer. El poeta volvía sobre sus obsesiones políticas, los temas que había trabajado durante décadas, aprovechando para aclarar que sus disputas con la gente de *Nexos* las veía así:

Pero unas semanas después, ante el incumplimiento de la promesa (de Echeverría) de aclarar bien todos los hechos (del 10 de junio), renové la crítica. Esa posición se mantuvo durante todo el sexenio, *Plural* es prueba de ello. Los censores al grupo no fue la gente del gobierno sino muchos intelectuales de la oposición de izquierda. Los más rigurosos de estos fueron los jóvenes que trabajaban en el suplemento cultural de *Siempre!* ¿Pleito de generaciones o controversia ideológica? Tal vez las dos cosas. Ese grupo fue el germen de lo que sería la revista *Nexos*. De paso: mis diferencias con ellos no han sido pleitos de personas ni excluyen, en algunos casos, la estimación intelectual. Casi siempre se ha tratado de divergencias ideológicas, aunque hoy sus posiciones son radicalmente distintas y aun opuestas a las que sostenían hace unos años. Es humano y legítimo cambiar de opinión pero, sobre todo si se escribe sobre asuntos públicos, hay que reconocerlo francamente.<sup>372</sup>

Asimismo, el poeta retomaba su apreciación de que la actividad intelectual está referida a valores y objetos que están más allá de los partidos y sus luchas, por lo que si ellos como ciudadanos pueden y

<sup>371</sup> Hugo Vargas. “Intelectuales, poder, cultura. Entrevista con Lorenzo Meyer”, en: *La Jornada Semanal*, núm. 223. México, 19 de septiembre, 1993, p. 20-21.

<sup>372</sup> “Entrevista de Julio Scherer a Octavio Paz”, en: *Proceso*, núm. 885. México, 18 de octubre, 1993, p. 9.

deben participar en la vida política, como intelectuales sus deberes y obligaciones son otros.

En noviembre de 1993, el presidente Salinas de Gortari finalmente envió la iniciativa de ley sobre la exención de impuestos a los autores la cual sólo ampliaba de ocho a doce salarios mínimos el tope para el no pago de derechos de autor, así como de 50 a 75 años el plazo para que los descendientes cobraran regalías. El año concluyó con la solicitud de amparo promovida por los autores en contra de esa iniciativa presidencial.

El primero de enero de 1994 el escenario político de nuestro país habría de modificarse radicalmente. Los meses que le siguieron ahondaron la crisis y agregaron nuevos fenómenos y problemas al análisis político. Los escritores, al igual que el resto de la nación, súbitamente se encontraron con la aparición de nuevos protagonistas y la desaparición violenta de otros. Junto al movimiento zapatista, en Chiapas surgió una figura que habría de generar enconadas discusiones así como amplias reflexiones sobre el papel del escritor y su compromiso con el poder o, bajo las nuevas condiciones, cuál podía y debía ser el rol de la escritura en las modernas luchas políticas de cara a las nuevas condiciones económicas, políticas y culturales vigentes en el fin del milenio.

## CONSIDERACIONES FINALES

*Ojalá que los escritores pudieran tener en nuestro país el papel que las polémicas les atribuyen, influir realmente cuando se les acusa de que influyen. Pero nunca han influido para nada, nunca han tenido un papel. Maquiavelo decía que ni siquiera los escritores te hacen voltear una piedra. Valiéndonos de esta imagen, podríamos decir que precisamente voltear las piedras: descubrir los gusanos que hay debajo, es lo máximo que los intelectuales pueden hacer. Ejercicio solitario, por su cuenta y riesgo.*

Federico Campbell.<sup>373</sup>

En alguna ocasión Gabriel García Márquez escribió que el mayor problema de los escritores latinoamericanos, más que inventar, era hacer creíble la realidad de nuestras sociedades. Buena parte de la historia que hemos revisado de las relaciones al interior de la dualidad republicana de nuestro país tiene cabida en tal preocupación del Premio Nobel colombiano.<sup>374</sup> Un primer soporte para esta afirmación lo constituye la argumentación que incesantemente he repetido desde las primeras páginas: los escritores en México, a pesar de que no son leídos, creen poseer una gran importancia dentro de la sociedad.

Ellos han construido rangos identitarios propios para poder identificarse como gremio, pues es vital marcar su raya del resto de la sociedad. Ese límite debe ser diáfano, pues de no serlo sería imposible construir su figura, su imagen, su interpretación de ellos mismos como los “portavoces” de esa sociedad que o no tiene voz o no sabe cómo usarla. Pero ese espejo —usando la lacaniana metáfora de José Joaquín Brunner— donde los escritores se ven a sí mismos está completamente trizado. Esta lámina plateada que debía estar perfectamente pulida, intacta, pues había sido construida directamente

---

<sup>373</sup> *La invención...*, *op. cit.*

<sup>374</sup> Gabriel García Márquez. “Fantasía y creación intelectual en América Latina y el Caribe”, en: Pablo González Casanova (coord.), *Cultura y creación intelectual en América Latina*. México, Siglo XXI/Universidad de las Naciones Unidas/Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, 1984.

por la *Razón* y en la cual el lenguaje, así en general, sería el garante de pureza, no lo está. Al igual que el espejo general, ese pequeño, pequeñísimo, fragmento ha mostrado desde su constitución los trizados que la sociedad ha marcado en su superficie.<sup>375</sup>

Como parte de la construcción de su imagen, el grupo de escritores ha creado una metáfora muy efectiva para impedir la intromisión de quienes no tengan los merecimientos adecuados. Ella es un ente que actúa como una verdadera soberanía, una república a cuya ciudadanía sólo algunos pueden acceder. La constitución identitaria de la República de las Letras tiene como base la capacidad de sus ciudadanos de escribir, publicar y, finalmente, la posibilidad de ser leídos.

No se trata de repetir los argumentos y las definiciones que hemos elaborado a lo largo del trabajo, simplemente es necesario tener presente esa primera gran característica definitoria de la República de las Letras. Ahora agreguemos un elemento evidente: la escritura en general, el quehacer específico que destaca a los escritores del resto de la sociedad, es una de las actividades axiales de ese gran ámbito constituido por la cultura. En efecto, Perogrullo se sonrojaría con lo recién escrito. ¿Para qué, entonces, escribir tal obviedad? Considero que al tenerla cerca podemos bordar sobre una sugerente idea. Brunner encuentra que la diferencia de velocidades entre el medio cultural y el económico/político sería la causa de la impaciencia característica al primer ámbito. Para él, la rapidez con la que se generan y mueven los bienes simbólicos, el conocimiento y la información, hace de la cultura un vector dinámico del cambio de la sociedad. Sin embargo, dice, en las sociedades latinoamericanas la cultura por lo general no ha jugado este papel pues se ha caracterizado por su matiz paciente, resignado, sufriente y conformista.

Hace rato que sabemos que la cultura está anclada históricamente, que ella no existe por sí sola y mucho menos puede ser explicada por sí misma. La historicidad de la sociedad, los conflictos sociales, la expresión de cuestiones tan mundanas como la economía, la política o las patologías, son parte constitutiva de ese andamiaje simbólico en constante evolución/adequación. Así las cosas, lo arcaico de nuestras

<sup>375</sup> José Joaquín Brunner. *América Latina: cultura y modernidad*. México, Conaculta/Grijalbo, 1992, p. 15 ss.

formas culturales no se debe a carencia de movimientos o ideas, sino que es tan sólo la expresión del déficit más general, el del desarrollo (de las fuerzas productivas, materiales, técnicas y políticas), el cual a su vez también refleja el nivel de desarrollo de la cultura prevaleciente.

En México, por ejemplo, la existencia de una cultura de no lectura no se debe a que seamos flojos, pendencieros, fiesteros, relajientos, futboleros, laberínticamente solitarios o cualquier otra explicación que se nos pueda ocurrir. Más bien, la constitución de esa característica cultural de rechazo a lo escrito debe pensarse como una consecuencia natural de un sistema político que asumió casi como política de Estado la necesidad de generar el desinterés por las letras.<sup>376</sup>

Ya sé, inmediatamente salta la liebre de la memoria y nos trae de forma expedita las románticas imágenes de la cruzada vasconcelista. Sin embargo, por lo menos en este caso el recuerdo no puede engañar a la razón y al análisis. A más de medio siglo de distancia de tan pujante esfuerzo podemos atestiguar que los resultados lamentablemente fueron prácticamente nulos: los índices de lectura siguen siendo, poniéndonos optimistas, ínfimos.

En este escenario histórico, los ciudadanos de la República de las Letras han debido cumplir un papel que en México la modernidad les tenía deparado. El choque entre el *deber ser* del intelectual/escritor y su posibilidad de lograrlo ha sido fuerte. Particularmente en nuestro país, la hegemonía de un sistema político no moderno, autoritario, corrupto, fraudulento electoralmente, nacido de la fuerza de las balas, les ha hecho sentirse obligados, en efecto, a cumplir roles “modernos” que la sociedad toda debiera asumir como suyos, pero ha sido impedida para hacerlo. Uno de los rasgos definitorios del sistema no democrático imperante es que lo público no es tal. Si la voz pública ha sido acaparada por el grupo dominante que ha impo-

<sup>376</sup> “... entre nosotros no es imposible que un escritor alcance la notoriedad y que, incluso, se convierta en oráculo popular o en consejero de príncipes. Fama engañosa: el agraciado tendrá muchos admiradores pero pocos lectores. Los pueblos hispánicos no son aficionados a la lectura y los mexicanos, lejos de ser una excepción, son una contundente afirmación de la regla. La escasez de lectores no debe imputarse al analfabetismo y a la pobreza del pueblo sino a la ignorancia y a la indolencia generales. En nuestros países no se ha exaltado nunca ni al trabajo manual ni al intelectual.” Octavio Paz. “Tránsito y permanencia”, en: *Vuelta*, núm. 201. México, agosto, 1993, p. 8.

sibilitado la expresión de otras distintas a la suya, si apenas hasta hace muy poco ha empezado a distinguirse la posibilidad de que otros participen realmente en el concierto social, podemos imaginar en términos más o menos adecuados la sensación de urgencia de los escritores por hacerse escuchar, por lograr que la sociedad vea y conozca lo que ellos han podido averiguar, enterarse, conocer, pensar y publicar.

Pero... mi argumentación empezaba a cargarse peligrosamente de un matiz del cual la salva el anclaje a la metáfora del pequeño fragmento de espejo trizado. Las expresiones de la República de las Letras no son unívocas pues ahí se expresan la pluralidad característica a la sociedad, no tendría por qué ser diferente. Ella no es la monopolizadora de la *Razón*, de la verdad (única y universal) pues ésta no existe. Ese breve espacio es un microcosmos de la sociedad general con todas sus ideologías, filosofías, sentidos de clase, pasiones, patologías, placeres, miserias, poderes, etcétera. Se trataría entonces de que la voz pública fuera tal, de que la sociedad en su conjunto recuperara (si es que alguna vez la tuvo) la capacidad de hablar en voz alta y agenciarse la información que debiera circular libremente, pues nos compete a todos.

¿Esta idea soluciona o tiene que ver con la en mucho bizantina discusión sobre el sentido elitista o masivo del quehacer literario, de la actividad de escribir y leer? No, simplemente se refiere a otra cosa. Por el momento ése no es el punto. De lo que estoy hablando es de que el sentido de la participación política, de la posibilidad de tener voz y usarla, del ejercicio de criticar todo y siempre, no puede ser pensado en esos mismos términos de "elitismo cultural". La esencia de la democracia radica justamente en ello. En la historia podemos encontrar trágicos intentos de cultos iluminados que estaban convencidos de saber qué era lo mejor para la sociedad y terminaron llevándola al despeñadero, o ellos mismos concluyeron su aventura triturados a manos de aquellos que fueron incapaces de entender sus brillantes afanes. Los escritores constituyen tan sólo un sector más de la sociedad y tienen (o debieran tener) un peso igual al del resto. Ése es el sentido de la democracia. Ésta no puede estar restringida a hacerse a través de los partidos y durante los procesos electorales, pero tampoco solamente a que los escritores, por más



ilustrados que sean, se constituyan en el fiel de la balanza, en los señaladores que desde el Olimpo marquen los errores de la plebe o del gobierno.

Además, en nuestro país debemos sumar otro punto fundamental al análisis. La afirmación que tajantemente ha expuesto Campbell en las líneas elegidas como epígrafe para esta parte final del trabajo, ha sido repetida por diversas voces en los últimos lustros. Los escritores gozan del prestigio de ser individuos que pueden hacer caer el peso de la balanza del poder hacia un lado o hacia otro; sin embargo, el soporte de tal reputación, el poder de influencia, es inexistente en la realidad a pesar de lo que los propios escritores o por lo menos una buena cantidad de ellos creen acerca de los atributos de su profesión.

Crímenes, fraudes electorales, obstaculización de avances democráticos, censura a la libertad de expresión, en fin, una serie de actividades que han caracterizado al quehacer político gubernamental en los años abarcados por el presente estudio se ha mantenido a pesar de la firme oposición, en el mejor de los casos, de un número importante de escritores. El poder puede convocarlos con el fin de justificarse ante ellos, para brindarles una explicación de sus afanes, para escucharlos en sus desahogos, para integrar a su conveniencia los juicios críticos de aquéllos, pero no con la intención real de transformar su accionar de acuerdo a las expectativas o exigencias de esos “voceros y creadores de opinión pública” o “sustitutos de la sociedad civil”.

Busquemos por otro lado. El que los escritores “tomen la palabra”, usen el lenguaje para nombrar, para decir quién hace qué, para designar un propósito a la “publicación” de información, puede ser un primer paso de una lucha más amplia y larga. Los escritores tienen en sus manos las posibilidades y herramientas para avanzar en una tarea fundamental para la creación y el fortalecimiento de una cultura democrática donde lo público adquiera realmente ese carácter, abandonando su estatuto de posesión particular del grupo que detenta el poder político.

Vemos, pues, que en una sociedad democrática el acceso a la información de los quehaceres públicos es un axioma de la convivencia social. En contraste, en nuestro país la información sobre la

actividad del Estado es concebida como un secreto que no puede ser ventilado frente a la sociedad, aunque sea a ella a la que se le endosa la responsabilidad de cargar con las consecuencias de esos actos. Así planteado el asunto, los escritores tienen la posibilidad de ocasionar trastornos al poder al poseer los recursos para hacer pública la información que conozcan, posean y que de suyo tendría que ser pública, pero... Una vez más aparece la multiseñalada característica que impide que los escritores se conviertan en un factor trascendente en la realidad: la cultura de no lectura e incluso de desinterés por la información que ha sido imbuida y consolidada históricamente por el sistema político mexicano en nuestra sociedad.

Si algo tienen claro los escritores mexicanos es que sus escritos son leídos, en el mejor de los casos, de forma escasa. A lo largo del trabajo hemos visto cómo Paz, Fuentes, Monsiváis, Pacheco, Ibarguengoitia, etcétera, han expresado en distintos momentos estar conscientes de este fenómeno,<sup>377</sup> lo cual no los ha amedrentado para expresar de manera vehemente sus consideraciones políticas en diversas coyunturas. No importa que, en efecto, no pase nada, ellos estarán tranquilos con la satisfacción del deber cumplido.<sup>378</sup>

Uno de los puntos que ha quedado claro en la revisión histórica de las relaciones internas y externas de la República de las Letras respecto a la actuación política de sus integrantes, es que en rigor la idea latente y muchas veces explícita en el sentido de hablar de todos ellos como un gremio general que posee ciertos atributos compartidos por sus integrantes, podría leerse como una expectativa de que en la realidad los escritores actúen de manera similar puesto que coincidirían en ciertos cánones dentro de los cuales el compromiso con el lenguaje, la palabra y el ejercicio de la crítica serían los nodales. Sin embargo, encontrar coyunturas donde tal

<sup>377</sup> "Sí. Existe, ¡qué duda cabe!, una comunidad de poetas, de hombres con altas preocupaciones. Pero esa comunidad está determinada, ya no por valores o por quehaceres comunes sino, precisamente, por la divergencia y la soledad de individuos que ejercen un oficio cada día más ajeno al interés colectivo, a las necesidades de la masa." Carlos Fuentes. *La región...*, *op. cit.*, p. 162.

<sup>378</sup> "Somos personas honradas. Decimos lo que creemos que es la verdad. A veces metemos la mano en asuntos espinosos y el público, como en los pleitos callejeros, dice: 'Tú le das, tú le das.' Generalmente no pasa nada." Jorge Ibarguengoitia, *Ideas...*, *op. cit.* (marzo, 1971), p. 30.

cosa haya sucedido es intento vano. Las actividades y posiciones tan disímiles que los escritores en lo individual han asumido cuando han tenido que enfrentar problemáticas políticas así lo demuestran.

El que no todos los escritores sostengan las mismas posiciones políticas, tomen partido por las mismas causas o actúen de la misma forma frente a fenómenos políticos específicos, demuestra lo que ya sabíamos: la República de las Letras está cruzada –como vimos desde el epígrafe de la introducción– por las contradicciones histórico-sociales imperantes en la sociedad. Si el acceso a la verdad, a la objetividad, debido al uso correcto sobre el lenguaje fuera la explicación única del carácter identitario de los escritores en su accionar político, hipotéticamente esos atributos debieran generar que quienes los poseen construyeran explicaciones similares y asumieran posiciones más o menos compartidas. En la República de las Letras se reproducen las mismas formas que en el ámbito general de la sociedad; ella tan sólo podría ubicarse como una pequeña muestra de las diversas correlaciones existentes en el universo social. Los escritores actúan de la misma manera que el resto de los individuos; algunos de una forma, otros de otra, unos afiliándose a ciertas explicaciones y actuaciones, otros a otras, algunos más construyendo una tercera, etcétera.

Los atributos que los escritores postulan como característicos a su gremio, los factores identitarios promovidos por el uso y manejo del lenguaje debieran, si no unificar sus criterios y actitudes, por lo menos obstaculizar que esas contradicciones se expresaran en muchas ocasiones en forma de toma de posiciones francamente polarizadas. Pero esto no es así, al interior de la República de las Letras encontramos no sólo buenos y malos escritores (no en el sentido maniqueo de actitud política, sino simplemente en su adecuado uso o no del lenguaje), pero también tendremos (muy) buenos escritores aliados de las peores causas políticas y viceversa, amén de todas las combinaciones y matices que podamos imaginar incluyendo, por supuesto, los escritores que prefieren no usar su boca y su pluma más que para escribir literatura o hablar de ella.

Las discusiones sobre su participación política o acerca de sus posiciones críticas frente a ideologías, sociedades, partidos y políticas, demuestran que el sentido ontológico que algunos quieren ver en el ser escritor es inexistente. No reaccionan igual pues, en efec-

to, esa soberanía está imbuida por los conflictos, intereses y apreciaciones filosóficas, éticas y políticas que existen en la sociedad. Esa parte del espejo, recordemos, también está trizada.

Desde esta perspectiva podemos entender la causa de que se señale que el compromiso de los escritores es no con la verdad en general (en el sentido unívoco y omniabarcador de la palabra) sino con su verdad, esto es, con la crítica, entendiendo por ella el ejercicio consecuente de sus afanes inquisidores, el compromiso con sus convicciones, sean cuales sean las que ellos elijan y/o construyan, pero siempre siendo fieles a tales definiciones, siempre ejerciendo la crítica pues, como dice la conocida sentencia, ella es el único deber de los escritores en particular y de los intelectuales en general. De tal forma, la pluralidad en las apreciaciones, opiniones, toma de partidos, afiliaciones, militancias, críticas, etcétera, se entiende mejor y, por consecuencia, muchas de las querellas que hemos registrado a lo largo del trabajo asumen sus límites históricos. Tampoco debemos olvidar que junto a las disputas por las diversas apreciaciones políticas, al interior de la República de las Letras también existen especificidades profesionales propias que conforman querellas, competencias, envidias y conflictos internos que no siempre son ocasionados por cuestiones políticas o estéticas.<sup>379</sup>

<sup>379</sup> “Los chismes literarios son menos razonables: la lucha de clases ante todo es por la injusta distribución de los ingresos psíquicos, simbólicos y espiritifláuticos que da la Gloria, siempre insuficiente, siempre mal repartida. Libres del realismo que imponen los intereses prácticos, los chismes se despliegan como un cuento de *Alicia en el país de las maravillas*, con una lógica libérrima, gratuita y misteriosa, casi imposible de explicar a quienes no comprenden las cosas del Espíritu.” Gabriel Zaid. “¡Esa Mayo...”, *op. cit.*, p. 75.

Por su parte, Fernando Benítez no hace mucho afirmó: “En un país donde todo el bien y todo el mal puede esperarse del gobierno, los intelectuales han aprendido a callar en los momentos decisivos. Sólo sabe callar. Así se hacen las carreras, así se van escalando los puestos, así se logran cómodas situaciones.

Hay intelectuales que hablan, que dicen cosas valientes, que incluso se han creado una pequeña reputación defendiendo alguna causa. Este grupo –bastante numeroso– es muy admirado y respetable. Han medido la verdad, la justicia, el decoro, la honradez y les han fijado un límite. Si se les pide ir más allá de ese límite –digamos un centímetro–, retrocederá con prudencia. ‘Éste –dirán– desea que me suicide.’ Hay siempre un cargo, una concesión, una prebenda –legítima por lo demás–, una amistad, una responsabilidad, un deber familiar que deben cuidarse. Por ello se dicen verdades a medias, se emplean argumentos no totalmente comprometedores, se deja entreabierta la puerta. ¡Sería tan desagradable quedarse en la calle!” Carlos Fuentes. *La región...*, p. 537.

Por lo general, los escritores comparten la apreciación de que la literatura no puede ser utilizada como forma o herramienta política. No se trata de moralizar o dictar línea a través de la literatura, con ello no pasa nada más que, en el mejor de los casos, conseguir algunas invitaciones para participar en foros organizados por aquellos que creen compartir tales opiniones, pero hasta ahí. Ni Esopo, La Fontaine, Iriarte, Og Mandino, Vasconcelos, Fuentes, Paz, Monsiviáis o quien se nos ocurra, han cambiado (política, económica o, incluso, moralmente) a la sociedad por causa de sus escritos.<sup>380</sup> Sin duda, la obra difusora de textos clásicos impulsada por Vasconcelos pudo haber influido mucho más en aquellos individuos que abrieron las páginas de los libros que les había acercado que los propios textos de Vasconcelos, pero la aspiración de esos libros distribuidos en tal cruzada cultural debiera identificarse con lo que Gabriel Zaid refiere bellamente como el cambio en la forma de mirar la vida, las nubes, el futuro, el pasado, a nosotros mismos, para lo cual necesariamente se debe haber aprendido a darle el golpe a la lectura, cuestión inexistente en términos masivos en nuestro país.

Si bien el cambio que la literatura puede proveer se ubica en términos individuales, no debe considerarse que es automático. No por leer el *Quijote* o la *Divina comedia* un lector será mejor o peor, será más abierto y participativo, tendrá más certeza en sus elecciones políticas. La literatura es un acto individual y por ello esa especificidad humana la transforma. Un perfume adquiere su aroma particular sólo al combinarse con el del cuerpo de quien lo usa, el resultado es impredecible. Para lo que quiero expresar esa metáfora puede ser útil: la literatura es transformada por quien la lee, ésa es la razón por la cual ella por sí misma no puede garantizar la constitución de un mejor mundo o una sociedad más justa. No hace mucho un poeta le reprochó a otro que, dadas ciertas recientes expresiones políticas que había hecho, tal parecía que no se hubiera leído a sí mismo.<sup>381</sup>

<sup>380</sup> "Moralizar es inútil. Nadie ha cambiado su modo de ser por haber leído los consejos de Esopo, La Fontaine o Iriarte. Que estos fabulistas perduren se debe a sus valores literarios, no a lo que aconsejaban que la gente hiciera. A la gente le encanta dar consejos, e incluso recibirlos, pero le gusta más no hacerles caso." Marco Antonio Campos. "Monterroso: me gusta más pensar que escribir", en: varios, *Los escritores...*, *op. cit.*, p. 138.

<sup>381</sup> No poseo la referencia bibliográfica exacta, pero fue Alejandro Aura quien le reprochó a Jaime Sabines, pocos meses antes de que éste muriera, que dadas sus opiniones sobre la necesidad de intervenir militarmente en Chiapas, tal parecía que no había leído a Jaime Sabines.

Con ello nos acercamos a la conclusión de que el compromiso social es de todos. Los escritores han sido cargados de responsabilidades que no debieran poseer ni mucho menos monopolizar, ellos son artistas, no políticos o reformadores. La sociedad en su conjunto tiene voz, más o menos educada, pero la posee; en su mayor parte ella ni siquiera conoce que los escritores existan o, matizando la expresión, qué es lo que ellos hacen. En el mejor de los casos los ven en la tele, pero difícil y minoritariamente se les lee. Luego entonces, la labor de construir una cultura democrática no depende exclusivamente de los escritores, éstos deben participar pero no como los individuos convocados a dar la luz o visualizar el camino por recorrer para mostrarlo al resto. Si ellos no poseen la verdad, si ni siquiera están de acuerdo —pues como hemos visto no tendrían por qué estarlo— respecto a las diversas problemáticas económicas, políticas y sociales, cómo se puede esperar, o peor aún, pedir, que ellos se conviertan en líderes de opinión. Ellos andan igual de perdidos que nosotros, y a lo largo de este trabajo pudimos ver muchos ejemplos al respecto. ¿Por qué entonces habríamos de creer que ellos pueden ser los guías? ¿La *Patria*, la sociedad civil, todos nosotros, debimos haber seguido a Fuentes y Benítez en su apoyo a Echeverría?, ¿o a Novo en su admiración por Díaz Ordaz?, ¿o al grupo *Nexos* en su acercamiento con el gobierno salinista?, ¿o a Paz cuando descalificó a los que querían limpiar la elección de 1988?, ¿o nuevamente al Fuentes de 1999 que intentó en vano impulsar la candidatura presidencial por el PRI de Jesús Silva Herzog?<sup>382</sup> No, simplemente no. Ellos son como cualquier otro ciudadano; incluso hasta comparten con otros gremios el sentido de superioridad de su actividad sobre la del resto de los habitantes de este mundo.

A los escritores no se les puede regatear que sean los poseedores de la habilidad, don, toque divino o como se le quiera llamar

<sup>382</sup> “La comedia de los trueques: los gobernantes reconocen el talento y la gloria presente y póstuma de los intelectuales, y los intelectuales admiten la buena fe y la probidad de los gobernantes (para ser justos: son los intelectuales quienes se equivocan con mucha mayor frecuencia).” Carlos Monsiváis. “Los intelectuales y la política”, en: Laura Baca Olamendi e Isidro Cisneros H., comps., *op. cit.*, p. 463.

de saber escribir y poder publicar lo que piensan. Si bien eso es mucho y envidiable, no otorga la posibilidad de dar el salto mortal de asignarles que en todo lo que escriban tengan la razón. Ellos deben ser fieles a sus convicciones pero nada más, no hay ninguna garantía de que sean las mejores, las más adecuadas, las verdaderas, etcétera. En su mayoría, como dice la canción, escriben muy bonito, le dan color, aire, horizonte a las opiniones que se expresan en la sociedad. Pero no por poseer esos atributos se les debe asignar la responsabilidad de actuar por nosotros, sea en el sentido de sustituir a los inexistentes organismos que la sociedad civil debiera tener para expresarse, ni mucho menos en la capacidad de imaginar la vida que cada uno vivimos o podríamos vivir, o simplemente (llevando el argumento al extremo) de pensar por nosotros.

En pocas palabras: el que seamos afectos a la prosa o a la poesía de un escritor no significa que por necesidad compartamos sus apreciaciones políticas. Pero tampoco al revés: no por estar de acuerdo con las opiniones políticas de algún escritor, su obra literaria deberá obligatoriamente gustarnos u otorgarle etiqueta de calidad de forma automática. Es verdad, estoy caricaturizando, pero lo hago en aras de evidenciar que ambos mundos son distintos, las ciudadanía de ambas repúblicas no tienen por qué confundirse ni pretender que son una sola e indisoluble.

Vemos, pues, que es necesario diferenciar entre las opiniones (para el caso que nos ocupa: políticas) de un escritor y su obra literaria. No se puede juzgar a unas por la otra en ningún de los dos sentidos. Si ellos se ven como caballeros andantes obligados únicamente con el lenguaje,<sup>383</sup> hay que tomarles la palabra y no ser tan

---

<sup>383</sup> "Puede concebirse a la literatura como un oficio, un destino, una misión, un combate, un pasatiempo, un viacrucis; y al escritor como un anacoreta, un mandarín, un conspirador, un mártir, un iluminado, un payaso, un acróbata. Por mi parte, creo que la literatura también se parece a una orden de caballería. Cierto, el escritor no es un cruzado, ni tiene la obligación de defender causa alguna, salvo la del idioma en que escribe; tampoco tiene por qué ser parte de esta o aquella cofradía; su tarea es solitaria: conversar con sus fantasmas y con un desconocido, el lector. Sin embargo, para ser escritor hay que pasar por ciertas pruebas que terminan en un reconocimiento; ambos, el reconocimiento y las pruebas, recuerdan las cere-

reverentes con sus apreciaciones políticas.<sup>384</sup> Reconozcámoslos en su quehacer profesional, dejémonos deslumbrar por sus poemas, cuentos, novelas, ocurrencias, etcétera. Ahí y **sólo** ahí es donde pueden coadyuvar a modificar nuestro sentido de vida, **pero nada más**. La matización es tan obligada como la aclaración sobre el infinito sentido del “sólo” utilizado, pues se refiere a la zona del espíritu donde no se manejan las cuestiones pragmáticas como la política.

En el sentido profundo que acabo de identificar es en el que la literatura escrita por los escritores (pleonasma necesario) puede cumplir un papel importante en el mundo de la disputa política. Es evidente que nada está más lejos de mi apreciación que la defensa del uso de la literatura con fines políticos, lo cual es deleznable sin importar la calidad con la que se haga o las luchas que se pretenda apoyar. Un panfleto bien o mal escrito es un panfleto, tampoco por progresista deja de serlo. Más bien me refiero a la forma en que la literatura puede ayudar a darle sentido a nuestra existencia y, por tanto, coadyuvar en nuestra capacidad de actuar, resistir, gozar, sufrir o, simplemente, sobrevivir. Es el caso, por traer a colación un ejemplo límite, de la mujer que, como única forma de sobrevivir a la feroz tortura de la que estaba siendo objeto, se aferró a la repetición mental de algunos versos de Machado o Neruda:

... qué extraño, ya no se acordaba ni del autor ni de los versos mismos, pero contenían agua, árboles, ella pensaba, algo acerca del viento. Lo que importa es que se concentró en ese trozo de ese poema con fiereza para esclarecerse una y otra vez la diferencia entre su ser y el de esos hombres que la hacían sufrir. Ella descubrió, dentro de sí misma, más allá de esas manos y de lo que le esta-

---

monias en que antes se armaba a los caballeros. Más afortunadamente que don Quijote, un día en 1938 yo fui armado escritor, no por un ventero pícaro, sino por José Bianco, que me invitó a colaborar en *Sur*. Mi ordalía fue escribir mi primera colaboración.” Octavio Paz. “Profesión de fe”, en: *Vuelta*, núm. 117, agosto, 1986, p. 8.

<sup>384</sup> Paradójicamente plantear la irreverencia frente a los escritores no es algo muy acertado políticamente pues si bien puede ser que encontremos varios que no se tomen a sí mismos tan en serio, difícilmente encontraremos uno que sea irreverente con respecto a su oficio. Al respecto Juan José Arreola se ha quejado de que debido a su participación fugaz en la pe-



ban haciendo, que persistía un espacio que era enteramente suyo y que se mantenía intacto. Una pequeña zona en el mundo que ella podía guardar lejos de esa influencia y ese dolor. Algún poeta muerto le estaba enviando una coraza, aquel ángel guardián del lenguaje. Para que pudiera protestar silenciosamente una vez más antes de que se extinguiera para siempre.<sup>385</sup>

Ese poema que años después la mujer ni siquiera recordaba cuál era o a quién de los dos escritores pertenecía, cumplió más eficiente una función política que cualquier obra específica de ese tenor que algún poeta hubiera elaborado contra el golpe militar, el fascismo, el imperialismo, etcétera. Fueron unos versos, unas cuantas palabras (bien, acertadamente) unidas por un escritor, las que le permitieron sobrevivir. Con ello el autor habría podido decir: misión cumplida; no fue necesario que estuviera alerta para bajar directamente a la arena política a luchar contra los que tenían el poder.

¿Vivimos hoy en día la caída o la consolidación de nuestro mundo moderno? No lo sé. Pero cualquiera que sea el caso, se trataría de recuperar entre todos la palabra perdida, de construir un discurso nuevo extraído de las lecciones del pasado y del avistamiento del futuro. Los intelectuales, los escritores, deben ayudar junto con todos nosotros a estos afanes. Quizá ellos específicamente puedan coad-

---

lícula "Fando y Liz" de Alejandro Jodorowski, así como por haber hecho un anuncio para las plumas Parker y escribir un poema para el tequila Sauza, fue por lo que "en los altares de la cultura revolucionaria" le negaron el ingreso a El Colegio Nacional. *Cfr.* Arreola Orso, *op. cit.*, p. 213-214.

<sup>385</sup> Ariel Dorfman. *Rumbo al sur...*, *op. cit.*, p. 357. Parafraseando al cartero de Skármeta, recuerdo que los escritos de un autor son para que los use quien los necesite. Así las cosas podemos leer con toda tranquilidad los siguientes renglones que finalmente refieren el mismo espíritu del texto de Dorfman: "Muchos escritores e intelectuales hemos abandonado las viejas militancias de la cultura política de la sangre, y nuestros textos salpican con manchas de tinta las páginas de la historia que otros quieren imprimir con flujos de violencia. Ya no vivimos en la región de las venas abiertas, no porque hayan cesado la explotación y la miseria, sino porque creemos que en este mundo no todo son ríos y pantanos de sangre. Ya no nos agradan las invocaciones a una eucaristía revolucionaria que transforme el pan y el vino de la vida cotidiana en cuerpos martirizados y hemorragias sublimadoras." Roger Bartra. *La sangre y la tinta. Ensayos sobre la condición posmoderna*. México, Océano, 1999, p. 12.

yuvar con más atingencia a nombrar lo perdido, a nombrar lo que estamos por imaginar todos nosotros, como la primera forma, el paso inicial, para crear un nuevo mundo.<sup>386</sup>

---

<sup>386</sup> “Se viene abajo el mundo –nuestro mundo– y, sin embargo, la vida sigue. Seguimos con vida en un mundo innombrable y, a la vez, banal. No sabemos dar cuenta de la nueva realidad del país, ni siquiera de nuestra vida cotidiana. Quedamos sin discurso y enmudecidos buscamos recuperar la palabra.

La recuperación de la palabra pasa por nombrar lo perdido. El duelo es, en medio de las ruinas, el paso más difícil.

(...) En la medida en que los intelectuales logran explicitar las lecciones del pasado y abrir una perspectiva de futuro, vuelven a tener la palabra”, Norbert Lechner. “Intelectuales y política: nuevo contexto y nuevos desafíos”, en: Laura Baca Olamendi e Isidro Cisneros H., comps., *Los intelectuales*, *op. cit.*, p. 411, 412.

## BIBLIOGRAFÍA

*Yo sólo soy un poeta, un narrador solitario que cumple su tarea en un rincón, entregado en cuerpo y alma a su actividad. He comprendido que un buen ciudadano ha de limitarse a aportar a su país el trabajo que realiza con menos torpeza; por eso me encierro yo entre libros. Y ahora me enfrasco de nuevo en ellos, pues la misión que yo mismo me encomendé ha tocado ya a su fin. Desempeñé siempre mi papel con la máxima honestidad, y ahora regreso definitivamente al silencio.*

Émile Zola

### *Libros y artículos firmados*

- Aguilar Camín, Héctor, "Los apocalipsis de Octavio Paz", *Nexos*, núm. 10, México, octubre de 1978.
- \_\_\_\_\_, "Las miserias no asimiladas. El festín oficial de la conciencia", *La Cultura en México*, núm. 703, México, 27 de agosto de 1975.
- \_\_\_\_\_, "El contexto de los textos", *La Jornada*, México, 11 de septiembre de 1992.
- \_\_\_\_\_, "La historia según Michoacán", *La Jornada*, México, 14 de septiembre de 1992.
- \_\_\_\_\_, "La guerrilla cultural", *La Jornada Semanal*, México, 15 de septiembre de 1992.
- Aguilar Camín, Héctor y Enrique Krauze, "La saña y el terror", *La Cultura en México*, núm. 490, México, 30 de junio de 1971.
- Aguilar, Luis Miguel, "Pequeño Nexos Práctico del Reseñista Ilustrado", *Nexos*, núm. 62, febrero de 1983.
- Aguilar Mora, Jorge, "Mitificación del lenguaje y mistificación del poder", *La Cultura en México*, núm. 714, México, 15 de octubre de 1975.
- \_\_\_\_\_, "Historia y mito: raíces del pensamiento de Octavio Paz", *La Mesa Llena*, núm. 1, México, marzo de 1980.
- Aguilar Rivera, José Antonio, *La sombra de Ulises. Ensayos sobre intelectuales mexicanos y norteamericanos.*, México, Porrúa/CIDE, 1998.
- Alvarado, José, "La política y el intelectual. Al político mediocre, el culto de barriada", *Siempre!*, núm. 1010, 1 de noviembre de 1972.
- Anaya, Marta, "Vaclac Havel", *Excélsior*, 16 de agosto de 1990.
- "Antidemocracia" (editorial), *Vuelta*, núm. 118, México, septiembre de 1986.
- Aranda Luna, Javier, "Entrevista con Carlos Monsiváis", *Vuelta*, núm. 174, México, mayo de 1991.
- Arizepe, Lourdes y Maricarmen Tostado, "El patrimonio intelectual: un legado del pensamiento", en: Enrique Florescano, comp., *El patrimonio cultural de México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

- Arreola Orso, *El último juglar. Memorias de Juan José Arreola*, México, Diana, 1998.
- Asiain, Aurelio, "Historias ejemplares", *Vuelta*, núm. 191, octubre de 1992.
- \_\_\_\_\_, "Puente de Peros", *Vuelta*, año xx, núm. 239, octubre de 1996.
- Avilés Fabila, René, *Los juegos*, s.e., México, 1969.
- \_\_\_\_\_, *El escritor y sus problemas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975 (Archivo del Fondo, 42).
- \_\_\_\_\_, *Memorias de un comunista: maqunuscrito encontrado en un basurero de Perisur*, México, Gernika, 1991 (Literaria, 14).
- \_\_\_\_\_, *Recordanzas*, México, Aldus, 1996.
- Baca Olamendi Laura, "Después de Chiapas: la responsabilidad civil de los intelectuales", *La Jornada Semanal*, núm. 247, México, 6 de marzo de 1994.
- Baca Olamendi, Laura e Isidro Cisneros H., comps., *Los intelectuales y los dilemas políticos en el siglo xx*, México, FLACSO / Triana, 1997.
- Barnechea, Alfredo, *Peregrinos de la lengua*, México, Alfaguara, 1997.
- Bartra, Roger, "Nuestro 1984", *Nexos*, núm. 75, marzo de 1984.
- \_\_\_\_\_, "Veredicto: Culpable. Proceso: 1984", *Nexos*, núm. 77, mayo de 1984.
- \_\_\_\_\_, *Oficio mexicano*, México, Grijalbo, 1993.
- \_\_\_\_\_, "Libros hambrientos. Lectores escasos", *Reforma*, Cultura, México, 10 de febrero de 1998.
- \_\_\_\_\_, *La sangre y la tinta. Ensayos sobre la condición posmoderna*, México, Océano, 1999.
- Benedetti, Mario, "Ni corruptos ni contentos", *Vuelta*, núm. 92, México, julio de 1984.
- Blanco, José Joaquín, "¿Qué cultura para qué nación?", en: varios, *La desigualdad en México*, México, Siglo XXI, 1984.
- \_\_\_\_\_, *Se llamaba Vasconcelos. Una evocación crítica*, 3a. reimp. México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- \_\_\_\_\_, "Exaltación y vituperio de los intelectuales", en: Enrique Florescano, coord., *Mitos mexicanos*, México, Aguilar, 1995.
- \_\_\_\_\_, *Crónica literaria. Un siglo de escritores mexicanos*, México, Cal y Arena, 1996.
- Bobbio, Norberto, *La duda y la elección. Intelectuales y poder en la sociedad contemporánea*, España, Paidós, 1998 (Paidós Estado y Sociedad, 40).
- Borges, Jorge Luis, "Evaristo Carriego", en: *Obras completas*, t. 1, Buenos Aires, Emecé, 1989.
- Bourricaud, François, *Los intelectuales y las pasiones democráticas*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1990.
- Bradu, Fabienne, *Antonietta*, 4a. reimp. México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Brunner, José Joaquín, *América Latina: Cultura y modernidad*, México, Grijalbo/Conaculta, 1992.
- Campbell, Federico, "Perplejidades, apoyos y condenas", *La Cultura en México*, núm. 484, México, 19 de mayo de 1971.
- \_\_\_\_\_, "El Colegio Nacional, recinto donde el poder consagra a la cultura mexicana", *Proceso*, núm. 413, México, 1 de octubre de 1984.
- \_\_\_\_\_, "Abrumadora condena a las declaraciones de Octavio Paz contra la revolución nicaragüense", *Proceso*, núm. 415, México, 15 de octubre de 1984.
- \_\_\_\_\_, "Carlos Fuentes: una fulgurante carrera literaria y una controvertida actitud intelectual", *Proceso*, núm. 424, México, 17 de diciembre de 1984.
- \_\_\_\_\_, "Con los Premios Nacionales el Estado se autoelogia", *Proceso*, núm. 424, México, 17 de diciembre de 1984.
- \_\_\_\_\_, *La invención del poder*, México, Aguilar, 1994.
- \_\_\_\_\_, *Post scriptum triste*, México, UNAM/El Equilibrista, 1994.
- Capra, Fritjof, *El punto crucial. Ciencia, sociedad y cultura naciente*, 1a. reimp. Argentina,

- Troquel, 1996.
- Carballo, Marco Antonio, "Figuras de la semana", *Siempre!*, núm. 1742, México, 12 de noviembre de 1986.
- \_\_\_\_\_, "Avilés Fabila. El PSUM, esa vacilada", *Siempre!*, núm. 1555, 13 de abril de 1983.
- \_\_\_\_\_, "La voz de Jorge Ibargüengoitia. Crítico, profeta", *Siempre!*, núm. 1591, 21 de diciembre de 1983.
- \_\_\_\_\_, "Spota, una marca en la novela", *Siempre!*, núm. 1612, 16 de mayo de 1984.
- \_\_\_\_\_, "El sistema ha creado una generación de sordos y mudos, dice (Juan) Bañuelos y envió a los escritores", *Siempre!*, núm. 1649, México, 30 de enero de 1985.
- \_\_\_\_\_, "Descubrí que Paz tiene pies de barro. Entrevista con Emmanuel Carballo", *Siempre!*, núm. 1710, México, 2 de abril de 1986.
- Castañeda, Antonio, "Alegorías de René Avilés Fabila" (entrevista), *La Cultura en México*, núm. 412, México, 31 de diciembre de 1969.
- Castañeda, Jorge, *La utopía desarmada*, México, Joaquín Mortiz/Planeta, 1993.
- Castañón, Adolfo, "El único remedio contra el conformismo es el resentimiento", *La Cultura en México*, núm. 710, México, 17 de septiembre de 1975.
- Castoriadis, Cornelius, *El mundo fragmentado*, Montevideo, Nordan-Comunidad, 1993.
- Castro Ibarra, Germán, "Los que se dicen escritores", *La Jornada Semanal*, núm. 125, México, 3 de noviembre de 1991.
- Castro, José Alberto, "Enrique Serna enjuicia al medio literario en su thriller 'El miedo a los animales', surgido del insulto de un crítico de arte al expresidente De la Madrid", *Proceso*, núm. 992, México, 6 de noviembre de 1995.
- \_\_\_\_\_, "Entrevista a Carlos Fuentes", *Proceso*, núm. 1153, México, 6 de diciembre de 1998.
- \_\_\_\_\_, "Lanzan al subcomandante Marcos como escritor de ficción", *Proceso*, núm. 1194, 19 de septiembre de 1999.
- \_\_\_\_\_, *Crónica 1968*, México, Plaza y Valdés, 1993.
- \_\_\_\_\_, "El Machete. Recuerdo, un sexenio después", *La Jornada*, México, 12 de julio de 1987.
- \_\_\_\_\_, "Más sobre El Machete" (El Correo Ilustrado), *La Jornada*, México, 17 de julio de 1987.
- \_\_\_\_\_, "Los discursos neopriistas", *La Jornada*, México, 23 de agosto de 1988.
- Coser, Lewis A., *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo*, 2a. reimp. México, Fondo de Cultura Económica, 1980.
- Cosío Villegas, Daniel, *Memorias*, Letras mexicanas, 2a. serie, núm. 55, México, Joaquín Mortiz/Secretaría de Educación Pública, 1986.
- \_\_\_\_\_, *Crítica del poder*, México, Clío/El Colegio Nacional, 1997.
- Cuevas, José Luis, "Recuerdo de Fernando Benítez", *La Cultura en México*, núm. 878, México, 27 de diciembre de 1978.
- Dehesa, Germán, "Gaceta del Ángel", Sección Ciudad, *Reforma*, México, del 1 al 7 de enero de 1995.
- Del Paso, Fernando, "La imaginación al poder", *Nexos*, núm. 71, México, marzo de 1992.
- De la Grange, Bertrand y Maite Rico, *Marcos, la genial impostura*, México, Nuevo Siglo/Aguilar, 1998.
- Díez de Urdinivia, Fernando, *Cómo hablan los que escriben*, México, Gedisa, 1996.
- Domingo, Alberto, "El móndrigo, un libelo appestoso", *Siempre!*, núm. 830, 21 de mayo de 1969.
- Domínguez Michael, Christopher, "Escalera al cielo", *El Ángel*, Suplemento cultural de *Reforma*, México, abril de 1996.
- \_\_\_\_\_, *Tiros en el concierto. Literatura mexicana del siglo v*, México, Era, 1997.
- \_\_\_\_\_, *Servidumbre y grandeza de la vida literaria*, México, Joaquín Mortiz, 1998.

- Dorfman, Ariel, "Estado y creación intelectual. Reflexiones sobre la experiencia chilena de la década de los setenta", en Pablo González Casanova, coord., *Cultura y creación intelectual en América Latina*, México, Siglo XXI, 1984.
- \_\_\_\_\_, *Rumbo al sur deseando al norte. Un romance en dos lenguas*, México, Planeta, 1998.
- Egan, Linda, "Entrevista con Carlos Monsiváis", *La Jornada Semanal*, núm. 137, México, 26 de enero de 1992.
- Elizondo Mayer-Serra, Carlos, "Razones contra la exención", *Cuadernos de Nexos*, núm. 60, México, junio de 1993.
- Escalante, Evodio "Un minuto de silencio, dijo el presidium", *La Cultura en México*, núm. 712, 1 de octubre de 1975.
- Escalante Gonzalbo, Fernando, *El principito o Al político del porvenir*, México, Cal y Arena, 1996.
- Espinasa, José María, "El jardín verbal: publicar como lector", en: Gabriela Olivares Torres, coord., *La pluma y el lapicero. Crónicas de periodismo cultural*, México, Conaculta/Centro Cultural Tijuana, 1998.
- Espinosa, Pablo, "Controversia entre intelectuales por los sucesos del 10 de enero", *La Jornada*, 15 de enero de 1989.
- Florescano, Enrique, "El historiador, la crítica y los libros de texto" (segunda y última parte), *La Jornada*, México, 15 de septiembre de 1992.
- Foucault, Michel, *Microfísica del poder*, 2a. ed. España, La Piqueta, 1979.
- \_\_\_\_\_, *Estrategias de poder*, España, Paidós, 1999 (Básica, 101).
- Fuenteovejuna, "Alineación de los intelectuales", *Siempre!*, núm. 1124, 8 de enero de 1975.
- Fuentes, Carlos, "La guerra de Galio", *Nexos*, núm. 166, México, octubre de 1991.
- \_\_\_\_\_, *Tiempo mexicano*, 16a. reimp. México, Joaquín Mortiz, 1992.
- \_\_\_\_\_, "Mi amigo Octavio Paz", *Reforma*, Cultura, México, 6 de mayo de 1998.
- \_\_\_\_\_, *La región más transparente*, México, Alfaguara, 1998.
- Fuentes, Carlos y Carlos Fuentes Lemus, *Retratos en el tiempo*, México, Alfaguara, 1998.
- Fuentes, Vilma, "Del nuevo México que vi no voy a poder escribir nada porque me dejó hecha polvo", *Proceso*, núm. 793, México, 13 de enero de 1992.
- García Cantú, Gastón y Gabriel Careaga, *Los intelectuales y el poder (conversaciones)*, México, Joaquín Mortiz, 1993.
- García, Luis Alberto e Isaías Hinojosa, "Castillo, Paz, Fuentes, fijan sus bases y metas", *Siempre!*, núm. 954, 6 de octubre de 1971.
- García Márquez, Gabriel, "Fantasía y creación intelectual en América Latina y el Caribe", en: Pablo González Casanova (coord.), *Cultura y creación intelectual en América Latina*, México, Siglo XXI/Universidad de las Naciones Unidas/Instituto de Investigaciones Sociales UNAM, 1984.
- García Oropeza, Guillermo, "Escarnio del bazar", *La Cultura en México*, núm. 87, México, 9 de julio de 1969.
- Garibay, Ricardo, "El día que se enojó el presidente", *Proceso*, núm. 169, 28 de enero de 1980.
- \_\_\_\_\_, "Epílogo", *Proceso*, núm. 795, 17 de enero de 1992.
- Garrido, Emilio, "Intelectuales del pesebre, entrevista con Fernando Savater", *La Jornada Semanal*, núm. 123, México, 20 de octubre de 1991.
- González Casanova, Pablo, "Los pies de Greta Garbo o la cultura de la deshonestidad polémica", *Nexos*, núm. 76, abril de 1984.
- González, Jorge A., y María Guadalupe Chávez M., *La Cultura en México. "I. Cifras clave,"* México, Conaculta/Universidad de Colima, 1996.
- González Rodríguez, Sergio, "Historias de prensa cultural", en: Olivares Torres, Gabriela, coord., *La pluma y el lapicero. Crónicas de periodismo cultural*, México, Conaculta/Centro

- Cultural Tijuana, 1998.
- González Villarreal, Roberto, "Los señuelos del poder", *La Vastija*, año 1, vol. 1, núm. 1, México, diciembre de 1997/marzo de 1998.
- Gutiérrez, Yvonne, comp. *Entre el silencio y la estridencia, La protesta literaria del 68*, México, Aldus, 1998.
- Howe, Irving, "Los intelectuales, la disidencia y los burócratas", *Vuelta*, núm. 95, México, octubre de 1984.
- Ibargüengoitia, Jorge, *Ideas en venta*, México, Joaquín Mortiz, 1997.
- \_\_\_\_\_, *Instrucciones para vivir en México*, 7a. reimp. México, Joaquín Mortiz, 1998.
- José Agustín, "Mientras más rápido vamos más redondos nos ponemos", *La Cultura en México*, núm. 711, México, 24 de septiembre de 1975.
- \_\_\_\_\_, *Tragicomedia Mexicana 2. La vida en México de 1979 a 1988*, México, Planeta, 1992.
- Knighth, Allan, "Intellectuals in the mexican revolution" y Henry C. Schmidt, "Power and sensibility: toward a typology of mexican intellectuals an intellectual life, 1910-1920", en: Roderic A. Camp; Charles A. Hale y Josefina Zoraida Vázquez (eds.), *Los intelectuales y el poder en México*, México, El Colegio de México y UCLA Latin American Center Publications, 1991.
- Krauze, Enrique, "Ecos de la renuncia de Fuentes", *Vuelta*, núm. 7, México, junio de 1977.
- \_\_\_\_\_, "Desmesura", *Vuelta*, núm. 86, México, marzo de 1984.
- \_\_\_\_\_, "Edades del Fondo", *Vuelta*, núm. 95, México, octubre de 1984.
- \_\_\_\_\_, "Voto contra el voto", *Vuelta*, núm. 106, México, septiembre de 1985.
- \_\_\_\_\_, "Chihuahua, ida y vuelta", *Vuelta*, núm. 115, México, junio de 1986.
- \_\_\_\_\_, "La comedia mexicana de Carlos Fuentes", *Vuelta*, núm. 139, México, junio de 1988.
- \_\_\_\_\_, "Nuevas inquisiciones", *Vuelta*, núm. 185, México, abril de 1992.
- \_\_\_\_\_, "Dineros públicos, virtudes privadas", *Proceso*, núm. 808, México, 27 de abril de 1992.
- \_\_\_\_\_, "La prueba de los niños" (segunda y última parte), *La Jornada*, México, 9 de septiembre de 1992.
- \_\_\_\_\_, *La presidencia imperial. Ascenso y caída del sistema político mexicano (1940-1996)*, México, Tusquets, 1997.
- Landeros, Carlos, "En las garras de las 2 Elenas", *Siempre!*, núms. 1413 y 1414, 23 y 30 de julio de 1980.
- \_\_\_\_\_, "En Madrid con las dos Elenas", *Siempre!*, núm. 1415, 6 de agosto de 1980.
- Le Bot Yvon, *Subcomandante Marcos. El sueño zapatista*, México, Plaza y Janés, 1997.
- Le Riverend, Julio, "Observaciones sobre la historia y la creación intelectual", en: Pablo González Casanova, coord., *Cultura y creación intelectual en América Latina*, México, Siglo XXI, 1984.
- Leñero, Vicente, "El subcomandante se abre: 'Lo aposté todo a la montaña; estoy viviendo de prestado y por eso escribo como loco; si no les gustan mis cartas, me vale madre'", *Proceso*, núm. 903, 21 de febrero de 1994.
- Leñero, Vicente, "José Donoso en México: Historia personal de una relación literaria", *Proceso*, núm. 941, 14 de noviembre de 1994.
- Lévy, Bernard-Henri, *Las aventuras de la libertad. Una historia subjetiva de los intelectuales*, Barcelona, Anagrama, 1992 (Argumentos, 123).
- Limón, Iris, *Signos vitales de Ricardo Garibay*, México, Colibrí/Secretaría de Cultura de Puebla, 2000.
- Loeza, Guadalupe, "El código de Cuauhtémoc!", *Reforma*, México, 12 de enero de 1999.
- \_\_\_\_\_, "Para leer a Luis Spota", *Nexos*, núm. 24, México, diciembre de 1979.
- López Acuña, Daniel, "La palabra creadora contra la corrupción del lenguaje institucional", *La*

- Cultura en México*, núm. 710, 17 septiembre de 1975.
- \_\_\_\_\_, "Una cultura incompetente y la realidad que la desborda", *La Cultura en México*, núm. 741, México, 20 de abril de 1976.
- López Portillo, José, *Mis tiempos*, t. 1, México, Fernández Editores, 1987.
- Magris, Claudio, "La nobleza del intelectual y los intelectuales de la nobleza", *La Jornada Semanal*, núm. 125, México, 3 de noviembre de 1991.
- \_\_\_\_\_, *El Danubio*, 4a. ed. Barcelona, Anagrama, núm. 142, 1994 (Panorama de Narrativas).
- Maldonado, Tomás, *¿Qué es un intelectual? Aventuras y desventuras de un rol*, España, Paidós, 1998 (Paidós Studio, 118).
- Maples Arce, Manuel, citado por Monsiváis, en Salvador Novo, *La estatua de sal*, México, Conaculta, 1998.
- Marías, Julián, *El intelectual y su mundo*, España, Espasa Calpe, 1968 (Austral, 1438).
- Marín, Carlos, "Duelo de insultos entre Gastón García Cantú y Carlos Fuentes", *Proceso*, núm. 427, México, 7 de enero de 1985.
- \_\_\_\_\_, "La historia que provocó el autoexilio de Elena Garro", *Proceso*, núm. 789, México, 16 de diciembre de 1991.
- Marletti, Carlo, "Intelectuales", en Norberto Bobbio y Nicola Matteucci, *Diccionario de Política*, vol. A-J, 2a. ed. México, Siglo XXI, 1984.
- Martínez de la Vega, Francisco, "Una renuncia irrevocable", *Siempre!*, núm. 1244, México, 27 de abril de 1977.
- Martínez Verdugo, Arnoldo, "Sobre *El Machete*" (El Correo Ilustrado), *La Jornada*, México, 14 de julio de 1987.
- Michelena, Margarita, "Carlos Fuentes, El Nove-Listo", *Siempre!*, núm. 1647, 16 de enero de 1985.
- Monsiváis, Carlos, "El banquillo de los acusados", *La Cultura en México*, núm. 397, México, 17 de septiembre de 1969.
- \_\_\_\_\_, "México: notas sobre literatura y sociedad", *La Cultura en México*, numerado de forma equivocada 501 (debiera ser 571), México, 17 de enero de 1973.
- \_\_\_\_\_, "No por mucho madurar amanece más temprano", *La Cultura en México*, núm. 708, México, 3 de septiembre de 1975.
- \_\_\_\_\_, "La novela mexicana. Paisaje antes y después de la batalla", *La Cultura en México*, núm. 638, México, 1 de mayo de 1974.
- \_\_\_\_\_, "Respuesta a Octavio Paz", *Proceso*, núm. 59, México, 19 de diciembre de 1977.
- \_\_\_\_\_, "Recapitulación y conclusiones a cargo del lector", *Proceso*, núm. 23, México, enero de 1978.
- \_\_\_\_\_, "Rectificaciones y relecturas: y sin embargo lo dijo", *Proceso*, núm. 62, México, 9 de enero de 1978.
- \_\_\_\_\_, "El inmenso valor de la humildad", *La Cultura en México*, núm. 878, México, 27 de diciembre de 1978.
- \_\_\_\_\_, "Deberes, obligaciones, postulados, hipótesis. (Notas sobre un tema difícilmente inédito)", *La Cultura en México*, núm. 931, 23 de enero de 1980.
- \_\_\_\_\_, "El culto devocional por la camiseta", *Siempre!*, núm. 1648, México, 23 de enero de 1985.
- \_\_\_\_\_, "Mitos, leyendas, fantasmas, aparecidos y desaparecidos", *La Cultura en México*, núm. 1248, 15 de enero de 1986.
- \_\_\_\_\_, "Lo que fue, lo que no fue, lo que quiso ser el suplemento", *Proceso*, núm. 539, México, 2 de marzo de 1987.
- \_\_\_\_\_, "Pagés Llergo defendió la tolerancia y auspició la libertad de expresión", *Proceso*, núm. 686, México, 25 de diciembre de 1989.



- \_\_\_\_, "El pragmatismo del régimen por encima de los proyectos culturales", *Proceso*, núm. 805, México, 6 de abril de 1992.
- \_\_\_\_, "En 40 años patética disminución de la lectura", *Proceso*, núm. 847, México, 25 de enero de 1993.
- \_\_\_\_, "Los intelectuales y la política", en Laura Baca Olamendi e Isidro Cisneros H. (comps.), *Los intelectuales y los dilemas políticos en el siglo xx*, t. II, México, FLACSO/Triana, 1997.
- Muñoz, Miguel Ángel, "Muy mal se paga la cultura en México (entrevista con Ricardo Garibay)", *La Jornada Semanal*, núm. 200, México, 11 de abril de 1993.
- Musacchio, Humberto, "Octavio Paz en Televisa", en *Televisa. El quinto poder*, México, Claves Latinoamericanas, 1985.
- Novo, Salvador, *La vida en México en el período presidencial de Gustavo Díaz Ordaz*, t. II, México, Conaculta, 1998.
- Ochoa Sandy, Gerardo, "México en la Cultura' 42 años entre la censura y los pleitos internos", *Proceso*, núm. 778, México, 30 de septiembre de 1991.
- \_\_\_\_, "Coloquio: las relaciones de los intelectuales con el poder", *Proceso*, núm. 799, México, 24 de febrero de 1992.
- \_\_\_\_, "Sólo durante tres años Flores Olea logró mantener el equilibrio entre *Nexos* y *Vuelta* frente al poder", *Proceso*, núm. 804, 30 de marzo de 1992.
- \_\_\_\_, "Enrique Krauze: 'Las omisiones, las mentiras y las distorsiones de la respuesta de *Nexos*'", *Proceso*, núm. 811, México, 18 de mayo de 1992.
- \_\_\_\_, "Los pleitos a bofetadas de Neruda-Paz, Novo-Usigli, Arreola-Rulfo, Cuevas-Icaza y García Márquez-Vargas Llosa", *Proceso*, núm. 843, México, 28 de diciembre de 1992.
- Pacheco, Cristina, "Entrevista a Gastón García Cantú", *Siempre!*, núm. 1256, México, 20 de julio de 1977.
- \_\_\_\_, "La novela íntima de un novelista" (entrevista a Luis Spota), *Siempre!*, núm. 1276, México, 7 de diciembre de 1977.
- \_\_\_\_, "Bienvenido, *Nexos*", *Siempre!*, núm. 1284, México, 1 de febrero de 1978.
- \_\_\_\_, "Hay que defender el derecho a la alegría. Entrevista con Carlos Monsiváis a raíz de haber ganado el premio 'Jorge Cuesta'" (primera parte), *Siempre!*, núm. 1723, México, 2 de julio de 1986.
- Pacheco, José Emilio, "La verdadera historia del *affaire* Donoso", *Proceso*, núm. 942, 21 de noviembre de 1994.
- Paz, Octavio, "La letra y el cetro", *Plural*, núm. 13, México, octubre de 1972.
- \_\_\_\_, "El plagio, la plaga y la llaga", *Plural*, núm. 36, México, septiembre de 1974.
- \_\_\_\_, "El desayuno del candidato", *Plural*, núm. 53, México, febrero de 1976.
- \_\_\_\_, "Aclaraciones y respuestas", *Proceso*, núm. 61, México, 2 de enero de 1978.
- \_\_\_\_, "Repaso y despedida", *Proceso*, núm. 63, México, 16 de enero de 1978.
- \_\_\_\_, "El diálogo y el ruido", *Vuelta*, núm. 96, México, noviembre de 1984.
- \_\_\_\_, *El ogro filantrópico*, 5a. reimp. México, Joaquín Mortiz, 1985.
- \_\_\_\_, "Política cultural o cultura política", *Vuelta*, núm. 136, México, marzo de 1988.
- \_\_\_\_, "Ante un presente incierto. Historias de ayer. Entreluz: ¿alba o crepúsculo?", *La Jornada*, México, 12 de agosto de 1988.
- \_\_\_\_, "Repaso", *Vuelta*, núm. 180, México, noviembre de 1991.
- \_\_\_\_, *Ladera este (1962-1968)*, México, Joaquín Mortiz, 1991.
- \_\_\_\_, "Coloquio o cuento de verano", *Vuelta*, núm. 184, México, marzo de 1992.
- \_\_\_\_, "La conjura de los letrados", *Vuelta*, núm. 185, México, abril de 1992.
- \_\_\_\_, *Vislumbres de la India*, México, Sex Barral, 1995.
- \_\_\_\_, *Memorias y palabras. Cartas a Ere Gimiere 1966-1997*, México, Sex Barral, 1999.
- Pérez Gay, Rafael, "La tradición y un gerente", *Nexos*, núm. 175, México, julio de 1992.

- \_\_\_\_\_, "El jabonero y una república", *Nexos*, núm. 177, México, septiembre de 1992.
- Piazza, Luis Guillermo, *La Mafia*, 2a. ed. México, Joaquín Mortiz, 1967.
- Pitol, Sergio, "Sobre los nuevos libros de texto", *La Jornada*, México, 15 de septiembre, 1992.
- Ponce, Armando, "A su regreso, Elena Garro se disculpa: me inventaron acusaciones", *Proceso*, núm. 852, México, 1 de marzo de 1993.
- \_\_\_\_\_, "Andino: hasta el final, el reconocimiento", en varios, *Los escritores*, *Proceso*, México, 1981.
- \_\_\_\_\_, "Gustavo Sáinz, en el INBA. Llevar la literatura a la vida cotidiana", *Proceso*, núm. 12, México, 22 de enero de 1977.
- Ponce, Armando y Gerardo Ochoa Sandy, "En las afueras del encuentro: acciones y reacciones, expectación, polémicas, denuos", *Proceso*, núm. 722, México, 3 de septiembre de 1990.
- \_\_\_\_\_, "Detrás de los 'asuntos familiares' de Vargas Llosa: su pleito con Octavio Paz", *Proceso*, núm. 723, México, 10 de septiembre de 1990.
- Poniatowska, Elena, "No es que México sea mejor que otros países, es que México es inferior a su pasado", *La Cultura en México*, núm. 739, México, 6 de abril de 1976.
- \_\_\_\_\_, "El movimiento estudiantil de 1968", *Vuelta*, núm. 7, México, junio de 1977.
- \_\_\_\_\_, "El escritor y su compromiso. En lo personal, escribir ha sido pertenecer a un país: México", *La Cultura en México*, núm. 923, México, 28 de noviembre de 1979.
- \_\_\_\_\_, "Fichas para un nuevo diccionario de escritoras mexicanas", *La Cultura en México*, núm. 997, México, 6 de mayo de 1981.
- \_\_\_\_\_, "Cuando un libro sale es como si lo hubiera escrito un pueblo" (respuesta a Alan Riding), *La Cultura en México*, núm. 1199, México, 6 de febrero de 1985.
- Ramírez, Ignacio, "Octavio Paz acusa de unilateral al Coloquio de Invierno y no asistirá", *Proceso*, 796, 3 de febrero de 1992.
- Ramírez, Luis Enrique, *La ingobernable, encuentros y desencuentro con Elena Garro*, México, Raya en el Agua, 2000.
- Rascón Banda, Víctor Hugo, "Havel con los intelectuales: más dramaturgo que Presidente", *Proceso*, núm. 720, México, 20 de agosto de 1990.
- Revueltas, José, "Carta desde la Dirección Federal de Seguridad", *Nexos*, núm. 95, México, noviembre de 1985.
- Riding, Alan, *Vecinos distantes, Un retrato de los mexicanos*, México, Joaquín Mortiz/Planeta, 1985.
- Rivera, Héctor, "Cómo se han enfrentado Paz y Fuentes a sus adversarios", *Proceso*, núm. 798, México, 17 de febrero de 1992.
- Robles, Manuel, "Krauze equipara el trato a Paz con el que recibió Vasconcelos", *Proceso*, núm. 728, México, 15 de octubre de 1990.
- Rodríguez, Atahualpa, "Los científicos sociales latinoamericanos como nuevo grupo de intelectuales", en *El Trimestre Económico*, vol. 1 (2), núm. 198, México, Fondo de Cultura Económica, abril-junio de 1983.
- Rodríguez Castañeda, Rafael, "Octavio Paz a *Le Monde* en 1968: La intervención del Ejército en Tlatelolco fue pura y llanamente un acto de terrorismo por parte del Estado", *Proceso*, núm. 986, 25 de septiembre de 1995.
- Rodríguez Ledesma, Xavier, *El pensamiento político de Octavio Paz. Las trampas de la ideología*, México, Plaza y Valdés/UNAM, 1993.
- \_\_\_\_\_, "La lectura como forma histórica de la educación en Latinoamérica", *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, núm. 171, México, UNAM, enero-marzo de 1998.
- \_\_\_\_\_, "Libros, educación y cultura", *El Acordeón*, núm. 22, México, UPN, enero-abril de 1998.
- Rorty, Richard, *Objetividad, relativismo y verdad. Escritos filosóficos I*, España, Paidós, 1996.

- Ruiz Abreu, Álvaro, *José Revueltas: Los muros de la utopía*, 2a. ed. México, Cal y Arena, 1993.
- Sacks, Oliver, *Un antropólogo en Marte. Siete relatos paradójicos*, Barcelona, Anagrama, 1997 (Argumentos, 190).
- Scherer, Julio, *Los presidentes*, 2a. ed. México, Grijalbo, 1988.
- Sefchovich, Sara, "Ideología y ficción en la obra de Luis Spota", *Proceso*, núm. 430, México, 28 de enero de 1985.
- \_\_\_\_\_, *Lectura política de Luis Spota*, México, Grijalbo, 1985.
- \_\_\_\_\_, *México: país de ideas, país de novelas. Una sociología de la literatura mexicana*, México, Grijalbo 1987 (Enlace).
- Segovia, Tomás, "Sobre la tarea infernal del escritor", *La Cultura en México*, núm. 362, México, 22 de enero de 1969.
- Serna, Enrique, *El miedo a los animales*, México, Joaquín Mortiz, 1995.
- \_\_\_\_\_, *Las caricaturas me hacen llorar*, México, Joaquín Mortiz, 1996.
- Sheridan, Guillermo, *Cartas de Copilco*, México, Vuelta, 1994.
- Spota, Luis, *La plaza*, México, Grijalbo, 1972.
- \_\_\_\_\_, *El viaje*, México, Grijalbo, 1974.
- Suárez, Luis, "En Cuba andan buscando a pequeños Solyenitzin", entrevista con Haydeé Santamaría, *Siempre!*, núm. 1079, México, 27 de febrero de 1974.
- \_\_\_\_\_, "Carlos Fuentes responde a sus detractores literarios y políticos", entrevista realizada el 23 de enero, *Siempre!*, núm. 1181, México, 11 de febrero de 1976.
- Suárez-Íñiguez, Enrique, *El papel de los intelectuales*, México, UNAM, Coord. del Sistema de Universidad Abierta, 1989.
- Tello Díaz, Carlos, *La rebelión de las cañadas*, México, Cal y Arena, 1996.
- Tenorio, Mauricio, "Los intelectuales de fin del siglo xx", *La Jornada Semanal*, nueva época, núm. 80, México, 23 de diciembre de 1990, p. 28.
- Toledo, Alejandro, "Entrevista a Jorge Aguilar Mora", *Proceso*, núm. 733, México, 19 de noviembre de 1990.
- \_\_\_\_\_, "Round por round y golpe por golpe: Taibo II y Christopher Domínguez en la Feria del Libro de Guadalajara", *Proceso*, núm. 736, México, 10 de diciembre de 1990.
- Valéry, Paul, *Los principios de anarquía pura y aplicada*, Barcelona, Tusquets, 1987 (Marginales, 95).
- Vargas, Hugo, "Intelectuales, poder, cultura. Entrevista con Lorenzo Meyer", *La Jornada Semanal*, núm. 223, México, 19 de septiembre de 1993.
- Vargas Llosa, Mario, "Entre tocayos", *Vuelta*, núm. 92, México, julio de 1984.
- \_\_\_\_\_, "Carta a Günter Grass", *Vuelta*, núm. 117, México, agosto de 1986.
- \_\_\_\_\_, "Textos heréticos de Enrique Krauze", *Vuelta*, núm. 188, México, julio de 1992.
- Varios, *Los escritores, Proceso*, México, 1983.
- Volpi, Jorge, *La imaginación y el poder. Una historia intelectual de 1968*, México, Era, 1998.
- Zaid, Gabriel, "Paradojas y aberraciones de la industria del libro", *La Cultura en México*, núm. 381, México, 29 de mayo de 1969.
- \_\_\_\_\_, "Los intelectuales y el poder" (crítica de: Varios, *El intelectual y la sociedad*, México, Siglo XXI, 1969), *La Cultura en México*, núm. 409, México, 10 de diciembre de 1969.
- \_\_\_\_\_, "Pudores homicidas", *La Cultura en México*, núm. 487, México, 9 de junio de 1971.
- \_\_\_\_\_, "Fragil: Cuidado al acarrear", *Plural*, núm. 35, México, agosto de 1974.
- \_\_\_\_\_, "Tres momentos de la cultura mexicana", *Plural*, núm. 42, México, marzo de 1975.
- \_\_\_\_\_, "¡Esa Mayo...", *Plural*, núm. 53, México, febrero de 1976.
- \_\_\_\_\_, "Un hombre poco diplomático", *Vuelta*, núm. 7, México, junio de 1977.
- \_\_\_\_\_, "Legítimo repudio", *Vuelta*, núm. 8, México, julio de 1977.

- \_\_\_\_\_, *Cómo leer en bicicleta*, 2a. ed. México, Joaquín Mortiz, 1979 (Cuadernos de Joaquín Mortiz).
- \_\_\_\_\_, "La tentación del integrismo", *Vuelta*, año xvi, núm. 187, México, junio de 1982.
- \_\_\_\_\_, "Imprenta y vida pública", *Vuelta*, núm. 98, México, noviembre de 1984.
- \_\_\_\_\_, "Imprenta y vida pública", en *Daniel Cosío Villegas. Imprenta y vida pública*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.
- \_\_\_\_\_, *De los libros al poder*, México, Grijalbo, 1987.
- \_\_\_\_\_, "Intelectuales", *Vuelta*, núm. 168, México, noviembre de 1990.
- \_\_\_\_\_, "Historias del bluff", *Vuelta*, año xvi, núm. 189, México, agosto de 1992.
- \_\_\_\_\_, "Resumen", *Vuelta*, año xvi, núm. 191, México, octubre de 1992.
- \_\_\_\_\_, "Razones para la exención", *Vuelta*, núm. 196, México, marzo de 1993.
- \_\_\_\_\_, *Los demasitados libros*, España, Anagrama, 1996 (Argumentos, 183).
- Zola, Émile, *Yo acuso. La verdad en marcha*, Barcelona, Tusquets, 1998 (Fábula, 87).

### Revistas y diarios

- "Calendario", *La Cultura en México*, núm. 399, México, 1 de octubre de 1969.
- "Carlos Fuentes y la nueva conciencia mexicana", *La Cultura en México*, núm. 394, México, 27 de agosto de 1969.
- "Denuncias sin respuesta", *Plural*, núm. 48, México, septiembre de 1975.
- "Editorial", *Proceso*, núm. 1, México, 6 de noviembre de 1976.
- "La cucaracha y el lobo", *Siempre!*, núm. 879, México, 29 de abril de 1970.
- "Cosío Villegas, el comportamiento presidencial y la discrepancia", *La Cultura en México*, núm. 661, México, 9 de octubre de 1974.
- "De los personajes", *La Cultura en México*, núm. 548, México, 9 de agosto de 1972.
- "Dramática carta de Helena Paz a su padre Octavio Paz", *El Universal*, México, 27 de octubre de 1968.
- Siempre!*, núm. 848, México, 24 de septiembre de 1969.
- "Spota: el juicio de las capillas, inútil; es el tiempo el que valora las obras", *Proceso*, núm. 262, México, 9 de noviembre de 1981.
- El Heraldillo Cultural*, México, 26 de marzo de 1972.
- La Cultura en México*, núm. 484, México, 19 de mayo de 1971.
- La Cultura en México*, núm. 351, México, 6 de noviembre de 1968.
- La Cultura en México*, núm. 427, México, 15 de abril de 1970.
- La Cultura en México*, núm. 363, México, 29 de enero de 1969.
- La Cultura en México*, núm. 1123, México, 21 de diciembre de 1983.
- La Jornada*, México, 13 de enero de 1990.
- La Jornada*, México, 26 de agosto de 1992.
- La Jornada*, México, 22 de enero de 1991.
- La Jornada*, México, 28 de agosto de 1991.
- La Jornada*, México, 29 de agosto de 1991.
- Plural*, núm. 8, México, mayo de 1972.
- Plural*, núm. 22, México, julio de 1973.
- Plural*, núm. 27, México, diciembre de 1973.
- Plural*, núm. 11, México, agosto de 1972.
- Proceso*, núm. 212, México, 24 de noviembre de 1980.

- Proceso*, núm. 352, México, 1 de agosto de 1983.  
*Proceso*, núm. 417, México, 29 de octubre de 1984.  
*Proceso*, núm. 556, México, 29 de junio de 1987.  
*Proceso*, núm. 609, México, 4 de julio de 1988.  
*Proceso*, núm. 752, México, 1 de abril de 1991.  
*Proceso*, núm. 793, México, 13 de enero de 1992.  
*Proceso*, núm. 797, México, 10 de febrero de 1992.  
*Proceso*, núm. 809, México, 4 de mayo de 1992.  
*Proceso*, núm. 842, México, 21 de diciembre de 1992.  
*Proceso*, núm. 1195, México, 26 de septiembre de 1999.  
*Reforma*, México, 11 de febrero de 1998.  
*Siempre!*, núm. 910, México, 2 de diciembre de 1970.  
*Siempre!*, núm. 1158, México, 3 de septiembre de 1975.  
*Siempre!*, núm. 1038, México, 16 de mayo de 1973.  
*Siempre!*, núm. 937, México, 9 de junio de 1971.  
*Siempre!*, núm. 939, México, 23 de junio de 1971.  
*Siempre!*, núm. 940, México, 30 de junio de 1971.  
*Siempre!*, núm. 941, México, 7 de julio de 1971.  
*Siempre!*, núm. 1719, México, 4 de junio de 1986.

## APÉNDICE

### DECLARACIÓN DE 14 INTELLECTUALES

(*Siempre!*, núm. 939, 23 de junio de 1971)

Sr. Director.

Mucho le agradeceremos que publique en las páginas de SIEMPRE! la siguiente declaración que hicimos el sábado 12 de junio:

1) El derecho a manifestar es un derecho constitucional no supeitado a la aplicación de reglamentos secundarios o a la previa aprobación de las autoridades. Como tal, sólo merece el respeto y la protección de éstas.

2) La pacífica manifestación estudiantil del 10 de junio fue agredida por grupos de choque entrenados, armados y transportados para impedir el libre ejercicio de un derecho constitucional. La existencia y la actividad de esos grupos paramilitares es totalmente ilegal y representa una gravísima amenaza contra el orden jurídico y las garantías individuales.

La opinión pública tiene derecho a saber: ¿Quién adiestra a estos grupos, quién les paga y a quiénes (*sic*) sirven? Una de esas bandas asesinó a la luz del día, el 10 de junio, a jóvenes mexicanos inermes. Este hecho no puede pasarse por alto sin negar toda posibilidad de justicia en nuestro país. Exigimos la disolución inmediata de esos grupos gangsters políticos obviamente movidos por fuerzas de la derecha dentro y fuera del gobierno. Son ellos y no los estudiantes quienes quebrantan el orden constitucional.

3) Los problemas políticos exigen soluciones políticas. La frágil vida democrática de México se encuentra frente a una disyuntiva: la democratización o la represión. Los hechos del día 10 constituyen una nueva tentativa de las fuerzas que propician una política de mano dura, supresión de libertades ya escasas y sumisión a intereses minoritarios en contra de todos aquellos que deseamos una política de apertura, libre acción ciudadana y atención a los problemas populares.

Fernando Benítez, José Luis Cuevas, Salvador Elizondo, Carlos Fuentes, Juan García Ponce, Alberto Gironella, Eduardo Lizalde, Carlos Monsiváis, Marco Antonio Montes de Oca, José Emilio Pacheco, Octavio Paz, Santiago Ramírez, Luis Villoro, Gabriel Zaid.

## “QUERIDO CARLOS (UNA IMPRESIÓN RUBORIZANTE)”

por **José Buil**

(“Cabos Suelos”, *Nexos*, núm. 29, México, mayo de 1980)

Silencio total. Afuera, en el hall, tres meseros preparaban los bocadillos y llenaban las copas de vino blanco. Alrededor de las butacas, los auditores que no alcanzaron lugar, recargados en la pared. Carlos Fuentes entonaba el monólogo de un policía que incita a unos mercenarios a reprimir estudiantes. Con furor y de pie. Como para mirar siempre desde el uno setenta y tantos que tiene de estatura.

Fuentes actuaba: conforme a las voces de su texto, podía ser ya el “Famoso” Gómez o el autoritario agitador. Cualquiera sargento del Olimpia quedará sorprendido con la representación. A su costado, sentada, María Luisa Puga, que a juicio del cronista comenzó a demostrar su inexperiencia en esos encuentros vistiéndose de gris; todo el tiempo mantuvo la cabeza baja y a través de su tupé lacio apenas dejó ver los vivaces ojos negros; al parecer, se había dejado apabullar por su compañero de lectura.

De pronto, el Escritor guardó silencio. Abajo, ruido. Fuentes movió los hombros como hacen los boxeadores antes de comenzar la pelea (en él dicho gesto se vio distinguido, delicado) y luego tomó un vaso con Coca-Cola, dio dos pequeños sorbos, de esos que apenas permiten un ligero gorgojeo de la Manzana de Adán. Ni siquiera se mojó el bigote. Cuando se reinstaló el silencio, su voz adquirió cada vez más una modulación violenta aunque elegante (Fuentes siempre es elegante, hasta en la procacidad).

### **El aplauso y la mirada**

Dijo “gracias” y todavía no terminaba de sentarse cuando ya estaban las carretadas de aplausos, las miradas admirativas, embelesadas. Complacido, demostraba saber lo que se requiere para una presentación personal: una pequeña mise en scène. Leer no tanto para ser escuchado como para ser visto. Tener una noción espectacularmente sutil de estos eventos. Hacerse ver. Con todo ello terminó de provocar la total intimidación de María Luisa Puga, que leyó sentada. Aprovechando la ocasión para lucir su famosa caballerosidad, se convirtió instantáneamente en el más atento escucha de la Puga. Con

el codo izquierdo sobre la mesa la observaba atentamente, pero sabía muy bien quién era el centro de las miradas.

Cuando terminó, Carlos Fuentes estiró los brazos —casi hasta la altura del rostro de la Puga— y comenzó a aplaudir, antes que cualquiera de los presentes, ante el sonrojo de la ovacionada. Los aplausos, cuya batuta siempre llevó el Escritor, terminaron cuando él bajó las manos. La Puga se levantó y se puso a platicar con dos amigas y una reportera, mientras la mayoría de los asistentes se desbandó sobre Fuentes, que ya esperaba con una pluma en la mano y con esa triunfante, exitosa amabilidad. Por primera vez en su vida, el cronista estuvo a sólo un paso de él, quien se mostró dispuesto, incluso, a firmar el ejemplar de *Una Familia Lejana*. Lo aguileño no quita lo galán. De cerca, Fuentes es un gentleman cosmopolita. Traje ligeramente beige, de solapa delgada y corte como un teodolito de tan exacto, camisa levemente azul, corbata definitivamente negra. El carter asomaba apenas del puño. La tez, con un bronceado de esos que parecen naturales, conseguidos con método y medida, periódicamente (es bueno recordar que el Escritor ya señaló sus deportes favoritos: hacer el amor y nadar). El pelo, cuidado hasta la perfección (la orzuela sería inconcebible) se ondula, sinfónico, hacia atrás, con un caoba suave y una ligerísima decoloración causada por los rayos solares. El bigote, recortado con toda la naturalidad, recuerda la impresión de una reportera de la UIP que lo entrevistó en New York: como el de Omar Shariff. Las gafas, que parecen diseñadas ex profeso, dan armonía al rostro y a ese perfil aguileño que “no quita lo guapo”, según comentaron unas coquetas cincuentonas envueltas en una nube de fragancias de tocador, que se acercaron al escritor y preguntaron “Oiga don Carlos, ¿sabe? queremos preguntarle una cosa, nosotras creemos que la temática de su obra es la ausencia de identidad”... Un silencio de milésimas de segundo felizmente roto por la que sería espontánea carcajada del Escritor y el amistoso “claro, así es”.

### **Un autógrafo no se le niega a nadie**

Con asombrosa facilidad, Fuentes despachó a todos. Se notan tablas para sobreponerse a cualquier posible bochorno. Cuando Marco Antonio Campos le dijo su nombre, solicitando la dedicatoria, Fuentes



elaboró la siguiente frase. “Ah! ¿escritor verdad? Y muy bueno, por cierto”, todo acompañado por un ademán de personaje de Flaubert que puso feliz al solicitante.

### **La importancia de llamarse Carlos**

A los reporteros también se los quitó de encima con toda galanura y condescendencia, sin denostación alguna. Sus frases, como sus actitudes, lapidarias y sin vuelta. Y lo que es peor: parece que siempre dice la verdad. Sobre la obra de María Luisa Puga, dijo a Javier Molina, de *unomásuno*: “escritores extranjeros como Lawrence Durrell y Malcolm Lowry, nos han mostrado a México visto por los de fuera; María Luisa Puga nos lo muestra desde dentro, tal y como es nos lo descubre”. A un muchacho que le dio a firmar sólo primeras ediciones de sus obras y que insistía en conseguir una entrevista personal, le dijo: “Un buen reportero puede hacer una entrevista personal de todo lo que estamos diciendo aquí”. El chico sonrió y se llevó sus primeras ediciones.

Una personalidad avasalladora no desprecia la más mínima oportunidad de ensancharse. El joven que dirige cierta colección llamada Terra Nostra, le pidió permiso para usar ese título y Fuentes, con un dejo de sorpresa, exclamó: “¡Pero por supuesto! Anúnciame como padrino de esa colección”. Sin creerlo, haciendo gala de una provinciana candidez, el joven preguntó si podía escribir un parrafito —unas ocho líneas, dijo— y firmar como “Carlos Fuentes”. El escritor correspondió anotando su dirección en Estados Unidos, “para que me escribas”.

### **Rematar con broche de oro**

Mientras tanto una parte de la concurrencia ya disponía del vino blanco y los bocadillos. Por ahí Silvia Lemus, con un sencillito modelo negro que se le untaba al cuerpo, departía con Barbachano Ponce, quien hablaba de literatura y retorció las manos en un amaramiento acorde a las circunstancias. Cierta grupito de cocteleros comentaba un chisme sobre la Lemus: “En París, anduvo con el hermano del presidente Giscard”, lo cual, se añadía, no dejaba de aurolear al propio Fuentes. Era cierto. Para esa personalidad elaborada en la Alta Escuela, lo que en otros sería defecto era prestigio.

Sonriendo, Carlos Fuentes se acercó a Silvia Lemus y mientras le daba un beso en la mejilla, con la mano derecha acarició, aristocráticamente, el glúteo, con una delicadeza que ningún otro Carlos del país pudiera soñar. Delante de la concurrencia era una aplastante y demoleadora muestra de seguridad. Todos asintimos, sonriendo agradecidos. Nadie supo qué comentó a la Lemus, pero había consenso: todo sería aprobado. No somos tan nacos como parece. Echeverría tuvo tino al designarlo embajador: sólo le faltaba el nombramiento oficial, y aunque lo limitaba a un solo país, se sabía que en cualquier lugar del mundo Fuentes seguiría siendo todo eso, la prueba irrefutable de que en México los trajes de charro ya no se usan.

### **PÚBLICA DISCULPA**

(*Nexos*, núm. 30, junio de 1980, p. 61.)

Por una inexcusable falla de lectura, que soy el primero en lamentar, ocurrida en el tránsito de la redacción a la dirección, en uno de los Cabos Suelos incluidos en el número anterior de *Nexos* aparecieron algunas líneas sumamente ofensivas para Carlos Fuentes y la señora Silvia Lemus, su esposa. Aunque es tarde para reparar lo irreparable, expreso mi más profundo desagrado por lo ocurrido y pido disculpas públicas a ambos por una ofensa que no estuvo en nuestra intención hacer. La dirección, el Consejo Editorial y la redacción de *Nexos* consideran que este tipo de comentarios se aparta por completo de la línea editorial que desde su primer número ha postulado *Nexos*, y extiende por ello, también, las disculpas a sus lectores y colaboradores.

Enrique Florescano  
Director de *Nexos*

## A LA OPINIÓN PÚBLICA

(*La Jornada*, 24 de julio de 1986, p. 6.)

Los resultados oficiales de las pasadas elecciones en el estado de Chihuahua arrojaron triunfos del PRI en 98 por ciento de los casos en contienda. Desde lejos y sin ligas con los partidos, pensamos que estas cifras revelan una peligrosa observación o la unanimidad. De cerca y con mayores elementos de juicio, un sector amplio y diverso de la sociedad chihuahuense cree que su voto no fue respetado. Para expresar su descontento, este sector ha realizado actos pacíficos de valor cívico que desmienten la unanimidad y ponen en entredicho la limpieza democrática de los comicios.

Las autoridades no deben ignorar la trascendencia de estas manifestaciones. Hoy más que nunca los elementos necesitan creer en que votar tiene sentido: más sentido que la abstención o la violencia. Para eso hace falta que los vencidos queden convencidos. Los testimonios de los ciudadanos y de la prensa nacional e internacional registran suficientes irregularidades como para arrojar una duda razonable sobre la legalidad de todo el proceso. Para despejar plenamente esta duda, que toca una fibra central de la credibilidad política en México, pensamos que las autoridades, procediendo de buena fe, deben restablecer la concordia y anular los comicios en Chihuahua.

Héctor Aguilar Camín, Humberto Bátiz, Fernando Benítez, José Luis Cuevas, Juan García Ponce, Luis González y González, Hugo Hiriart, David Huerta, Enrique Krauze, Teresa Lozada, Lorenzo Meyer, Carlos Monsiváis, Carlos Montemayor, Marco Antonio Montes de Oca, Octavio Paz, Elena Poniatowska, Ignacio Solares, Abelardo Villegas, Ramón Xirau, Gabriel Zaid.

**CARTA ABIERTA**

(*La Jornada*, viernes 13 de enero de 1989, p. 36.)

México, D.F., 11 de enero de 1989.

Señor Licenciado

CARLOS SALINAS DE GORTARI

Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos

Los Pinos

Los suscritos, artistas, intelectuales y hombres de cultura, comprometidos con el futuro del país, ante los acontecimientos ocurridos el martes 10 de enero, expresamos:

1. La firme convicción de que, por encima de intereses de partidos o grupos, es necesario salvaguardar el orden jurídico de la República y las Instituciones nacionales.

2. Nuestro decidido respaldo a las medidas que, conforme a las normas que rigen nuestro estado de derecho, adopte el Gobierno de los Estados Unidos Mexicanos para garantizar el efectivo respeto de la Constitución y de la Ley.

VÍCTOR ACUÑA, JOSEFINA ALBERICH, SUSANA ALEXANDER, JOSÉ ROGELIO ÁLVAREZ, MANUEL ÁLVAREZ BRAVO, GUILLERMO ARRIAGA, PATRICIA AULESTIA, MIGUEL ARROYO, GUILLERMO BARCKLAY, LUIS G. BASURTO, MANUEL BARBACHANO PONCE, ENRIQUE BÁTIZ, VÍCTOR M. BAYARDO, FELICIANO BÉJAR, ALBERTO BELTRÁN, GUILLERMO BONFIL, GUILLERMINA BRAVO, JORGE A. BUSTAMANTE, VIRGILIO CABALLERO, EMILIO CARBALLIDO, EMILIO CÁRDENAS, RAÚL CARDIEL REYES, VELIA CARRASCO, MAGDALENA CARRAL, SALVADOR CARRILLO PANIAGUA, JUAN CASILLAS GARCÍA DE LEÓN, DAVID CATALÁN, FERNANDO CESARMAN, EDUARDO CESARMAN, SERGIO CISNEROS, MARTHA CHAPA, ARMANDO COLINA, GLORIA CONTRERAS, BUSI CORTÉS, LUIS JAIME CORTÉS, MÓNICA CUEVAS y LARA, FERNANDO CURIEL, FRANCISCO DE ANTUÑANO, ESTHER DE LA HERRÁN, MANUEL DE LA CERA, BEATRIZ DE LA FUENTE, ALEJANDRA DE LA LAMA, CIRO DE LA HUERTA, LUIS DE TAVIRA, LUZ DEL AMO, TERESA DEL CONDE, MARCO ANTONIO DEL TORO, LUIS FELIPE DEL VALLE PRIETO, JOAQUÍN DÍEZ CANEDO, ENRIQUE DIEMECKE, MA. ESTELA DUEÑAS, JORGE DURÁN CHÁVEZ, IGNACIO DURÁN LOERA, NICOLÁS ECHEVERRÍA, MA. ESTHER ECHEVERRÍA, MA. DEL CARMEN ELÍAS BACHIR, GERARDO ESTRADA, ALEJANDRA FERREIRO, HÉCTOR FIX ZAMUDIO, ENRIQUE FLORESCANO MAYET, VÍCTOR FLORES OLEA, CRISTINA GÁLVEZ, JOAQUÍN GARCÍA BÁRCENA, EDGARDO GARCÍA CARRILLO, MARGARITA GARCÍA

FLORES, ÁNGEL GARCÍA COOK, ROBERTO GARCÍA MOLL, FERNANDO GARCÍA TORRES, CRISTINA GARCÍA CEPEDA, BLANCA GARDUÑO, FELIPE GARRIDO, LUIS GARZA, LUIS GONZÁLEZ BATANI, LUIS GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, NIEVES GURRÍA, NELLY HAPPEE, LUIS ARMANDO HAZA, ANDRÉS HENESTROSA MORALES, EDUARDO HERNÁNDEZ ELGUEAZABAL, GUILLERMINA HIGAREDA, VIRGINIA ISAAC BASSO, GRACIELA ITURBIDE, JOSE ITURRIAGA, LUCIANO JOUBLANC, BENJAMIN JUAREZ ECHENIQUE, SAÚL JUÁREZ VEGA, MIRIAM KAYSER, JAIME LABASTIDA OCHOA, AMELIA LARA, JOSEFINA LAVALLE, SOLEDAD LOAEZA, SONIA LOMBARDO DE RUIZ, MARCELA LOMBARDO OTERO, FRANCISCO LÓPEZ CÁMARA, IGNACIO LÓPEZ TARSO, FERNANDO LOZANO, PATRICIA LUNA, ANTONIO LUQUE, FERNANDO MACOTELA, ANA MARÍA MAGALONI, PABLO MARENTES, EDUARDO MALDONADO, GUADALUPE MALDONADO, ALEJANDRO MONTAÑO, JOSÉ ALBERTO MANRIQUE, ANTONIO MARTÍNEZ BÁEZ, ADOLFO MARTÍNEZ PALOMO, PORFIRIO MARTÍNEZ PEÑALOSA, JORGE MARTÍNEZ, MA. ELENA MARTÍNEZ TAMAYO, MERCEDES MEADE, FERNANDO MATOS, VICENTE MEDEL, ANA MERIDA, SOCORRO MERLIN, EUGENIA MEYER, CAROL MILLER, ROBERTO MIRANDA, MIRIAM MOLINA, JOSÉ MA. MURIA, DOLORES OLMEDO, ALEJANDRO ORDORICA, LEONOR ORTIZ MONASTERIO, PATRICIA ORTIZ MONASTERIO, MÓNICA ORTIZ TABOADA, SERGIO OLGONISH, SILVIA PANDOLFI, JULIÁN PASTOR, RODOLFO PATAKY, PILAR PELLICER, LUIS GUILLERMO PIAZZA, LAURA RAMÍREZ, SANDRA RACOTTA, GRACIELA REYES RETANA, RICARDO REYNOSO SERRALDE, HILDA RIVERA, GERMÁN ROBLES, IDA RODRIGUEZ PRAMPOLINI, ALVARO RODRÍGUEZ TIRADO, MA. TERESA RODRÍGUEZ, JORGE RUIZ DUEÑAS, PATRICIA SLOANE, JULIA SÁMANO, FERNANDO SALMERÓN, CRISTINA SÁNCHEZ DEL REAL, MARIO SANDOVAL, PEDRO FRANCISCO SÁNCHEZ NAVA, MARGARITA SEPÚLVEDA AMOR, RAFAEL SOLANA, OTHÓN TÉLLEZ LÓPEZ, IGNACIO TOSCANO, RAFAEL TOVAR Y DE TERESA, JUAN URQUIAGA, ELENA URRUTIA, ÓSCAR URRUTIA, ANDRÉS VALENCIA, HÉCTOR VASCONCELOS, MARIO VÁZQUEZ, EDUARDO VEGA, JORGE VELASCO OCAMPO, BEATRIZ VIDAL, SERGIO SALDÍVAR GUERRA, TOMÁS ZURIAN UGARTE.

**CARTA ABIERTA**

(*La Jornada*, viernes 13 de enero de 1989, p. 37.)

México, D.F., 11 de enero de 1989.

Señor Licenciado

CARLOS SALINAS DE GORTARI

Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos

Los Pinos

Los escritores, científicos y artistas firmantes expresamos a usted nuestra solidaridad con las medidas que se tomaron el pasado 10 de enero, a fin de hacer respetar la Ley y mantener vigentes las Instituciones de la República.

Confiamos en que, en este caso, habrá de cumplirse la Ley y los procedimientos que la misma establece. De esta manera, al fortalecer nuestro estado de derecho se avanzará, sin duda, en el camino de la democracia.

JUAN JOSÉ ARREOLA, JULIETA CAMPOS, ADOLFO CASTAÑÓN, ALÍ CHUMACERO, JOSÉ LUIS CUEVAS, FERNANDO DEL PASO, SALVADOR ELIZONDO, MANUEL ENRÍQUEZ, MANUEL FELGUEREZ, GABRIEL FIGUEROA, FERNANDO GAMBOA, GASTÓN GARCÍA CANTÚ, JAIME GARCÍA TERRÉS, ARQ. TEODORO GONZÁLEZ DE LEÓN, OFELIA GUILMÁIN, GÜNTHER GERZO, JORGE HERNÁNDEZ CAMPOS, LUIS HERRERA DE LA FUENTE, ENRIQUE KRAUZE, MARIO LAVISTA, MIGUEL LEÓN-PORTILLA, EDUARDO LIZALDE, EDUARDO MATOS MOCTEZUMA, ANA MÉRIDA, MARGARITA MICHELINA, MARCO ANTONIO MONTES DE OCA, MARCOS MOSHINSKY, OCTAVIO PAZ, ARQ. MARIO PANI, JOSÉ MARÍA PÉREZ GAY, EMILIO O. RABASA, ABEL QUEZADA, ARQ. PEDRO RAMÍREZ VÁZQUEZ, MARTHA ROBLES, GUILLERMO TOVAR Y DE TERESA, ALBERTO RUY SANCHEZ, GUILLERMO SOBERON ACEVEDO, RAFAEL SEGOVIA, RUFINO TAMAYO, JUAN VILLORO, RAMON XIRAU, ARQ. ABRAHAM ZABLUDOWSKI, SILVIO ZAVALA, LEOPOLDO ZEA.

## CARTA ABIERTA

(*La Jornada*, sábado 26 de enero de 1991.)

DE LA COMUNIDAD CULTURAL DE MÉXICO  
AL PRESIDENTE CARLOS SALINAS DE GORTARI  
Señor Presidente.

Con dificultades pero también con vigor, la diversidad social y política de México ha encontrado expresión en los medios de difusión impresos y radiofónicos. Los altos costos y su evolución peculiar, han impedido una diversidad semejante en los medios televisivos. Ahí, hasta muy recientemente, las únicas ofertas han sido las de una cadena estatal y una cadena comercial.

La desincorporación de canales y frecuencias que en estos días emprenderá Imevisión, puede reforzar el campo de la competencia privada, pero debilitará el de la televisión de interés público. La pluralidad cultural, social y política del país demanda la existencia de una televisión pública no comercial. Esa televisión puede no ser rentable, pero es una inversión de primer orden, fundamental como parte del clima cultural abierto y democrático que debe consolidarse en México.

Por ello, en vísperas de la desincorporación de los canales 7 y 22 de Imevisión, nos parece oportuno poner a la consideración de su gobierno las siguientes propuestas:

1) Que la frecuencia del Canal 22 de Imevisión no se venda a inversionistas privados, siga en propiedad del Estado y se proponga cubrir, por cualquier vía, el territorio nacional.

2) Que el propio Estado asuma, a través de Imevisión, los costos financieros y operativos del Canal 22, con vistas a convertirlo, en el futuro inmediato, en un canal no comercial de interés público y contenido cultural. Sugerimos que parte de los ingresos de la desincorporación del Canal 7 se destinen a este propósito.

3) Que al efecto se integre un consejo de planeación plural, representativo de la sociedad civil, para diseñar el proyecto de programación del nuevo Canal 22.

ATENTAMENTE  
ESCRITORES

Carlos Fuentes, Luis Cardoza y Aragón, Carlos Monsiváis, José Emilio Pacheco, Elena Poniatowska, Salvador Elizondo, Augusto Monterroso, Alejandro Rossi, Sergio Pitol, Julieta Campos, Vicente Leñero, Sergio Fernández, Eraclio Zepeda, Ángeles Mastretta, Ricardo Garibay, María Luisa Mendoza, Edmundo Valadés, David Huerta, Héctor Aguilar Camín, Federico Campbell, Antonio Alatorre, Gonzalo Celorio, Carmen Boullosa, Alejandro Aura, Juan Villoro, Guillermo Sheridan, Margo Glantz, José Joaquín Blanco, Luis Miguel Aguilar, Rafael Pérez Gay, Alberto Ruy Sánchez, Elsa Cross, Hermann Bellinghausen, Elba Macías, Sergio González Rodríguez, José María Pérez Gay, Hernán Lara Zavala, Sealtiel Alatríste, José María Espinasa, Olivier Debroise, Ignacio Solares, Ricardo Yáñez, Salvador Mendiola, Hortensia Moreno, Guillermo Samperio, Carlos Montemayor, Adolfo Castañón, Paco Ignacio Taibo II, Laura Esquivel, Guadalupe Loaeza, Ethel Krauze, Luis Zapata, Jaime Reyes, Marco Antonio Montes de Oca, Ana María Jaramillo, Perla Schwarts, Manuel Capetillo, Joaquín Armando Chacón, Paco Ignacio Taibo I, Isabel Quiñones, Jaime Moreno Villarreal, Emiliano Pérez Cruz, Alejandro del Valle, Roberto Pliego, Gaspar Aguilera, Cristina Marín, Rafael Torres Sánchez.

EDITORES

Joaquín Díez Canedo, Neus Espresate, Rogelio Carvajal, Martí Soler, Jaime Labastida, René Solís, Víctor Lemus, Carmen Gaitán.

ARTES PLÁSTICAS Y VISUALES, MÚSICA Y DANZA

CINE, TEATRO Y TELEVISIÓN.

ACADÉMICOS Y PERIODISTAS.

CIENTÍFICOS.

ESTADOS DE LA REPÚBLICA (POR ESTADO DE TODO)

UNIVERSIDADES, COLEGIOS, ACADÉMIAS E INSTITUCIONES.

Responsables de la publicación: Carlos Monsiváis, Héctor Aguilar Camín.



# Í N D I C E

<b>Introducción</b> .....	9
<b>Capítulo 1</b>	
<b>Las fronteras de la palabra</b>	
Escritores e intelectuales .....	19
Las letras: el territorio soberano .....	44
Las fronteras de la república de las letras.....	53
Las dos repúblicas.....	61
<b>Capítulo 2</b>	
<b>El principio del cambio</b>	
Hacia el 68 .....	69
El poder y el arma de la crítica .....	79
Las secuelas de la represión: el ejercicio de introspección .....	99
<b>Capítulo 3</b>	
<b>Crítica o solidaridad</b>	
La seducción del poder.....	111
División y conflicto en la República de las Letras .....	120
Reconstruyendo las fronteras.....	144
<b>Capítulo 4</b>	
<b>El rescate de la palabra</b>	
Intolerancia y censura .....	157
La descalificación de la crítica .....	170
Crecimiento y auge de la crítica.....	184
<b>Capítulo 5</b>	
<b>La crítica en la crisis</b>	
“No pago para que me peguen”. El Estado frente a la crisis y la crítica.....	197

La crisis de la crítica: ideología e intolerancia.....	208
Desempolvando viejas estrategias: la nueva cooptación intelectual.....	227
Capítulo 6	
<b>Hegemonía bipolar</b>	
La construcción del escenario.....	241
El Príncipe, los escritores y el coloquio.....	256
Cultura, política y mercado.....	274
<b>Consideraciones finales</b> .....	291
<b>Bibliografía citada</b> .....	305
<b>Apéndice</b> .....	317

Este libro se terminó de imprimir y encuadernar en el mes de febrero de 2001 en Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA), Calz. de San Lorenzo, 244; 09830 México, D. F. Se tiraron 2 000 ejemplares.